

# EL MENSAJERO DE ATENAS

Anne Zouroudi

Hermes Diaktoros - 1



Lectulandia

Thiminos es una pequeña isla griega perdida en las azules aguas del mar Egeo. Durante una bella jornada de primavera, la joven Irimi Asimakopoulos es hallada muerta a los pies de un acantilado. A ojos de la policía local, no hay ninguna duda: es un accidente. Caso cerrado. Sin embargo, un desconocido procedente de Atenas se traslada a Thiminos para reabrir el caso. A medida que avanzan sus investigaciones, la isla revela su verdadero semblante: los inviernos son eternos y la vida allí es monótona y cruel. Nada es lo que parece. Pero también los habitantes de la isla empiezan a preguntarse quién es ese hombre que parece conocer los más recónditos detalles de todo lo que ha ocurrido en la isla desde hace décadas.

**Lectulandia**

Anne Zouroudi

# **El mensajero de Atenas**

**Hermes Diaktores - 1**

ePub r1.0

Titivillus 04.11.16

Título original: *The messenger of Athens*

Anne Zouroudi, 2007

Traducción: Marta Pino Moreno

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

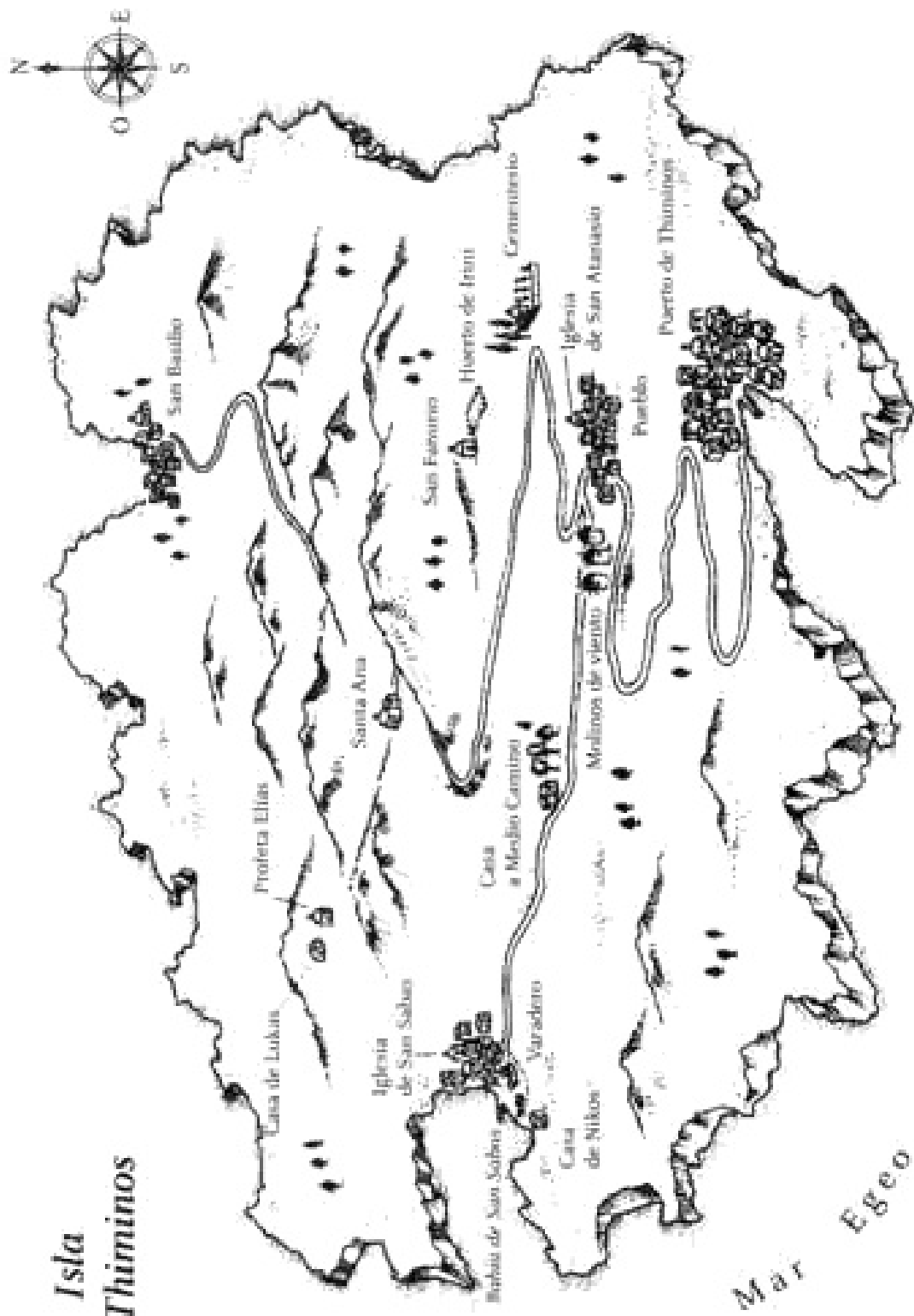
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Jim, que nunca flaqueó en su fe*

# Isla de Thiminos



*Así habló, y no dejó de obedecerle el mensajero Hermès Argifonte. Al instante se anudó en sus pies las bellas sandalias, de oro, imperecederas, que le transportaban sobre el agua y la tierra sin límites a la par de las ráfagas del viento...*

*Avanzó luego por sobre las olas semejante a una gaviota que da caza a los peces en los tremendos repliegues del estéril mar y se moja en la espuma salada de sus presurosas olas. Parecido a ésta viajaba sobre las numerosas olas Hermes. Mas cuando ya arribó a la isla que estaba lejana...*

HOMERO, *Odisea*

## Prólogo

Era la estación primaveral; hacía un tiempo claro y radiante, la vegetación alpina estaba en flor. Era un día estupendo para estar al aire libre.

Ella había pasado dos días allí, al aire libre.

Por fin la habían encontrado, pero no la trataban con deferencia ni con el debido respeto. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Pendía entre las piernas de un soldado de pantalones color caqui, bajo el helicóptero que se elevaba, con los brazos abiertos como en una bienvenida, despatarrada ante todos los presentes. El latido ensordecedor de los rotores, amplificado y repetido por las paredes del cañón, acallaba las voces; pero los hombres del equipo de rescate ya guardaban silencio y empezaban a izarla. Al borde del camino, en sombríos grupúsculos, aguardaban los demás —soldados, policías, civiles—, contemplando, a través del pedregal, el lecho fluvial seco y rocoso del fondo, donde había yacido la mujer.

El helicóptero volaba a baja altura y arrojaba detritos sobre el camino de tierra: polvo, piedras, vegetación arrancada de raíz. Tras el parabrisas de un viejo Toyota negro, el conductor rodeaba con el brazo los hombros de un tipo con los ojos llorosos, que apartaba la cara estremecido.

Protegiendo sus propios ojos de los cascajos, un oficial del ejército gritaba órdenes a un grupo de soldados jóvenes —«¡Alinéense, de cuatro en cuatro, alinéense!»—, pero sus palabras, perdidas en el estruendo de las aspas rotatorias, no llegaban a su destino. Abalanzándose hacia ellos con frenética impaciencia cogió a un soldado del brazo y lo arrastró hacia el lugar, colocando a empujones a los restantes compañeros en las cinco filas que había previsto.

«Cójnala en cuanto baje —gritó—. Y no la caguen».

No le oyeron. Pusieron mala cara e hicieron gestos obscenos a sus espaldas. Los nuevos reclutas del Servicio Nacional, con el pelo rapado grisáceo y los músculos todavía blandos, formaban dos filas caóticas, cohibidos, con el corazón acelerado y los brazos abiertos para recibirla.

Con el debido respeto —les habían dicho—. La debida deferencia.

Los demás hombres miraban.

La mujer inició el descenso. La ancha eslinga de lona situada bajo las axilas mantenía la posición del cuerpo en ángulo, de modo que sus piernas abiertas venían primero. Por un momento, los jóvenes soldados sintieron cierta turbación: ¿cómo podían alzar la vista para recibirla sin mirar por debajo de la falda? Ante todo, el debido respeto. Pero a medida que descendía el helicóptero, la polvareda se intensificó y distrajo más la atención. Los muchachos, que resoplaban para expulsar la tierra de los orificios nasales y escupían arenilla en el camino, no se dieron cuenta del momento en que las piernas estaban ya a su alcance. Sobre sus cabezas, el hombre del cabrestante exclamaba: «¡Sujetadla, mentecatos!».

Pero no le oyeron. Cuando las piernas aparecieron delante de sus narices, el dilema de los soldados cambió; la



cuestión ya no era cómo evitar mirar por debajo de la falda, sino cómo volver a pensar en las piernas de una mujer sin recordar éstas: el refulgir de huesos prominentes y astillados, el pie inquietantemente torcido hacia la espinilla, el lívido cardenal extendido por la piel macilenta, el intenso moratón en la parte trasera de los muslos y las pantorrillas, donde se había acumulado la sangre.

Los soldados, armándose de valor para tocar carne muerta, recogieron el peso. Los brazos desnudos sólo estaban fríos, no había nada más desagradable. Mientras se preparaban para retirar la eslinga afrontaban bastante bien la situación, seguros de que habían soportado ya lo peor. De pronto, los dos chicos que se hallaban junto a la cabeza de la mujer se percataron de su error: los ojos no estaban cerrados como pensaban, sino huecos, habían sido devorados. Entre gritos de espanto soltaron las manos que sostenían el cuerpo. La cabeza se partió hacia atrás. El oficial, que se mantenía a una distancia prudencial, gesticuló maldiciones que no podían oír; se abalanzó impetuosamente hacia allí y hostigó a los chicos asqueados para que volviesen a su posición, colocándoles la cabeza de la mujer entre las manos mientras los demás se afanaban en desengancharla de la eslinga.

Lo consiguieron. El oficial hizo señas a los tripulantes del helicóptero, que subieron al hombre del cabrestante y se alejaron, elevándose en dirección sur, hacia el mar abierto.

El helicóptero dejó una estela de silencio profundo. Los hombres, poco preparados para la repentina tranquilidad, tosían, echaban mano de cigarrillos, miraban alrededor. Se esperaba de ellos alguna acción. Ahí estaba la mujer; ¿y ahora qué? Los soldados la sujetaron por la cintura, apartando la cara con visibles aspavientos.

Mientras se aproximaba al oficial del ejército, el comisario de policía se sacudió la tierra de las mangas de la chaqueta y se alisó el pelo. Ahora que se aclaraba el aire, el olor nauseabundo de la mujer empezaba a envolverlos. Las moscas surgieron de la nada para posarse en la cara de la muerta.

—¿Quién va a bajarla al suelo? —preguntó el oficial del ejército. Conocía las supersticiones y creencias de aquellos hombres, y los tabúes de la zona.

—Se lo pediré a Lakis.

Lakis, el cretense, un extranjero. Cualquier trabajo a cambio de dinero. El comisario hizo señas al hombre alto y calvo que estaba de pie junto a una camioneta blanca y señaló el cadáver, y luego el vehículo, con un movimiento de la mano que servía para formular la pregunta en el lenguaje mímico de los griegos. Lakis agachó la cabeza, «Sí».

El oficial del ejército hizo señas a los soldados. Avanzando a trompicones hasta la puerta trasera, la depositaron dentro de la camioneta, boca arriba, en el suelo sucio.

El jefe de policía llamó a un sacerdote de sotana negra, un joven de barba poblada que estaba sentado en una roca, fumando un cigarrillo fino mal liado. El sacerdote se puso en pie, sacudiéndose la ceniza de la falda de la sotana. Se acercó a la camioneta,

miró a la mujer que yacía en el interior y extendió la mano para doblarle los brazos sobre el pecho. Levantó la mano y se santiguó, despacio, con la triple cruz de la iglesia ortodoxa. Todos los hombres agacharon la cabeza y se persignaron con el mismo símbolo sobre el corazón.

Lakis se sentó al volante. Levantándose la sotana, el sacerdote subió a su lado, seguido del comisario. Lentamente descendieron por la ladera; uno a uno, las camionetas, los coches y los jeeps del equipo de rescate los siguieron.

No era el momento adecuado para el humor, pero, mientras encendía el camión, Lakis no pudo resistir un crudo comentario sobre el olor que traía consigo la mujer; antes de llegar a la primera curva del camino, el cretense, el sacerdote y el jefe de policía reían a carcajadas.

# 1

Primera hora de la mañana, y un cielo sombrío. El mar, removido y turbio por un viento glacial, se había vuelto opaco. Los neumáticos del camión de la basura atravesaban despacio los charcos de la lluvia caída durante toda la noche; el agua recorría las canaletas oxidadas, los peldaños del Banco Nacional y goteaba en las mesas del desierto mercado de pescado. En la terraza del café, una mujer encorvada barría las hojas húmedas que caían de un plátano; en la torre de la iglesia, una campana solitaria anunciaba la misa. Las barcas cabeceaban en los amarraderos, tensando los cabos. Más allá del acantilado, la sirena del *ferry* que se acercaba se perdía en el intenso aguacero.

En la cubierta superior había un forastero, un hombre gordo, apoyado sobre la barandilla de popa. Desde que la tenue luz del alba clareó lo suficiente para mostrar el mar oscuro que pasaba por debajo, el hombre estaba allí, contemplando la estela de espuma ondulante que se perdía en la distancia, esperando avistar por primera vez su destino. De vez en cuando sacaba una cajetilla del bolsillo de la gabardina que ondeaba alrededor de sus muslos, y fumaba cigarrillos que se consumían rápido con el viento racheado; a todo buque que veía le levantaba la mano en gesto amistoso, como si lo conociese.

Cuando el barco atracó no se unió al gentío impaciente que se concentraba abajo, a la espera de que desplegasen la rampa para desembarcar, sino que permaneció allí, contemplativo, mientras los pasajeros se abrían camino a empujones hacia el muelle.

Un tripulante, que exploraba con un destornillador el funcionamiento de un molinete del ancla, le gritó.

—¡Fin del trayecto, amigo!

El hombre gordo sonrió.

—Pues que tenga un buen día —dijo y, después de recoger la bolsa de viaje que tenía a sus pies, bajó por las escaleras de hierro hacia el muelle.

Se mantuvo al margen del grupo, amparándose de la lluvia bajo el soportal de una carnicería. Olía a sangre y lejía. La multitud se dispersó, entre holas y adioses clamorosos, llevándose las maletas reforzadas con correas, las bolsas de comida, los niños maleducados, las cajas de fruta. Luego la multitud desapareció, y él se quedó solo.

Salió del refugio del soportal para caminar bajo la lluvia.

Al principio no tenía una idea clara de dónde los encontraría; pero ellos se delataron. En el extremo del puerto, a sotavento del malecón, había una docena de vehículos aparcados de forma desordenada; uno de ellos, casi oculto, tenía los colores distintivos. Al acercarse, la señalización blanca del coche se volvió nítida: *Astinomia*. Policía.

La fachada de piedra del edificio situado a su izquierda estaba cubierta de enredaderas floridas con campanillas pálidas; y allí, envuelto entre zarcillos, oscurecido por la exuberante vegetación, encontró su letrero —POLICÍA— y una flecha que apuntaba hacia arriba, señalando el largo tramo de escaleras estrechas de piedra.

El hombre gordo subió corriendo las escaleras, con bastante ligereza, hasta el último escalón, donde se topó con una puerta pesada sin distintivos. La abrió y entró.

La comisaría, de grandes proporciones, era austera. Las molduras de escayola del alto techo eran historiadas; pero las tablas del suelo estaban desnudas, sin barnizar, y tachonadas de chinchetas torcidas, como si hubieran levantado algún tipo de alfombra, moqueta o linóleo, sin restituirlo después. Es posible que se hubieran trasladado allí el día anterior, o que fueran a mudarse al día siguiente; o puede que llevasen años en aquel local, sin preocuparse o sin percatarse de que no había persianas para tapar los cristales resquebrajados de las altas y estrechas ventanas con vistas al mar, ni ninguna pantalla en la bombilla desnuda que se balanceaba en un largo cable eléctrico con la corriente de la puerta, ni tampoco archivadores, ni protocolos de actuación, ni carteles ni avisos colgados en las pálidas paredes, ni sillas para que se sentase el público que viniera a presentar una denuncia.

Permaneció de pie en el centro de la sala y dejó con cuidado la bolsa de viaje a sus pies, como si contuviese algo frágil. Los tres policías lo miraban en silencio con semblante antipático, como si los hubiera importunado en un momento crucial de una conversación privada. El hombre diminuto sentado ante una mesa utilitaria con tablero de acero detrás de la puerta (cuyo uniforme, demasiado grande, lo empequeñecía aún más) golpeteaba el escritorio con la mina de un lápiz roto y mordido, marcando un ritmo lento para el prolongado silencio. Sus ojos oscilaban entre el hombre gordo y la puerta, como si previese marcharse en cuanto surgiese la oportunidad; los contenidos de su mesa no sugerían que algo lo retuviese allí. Delante de él, un hombre de constitución ancha, cabezón, de carrillos caídos, pelo blanco y denso, y oscuras cejas cómicas, apoyaba los codos en una mesa similar, asimismo vacía: tres bolígrafos, todos bien tapados, dos cartas con los sobres abiertos y un antiguo teléfono de baquelita, cuyo cable trenzado pasaba entre sus pies y salía por un agujero perforado en el rodapié a sus espaldas. Sus labios húmedos y rojos eran flácidos, lo que indicaba una lentitud bovina y una cabeza torpe. Cuando entró el hombre gordo se movió para que la parte superior del brazo de su chaqueta —bordada con galones plateados de sargento— apuntase hacia adelante, hacia el hombre gordo, de modo que su rango no pasase desapercibido.

Y al fondo de la sala, tan lejos de las ventanas que la luz era tenue y el espacio quedaba ensombrecido, estaba sentado el tercero. Estiraba las piernas delgadas, cruzadas en los tobillos, a través del hueco inferior de un escritorio antiguo muy amplio, entre dos hileras de cajones pequeños con tiradores de latón y minúsculas cerraduras. A izquierda y derecha, el escritorio tenía pilas de papeles —carpetas de

cartón, formularios en blanco, formularios cumplimentados y firmados por duplicado y triplicado, solicitudes de licencias, bonos de aparcamiento, multas, citaciones, resguardos, notas, cartas, tarjetas de visita, listados informáticos de rayas— y, en el suelo, alrededor de los pies, más montones de carpetas y archivadores con fechas, números o nombres escritos en el lomo. En el centro del escritorio, sobre el cuero raído estampado en oro, había un expediente, cerrado, con un nombre manuscrito en mayúsculas negras apretadas: «ASIMAKOPOULOS». Y entre las pilas de papeles, como una rata que asoma por un agujero, el tipo observaba al hombre gordo, con la tez inquietantemente pálida entre las sombras, el negro profundo de sus ojos entrecerrados y el bigote recortado, que resaltaba como tinta dibujada sobre papel blanco.

Los ojos oscuros examinaban al hombre gordo de arriba abajo, abarcando su masa corporal, admirando su traje, tanto el corte, que favorecía su figura, como el paño de mohair gris fino de tal calidad que, cada vez que el hombre gordo se movía, titilaba con un lustre violáceo. Los ojos aprobaron el polo que llevaba el hombre gordo debajo del traje, de color morado intenso, con un pequeño cocodrilo verde sobre el pecho izquierdo. Observaron que la pretina de los pantalones tenía un cinturón de cuero italiano. Pero los rizos grises del pelo del hombre gordo eran demasiado largos, y la montura prominente de las gafas estaba pasada de moda. Y los zapatos... los zapatos resultaban desconcertantes. ¿Quién, salvo un excéntrico, con un traje tan bien cortado, calzaría zapatillas deportivas, unos tenis anticuados de lona blanca?

El hombre gordo los miró a todos y sonrió.

El sargento se sentó recto en la silla y sacudió la manga de la chaqueta para que las rayas quedasen planas en el brazo.

—¿Qué desea, señor? —preguntó.

—He venido a ver al comisario. —El acento del hombre gordo era claro y distinguido. Todas sus palabras estaban hermosamente enunciadas, como el habla griega de un locutor; tal claridad discursiva les indicaba que el hombre no era de aquellas islas, ni de ningún lugar situado a doscientas millas de sus fronteras.

—El comisario soy yo. —El hombre de las sombras habló en voz baja pero con arrogancia. Metió las piernas debajo de la silla y también se enderezó.

El hombre gordo dio un paso por encima de la bolsa de viaje y atravesó la sala para situarse delante de la mesa sobrecargada. Extendió la mano. Sus uñas de manicura estaban limadas con forma cuadrangular, blanqueadas en las puntas y pulidas hasta casi parecer opacas.

—Me llamo Hermes Diaktoros —dijo—. Me envían desde Atenas para que les ayude en sus investigaciones sobre la muerte de Irini Asimakopoulos.

El agente que estaba detrás de la puerta soltó el lápiz, que cayó con gran traqueteo en las tablas del suelo y luego rodó hacia la puerta, como si intentara escapar.

El comisario, inclinándose para darle la mano al hombre gordo, vaciló un instante. El agente diminuto se levantó de un brinco para recoger el lápiz, y el

comisario lo fulminó con la mirada. Luego estrechó la mano al hombre gordo y la sostuvo con firmeza, frunciendo los labios como si se dispusiese a hablar. Pero no dijo nada.

Así que el hombre gordo siguió hablando.

—Supongo que le sorprenderá mi nombre: Hermes Mensajero. Así era el sentido del humor de mi padre; era un académico especializado en la antigüedad clásica.

El comisario seguía sin mediar palabra. No entendía a qué se refería el hombre gordo. El agente, que había vuelto a sentarse, continuaba golpeteando la mesa con el lápiz.

—Las llamo mis sandalias aladas. —El hombre gordo señaló sus tenis, sonriendo por el chiste. Continuó el silencio.

—Disculpe —dijo el hombre gordo al comisario—. No he oído bien su nombre.

—Panayiotis Zafiridis —dijo el comisario. Señaló al sargento bovino—: Harris Chadiarakis. —Y por último presentó al agente diminuto—: Dimitris Xanthos.

—Mucho gusto —dijo el hombre gordo.

El comisario se inclinó hacia adelante sobre la mesa.

—¿Por qué le interesa a la Policía Metropolitana la muerte de la señora Asimakopoulos? —preguntó—. No había nada sospechoso. Me temo que ha malgastado su tiempo al venir hasta aquí. Si hubiera llamado antes, podría haberle ahorrado el viaje. —Se encogió de hombros y adoptó una expresión lastimera—. El problema es que no hay *ferry* hasta mañana. —Vaciló como si pensase, y luego señaló el teléfono de la mesa del sargento—. A lo mejor podemos requisar la lancha del guardacostas para llevarle a Kos esta noche. En su comisaría hay alguien que me debe un favor. Desde allí cogerá un vuelo a Atenas sin ningún problema. Harris, ponme con la comisaría de la Policía Portuaria.

La mano del sargento se posó sobre el auricular del teléfono, pero el hombre gordo se volvió para impedirlo.

—Un momento, por favor —dijo. Volvió a mirar al comisario—. ¿Dónde está el cadáver? —preguntó, en voz baja.

El golpeteo del lápiz se aceleró.

El comisario, con el ceño fruncido, cogió un cuaderno y un bolígrafo de plástico.

—¿Quién ha informado a la Policía Metropolitana de esta muerte? —preguntó, garabateando con el bolígrafo hasta que la tinta empezó a salir. Parecía preocupado—. Creo que deberíamos tomar medidas en este asunto. Malgastar el tiempo de la policía es un delito grave.

El hombre gordo dio un paso al frente y, colocando las yemas de los dedos de las dos manos sobre el escritorio del comisario, se inclinó hacia él.

—Estábamos hablando del cadáver —dijo el hombre gordo—. Me gustaría verlo lo antes posible. Luego podré empezar con la investigación.

Cesó el golpeteo del lápiz. El comisario reflexionó un instante y luego extendió las manos.

—La enterraron ayer —dijo—. No había motivo para retrasarlo. Como le he dicho, la muerte no era nada sospechosa.

—No importa —dijo el hombre gordo como quien no quiere la cosa—. Me las arreglaré con el informe de la autopsia.

Simultáneamente, el sargento y el agente abrieron los cajones de sus respectivos escritorios, sacaron unos papeles y empezaron a leer.

—¿Puedo sentarme? —preguntó cortésmente el hombre gordo.

El comisario se puso en pie con un audible suspiro y, de la oscuridad de la esquina que tenía detrás, sacó una silla con el asiento de mimbre.

—Gracias —dijo el hombre gordo, mientras la colocaba en sentido perpendicular al escritorio del policía y se sentaba—. Me pregunto si podría dejarme un cenicero.

El comisario abrió uno de los cajones con asas de latón y sacó un cenicero pesado de cristal tallado, ya medio lleno de ceniza gris y colillas manchadas de marrón del humo filtrado.

El hombre gordo se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajetilla de cigarrillos incongruente con los últimos años del siglo xx, una caja anticuada cuya caperuza mostraba la cabeza y los hombros desnudos de una cabaretera de los años cuarenta, cuyo pelo rubio platino, de suave permanente, ondeaba alrededor de una sonrisa remilgada. Bajo el nombre del fabricante («Sin duda —pensó el comisario— dejaron de comercializarse hace años») había un eslogan escrito con letra antigua: «El cigarrillo de los hombres que saben fumar». El hombre gordo sacó una caja de cerillas, la agitó, y frunció el ceño al ver que no sonaba nada en el interior. Dejó la caja de cerillas en la mesa y siguió buscando en el bolsillo de la chaqueta. Después de sacar un encendedor de oro fino golpeó la punta del cigarrillo con la mesa, lo encendió y volvió a guardar el encendedor en el bolsillo.

—El informe de la autopsia —dijo el hombre gordo, exhalando humo mientras hablaba—. Me gustaría disponer de un ejemplar como referencia.

El comisario sonrió y se reclinó en el respaldo de la silla.

—Mire —le dijo—, aquí, en las islas hacemos las cosas de una manera un poco distinta a como las hacen en la ciudad. Nos gusta abordar las cosas de un modo más personal, para estar mucho más cerca de la comunidad a la que servimos.

—¿Y de dónde es usted, comisario?

—De Patmos —dijo el comisario—. Soy de Patmos.

—¿Y cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Más de un año.

—¿Y cree que puede conocer bien a la gente de aquí, en tan poco tiempo?

—En casos como éste —dijo el comisario, eludiendo la pregunta—, parte de nuestro trabajo consiste en evitar el escándalo a la familia afectada. El buen nombre es muy importante en este pueblo.

—¿Dónde está el informe de la autopsia, comisario? —El hombre gordo empezaba a impacientarse.

—Bueno —dijo el comisario—, decidí que no era necesario. No se practicó la autopsia.

El semblante del hombre gordo empezó a cambiar de cordial a peligroso.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. La señora Asimakopoulos era una joven con buena salud, ¿verdad?

El comisario asintió de refilón.

—Su deber era ordenar que se practicase la autopsia. Lo sabe perfectamente. Así que explíqueme por qué no se hizo la autopsia.

El comisario, creyendo que tenía todos los ases, sonrió triunfalmente.

—Porque —respondió en tono mordaz— la causa de la muerte era clara, aunque no era lo que constaba en el certificado de defunción. Era un asunto delicado.

—¿Y qué decía el certificado de defunción?

—Muerte accidental.

—¿Y cuál fue la verdadera causa de la muerte, según usted?

—Suicidio.

—¿Suicidio?

—Se lanzó por un precipicio. —Se encogió de hombros—. No había ninguna duda. Fue premeditado.

—Aunque fuera un suicidio —dijo el hombre gordo, jugando con la ceniza del cenicero con el extremo encendido del cigarro— ¿qué podría haber «premeditado» una mujer de una comunidad pequeña y bien «trabada», como ésta, para suicidarse? ¿Qué motivo podía tener?

—Fue un suicidio de imitación. La idea se la dio el cartero.

—¿Qué cartero?

—El viejo cartero que se suicidó.

—¿Y qué motivo tenía él?

—¿Quién sabe? Una esposa infiel, problemas de dinero...

—¿Y el marido de la señora Asimakopoulos era infiel? ¿Tenía problemas de dinero?

El comisario volvió a inclinarse hacia adelante.

—La señora Asimakopoulos era una esposa infiel —dijo.

—¿En serio? ¿Con quién era infiel?

—Me temo que no me puedo tomar la libertad de decírselo.

—¿Y aquí todas las presuntas esposas infieles se arrojan por precipicios? —preguntó el hombre gordo, después de mirar al comisario durante unos instantes.

—Si fuera así —respondió el comisario entre risas—, sólo quedarían hombres.

—¿Entonces por qué se suicidó ésta? —preguntó el hombre gordo sin el menor atisbo de sonrisa.

—Estaba casada con un hombre de la zona. Tenía parientes aquí, que le presentaron a su marido. Pero ella no era de aquí. Era del continente.

—¿Y cree que era un motivo suficiente para suicidarse?



—Posiblemente. A lo mejor se sentía aislada. Sentía morriña.

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquí?

—No tengo ni idea. Un año o diez, ¿qué más da? ¡Harris!

El lento y pesado sargento, interrumpido mientras colocaba uno de sus bolígrafos baratos en el bolsillo superior de la camisa, se estremeció.

—Estoy seguro de que puedes iluminarnos —dijo el comisario al sargento—. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquí la señora Asimakopoulos?

El sargento osciló la mirada entre el comisario y el hombre gordo, presionando el labio inferior como si reflexionase.

—Dos años —dijo al fin—. No creo que llevase más.

—Tres por lo menos —interrumpió el agente diminuto—. El hermano de mi suegra vivía en esa casa antes de que la alquilase Asimakopoulos, y murió hace ya bastante tiempo. Tres años al menos, puede que cuatro.

El sargento abrió la boca flácida y húmeda para objetar, pero el comisario levantó la mano para hacerle callar y volvió a mirar al hombre gordo.

—En respuesta a su pregunta, no llevaba aquí mucho tiempo —dijo.

—¿Pero sí lo suficiente para asentarse y formar una familia? —sugirió el hombre gordo—. ¿Tenía hijos?

—No creo. —Volvió a mirar al sargento, que lentamente negó con la cabeza.

—Eso es bastante raro en esta parte del mundo, ¿no cree? Una mujer joven, casada muy recientemente, y sin hijos. Si era estéril, eso podría ser un factor causal importante de una depresión. Pero usted habrá hablado con su médico sobre su salud mental, estoy seguro; si había problemas físicos, es evidente que los hubiese mencionado, ¿verdad?

El sargento volvió a centrar toda su atención en los bolígrafos, mientras el agente se agachaba por debajo de la mesa para atarse los zapatos.

—Nuestro médico es un hombre muy ocupado, como sin duda comprenderá —dijo el comisario con fluidez—. Pero el señor Asimakopoulos era varios años mayor que su esposa. Hay quien dice que era un hombre afortunado, por tener una mujer más joven que le calentaba por las noches. ¿Pero quién sabe? A lo mejor le faltaba la... potencia... de una persona más joven. Un hombre más joven podría haber logrado lo que él no consiguió, el hombre adecuado para esa misión...

Su expresión brillaba con especulación lasciva, pero cuando el hombre gordo frunció el ceño, el comisario apartó la mirada y se rascó un picor imaginario detrás de la oreja.

—¿Qué edad tenía exactamente la señora Asimakopoulos? —preguntó el hombre gordo.

—Veinticinco o veintiséis, algo así. Poco más o menos. —El comisario sonrió—. No lo sé exactamente. La experiencia me dice que no se puede obligar a los cadáveres a que respondan preguntas personales sólo porque hay que rellenar la ficha.

—¿No se lo preguntaron a la familia?

—No.

—¿Qué le preguntaron a la familia?

—Me pareció mejor dejarles vivir en paz.

—Le honra tal consideración, comisario, pero eso lo convierte en un policía mediocre. Y tal vez tendría la amabilidad de decirnos a todos —se volvió para señalar a los dos hombres aparentemente absortos en el papeleo—, si es que no lo sabemos ya, cuánto cobró por su consideración.

El color fluyó por las mejillas del comisario, pero el hombre gordo, que no esperaba respuesta a esta pregunta, se puso en pie y apagó el cigarrillo.

—Como un hombre digno de lucir su insignia, a lo mejor debería plantearse esa misma pregunta, comisario. A lo mejor debería preguntarse si saltó o si la empujaron.

—¡No hay que dramatizar, señor Diaktoros! —dijo el comisario, forzando una carcajada desdeñosa—. ¡Asesinato y soborno! ¡Estamos en las aletargadas islas griegas! Creo que lleva usted demasiado tiempo en las calles miserables de Atenas.

El hombre gordo recogió su bolsa de viaje y se dirigió al diminuto agente.

—Me pregunto —dijo— si podría recomendarme un hotel con una habitación decente.

Pero el comisario interrumpió la respuesta.

—Tal como le sugerí, la lancha de la Policía Portuaria...

El hombre gordo apoyó la mano sobre el hombro del agente.

—Venga conmigo —dijo—. Enséñeme el camino.

Mientras la puerta se cerraba detrás del hombre gordo y el agente, el comisario acercó hacia sí el cenicero, y, sacando un cigarro de una cajetilla arrugada, lo flexionó para enderezar la curva que había adquirido. Recogió la caja de cerillas que había dejado el hombre gordo en su mesa y la abrió.

Una gran cucaracha brillante, con largas antenas trémulas, salió disparada de la caja de cerillas y se escabulló a gran velocidad por el dorso de la mano del policía hacia un expediente que estaba en su mesa.

—¡Jesús!

Con gran repugnancia tiró de un manotazo a la vil criatura al suelo, donde corrió en busca de amparo entre los listados informáticos de rayas.

Mientras el sargento contemplaba la escena perplejo, el enfurecido policía perseguía a la cucaracha, dándole manotazos aquí y allá, hasta que el bicho al fin logró escapar y desapareció entre las pilas de expedientes oficiales.

El agente diminuto llevó al hombre gordo al Hotel Gaviota, una pensión abierta todo el año, propiedad de un primo segundo del policía. Caminaron juntos por el puerto, el agente lleno de preguntas que no se atrevía a formular, inspeccionando con sus ojos inquietos los portales y balcones, callejones y escaleras, para ver quién los observaba. El hombre gordo caminaba con seguridad, esquivando con destreza los

charcos, y saludando cordialmente a toda la gente que se encontraban.

En la puerta del hotel, el hombre gordo dio las gracias al agente y lo despidió. Luego observó cómo el hombre uniformado regresaba lentamente a la comisaría, deteniéndose en algunos puntos para hablar: con el del puesto de fruta y verdura, con el propietario de la tienda de electrodomésticos, con los clientes de la terraza de un café. Y mientras hablaba señalaba el hotel y las cabezas se volvían en la dirección del hombre gordo, de modo que éste supo que había elegido bien: el agente sería un excelente emisario para difundir la noticia de su llegada.

El vestíbulo del hotel era oscuro, sin calefacción, y la adusta recepcionista vestía gruesas prendas de lana caseras bien abotonadas. La mesa de recepción estaba cubierta de periódicos amarillentos, sobre los cuales había cuatro candeleros achaparrados y una lata de Brasso abierta. La mujer lo miró de arriba abajo con gafas duras de media luna y le dedicó una sonrisa rapaz y expectante, como si se frotase las manos para sus adentros. Más allá de los colmillos no tenía dentadura en la mandíbula superior, y cada vez que hablaba, el hombre gordo captaba el fétido olor de halitosis.

—Buenos días, señor, buenos días —dijo la mujer, colocando en el suelo un felpudo—. ¿Busca habitación? Tengo una libre muy agradable en el primer piso, muy limpia, con vistas estupendas. No encontrará mejores vistas de Grecia.

Levantó el borde del periódico y sacó un libro de registro con encuadernación de cuero. Con los dedos ennegrecidos de Brasso lo hojeó desde enero hasta la fecha del día. Todas las páginas estaban en blanco.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo?

El hombre echó un vistazo al vestíbulo y observó las hileras de vasos sin estrenar en los estantes que había detrás del exiguo bar, y los cuencos de flores artificiales, polvorientas, en el hueco de la ventana, y el icono de Cristo sufriente sobre la entrada del baño.

—Unos cuantos días, creo —dijo—. No más de una semana, eso seguro.

—Si se queda más de dos noches, puedo ofrecerle una tarifa especial. Lo que es caro es el coste de la lavandería en estancias cortas. —Mencionó un precio exorbitante—. Mucho más barato que en los hoteles de Atenas, estoy segura.

—No lo sé —dijo el hombre—. En Atenas no frecuento los hoteles. Le pagaré la mitad de lo que pide si incluye el desayuno y un cambio diario de las sábanas.

Él esperaba regateo, pero no lo hubo. En cambio la mujer le sonrió, y él supo que le habían timado.

—Voy a buscar a mi marido —dijo la mujer—. Le enseñaré su habitación.

La habitación era fría, sin comodidades: el suelo era de baldosa desnuda, sin alfombra para calentarse los pies; los grifos del baño minúsculo goteaban en la porcelana sucia; la cama era dura y estrecha y, bajo la funda almidonada, la única

almohada estaba descolorida con las secreciones de las cabezas de muchos forasteros. Las puertas que daban al balcón estaban hinchadas de agua de lluvia, de modo que sólo podían abrirse de una patada. En el exterior, apoyado sobre la barandilla de hierro fundido con manchas de óxido, encendió un cigarro y viajó con los ojos más allá del puerto, por el mar abierto, hacia los perfiles de las montañas turcas de cumbres nevadas. Pero la belleza de las vistas se atenuaba por la falta de luz solar, y las nubes bajas, de color gris telaraña, ocultaban el lejano horizonte. Empezó a tiritar y, después de entrar de nuevo en la habitación, apagó el cigarro en el cenicero de la mesa de noche; luego recogió la bolsa de viaje, salió del hotel y caminó en paralelo al puerto.

Las ventanas de los emporios turísticos estaban cerradas a cal y canto; los callejones sin barrer estaban llenos de basura que arrastraba el viento. En aquella época del año, demasiado temprana para los remozamientos de Pascua, la cal desconchada se había caído como caspa de las paredes de las casas en algunos puntos, revelando la piedra sin labrar y la fábrica de ladrillo.

Se dirigió al café donde el policia diminuto había hablado con los clientes. Era un pequeño *kafenion* al viejo estilo griego; encima de la puerta había un letrero que indicaba el nombre del propietario: Jakos Kypriotis. Las mesas de madera, en el exterior y dentro, estaban cubiertas con hules de cuadros, sujetos con gomas atadas bajo el borde de la mesa, para que no se los llevase el viento. Entre los frigoríficos con panel frontal de cristal de cerveza importada y Fanta de naranja había un hombre, otrora guapo, de pelo engominado y bigote a lo Errol Flynn, apoyado sobre un fregadero de piedra; a través de la puerta abierta de la entrada contemplaba el mar con la mirada perdida, como si su corazón y sus pensamientos estuviesen muy lejos de allí.

Una de las mesas de la terraza estaba ocupada por tres viejos. En el centro había una botella de medio litro de retsina barato, casi vacía; cada uno tenía un vaso lleno de vino amarillo. El hombre gordo sacó una silla de una mesa cercana y se sentó, y, mientras se sentaba, los viejos guardaron silencio. El hombre gordo se giró para lanzar una mirada al propietario.

Entonces uno de los viejos se volvió en la silla.

—Encantado de conocerlo —dijo, con una ancha sonrisa de bobalicón, alzando la mano con un risueño saludo. El hombre gordo inclinó la cabeza, cortésmente, y volvió a mirar hacia el interior del café, donde el propietario seguía ausente a lo lejos.

El viejo se levantó y, extendiendo la mano, dio un paso vacilante hacia el hombre gordo. Los dos que quedaban en la mesa negaron con la cabeza.

—¡Siéntate, idiota! —dijo uno—. ¡Deja al hombre en paz! —Pero el bobalicón, sonriente, seguía tendiendo la mano al hombre gordo.

—Encantado de conocerlo —dijo el bobalicón.

El hombre gordo le dio la mano.

—Encantado de conocerlo —dijo. Con una sonrisa de oreja a oreja, el bobalicón

regresó tambaleante a su asiento. El hombre gordo volvió a mirar atrás hacia el lugar donde el propietario no se había movido.

El hombre que todavía no había hablado levantó el vaso con una mano trémula y bebió un sorbo de vino. Se inclinó hacia el hombre gordo.

—Tendrá que gritar —dijo arrastrando las palabras—. Se quedará ahí todo el día, fingiendo que no sabe que usted está aquí. ¡Jakos! ¡Cliente!

El propietario apartó la mirada del horizonte y se acercó a la puerta. Miró con resentimiento al hombre gordo y arqueó las cejas en un gesto interrogativo.

—Café griego, por favor, sin azúcar —dijo el hombre gordo—, y una botella para los caballeros. —Señaló a los viejos, y el propietario chasqueó la lengua con desaprobación mientras volvía a entrar. El bobalicón se levantó de un brinco y agarró del brazo al propietario.

—¡Jakos, encantado de conocerte, encantado de conocerte! —El bobalicón le tendió la mano, pero el propietario hizo caso omiso y, zafándose de la mano del viejo, se dirigió con gesto ceñudo a la cocina.

El bobalicón, desalentado, volvió a sentarse.

El tercero volvió a beber del vaso y, entrecerrando los ojos, vio al hombre gordo. Sus ojos tenían arrugas profundas, como si el gesto de entrecerrarlos fuera habitual para él, tal vez por miopía, tal vez por la irritación del humo del cigarrillo —un cigarrillo, recién encendido, ardía entre sus dedos manchados de nicotina, mientras un segundo cigarro olvidado todavía era una colilla humeante en el cenicero de lámina metálica—, o tal vez intentaba captar la verdadera imagen del hombre gordo de las dos o tres que se escindían y nadaban ante él. Su cuerpo flaco como un riel estaba consumido por los prolongados excesos; la mano que sostenía el cigarro temblaba.

—Ha hecho un amigo para toda la vida, ahora que le ha dado la mano —dijo, mientras daba una fuerte palmada al bobalicón en la espalda—. Pero no conseguirá sacar de él mucho más que «Encantado de conocerle». Es un viejo imbécil. Se lo digo yo, que lo conozco desde niño. Cuando era joven, era un joven imbécil. Ahora que es viejo, es un viejo imbécil, y un coñazo de tío. Pero bueno, todos somos lo que ha querido Dios.

—Desde luego —dijo el hombre gordo.

—Usted es de Atenas, ¿no? —El hombre viejo hablaba en tono triunfante, como si esperase impresionar al hombre gordo con su percepción. De modo que el hombre gordo puso cara de sorpresa, lo que hizo que el viejo sonriese—. Estuve en Atenas en una ocasión —dijo.

Pero su compañero lo contradijo.

—Tú nunca has estado en Atenas, mentiroso. Nunca has llegado más lejos de San Basilio.

Se refería al monasterio y la aldea situados a unos ocho kilómetros, en el extremo opuesto de la isla. Este hombre tenía una curiosa discapacidad, una fusión de las

vértebras en la parte superior de la columna. Como era incapaz de girar la cabeza, al hablar giraba los ojos hacia el objetivo de sus comentarios, pero el torso permanecía rígido mirando al frente. Eso le confería un aspecto cómico y grotesco, aunque tal vez había sido en tiempos un hombre atractivo.

—Sí que estuve en Atenas —protestó el fumador. Pero, ansioso por no continuar con el asunto, decidió que había llegado el momento propicio para las presentaciones.

—Me llamo Thassis —le dijo al hombre gordo—. Thassis Cuatrodedos. —Levantó la mano izquierda para mostrar el muñón donde antaño había estado el dedo índice—. Éste es mi amigo Adonis. —Los ojos del hombre gordo se agrandaron ante la ironía del nombre del tipo deforme—. Adonis el Rácano lo llaman. Agarrado como el coño de una monja en Viernes Santo. Y éste —dijo señalando al bobalicón— es Stavros Encantado de conocerlo.

Stavros, sonriente, se levantó de un brinco.

—Encantado de conocerlo —dijo, y el hombre gordo le dio la mano.

El propietario colocó ante el hombre gordo un vaso de agua y una tacita de porcelana blanca; el café alquitranado tenía el aroma dulce del azúcar quemado. Abrió el tapón de una botella de retsina con gotas de condensación y la dejó en el centro de la mesa de los viejos. Luego apoyó el hombro contra el marco de la puerta y siguió contemplando el mar.

Thassis Cuatrodedos cogió el vino frío y sostuvo la botella mirando hacia el hombre gordo.

—Gracias, señor —dijo Thassis—, y a su salud, señor. Sirvió vino frío en los vasos de todos; los tres levantaron los vasos hacia el hombre gordo, y bebieron.

El hombre gordo bebió un sorbo de café.

—Habrà venido de negocios, espero —dijo Adonis, girando los ojos hacia él.

El hombre gordo se agachó hacia su bolsa de viaje, abrió la cremallera y rebuscó dentro. Sacó un bote de blanqueador de zapatos. Como una bailarina, levantó hacia arriba la puntera izquierda, luego la derecha, para inspeccionar los tenis. Después de retirar la tapa de plástico humedeció cuidadosamente con el aplicador esponjoso una rozadura de la puntera derecha, y una salpicadura de barro en el pie izquierdo. Giró el pie hacia los lados, primero el izquierdo, luego el derecho, examinando las zapatillas en busca de otras imperfecciones. Como no encontró ninguna volvió a tapar el bote, dejó el blanqueador dentro de la bolsa y cerró la cremallera.

Los viejos lo miraban fascinados. Habían olvidado la pregunta de Adonis cuando el hombre gordo volvió a sentarse en la silla y respondió.

—He venido a investigar la muerte de Irini Asimakopoulos.

El propietario volvió a apartar los ojos del lejano horizonte.

—¿Qué hay que investigar? —preguntó—. Se cayó por un precipicio, ¿no? Podría pasarle a cualquiera.

Entre risas, Thassis resopló dentro de la copa, pero el gordo no dijo nada.

—¿Y usted qué piensa? —preguntó entonces el propietario.

Adonis, un hombre astuto, sonrió.

—Cree que alguien la empujó —dijo.

—¿Quién la empujó? —dijo el propietario con sorna, e inmediatamente, con su desinhibida embriaguez, Thassis aportó una respuesta.

—¡Será la esposa de Theo Hatzistratis! —exclamó. Y volvió a reírse.

Nadie se sumó a la carcajada. Adonis le pegó un codazo y volvió los ojos hacia el puesto de verduras, donde una mujer se quejaba de la cantidad de orugas que contenían las coliflores.

—¿Pero qué he dicho? —preguntó Thassis.

En silencio, el propietario desapareció al fondo del café.

—¿Por qué iba a querer la mujer de Theo Hatzistratis empujar a la señora Asimakopoulos por un precipicio, Thassis? —preguntó el hombre gordo.

—¿Usted qué cree? —preguntó Thassis. Agachó la cabeza, con semblante repentinamente sensiblero—. Mujeres. Son todas iguales. Prefiero meter la mano en una bolsa de serpientes a confiar en una mujer.

—¿Insinúa que la señora Asimakopoulos tenía una relación con Theo Hatzistratis? —preguntó el hombre gordo a Adonis.

—Lo que digo es que les den por el culo a todas —dijo Adonis. Vació el vaso y lo dejó con fuerza en la mesa.

Durante un rato se hizo un silencio. Thassis empezó a tararear una melodía, una truculenta canción sobre un hombre condenado al amor por una chica infiel; su tarareo se hizo más fuerte hasta que estalló en canto firme, y luego recitó la letra a gritos con su vieja voz quebrada.

El hombre gordo entró en el local y pagó lo que debía. Cuando se despidió de los viejos no recibió respuesta.

## 2

Desde el mar, la isla de Thiminos aparentaba exactamente lo que era: pura roca, una gran roca, tan socavada por el agua marina del Egeo meridional que semejaba flotar libremente, elevándose y descendiendo con el oleaje. En general, las paredes del acantilado litoral eran escarpadas; allí donde las pendientes eran menos abruptas, éstas estaban formadas por arena fina y piedra. No había mucho más: unos cuantos pinos negros que arraigaban en las laderas formando ángulos improbables; raquíticos matorrales espinosos entre las rocas. Y aun así, de forma esporádica, el paisaje ocultaba una sorprendente nota de color: en una playa vacía, una minúscula capilla blanca en un jardín de plantas de hoja perenne con flores fucsias.

Era una isla sin belleza propia, pero en el contorno de sus costas, donde el mar abarcaba toda la gama de azules —turquesa y lapislázuli, zafiro, ultramarino y cobalto—, el agua y la luz solar la transformaban. Las rocas grises de la playa adquirían un brillo argénteo; había oro en el suelo mate de las laderas. No era oro, sino piritita de hierro. Ilusiones ópticas.

Sólo había una vía de entrada y salida: el mar. A cinco millas náuticas de distancia por cualquier ruta de navegación, hasta los grandes petroleros procedentes de los países productores árabes parecían microsiluetas desde las costas de la isla. De noche, sus luces distantes eran sartas de diamantes que se alejaban lentamente hacia el fin del mundo.

Un año antes de que el hombre gordo llegase a Thiminos, Andreas Asimakopoulos se preparó para ir a la mar.

—Con toda seguridad —dijo, mientras desamarraba el cabo grasiento del barco en el malecón—, el miércoles estaré de vuelta aquí contigo.

Irini lo agarró por el brazo y él le acarició la mejilla con los labios reseco; ya olía a pescado antes de soltar amarras.

—Cuídate —dijo Irini—. ¡Qué tengas buena pesca!

Irini lo observó hasta que el barco quedó fuera del alcance de la vista, al doblar el cabo; cuando desapareció del horizonte volvió a decirle adiós con la mano una vez más. En cuanto Andreas se marchaba, Irini empezaba a añorarlo; aquella ausencia intensificaba su soledad.

El martes por la noche se desató el temporal. Estaba sola en la cama, escuchando el viento que rasgaba las ramas de eucalipto al borde de la carretera y la lluvia que azotaba las ventanas. No le preocupaba la seguridad de su marido, pues sabía cuidarse muy bien. Le preocupaba que volasen las tejas y no hubiera nadie para repararlas; le preocupaba que un árbol cayese encima de la casa, y morir sola. A medianoche calentó un vaso de leche y lo endulzó con miel; recostada entre las almohadas (la suya y la de Andreas), se bebió la leche y se sumió en los sueños.



Al finalizar la noche se fue a dar un paseo por la carretera desierta hasta el mar. El viento soplaba todavía con más fuerza; las ramas trémulas de los eucaliptos de corteza pálida gemían como almas atormentadas mientras Irini pasaba por debajo.

Y el viento era frío. Le traspasaba la chaqueta y todas las capas de la ropa. Le roía los dedos y concentraba la sangre de la cara en la punta de la nariz, dejándole las mejillas lívidas y deshidratadas. Al llegar al frente marítimo, las olas estaban convulsas y cubiertas de espuma, incluso en el seno de la bahía con forma de media luna. A la derecha, donde la única playa era muy estrecha y la superficie de la carretera estaba a escasa altura sobre el nivel del mar, cada séptima ola fluía con cremosa suavidad por el pavimento hasta la fachada de la iglesia, y el pie del muro se había convertido en el destino final de los desechos marinos: tablas flotantes y plásticos, conchas, madejas de algas, botellas y latas oxidadas. En el punto donde debía parar el autobús se había formado un charco profundo en cuyo borde había una maraña de red de pesca amarillenta, apelmazada con arena y plumas blancas de calamar. Con la punta de la bota dio la vuelta a la red, liberando un cangrejo de lomo verde, que, asustado por la luz, se escabullía hacia el embate del mar.

El reloj de la iglesia dio las nueve. Las nubes amenazaban lluvia.

Irini sabía que él no vendría. En el malecón no había barcos. Más allá de los bajíos de la bahía, el mástil de un yate solitario se escoraba hacia babor y estribor como el péndulo de un metrónomo, mientras una esquina suelta de la vela plegada ondeaba al viento.

Bordeó la curva de la bahía de San Sabas por la carretera, contemplando la lengua de tierra en la bocana de la bahía, por si acaso aún venía; todavía era posible, y entonces tendría compañía esa noche. Las pocas casas pintadas de blanco tenían los postigos y las puertas cerrados de cara al mar, a un cabo de distancia de los amarraderos. En la terraza del hotel, una mujer barría lánguidamente las hojas húmedas que caían de un almendro; en el cobertizo de un gallinero destartado, un gallo se pavoneaba ante las gallinas trémulas.

Junto al varadero, la playa estaba atestada de barcos, veteranos retirados del mar para pasar el invierno. Las curvas de sus flancos parecían llanas y rígido el flujo de sus formas fuera de su elemento; la pintura estaba descolorida y resquebrajada, el barniz, despegado como un pellejo calloso. Los guijarros dispersos entre los cascos estaban manchados de gasolina y gasóleo usados.

La Semana Santa anterior habían discutido allí. La causa de la discusión era la misma de siempre: las promesas que él le hizo antes de casarse habían caído en el olvido. Le había dicho que irían a ver mundo; ahora, en cambio, Andreas ridiculizaba todos los planes que hacía Irini. Era su risa lo que la había irritado.

Delante del varadero acarició las cuadernas miniadas de un *caique* a medio construir. Los hombres trabajaban en el interior, amparados del frío; se oían fuertes

martillazos y el gemido de una sierra circular que cortaba tablones de cascós.

Los hombres trabajaban, así que habría fuego. Y, en efecto, detrás del taller el brasero se alimentaba con una alta pila de leña de pino fresca; a sotavento despedía un humo azulado, con olor dulce de savia. Irini acercó las palmas a las llamas, cerrando los ojos para protegerlos del humo, olfateando los gases limpios de brea caliente que emanaban de un cubo negro abollado al pie del brasero.

El gemido de la sierra dio paso al silencio; se oyó el ruido del cerrojo de la puerta del taller.

No quería hablar con ellos. Sabían que Andreas se había marchado. El más viejo, el de los dientes picados, tenía un peculiar sentido del humor, y el bajo, al que le faltaban dedos, se le insinuaba.

«Tú y yo —murmuraba el tipo—. Nadie se enterará; yo no soy de los que van por ahí piándolo todo. Lo pasaremos bien. Dime cuándo puedo ir».

Irini apartó las manos del brasero y siguió caminando.

La casa situada al final del camino era alta y otrora esplendorosa. La terraza, inmersa en el agua, estaba hecha de piedras extraídas del mar. En el dintel había un letrero pintado a mano: «Café Nikos». Al fondo de la terraza, lo más lejos posible del agua, había una sola mesa y cuatro sillas; en la mesa, bien abrigado con gruesa indumentaria, oculta la cara por la visera de una gorra de piel de borrego, estaba sentado un viejo.

Irini se le acercó sigilosamente, por si estaba dormido. Permaneció de pie, a su lado, y observó el lento movimiento ascendente de su respiración. Esperó, y luego le puso la mano en el hombro.

El hombre levantó la visera como la lenta apertura de un ojo.

—Tío Nikos —dijo—. *Kali mera*.

El viejo resopló y se limpió los mocos de la nariz.

—Pensaba que estabas dormido —dijo Irini—. Si quieres dormir, me voy.

—No digas ridiculeces —replicó el viejo—. Sólo un memo dormiría aquí fuera, con este frío. Maldito viento. Se me mete en los huesos. Siéntate, siéntate, Irinaki. Te he estado observando. Te he visto todo el camino.

—¿Qué has hecho con todas las mesas?

—Las he apilado al fondo, detrás de la esquina, al abrigo de la tormenta. Voy a buscarlas. —Apoyó las manos en los brazos de la silla, como si fuera a levantarse. Un músculo se tensó en su rostro con una mueca de dolor. Relajó las manos—. Bueno, más tarde —añadió—. Sigue soplando. Estoy demasiado viejo para andar sacando los muebles del mar.

—Estaba buscando a Andreas. No ha venido.

El hombre contempló el horizonte marino como un viejo lobo de mar, como un marinero curtido o un bregado pescador. No era nada de eso, pero le gustaba

interpretar ese papel.

—No —dijo el viejo—, hoy no. El mal tiempo va a seguir. Tres o cuatro días. No volverá antes del sábado.

Irini suspiró con tristeza.

—El mar nos tiene prisioneros todo el invierno —dijo Irini—. No hay manera de entrar ni salir.

—Siéntate un rato —le dijo el viejo, dándole una palmadita en la rodilla—. Voy a hacer café; y añadiré unas gotas de algo que nos proteja del frío.

—En el mío no —dijo Irini—. A Andreas no le gusta que beba.

—Bueno —replicó el viejo, sonriente—, ¿quién se lo va a decir? Cuando el gato no está, querida mía, el ratón puede hacer lo que le dé la gana.

El viejo se levantó de la silla y, arrastrando los pies con la prudencia del anciano achacoso, entró en la cocina enlosada.

No se dedicaba a ese negocio por dinero, sino por la compañía. Llamaba a su casa café, ponía sillas y mesas en la terraza, y servía bebidas a cualquiera que se sentase con él; pero en los días en que no tenía ganas de cotilleo ni de preparar café, y en los días en que pensaba que la pesca de *calamari* podía ir bien, el café cerraba.

Cada vez con mayor frecuencia, cuando los clientes encontraban la puerta de la cocina cerrada con llave y la casa en silencio, echaba la culpa a los *calamari*. Sin embargo, en el fondo sabía que se le acababa el tiempo. Por la noche, el dolor de estómago le impedía conciliar el sueño muy a menudo, sabotando su capacidad de lucha durante el día. Ésos también eran días en que «salía a pescar», encerrado en el dormitorio en la parte trasera de la casa, con las persianas cerradas, con una jarra de agua para beber y un orinal, durmiendo, soñando, recordando. Algunos días creía que nunca más se levantaría de aquella cama. En días mejores bebía antiácidos calcáreos directamente del frasco y daba gracias a Dios por el breve alivio. Pero había sangre en sus deposiciones y casi había perdido el apetito. Era un hombre amedrentado: temeroso de ir al médico, temeroso de morir solo por la noche, más temeroso aún de desvelar su padecimiento y su miedo.

Sirvió el café de la jarra y sacó del estante la botella de coñac. Pero el coñac no era su vicio, sino la botella azul medicinal de Leche de Magnesia que subrepticamente abrió y, volviéndose de espaldas a la terraza, bebió como un adicto.

Irini rodeó la taza con las manos para calentárselas, pero el café, refrescado por la leche y el coñac, no despedía calor. El viejo había añadido demasiado alcohol; le ardía en las mejillas y el estómago. La magia tuvo un efecto rápido. Al poco rato empezó a importarle menos la lobreguez de las vistas.

El viejo sacó un cigarro de la cajetilla y encendió una cerilla, amparándola del viento con la mano. Le temblaban las manos y la hinchazón de las articulaciones entorpecía sus movimientos, pero tenía muchos años de práctica. Inhaló el humo.

—Y bien —dijo el viejo, limpiándose la nariz con un dedo—, ¿has hablado con tu madre?

—El teléfono sigue estropeado. Fui a la oficina de la compañía para decírselo. Dos veces. Me dijeron que habían venido. Pero no vinieron.

—Porque son perezosos. —Tiró la ceniza en la terraza de piedra húmeda—. Vete otra vez. Hasta que se harten de ti.

—No servirá de nada. Por mí no van a venir. No trabajan para los extranjeros. Ya irá Andreas cuando vuelva a casa. —Contempló el cabo y los bancos de nubes que ocultaban el continente—. Si despejase un poco, podríamos ver nuestro pueblo desde aquí. Yo lo veo a veces.

El viejo tiró la colilla en un charco junto a su silla, observando el papel que cambiaba de blanco a gris a medida que se empapaba de agua. Irini tenía los ojos húmedos. El viejo creía que se debía al viento, que se los irritaba.

—Te equivocas —dijo el viejo—. Nuestro pueblo está quince millas más arriba en la costa. —Irini aplastó la colilla del viejo con el pie—. Deberías llamar a tu madre. Estará preocupada. Llámala desde un teléfono público, si es que funcionan.

—Ya no se preocupa tanto, ahora que no dependo de ella.

—Te echa de menos. Igual que tú echas de menos a Andreas.

—Cuando él se va, no tengo nada que hacer.

—Algunas mujeres —dijo el viejo— se alegrarían de tener la libertad de un marido ausente. No tienen que cocinar, ni camisas que lavar. Les queda tiempo para pasear y para charlar conmigo.

—Cuando llegaste aquí, Tío, ¿por qué te quedaste?

—Muy sencillo. Me enamoré de tu tía. Y de este lugar. Mira eso. —Señaló con el brazo toda la extensión de la bahía—. Mira qué belleza. Y escucha. —Las olas rompían en el malecón; al otro lado de la bahía, las velas sueltas de los yates batían el mástil con el viento—. Silencio. No hay tráfico. No hay muchedumbres. Sólo paz y tranquilidad. El secreto de una vida feliz. ¿Qué más se puede pedir?

—Vida —respondió ella—. Emoción.

—La emoción está muy sobrevalorada —dijo él—. No es para mí.

—Pues un cambio de aires. Atenas. Australia.

Con un gesto, el viejo desdeñó ambas cosas.

—Olvida todo eso —dijo—. Expúlsalo de tu mente. Él se casó con otra persona. Tu vida está aquí, ahora. Andreas no es de esas personas que viajan.

—Él me dijo que sí. Me dijo que me llevaría a donde yo quisiera.

—Los hombres dicen toda clase de cosas cuando están enamorados. Ahora tu vida está aquí.

—Para ti es fácil decirlo. Tú has viajado a todas partes. Has visto mundo.

—Viajaba por mi trabajo. —Venezuela, Costa Rica, Brasil—. Era duro estar fuera.

Las mujeres, todas aquellas mujeres guapas y dispuestas a todo. Fue duro el regreso.

Sacó otro cigarro de la cajetilla. Irini se levantó y llevó las dos tazas al interior de

la casa mientras el viejo recordaba. Por las noches jugaba al póquer en bares decadentes, llenos de humo, donde el ron era barato y las putas de labios rojos ponían música salsa en la gramola. Y tanto si tenía buenas cartas como si no, tanto si le sonreía la suerte como si no, siempre se guardaba bastante dinero en el bolsillo para llevarse alguna chica a su habitación. Lo hacían durante toda la noche; aquellas chicas latinas lamían y mamaban y cabalgaban, hasta que salía el sol y lo único que él quería era dormir. No fingían, como todas las putas griegas que sólo lo hacían por dinero. Las griegas estaban demasiado inhibidas; tenían demasiada religión. A las latinas les encantaba follar. Con una estuvo durante cierto tiempo: Flora, con aquella cintura diminuta y las caderas macizas, que pedían caña. Y la noche en que se despidió de ella, la chica llevó también a su hermana, para que fuera memorable. ¡Memorable! Le ataron a la cama y le obligaron a mirarlas a las dos juntas, mientras se desabrochaban mutuamente las blusas, se besaban las tetas, jugueteaban con los coños —¡hermanas, por el amor de Dios!—, hasta que les imploró que vinieran con él. Y lo dejaron atado y lo montaron toda la noche, turnándose para deslizarse sobre él, tomándose el tiempo necesario para conseguir lo que querían, hasta que estaba tan dolorido que les imploró que parasen. A la mañana siguiente tenía sus partes tan inflamadas que apenas podía caminar; tuvo que pedir un taxi para ir a la estación de tren. Y el taxista, que conocía a las chicas de las que le hablaba, le dio una palmada en la espalda, mostrando una risueña conmiseración por sus molestias, y le dijo que era bueno que se marchase de la ciudad, porque ningún hombre vivo podía resistir dos noches con ese par.

Sintió una placentera hinchazón en los pantalones; si Irini no estuviese allí, se habría ido a la cama a machacársela un rato, a ver si conseguía algo. Pero ella estaba presente, y había vuelto a sentarse a su lado. Evocaría el recuerdo cuando se marchase.

—Era duro estar lejos —dijo—. Es el sacrificio que hacen algunos hombres para alimentar a sus familias.

—A lo mejor el matrimonio no es para todo el mundo —dijo ella—. A lo mejor no todo el mundo está hecho para permanecer en un solo lugar. Sé lo que piensas, Tío. Crees que estoy locamente enamorada de Thomas. Madre piensa lo mismo. Pero no es así; nunca estuve enamorada de él. Se marchó hace demasiado tiempo. No es eso, sino todas aquellas postales, las ciudades, las playas y el interior de Australia, todos esos lugares que vio, todas las cosas que hizo. Yo también quiero ir allí. Seguramente no para toda la vida, pero quiero verlo con mis propios ojos. Tú crees que nadie debe tener sueños. Andreas dice lo mismo. A veces me pregunto qué habría sido de mi vida si no me hubiera casado con Andreas.

—¿Qué sentido tiene preguntarse eso? —dijo el viejo—. No deberías pensar así. Seguimos el camino que seguimos. Y lo hacemos lo mejor posible. No sirve de nada preguntarse adónde nos habría llevado el camino descartado. De todos modos, todas las mujeres se casan. Cuando llegue el primer bebé verás que tenía razón. En la vida,

la alegría de una mujer está en su familia.

—Los bebés te atan a la casa para siempre —dijo ella.

—Te sorprenderá —dijo él—. Descubrirás que no hay ningún otro lugar adonde quieras ir.

Irini se mordisqueó la punta de una uña. No había nada más que decir: el precio de las naranjas, la amante del primer ministro, la muerte repentina del cartero eran temas ya agotados entre los dos varios días atrás. Pero a ella, como no tenía ningún otro lugar adonde ir, no le apetecía marchar; y él, como no tenía otra compañía, prefería que se quedase. De modo que se quedó.

—¿Te cuento lo que soñé anoche? A lo mejor puedes decirme lo que significa.

Anticipándose a ese momento, el viejo se inclinó hacia adelante en la silla. Cruzó los dedos, formando un triángulo con los índices. Se había ganado cierta fama como estudioso de los sueños, como intérprete de sus significados y advertencias. Era, según decía, una habilidad que había adquirido en sus viajes. Pero su talento no radicaba en la lectura de los sueños, sino en convencer a los crédulos de que tenía esa capacidad. No poseía ningún conocimiento especial, al margen de la lectura de textos populares de psicología y las interpretaciones recogidas de algunas ancianas: soñar con un pez era señal de mala suerte, soñar con cangrejos significaba un cortejo difícil, soñar con lagartos anunciaba una puñalada enemiga en la espalda. Su reputación de vidente alimentaba su voyeurismo y el ansia de cotilleo; de este modo, siempre tenía una cosecha fresca de todos los problemas de la isla. Sin embargo, con el tiempo, esta costumbre indirecta —su interés por los escarceos nocturnos de sus vecinos, su larga experiencia vital y el conocimiento de lo que ocurría con sus soñadores— le había infundido cierta perspicacia. En dos ocasiones comprendió que los soñadores habían pronosticado sus propias muertes cercanas. Y él guardó silencio; el tiempo le había dado la razón. Y conocía los símbolos de traición e infidelidad: besos y ladrones, abandono y premonición. Raras veces eran directas sus observaciones. No todo el mundo quiere oír la verdad. Pero él podía, a veces, verter algo de veneno en un oído mientras rellenaba la copa de ouzo, o soltar una pista lóbrega mientras retiraba un cenicero. A buen entendedor, pocas palabras bastan. El obstinado siempre podía aferrarse a su posición.

—Soñé —empezó Irini— que estaba sentada en un sillón maravillosamente cómodo. Era el sillón más cómodo en que me había sentado nunca. Era como si estuviese hecho para mí; me sentía feliz allí sentada. —Se movió en la silla de madera con asiento de mimbre—. Por cierto, Tío, estas sillas no son muy cómodas. Son demasiado duras para permanecer mucho tiempo sentado. Debería comprar otras nuevas.

—¡Pero si ése es precisamente mi toque maestro! —exclamó el viejo, señalando el cielo con un dedo triunfante—. A lo largo de los años he pensado mucho en esto, he pensado mucho, créeme. —Dio un puñetazo en la mesa salpicada de agua de lluvia—. ¡Piénsalo un poco! Querida, piensa en la gente que vive aquí, la gente que

viene a mi café improvisado. Se cuentan, por naturaleza, entre las personas más perezosas del mundo. No son como los demás, ni siquiera como otras islas griegas, y desde luego no como otras nacionalidades, los alemanes, digamos, o los japoneses. Aquí se quedan sentados durante horas y horas con una sola taza de café, contándote lo mucho que han trabajado y lo cansados que están. Cuando llueve no van a trabajar; ni siquiera los niños van a la escuela si llueve. Un trabajo que ocuparía diez minutos a un alemán a esta gente le lleva un día y medio.

»Pues bien, imagina lo que ocurriría si la silla en la que estás sentada fuera cómoda. No tienes nada más que hacer hoy. Te quedarías en la silla y seguramente no te marcharías nunca. ¡Te estaría sirviendo cafés todo el día! Más adelante, me pedirías mantas y una almohada, ¡y dormirías ahí sentada! Cuando George, el conductor de autobús, entrase a tomarse una cerveza, se sentaría, se acomodaría, ¡y decidiría no volver a salir con el autobús en el resto del día! ¡Athimos, el fontanero, haría lo mismo! Ya no habría más transporte público en esta isla; ¡y los desagües permanecerían para siempre obstruidos! Así que a mí, en un momento de lucidez, se me ocurrió esta idea. Compré e instalé en mi café las sillas más incómodas que pude encontrar. No fue difícil; a los griegos se nos da bien fabricar sillas incómodas. Y si te fijas, verás que ninguna de estas sillas escogidas tiene cuatro patas de la misma longitud. Se desequilibran un poco, de modo que uno nunca llega a relajarse bastante. Al cabo de media hora, la espalda se entumece. La gente se levanta para aliviar la molestia, y, por las mismas, una vez que está de pie, no le cuesta tanto seguir con sus asuntos. Es una estrategia bien pensada que hasta ahora nunca ha fallado. Es perfecta para alejar tanto a los pelmas como a los borrachos. Es una estrategia tan inteligente que escribí al gobierno para sugerir una prohibición nacional de las sillas cómodas de todo tipo. ¡Imagínate cuánto mejoraría la productividad! ¡La industria griega lideraría el mundo! Pero, a decir verdad, todavía no han contestado. Probablemente algún político ambicioso me habrá robado la idea y la venderá como propia para trepar en su carrera.

Se hizo un breve silencio.

—No me extraña —dijo Irini sonriéndole.

El viejo sonrió y encendió otro cigarro.

—En fin —continuó Irini—. Pues eso, estaba sentada en mi cómodo sillón, en un lugar que conocía, quizá la cocina de nuestra casa. Pero no había ningún otro mueble. Entonces alcé la vista y vi a una mujer sentada justo frente a mí. Estaba sentada en una silla de madera, de esas que nunca tienen cuatro patas de la misma longitud. Y muy incómoda.

—Igual que éstas —interrumpió él.

—Sí, justo igual que éstas. Y era... era la mujer más guapa que te puedas imaginar. No era joven, aunque no tenía arrugas en la cara, ni siquiera al sonreír. La piel era lisa como la porcelana, y rebosante de salud, con un toque dorado, como si la hubiera besado el sol. El pelo era rubio escandinavo, entrelazado de hermosas flores.

Y la cara... Los labios eran carnosos como los de una joven, y los ojos cautivadores, fascinantes... Era una cara preciosa. En el antebrazo llevaba una pulsera enroscada, una serpiente de plata con ojos de gemas, y era tan hermosa que yo no podía parar de mirarla. Quería su pelo y su pulsera. Y quería ser como ella. No, algo más que eso. Quería ser ella.

»Y sabía que ella estaba sentada en la silla mala. No me dijo nada, pero yo sabía que debíamos cambiar de asiento. Yo no quería. Quería quedarme en mi silla maravillosa, pero sabía que debía cedérsela a ella. Así que me levanté del mullido sillón y ella se sentó allí, y yo me senté en la silla incómoda. Luego me sonrió y señaló mis pies. Había allí un paquete en el que no me había fijado, algún tipo de regalo en una caja, con una preciosa envoltura de celofán y lazos, y supe que era para mí.

Irini permaneció en silencio, recordando.

—¿Abriste el paquete? —preguntó Nikos.

—No.

—Si quieres el consejo de un viejo —dijo Nikos inclinándose hacia adelante—, Irinaki, no lo abras.

Permanecieron sentados un rato, en silencio, cada vez con más frío.

—Los sueños de Afrodita son siempre peligrosos —dijo el viejo—. Sobre todo para las mujeres casadas.

—¿Afrodita?

—¿Quién iba a ser, si no? Escúchame, Irini. Hablo muy en serio. Debes evitar a toda costa el regalo del Amor que te trajo Afrodita. Acabará en desengaño. Ama a tu marido. Es un buen hombre.

—Sí, es un buen hombre —reconoció Irini. ¿Pero amor? Miró a lo lejos, reflexionando: ¿era el afecto un sustituto adecuado, o sólo una pálida forma de una emoción únicamente valiosa en su estado más profundo?—. De todos modos —añadió—, la senectud te está volviendo supersticioso. Los dioses no existen.

—¿Por qué estás tan segura? Mira. —Señaló las laderas de la montaña y el mar abierto—. Éste es su territorio. No están muy lejos. Dicen que la gente que dejó de creer en ellos cesó de existir. Pero estas vistas son las mismas que había cuando Jasón construyó el *Argo* y el Minotauro devoraba vírgenes en el laberinto. Han pasado dos mil años y nada ha cambiado; ¡y no creas que han desaparecido! La ortodoxia no es más que una fachada, un barniz. Si lo miras bien, si lo miras de verdad —señaló al centro de su frente—, con este ojo, entonces empezarás a ver. Están aquí. Nos miran. Y se entrometen en nuestras vidas. —El viejo sintió un pinchazo de dolor en el interior del estómago, como si un dedo rencoroso hubiera encontrado y hurgado el centro de su enfermedad. Luego continuó—: Siguen jugando con nosotros.

Y siguen sin jugar limpiamente. El cristianismo exige una vida de buena



conducta, pero hay una clara recompensa al final. Por eso fue tan fácil convencer a los antiguos de que abandonasen a Zeus y a toda su familia corrupta en favor del israelita. Los antiguos dioses son interesados y vengativos. Salvo en raras ocasiones. A veces, cuando las fechorías eran muy malas, el viejo Zeus se enmendaba. A veces, hacía lo correcto. Era propio de él.

—No deberías hablar así —le interrumpió Irini—. Mamá pensaría que intentas inducirme al paganismo. Ahora somos cristianos.

—Sí, ¿pero por qué? —insistió él—. ¿Por qué cambiamos de filiación? Te diré por qué. Por pura tranquilidad. Con Cristo uno sabe adónde va. Llevar una vida buena y honrada es comprar la entrada del paraíso. A los dioses antiguos les daba celos la virtud. Y más aún la felicidad. No les gustaba ver felices a los simples mortales. Si uno era demasiado feliz, violaban a su mujer o mataban a sus rebaños o le hundían los barcos. No es de extrañar que se alejasen de aquellos dioses. Aunque los dioses no se fueron muy lejos.

—Pero si están aquí —dijo Irini—, ¿por qué motivo no los vemos? Había tantos... La gente se cruzaba con ellos todo el tiempo en la antigüedad. Yo nunca me he encontrado con ninguno dios.

—A lo mejor viste a uno en tu sueño de anoche —dijo el viejo—. Y si te topases alguno en la calle, supongo que tendría un aspecto corriente. No iba a llevar luces brillantes y halos, con un séquito de ángeles, ¿verdad? Eso lo dejan para la oposición. Ellos son más cautos. Discretos. Tímidos.

El reloj de la iglesia dio las diez. Irini cerró los ojos y, flexionando las articulaciones de los dedos, entumecidas por el frío, volvió la vista al cielo como si el sol fuera a calentarlo. Delante del hotel, dos hombres charlaban con la mujer de allí, y, mientras hablaban, la mujer continuaba barriendo, moviendo la escoba adelante y atrás, impulsada por la costumbre. Cuando el más alto inclinó hacia atrás la cabeza fue un momento antes de que el viento trajese su carcajada hasta la mesa donde se encontraban, de modo que el hombre y su risa parecían desconectados; y, aunque Irini desdeñaba la extraña defensa que hacía su tío de aquellas deidades muertas mucho tiempo atrás, al menos parecía posible que alguien distinto del hombre que veía a lo lejos se hubiera reído, alguien que estaba de pie, invisible, al lado de su silla.

Se estremeció. Los dos hombres se estaban encaminando hacia allí.

—Tenemos compañía —dijo el viejo, entrecerrando los ojos para enfocar mejor la vista—. Nuestra respetable policía, trabajando duro.

—Tengo que marcharme —dijo Irini, levantándose.

—Irini. —Le agarró la mano y la sostuvo entre las suyas. La piel del viejo era pálida entre los huesos y resaltaba todas las venas—. Un favor, querida. Ve por mí al cementerio, y llévale a tu tía unas flores. Yo no puedo ir. Mis piernas viejas no pueden caminar hasta allí. —Le soltó la mano y hurgó en los bolsillos del pantalón—. Amarillas. El amarillo era su color favorito.

—La última vez me dijiste que era el rosa.

—¿Ah sí? Bueno. Como bien dices, a todos nos gusta cambiar. —Le ofreció un billete de escaso valor.

—Deberías ir tú también alguna vez —dijo Irini. Miró el billete. Su madre decía que el viejo escondía una fortuna en la chimenea—. Podrías coger un taxi.

—¡Bah! —Se pellizcó la lengua como si extrajese un pelo tragado, luego se volvió en la silla y escupió—. Un derroche de dinero ganado con el sudor de la frente. Te sentará bien caminar. Y llama a tu madre. No te olvides. Salúdala de mi parte.

—¿Por qué no la llamas tú? —Empujó la silla por debajo de la mesa y guardó el billete—. También le gustaría tener noticias tuyas.

—La llamaría si pudiera —dijo—. Sabes que lo haría, pero llevo ya un mes esperando a que vengan a arreglarme el teléfono.

Panayiotis Zafiridis, recientemente instalado en la isla como comisario, creía en el poder de las primeras impresiones. Le encantaba impresionar a las damas; así lo indicaban la nueva chaqueta de cuero, la raya marcada de los pantalones, el pelo rapado y alisado. Stellios Lizardis, su agente, creía en el poder de la publicidad. Se apretaba el cinturón de los pantalones en un punto alto de la cintura para elevar y marcar los genitales. Al cruzarse con Irini por el camino hablaron respetuosamente —*Yassas*—, pero unos pasos más adelante, el comisario se detuvo y se volvió para hacer una evaluación exhaustiva.

La peineta que sostenía el pelo de Irini se había descolocado, y el pelo negro lustroso ocultaba coquetamente un ojo oscuro. El comisario examinó el lento vaivén de las caderas generosas, y se relamió los labios.

—Mira eso —dijo—. Está para...

Lizardis levantó la mano.

—No diga eso aquí. Es la sobrina del viejo. —Señaló con la cabeza la casa de Nikos, donde, con el viento a favor y la fuerza amplificadora del agua, Nikos podía oír sus palabras.

Habían llegado al varadero. Dentro del taller, todo era silencio.

—Podría presentárnosla —dijo el comisario.

—Está casada.

—Me gustan casadas. Requieren menos tiempo.

Lizardis era ambicioso. Le gustaba impresionar al recién llegado con su conocimiento de la zona.

—Puedo hablarle de ella —dijo—. Cuando esa mujer vivía todavía en el continente, el hermano de un amigo de mi hermano la conocía. Conocía muy bien a su familia.

El comisario cogió a Lizardis por el brazo y lo arrastró detrás de los flancos de un barco varado.

—Aquí nadie nos oirá —dijo—. ¿Hasta qué punto la conocía ese tío?

Lizardis se encogió de hombros.

—En el Servicio Militar lo destinaron cerca del pueblo de esa mujer. Estaba emparentado con la familia, así que iba de visita de vez en cuando. Una vez intentó ligársela. Pero no consiguió nada.

—Por falta de tacto, seguro —dijo el comisario—. Una mujer así quiere que la traten con cuidado.

Lizardis negó con la cabeza.

—No fue eso. Estaba comprometida con otra persona. Al menos hubo cierto entendimiento entre los dos. No sé si llegaron a darse los anillos. Pero la familia no estaba contenta: el novio tenía sangre gitana por parte materna. Se marchó a hacer fortuna en Australia. Según decían, la familia de la chica le pagó el billete para quitárselo de encima. Se ausentó durante mucho tiempo, varios años, mientras ella estaba en casa, esperando la llamada para ir a reunirse con él. Pero cuando llegó la llamada, era de la hermana del tipo, para decir que se iba a casar con otra persona. Bueno, a ella no se lo dijeron, claro, pero la familia estaba loca de contenta, porque esta vez tenían preparado a un pretendiente adecuado, alguien a quien ella no había visto siquiera. De modo que cuando supieron que el gitano quedaba descartado, directamente presentaron sus respetos al novio en lista de espera. Estaban todos preparados para ir al sacerdote a correr las amonestaciones. Felices para siempre.

—¿El novio en lista de espera? ¿Te refieres al tipo con el que está casada ahora?

Lizardis negó con la cabeza.

—La cosa se complicó. No sé si será cierto, pero corrían rumores de que el gitano y ella habían sido algo más que amigos antes de que él se marchase.

—¿Quieres decir que se la tiraba?

—Eso decía la gente. Así que el pretendiente de la familia se echó atrás. Mercancía estropeada. La habían dejado plantada y ya no era ninguna jovencita. Se celebró una gran reunión familiar, y eligieron a Asimakopoulos, que estaba en busca de esposa. El viejo Nikos lo presentó a la familia.

—Entonces esa boda no se hizo lo que se dice en el paraíso, ¿eh? —La voz del comisario sonaba esperanzada.

—Es un tipo honrado.

—Pero ella andaba por ahí, ¿no? Y si le gustan los gitanos, a lo mejor le hierve la sangre, a la espera de que llegue el hombre ardiente adecuado...

La cara de Lizardis expresaba dudas.

—Él no era de sangre puramente gitana —dijo—. La sangre gitana estaba varias generaciones atrás. Y el hermano del amigo de mi hermano no consiguió nada de ella salvo un sopapo.

—Aun así —dijo el comisario dando una palmada en la espalda a Lizardis—, por algo se empieza, ¿no?

Cruzaron la playa y se dirigieron al café, donde Nikos estaba sentado, esperando,

en su mesa.

—Comisario —dijo Nikos—, buenos días. Y Stellios, ¿cómo estás?

Nikos desplegó una amplia sonrisa. El comisario siempre era bienvenido en el café de Nikos; Nikos tenía un interés especial en él. Había observado en Zafiridis una tensión, y una vigilancia, que no se explicaba por su reciente llegada al puesto y a la zona. El comisario, sospechaba Nikos, no era lo que aparentaba: era un hombre que ocultaba algo, algún secreto que no quería revelar. Veía ahí un desafío interesante; si actuaba con cautela, ganándose poco a poco su confianza, el comisario podía cometer algún desliz. Un hombre con secretos —un hombre que mentía— era siempre vulnerable al error; un hombre con secretos que ocupaba un alto cargo era una paloma lista para desplumar.

Nikos les ofreció la mejor de sus sillas inestables. Zafiridis apartó la silla de la mesa y se sentó con las piernas cruzadas. Encima del calcetín corto de color beige, la carne de la pantorrilla era pálida, con escasos pelos oscuros; entre ellos se dibujaba el extremo de una vena inflamada y varicosa.

El viento esparció la ceniza del cigarro de Nikos; como piel escamada, se posó en los muslos de Zafiridis.

—¿Quién era esa hermosa joven que nos cruzamos, Nikos? —preguntó el comisario, sacudiéndose la ceniza.

Su compañero le dio una patada por debajo de la mesa.

—¿Se refiere a mi sobrina Irini? —dijo Nikos, con indiferencia—. ¿Es guapa, verdad? Está casada con mi buen amigo Andreas Asimakopoulos, un pescador. Tienen una casa allá arriba. —Señaló con el pulgar—. Pero ¿y su familia, comisario? La última vez que nos vimos me dijo que su mujer vendría pronto aquí con usted. ¿No ha llegado todavía?

Observó la mano derecha de Zafiridis y confirmó lo que había advertido antes: no llevaba ningún anillo en el dedo corazón.

—No le gusta viajar cuando hace mal tiempo —dijo Zafiridis.

—La echará de menos —dijo Nikos—. Y dígame, ¿ha probado ya alguno de nuestros manjares típicos?

Había un dejo malicioso en su voz. El policía lo miró con ojos gélidos.

—Ya verá que nuestras ostras son muy buenas —dijo Nikos—. Le diré a Andreas que le lleve unas pocas cuando vuelva.

—En esa profesión, su amigo se ausentará mucho tiempo —dijo Zafiridis—. Su sobrina debe de sentirse muy sola.

—Me tiene a mí. Nos hacemos compañía mutuamente.

—Discúlpeme, Nikos, pero un tío no es lo mismo que un marido.

—Me conmueve su preocupación por el bienestar de mi sobrina, comisario. ¿Le da miedo que alguien la acose al volver a casa? ¿O acaso su interés es más... personal?

Lizardis se aclaró la voz. La fina boca del comisario se dobló, como una vara,

formando una sonrisa nada cálida.

—Sólo cumplo con mi trabajo, Nikos —dijo—. Mi trabajo consiste en proteger a la gente.

—Bueno —dijo Nikos, mostrando los dientes en una sonrisa no menos fría—, ni se le pase por la cabeza ofrecer su protección a mi sobrina. Me insultaría. En cualquier caso, es una chica respetable, y no corruptible por usted.

—Qué opinión tan baja tiene usted de mí, Nikos —dijo el comisario entre risas—. Y qué elevada opinión de las mujeres. Usted y yo sabemos que aquí dentro —dijo, golpeándose con un dedo el lugar donde debiera estar el corazón—, aquí dentro, todas son unas putas. Todas están abiertas a la oferta del mejor postor. Bueno, ¿y qué tal si ahora nos trae un café?

En la casa, Irini estaba sola. La luz diurna decaía poco a poco hacia un temprano declive. La alondra que tenía Andreas por la dulzura de su canto parecía apática en su diminuta jaula de bambú. Irini le rellenó el comedero de semillas finas, y movió los dedos a través de los barrotes para animar al ave a comer; pero la alondra apartó la cabeza y permaneció inmóvil en su percha.

Irini se sentó en la ventana y observó una araña que tejía su tela bajo el alféizar. Luego presenció el forcejeo de una polilla enganchada en la telaraña. Arrancó el musgo del tejado del cobertizo, y barrió las hojas de geranio dispersas de las escaleras del patio. Recogió y ató un ramillete de salvia, y preparó una infusión con ella; pero en la taza nadaban mitos ahogados, y tiró la salvia. Pensó en Andreas, y si estaría a cubierto de la lluvia; pensó en Nikos, y si estaría al amparo del frío.

Al anochecer, bajo los tenues sonidos domésticos —el tintineo de una taza guardada, el vivo aplauso de un programa concurso, el goteo del agua en el fregadero — se intensificó el silencio. El silencio, día tras día, se hacía cada vez más perceptible, y ya casi era de día cuando comprendía la paradoja: que este silencio no era silencio, sino el sonido creciente del vacío.

### 3

*Cada vez que se va, mi mujer me avisa —«Theo, me voy»— como si yo quisiera saberlo. Se lo toma con calma, pero luego, a pesar de todo, siempre se olvida de mis cigarrillos, o de cualquier otra cosa, así que tiene que volver a salir, y se queja, y me pide que la lleve en la camioneta. Y yo le digo: Te sentará bien andar, y a ella le entran ganas de decir: Bueno, pues entonces vete tú, pero no se atreve. Y por la ventana la veo bajar por el camino, y tímidamente pone esa cara de fingimiento para que yo sepa que sufre, que sufre por mí.*

*Que le resulta duro, dice, vivir aquí. Es duro para todo el mundo, digo yo.*

*Pero no se nota.*

*Como la memoria, malva y peligrosa, la imaginación distorsiona la verdad, así que tú, el viajero, evocas lo que deseas ver. Éste es tu pueblo: un grupo de casas encaladas, iluminadas con geranios deslumbrantes, enclavado en la majestuosa ladera frente a un mar azul reluciente.*

*No. Vive aquí, y aprende. La verdad, y las consecuencias. Aquí está mi pueblo, en lo alto de la montaña, expuesto a los elementos, traigan lo que traigan. Para burlar a los maleantes de hace siglos, su emplazamiento era perfecto, pero ha pasado el tiempo, y el camino sigue siendo tan difícil que cada ida y venida es un viaje. La maraña de hermosas calles adoquinadas que te lleva a explorar —¿Adónde llevará esto? ¿Por aquí o por allá?— hace el trayecto muy cansado para las piernas viejas y las mujeres cargadas con pesadas bolsas de la compra. Y en estas casas pintorescas tan apiñadas tienes siempre a los vecinos delante de tus narices —más te vale tener bien limpias las narices—, y las grietas y fisuras de los viejos muros de piedra son refugios ideales para toda clase de bichos. Por la noche, nos dormimos al son de las carreras de los escarabajos y el figoneo de las ratas.*

Thodoris Hatzistratis —Theo— había nacido en esta isla, y quería morir aquí. Su padre, y el padre de su padre, y el padre de su padre de su padre, todos habían nacido aquí, y, con el instinto de los campesinos de poca monta, todos se casaron con chicas isleñas y mantuvieron un linaje puro, como el ganado. A todos los enterraban, uno tras otro, en la misma parcela del cementerio; todos la ocupaban durante el tiempo prescrito por la religión ortodoxa —siete años, o diez—, y después, los huesos, descarnados por las criaturas que se ocupan de nuestra descomposición, eran exhumados, y yacían en el osario saturado, donde se apilaban las tibias y los peronés con sus padres, y madres, y hermanas, y esposas, tan juntos en la muerte como en la vida.

Conocer el lugar de su tumba desde la más tierna infancia tiene un efecto en el hombre. Depositar flores en el terreno donde un día también él yacerá le hace fatalista, pesimista. La ambición y las ideas vitalistas se atrofian; al fin y al cabo,

¿qué sentido tienen? El sentido de la vida, en esta isla, siempre ha sido claramente visible allá arriba, en la ladera. Al levantar la vista de las tareas cotidianas o del juego se divisaban los altos muros blancos del cementerio, donde el panteón familiar aguardaba la llegada de los cadáveres de todos los vecinos. Todos sabían exactamente adónde les llevaba la vida; toda la comida, la bebida, la fornicación, las inquietudes, el trabajo, el deseo de que las cosas fuesen diferentes, el deseo de que hubiera algo más, sólo eran pasos por ese estrecho camino. Todos viajaban juntos hacia las puertas del cementerio.

Habían transcurrido varios años desde que desenterraron al bisabuelo. Hoy el Abuelo iba a ocupar su lugar.

El Abuelo yacía, rígido y frío, en su ataúd de pino sobre la mesa del salón. El ataúd, de un tamaño estándar de la funeraria, le venía largo; sobresalía por los extremos de la mesa, y los dolientes, al entrar y salir, resquebrajaban la puerta al golpearla con los pies del féretro. Habían trasladado al salón todas las sillas de la casa, con los respaldos contra la pared, bajo los iconos dorados; las mujeres, con los ojos encarnados de tanto llorar y por la falta de sueño, permanecían sentadas en el mismo sitio donde habían pasado toda la noche, encendiendo largas candelas marrones, apagándolas cuando se consumían, velando por que el Diablo no viniera a robar el alma del Abuelo.

Al verlo allí tendido, a Theo se le partió el corazón.

Se inclinó para besar al viejo en la frente. La piel que rozaron sus labios estaba reseca, e icterica como la piel de los pollos alimentados con maíz. Las líneas de expresión de la cara del Abuelo se habían disuelto, y sus arrugas —que en vida eran suficientemente profundas para sujetar una cerilla— ya no estaban: su cutis había recuperado la textura juvenil. Las mujeres lo habían adecentado, mucho más de lo que solía estar en sus últimos años; lo habían afeitado, le habían limpiado y cortado las uñas, y le habían puesto el traje, su traje de boda (no tenía otro, pero con el tiempo su esqueleto había encogido, y las mangas de la chaqueta le cubrían las manos artríticas casi hasta las yemas de los dedos). Llevaba una camisa blanca, comprada aquella misma mañana para la ocasión; habían planchado las marcas de los alfileres —el dulce olor del almidón planchado se mezclaba con el humo de las velas—, y el cuello, completamente abotonado, rodeaba el pescuezo con holgura.

Una mosca gorda bordeaba las narinas.

Las mujeres —su madre y la Tía Maria, la Tía Anna y la pobre Tía Sofia— lo miraban en silencio. Elpida, la esposa de Theo, bostezaba. Él le había pedido que no se pusiera esa falda; no le tapaba las rodillas. Theo se abrió paso junto a ella hasta donde estaba sentada su abuela junto al Abuelo. Estrechó las manos de su abuela, le rozó levemente la cara con la suya, a izquierda y derecha; sintió fría en sus mejillas la humedad de las lágrimas que ella derramaba.

—Theo —le susurró su abuela—. *Theo mou, agapi mou.* —No estaba seguro de si se refería a él o al Abuelo. Lo habían bautizado con el nombre de su abuelo; ahora

era la viva memoria del paso del Abuelo por la Tierra.

—Que su recuerdo sea eterno —dijo Theo—. Ahora está con los santos, Abuela.

Se oían voces en la calle. La Tía Sofia levantó las cortinas de ganchillo y se asomó por la ventana que tenía a sus espaldas.

—Está aquí el sacerdote —dijo.

Las mujeres empezaron a gemir.

En la cocina, Pappa Philippos preparaba las herramientas de su oficio. Era un hombre alto, encorvado, con la cara descarnada y los ojos pálidos embutidos en cuencas huecas, sombrías. Los niños le tenían miedo; si los sorprendía en alguna jugarreta, les pellizcaba con los dedos huesudos. Nunca se había casado; le había defraudado el amor. Con los años, la decepción había recubierto como la hiedra todo su ser.

—Mi más sincero pésame, Theo —dijo el sacerdote. Su voz era lenta, y mórbida—. Tu abuelo era un buen hombre.

Colocó un ampuloso incensario en la repisa superior de la cocina, y al lado las cerillas, un cilindro de carbón y una cajita de incienso. Theo descorchó una botella de whisky escocés y la levantó hacia el sacerdote.

—¿Le apetece una copa, Padre?

—Sólo un trago corto, Theo. No me gusta beber cuando estoy de servicio.

En una bandejita cubierta con un paño bordado, las mujeres habían dispuesto hileras de vasos de whisky disparejos, traídos de otras casas, prestados por los vecinos. Theo sirvió un dedo de whisky en ambos vasos. Pappa Philippos encendió una cerilla y acercó la llama al carbón hasta que éste empezó a soltar chispas; luego colocó el carbón en el incensario. Después de escoger un trozo de incienso opaco de color marfil, lo sacó de la cajita, lo colocó con cuidado sobre el carbón caliente y bajó la tapa del incensario. Por los huecos afilegranados se filtró un humo denso con olor a rosa.

Pappa Philippos se bebió el whisky y, recogiendo las cadenas tintineantes del quemador, practicó el movimiento ritual de vaivén. Cerró los ojos un instante, susurrando unas palabras a modo de ensayo —«Santo Dios, Fuerza Sagrada, el Sagrado Inmortal, ten piedad de nosotros»—; luego, abriendo la puerta del salón, inició el canto lastimero del funeral por Todos los Difuntos.

Los hombres se congregaron en el exterior. Fumaban, bebían whisky, no sabían qué decir. El padre de Theo, Michaelis, estaba apoyado con el Tío Janis en el muro de la casa, ambos abrazados, con la barba de luto ya crecida en la cara. El Tío Janis lloraba; los ojos de su padre estaban inyectados de sangre. El hermano de Theo, Takis, estaba de pie con el Primo Lukas. En señal de respeto, Lukas se había lavado



las manos; la mugre de los antebrazos formaba una especie de manga desde las muñecas hacia arriba. Takis se había peinado hacia atrás como un chulo. Bebía una botella de cerveza rubia alemana y guiñó un ojo a Theo. «Oh, Dios de los espíritus y de toda la carne, que pisoteaste la muerte y aplastaste al Diablo, dando vida a tu mundo; Oh, Señor, concede el descanso eterno al alma de tu siervo Thodoris, que se ha quedado dormido, en un lugar de luz, un lugar de verdes pastos, un lugar de frescor, de donde se han disipado el dolor, la pena y el suspiro». Soplaban un viento gélido del norte, y el cielo amenazaba lluvia; a través de la ventana cerrada del salón, con los visillos corridos, se oía la voz monótona del sacerdote.

Nikolas, el gran amigo del Abuelo, estaba sentado solo en una silla de plástico debajo del roble. Tenía en la mano un ramillete de flores que había cogido en los huertos —margaritas de pétalos blancos, orquídeas silvestres, amapolas amarillas—, con los tallos envueltos en una bolsa de papel arrugado. Las amapolas habían perdido la frescura y se marchitaban. Theo fue a darle la mano, pero parece que el viejo, en su desconsuelo, no lo reconoció.

Desde la puerta la Tía Sofía hizo señas, pálida, con luto de viuda descolorido por los excesivos lavados. Bajo el dobladillo desigual de la falda hecha a mano, la puntilla verde claro de la enagua de nailon resaltaba sobre la sarga otrora negra. Le habían dado una bandeja para recoger los vasos de whisky vacíos. Cuando Theo se le acercó, ella lo agarró del antebrazo.

—Theo —dijo con apremio—, casi han acabado. Casi están listos.

Mientras hablaba oyeron las últimas palabras —«Que sea eterna tu memoria, querido hermano»— y un coro de leves toses de las mujeres que, liberadas de la oración con la cabeza gacha y las actitudes piadosas, se aclaraban la garganta irritada por el humo de vela y el incienso.

—Entonces recoge rápido los vasos, Tía —dijo Theo. Luego le dio la espalda y, abriéndose camino entre los hombres, dio una palmada en el hombro a cada uno de los cuatro que iban a portar el féretro—. Es la hora —murmuró—. Es la hora.

Sonriente, siempre sonriente, la Tía Sofía avanzó entre los hombres, ofreciéndoles el servicio de su bandeja de hojalata, hasta que la bandeja empezó a pesarle mucho, llena de vasos vacíos; y, como se le quejaban los flácidos músculos de sus brazos finos y ancianos, poco acostumbrados al peso, la Tía Sofía, temerosa de que se le cayesen, la colocó en una silla donde nadie se sentaba.

Las mujeres salieron en fila a la calle. La Tía Maria se fijó en la Tía Sofia, que estaba descansando, con las mejillas rosadas y la mano en el delicado corazón. Los gruesos carrillos de la Tía Maria se bambolearon. Se encaminó hacia donde se encontraba la Tía Sofia y recogió la bandeja. Un vaso se le cayó; cuando se hizo añicos, todos los dolientes se volvieron para mirar a la Tía Maria y los cascos dispersos por el camino.

La Tía Maria se sonrojó.

—Me temía que iba a pasar eso —dijo la Tía Sofia, timorata—. Pesa mucho la

bandeja, ¿verdad, Maria?

—¡Mira lo que has hecho! —susurró Maria—. ¡Mira qué desastre! ¡Vete a buscar una escoba para limpiar esto!

La Tía Maria dejó la bandeja en la silla. Los portadores del féretro apagaron los cigarrillos en el suelo y entraron en la casa; el empleado de la funeraria, que llevaba un martillo y una lata pequeña de Nescafé llena de clavos tintineantes como un cascabel, los siguió.

El Tío Janis se limpió las lágrimas de las mejillas. Michaelis estaba colorado por el whisky, y por el escozor del viento gélido. El foco de su mirada derivó hacia Theo, hacia los hombres y mujeres reunidos en la puerta.

—¿Están ya listos para que vayamos? —preguntó el Tío Janis.

—Sí, Tío. Ya es la hora.

El Tío le dio una palmada en la espalda.

—Eres un buen chico, Theo —dijo—. El favorito de tu abuelo.

—Es el favorito de todo el mundo —dijo Takis. Al pie del muro del huerto, los cardos estaban altos y densos; arrojó allí la botella vacía, que cayó en silencio, oculta entre las plantas, sin romperse—. Nuestro San Teodoro particular.

Michaelis se acercó para darle un cachete en la oreja, pero el alcohol retardaba sus movimientos, y Takis se agachó para rehuir el golpe.

—¿Cómo te atreves? —Michaelis arrastraba las palabras; los finales de cada palabra se fundían con los principios de las siguientes, de modo que ninguna era clara—. ¿Cómo te atreves a tomar ese nombre en vano en un día como éste?

—Déjalo, Mikey —dijo el Tío Janis—. No lo dice en serio.

El Primo Lukas tenía fama de decir siempre la verdad.

—Claro que lo dice en serio —dijo—. Está celoso.

—¡Celoso! —exclamó Takis en tono de burla—. ¿Por qué iba a estar celoso de ése?

Nadie respondió. Con la cabeza gacha entraron todos juntos en la casa.

En el salón clavaron el primer clavo en la tapa del ataúd.

La iglesia de San Anastasio brillaba a la luz de las velas; las llamas dibujaban largas sombras desde las esquinas menos iluminadas, y daban forma de cráneo a las caras talladas de los santos muertos mucho tiempo atrás. Dejaron el féretro sobre la mesa de caballete cubierta con un paño, y, en el facistol, Pappa Philippos pasó la página del libro encuadernado en piel de becerro. «En verdad, todas las cosas son vanidad, la vida no es sino sombra y sueño, y en vano se atormentan los humanos, como dicen las Escrituras: cuando conquistemos el mundo, moraremos en la tumba, donde tanto vale el rey como el mendigo; por tanto, ¡Oh, Cristo Dios!, concede el descanso a los que han fallecido, por tu amor a la humanidad».

Seis años antes, Theo se había casado en esa misma iglesia. Recordaba el día de su boda como si le hubiera ocurrido a otra persona, alguien a quien conocía bien, pero perdido el contacto a lo largo de los años, ya sólo lo visualizaba vagamente. Podía reproducir fragmentos de aquel día como una película casera, saltando de una escena a otra sin continuidad. Un buen día, su mejor día, un día glorioso y cálido del principio del verano. Se acordaba de cuando su hermano entró a trompicones en el dormitorio que compartieron de madrugada la víspera de la boda, Takis apestando a cigarrillos y cerveza, dando a Theo consejos sexuales antes de quedarse dormido con la ropa puesta. Se acordaba de cuando se sentó con su madre en la mesa de la cocina, por la mañana muy temprano; vio el amanecer. La madre le preparó el café justo como le gustaba, no muy dulce, y le colocó delante un cenicero limpio con sus cigarrillos y el mechero. Se acordaba del silbido del gas en el hornillo que su madre sólo utilizaba para el café, y la nota cada vez más grave que entonaba el café en la olla cuando estaba a punto de hervir. Recordaba una emoción que no lograba definir con claridad —arrepentimiento, quizá—, y que dio la mano a su madre, y le dio las gracias, y su madre se echó a llorar. Se acordaba del plato de erizos de mar que le trajo el Tío Janis a la hora de comer para vigorizarle las entrañas, y de que todos sus parientes se congregaron a su alrededor para verlo comer, para cerciorarse de que no quedase en entredicho la proeza varonil de la familia. Recordaba lo fuerte que sonaban los buzukis en la casa, tocando viejas canciones, las favoritas de los viejos, mientras los viejos las tarareaban: canciones picantes de lujuria, tristes canciones de amores desdichados, canciones románticas de marineros que añoraban la sonrisa de la madre, lejos del hogar. Recordaba la primera visión de Elpida con su traje de boda, estaba hecha una princesa, tan guapa, tan preciosa de blanco, sonriendo tímidamente del brazo de su padre. En aquel instante se enamoró de ella, al menos durante aquel día, así que, cuando llegó el momento de los votos, fue capaz de creer en las palabras que pronunciaba. Recordaba que, después de la ceremonia, cuando Elpida y él llevaban dos minutos casados, se ataron juntos para siempre con los lazos de seda de las coronas de azahar, mientras la congregación los acribillaba con almendras confitadas, una de las cuales le dio justo en el ojo; le hizo tanto daño que le entraron ganas de llorar, pero sabía que si lo hacía, si lloraba el día de su boda, le traería mala suerte. Recordaba que bailó para su novia en mangas de camisa, pues tenía calor por efecto del Metaxa barato y el vino tinto, mientras sus amigos se agacharon en círculo a sus pies, marcando el ritmo con las palmas. Bailó con ella; bailó con todas las mujeres del lugar. Recordaba los platos de comida que le sirvieron —pulpo hervido, cordero a la parrilla, pollo asado, aceitunas marinadas con finas hierbas y pescado en salazón, calabacines fritos con salsa de ajo, un sustancioso guiso de berenjenas, minúsculos caracoles marinos en su concha— y que no comió nada, porque tenía la sensación de que su vida empezaba por fin; no tenía tiempo para malgastarlo comiendo.

Y recordaba el momento en que por fin se desnudó a solas con Elpida. Ella quería

complacerle, pero no tenía una idea muy clara de lo que debía hacer. Cuando Elpida vio el tamaño del miembro de su esposo, se asustó, y la penetración fue difícil, y muy dolorosa para ella. Luego se echó a llorar, temerosa de haberle fallado y de que fuesen a devolverla deshonrada a casa de su madre; avergonzados y descontentos, se durmieron, aquellos dos desconocidos a los que habían dejado solos para que disfrutasen al máximo.

Ella estaba allí de pie, a su lado, y, cuando él la miró, ella le sonrió tímidamente. Pero él no mudó su semblante sombrío. Había visto que su hermano sonrió a la novia desde el otro lado de la nave, y había visto que ella bajó los ojos, y luego los levantó, y le devolvió la sonrisa con un cariño que, en cambio, no parecía sentir por él.

Cuando acabó el funeral y ya habían llevado al Abuelo al cementerio y lo habían enterrado, los hombres se marcharon y dejaron solas a las mujeres. Las mujeres se inquietaban y lloraban, preocupadas por el aceite del vaso encendido, discutiendo por quién iba a dejar las flores en un lugar más visible. La Abuela, histérica, se tumbó en el suelo y declaró que nunca se apartaría de la tumba de su marido, nunca.

Los vecinos volvieron a pie. Theo caminaba despacio con su padre y el Tío Janis hacia el *kafenion* del pueblo, en compañía del viejo Nikolas y otros hombres. Takis no venía: nadie había visto a Takis desde que salieron de la iglesia. No decían casi nada; estaban todos tristes. Michaelis pidió whisky; el camarero trajo una botella.

Bebieron en silencio durante un rato, pero cuando el whisky comenzó a desdibujar los bordes de la tristeza empezaron a contarse anécdotas del Abuelo, de cómo había sido, y de las cosas que había hecho.

—El tonto del viejo y su dentadura —dijo el Tío Janis—. Nunca olvidaré aquel día. Cuando las muelas se le pusieron tan mal que no quedaba otro remedio que arrancarlas, dejó que el idiota de Thassis lo convenciese de que sabía arreglarlas. Bajó a la playa, hizo una hoguera con leña traída por la marea, y juntó todos los caracoles marinos que pudo encontrar. Calentó los caracoles al fuego y luego mordió las conchas con las partes malas de la dentadura para cauterizar las zonas picadas.

—¡El tonto del viejo! —exclamaron todos a coro, a modo de estribillo, entre risas.

—¡Ay, el tonto del viejo! ¡La boca se le echó a perder! La tuvo dolorida y llena de ampollas durante días. Pero tenía mucho orgullo, o mucho miedo, para ir a Kos al dentista, así que ya veis. Desde entonces nunca dejó de dolerle, ¿verdad? Se pasó los últimos años comiendo pan húmedo y papillas. Algo de pescado, a veces. ¿Cómo decía, Mikey? «Nada que no se cure con aceite de clavo». Viejo majadero.

Se hizo un silencio. Encima de la barra cantaba un canario enjaulado. Michaelis recogió la botella de whisky y les sirvió otra ronda.

—¡Brindemos por él! Un brindis por el viejo majadero, dondequiera que esté.

Bebieron hasta bien entrada la noche, hasta que superaron la fase de euforia y

volvieron al estado sensiblero. A Theo le entró dolor de cabeza, y quería marcharse; sin embargo, reacio a volver a casa, acabó quedándose. A través de la puerta abierta vio a una mujer que caminaba por la calle. La mujer tenía el pelo largo y poblado; la estuvo observando hasta que dobló la esquina y desapareció de la vista. Continuaron allí sentados, haciéndose mutua compañía, compartiendo recuerdos, hasta que oyeron un tronido y empezó a llover.

*Sigue lloviendo; caen chuzos de punta. Estamos en casa. Llevamos tres días en casa.*

*Nada cambia. Todos los años empiezan y acaban igual. Éste avanzó renqueante hacia un nuevo invierno, exactamente igual que el anterior. El próximo invierno no será diferente. Estas viejas casas de piedra son frías como la muerte. El frío se te mete en los huesos, bajo la piel, te congela los huesos hasta que te duelen de frío. Nos envolvemos en los abrigos, los llevamos puestos todo el día, dentro y fuera. No podemos cambiarnos de ropa; hace demasiado frío para desnudarse, y la ropa limpia está húmeda, podrida de moho, y apesta. No hay ningún lugar lo bastante seco para orearla. Las paredes del dormitorio que lindan con la cisterna de agua están plagadas de moho. Todos tosemos porque tenemos los pulmones llenos de agua. La lluvia entra como si fuera la dueña de la casa. Se cuelga por debajo de las puertas; penetra por los marcos de las ventanas. Todas las alfombras están enrolladas en medio de la habitación. Hay toallas húmedas por todas partes, empapadas de agua, que se suma a la humedad. Cada hora Elpida va a buscar un cubo y escurre las toallas. Tiene las manos rojas de trabajar, agrietadas y resquebrajadas, con llagas entre los dedos. Sin las alfombras, el viento sopla a través de las grietas de las tablas del suelo, y hace que tintinee el cristal del chinero.*

*Por las mañanas soportamos el frío; me tumbo en el sofá con las mantas de la cama apiladas encima de mí, veo la televisión, fumo. Elpida se dedica a cocinar. Comida de invierno. Coliflor cocida. Lentejas. Garbanzos. Huevos fritos. Repollo relleno. Naranjas. Sueño con la carne, un buen guiso de buey, o quizá cordero asado. Pero cuando llueve no trabajamos; cuando no trabajamos con regularidad, no hay dinero para comprar carne. Cuando Elpida no cocina, se inventa el trabajo, limpiando todo lo que se le ocurre: las lámparas, las patas de las sillas y, entre aguacero y aguacero, la calle de fuera. Corre a la panadería a por pan. ¿Y adónde puedo correr yo?*

*Por las tardes, cuando Panayitsa vuelve a casa del colegio, vamos a casa de la madre de Elpida. La televisión está siempre encendida, pero nadie la ve porque siempre hay alguien parloteando sobre nada: que si la vecina de al lado deja que sus hijos salgan cuando llueve, que si nunca limpia la calle delante de su casa; que si las mujeres van a la fiesta de Santa Catalina mañana; que si el ferry traerá fruta y verdura frescas. Fumo mucho, tomo muchas infusiones de salvia. A veces, Elpida*

*enciende la estufa eléctrica (pero sólo la de dos resistencias) y todos movemos hacia allí las sillas y nos acurrucamos alrededor: yo, Elpida, los suegros, Panayitsa y la abuela de Elpida, la vieja loca amargada. Mi suegra no entiende nada de electricidad, salvo que es cara. Desenchufa la nevera por la noche para ahorrar. Si deja de llover, mi suegro sale al patio, quema unos palos en un brasero y trae las ascuas, así que al cabo de un rato no vemos nada por el humo que hay. Al final, si esperamos pacientemente, llega la noche. Nos vamos a casa, Elpida y Panayitsa se van a la cama, juntas, para darse calor.*

*Yo me tumbo en el sofá bajo las mantas, helado en la oscuridad, fumando, y espero.*

*Si saliese, ¿adónde podría ir? Me muero por dentro de aburrimiento; nada que hacer, nada, nada que hacer.*

*Ayer se pasó mi amigo George el Bajo, así que charlé un rato con él. Él y George el Alto se van a Kos a pasar unos días para cambiar un poco de aires. Yo antes iba con ellos, antes de casarme. Lo pasábamos bien: íbamos a alguna discoteca, bebíamos en los bares, recorríamos toda la isla en moto. Comíamos otras cosas distintas de la comida casera, íbamos al cine, mirábamos las tiendas, a veces nos comprábamos ropa nueva. Buscábamos chicas, a veces.*

*Ahora soy un hombre casado, un hombre serio, padre de familia. Aquella vida se acabó para mí. ¿Qué podía hacer?*

*Sólo le deseé buen viaje.*

Como la casa no estaba aquí ni allá —ni en la zona más tranquila del puerto, donde entraban y salían los barcos más pequeños, ni en el corazón del pueblo, donde las calles se animaban con la presencia de esposas y niños alborotadores—, la llamaban la Casa a Medio Camino. Por el sendero pasaban algunas almas: viejos, obligados a la rutina, que caminaban tranquilamente hacia las vegas del valle, para regar los huertos ya empapados por la lluvia de la noche; algún que otro coche, camioneta, taxi o camión; en los días de semana, a las once, el cartero, con inestable equilibrio, montado en su Vespa. Y, cada hora, el traqueteo del autobús de doce asientos con los neumáticos gastados.

En verano, cuando el calor era sofocante y no soplaba ningún viento fresco en las montañas hasta las últimas horas de la siesta, era una buena casa, a la sombra de los eucaliptos del camino, con el patio trasero protegido por el olivar y una viña exuberante que no daba uvas. Sin embargo, en invierno era un suplicio. El viento metía la lluvia por debajo de la puerta mal encajada y por los marcos de las ventanas sin sellar; el agua se encharcaba en el suelo de mármol y en los alféizares alicatados. Allí, en los alféizares, ella apilaba toallas que luego había que escurrir y secar de alguna manera; pasaba la fregona repetidas veces. Pero el agua, al penetrar en la casa, impregnaba de humedad las paredes, donde no se podía pasar la fregona, o empapaba las toallas; o si no, empapaba la piedra y el yeso, y ahí se enconaba, generando un fétido moho negro. Trepaba por las paredes y reptaba por los techos; las esporas se esparcían como una infección por la ropa, las sábanas lavadas, las alfombras y felpudos que ella había hecho a mano. Y el agua embebida hacía que la casa siempre estuviese fría y húmeda; en los días soleados, se sentaban fuera para calentarse. Ninguna casa —ningún hogar— debería ser así. Pero la casera estaba en Atenas, y nunca venía; y, lo que es más importante, el precio del alquiler era muy bajo. Había que aguantarse, decía él, por el momento. Si ahorraban lo suficiente, en un plazo de tiempo no demasiado largo se construirían una casa de ensueño.

Andreas pregonaba lo mejor de su pesca en el continente: el espinoso pez alemán, dos buenos pargos asalmonados, el esbelto sargo grisáceo y el feo San Pedro plateado, las langostas típicas sin pinzas, que habían caído en sus nasas, los erizos y las ostras que había cosechado. Parte de lo que ganaba se lo gastaba en productos de primera necesidad: reservas de hielo, hogazas de pan recién horneado. Preparaba las redes y los sedales para los últimos lances y, cuando todo estaba en orden, zarpaba rumbo a casa.

El mar era su elemento casi tanto como el de los peces. Cuando navegaba a toda máquina gobernaba el barco acunándose con el suave oleaje, u orientando la proa hacia los gigantes emergentes, las estelas de los barcos y transbordadores. Donde

había tierra —islas o islotes, los conocía todos—, se acercaba todo lo posible, para beneficiarse de su abrigo; donde no había tierra, a falta de referencias para la brújula, elegía una trayectoria recta, como si los surcos entre las olas fuesen caminos trillados. Cuando llegaba el momento de fondear, recordaba los puntos donde las rocas sostenían el ancla, y aquellos otros donde garreaba por la superficie arenosa, y lo dejaba ir a la deriva; recordaba los buenos bancos de pesca, las calas y ensenadas donde había tenido buenos lances, y allí echaba las redes.

Y conocía a su presa. Conocía las costumbres de todas las especies: sabía cuántas veces se alimentaban, el tiempo que más les favorecía, la profundidad a la que nadaban. Sabía qué cebo era su perdición: una rodaja de langostino recubierto de azúcar, un cebo luminoso con forma de calamar, una miga de pan o un trocito de jamón. Para él era una contienda en la que ganaba el más listo. Cuando el pez robaba el cebo, y lograba escabullirse, lo maldecía. No obstante, la mayoría de las veces notaba en el sedal el peso, la vibración y los tirones que le decían que podía ganar, si era rápido y recogía la captura desesperada y convulsa antes de que se zafase.

Levantaba y sostenía a las criaturas escurridizas, jadeantes y convulsas para retirarles el anzuelo de los espinosos labios. Sus manos encallecidas absorbían los aceites viscosos; los pescados grandes sangraban, y le salpicaban de sangre a través de las agallas exhaustas. Este intercambio de fluidos —creía él—, era un factor crucial de sus habilidades. Y cada día que pescaba, se comía parte de la pesca —erizos crudos desconchados, sardinas asadas en una hoguera, una lata de caballa—, y los ácidos de su estómago trituraban las espinas y la piel, y los mezclaba con los suyos propios. De este modo —decía—, compartía su esencia, y hacía suyos los secretos de los peces.

Su vida estaba con las criaturas marinas. Tenía en común con ellas un mismo espíritu, y el don del silencio. En otra vida quería ser un tritón.

El sábado, a primera hora de la mañana, mientras ella dormía en la cálida cama, Andreas regresó a casa. Una llave accionó la cerradura, se abrió y se cerró la puerta en silencio (ella se levantó de la cama; la habitación estaba fría; se puso los calcetines y las zapatillas). Una silla raspó el suelo de la cocina, el mechero hizo un ruido áspero, él tosió (ella encontró su ropa; atusándose delante del espejo, se alisó el pelo revuelto en la cama). Cuando el humo del cigarro alcanzó el techo, ella apareció a su lado, le dio la mano, y sonrió al ver su sonrisa.

Él la besó suavemente, con los labios resecaos de sal; le arañó la mejilla con los bigotes de varios días sin afeitarse. Parecía un salvaje, azotado por el viento, quemado por el sol, mugriento. Tenía los ojos tan hinchados y con bolsas tan profundas del sueño interrumpido que eran sólo hendiduras, estaban rojos e irritados. Y el cuerpo, el aliento y la ropa apestaban: a sudor, aceite, cebollas, pis. Y a pescado.

—Hola, mujer —dijo él, todavía sonriente.



—Bienvenido a casa —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—. Me alegra que estés aquí.

Le preparó una infusión, y le frió unos huevos, y, mientras comía, él le contó brevemente el relato de sus viajes —por dónde había navegado, qué había pescado, los peces que se le escaparon— y, mientras hablaba, despedía un hedor como de miasma.

Cuando acabó de comer fue a buscar la carretilla de madera que estaba debajo de la viña. Caminaron juntos, amigablemente, en silencio, hacia el mar, pasando por los arceles donde él solía cogerle ramilletes de ciclamen malva y margaritas blancas, brillantes. Pero no pensaba en los ramilletes, ese día no.

En el malecón amarró el barco con poco cabo y cargó la carretilla. Las cajas de poliestireno chorreaban agua de hielo derretido, turbia y llena de escamas; dentro de las cajas, la última pesca —chanquetes, sardinas, agujas de color azul gasolina, largas y finas como tubos, y mújol (que iba barato; a la gente no le gustaba)— yacía con los ojos negros sobre trozos de hielo descolorido y mate por su disolución.

En la cámara, ella recogió las mantas y la almohada del colchón cubierto de plástico donde él dormía, y las extendió sobre el tambucho de madera para que se secasen. El barco se balanceaba suavemente con el movimiento del mar; removía el agua de achique bajo la cubierta como un clarete en una copa, aireando su *bouquet*: gasóleo derramado, tripas de pescado. Ella recogió su único plato —en cuyo borde estaba impresa la huella del pulgar sucio—, la taza y el cuenco, los cuchillos, el tenedor y la cuchara, las botellas de agua vacías y las latas de cerveza, la lata de carne en conserva que no se había comido, los restos de una hogaza dura, la monda de una manzana.

A veces ella le pedía que la llevase con él; concebía la vida de su esposo como una aventura romántica, como una vida de exploración.

Pero él, conociendo la verdad, se oponía.

«Es trabajo de hombres —le decía—. Te sentirás incómoda». (Y las mujeres en el mar traían mala suerte. Hablaban demasiado, y padecían el frío. Se ponían nerviosas cuando el mar se encrespaba, y eran propensas al mareo).

Ahora comprendía los hechos, y arreglaba el desorden y nunca preguntaba. La vida de su marido, cuando se ausentaba, era miseria y supervivencia.

—Volveré a casa a comer —dijo él, y empujó la pesada carretilla por el frente marítimo, llamando a las mujeres al pasar—. ¡Pescado fresco!

Irini lo vio marchar. Las mujeres aparecían en los portales, con el monedero en la mano, coqueteando con él para ser las primeras en elegir y llevarse las mejores piezas. Ella lo vio sonreír, tímidamente, complacido. Se quitó la gorra de lana y se pasó la mano por la calva; pero cuando una de las mujeres, entre risas, le palpó la suavidad de la cabeza, los celos que a veces sentía ya no estaban.

Al final la bahía, en la terraza del café las cuatro sillas de la mesa de Nikos estaban tristemente desocupadas.

Irini volvió a casa sola.

Se alegraba de estar ocupada. Le preparó *pasticcio*, pasta gruesa y hueca asada con salsa de carne y queso. Él devoró la comida como un hombre famélico, arrancando trozos de pan de la hogaza para rebañar el plato. Bajo la mesa, uno de los regalos que él le hizo —un pulpo— se deslizaba en un cubo, esperando a ser golpeado para ablandarlo en las piedras del patio. Su segundo regalo —una anguila con manchas de leopardo— yacía en una fuente, rígidamente enroscada, en la nevera, con el anzuelo todavía enganchado en el labio superior, con un trocito de sedal de nailon azul brillante adherido.

—Tuve que soltarla —dijo— antes de que se llevase un dedo. —Les tenía miedo a esos peces con forma de serpiente: un año antes, una le clavó los dientes en la palma de la mano, y no cedió hasta que él le aplastó el cráneo con una llave inglesa. La herida dolorida se infectó y le impidió trabajar durante tres días. En el dorso de la mano permanecían las cicatrices, dientecillos dispuestos como una cresta curva con forma de mandíbula.

Los regalos eran para complacerla, y ella intentaba mostrarse complacida, pero tenía que limpiar, descabezar, desollar y golpear, y cocer, y freír los regalos antes de disfrutarlos. Si le hubiera regalado dinero para unos zapatos nuevos, le habría colmado de besos.

Él apartó el plato vacío y sacó un fajo de billetes del bolsillo. Los contó en la mesa. La cosa había ido bien.

—Pásame la lata, mujer —dijo él.

Ella bajó del estante la lata de galletas. Después de darle a ella diez mil dracmas embutió el fajo en la lata, ya repleta de billetes.

—¿No has sacado nada mientras yo estaba fuera? —preguntó él, y ella le mintió: «No».

—Porque —dijo él— no falta mucho para que tengamos bastante para comprar la tierra. Ya tenemos la mitad.

No le había dado bastante. Nunca le alcanzaba. Él no sabía el precio de la carne, o de la leche, o de las naranjas. Daba igual. La lata siempre estaba ahí cuando hacía falta.

Andreas separó la corteza de un trocito de pan y, levantando la jaula del gancho, la llevó afuera. La colgó debajo de la viña donde calentaba más el sol, y, cogiendo una miga entre el pulgar y el índice, se la ofreció a la alondra callada a través de los barrotes.

—Vamos, Milo —le dijo, animándolo a comer—. Un capricho para ti, una canción para mí.

El pájaro lo observaba con cautela; luego, saltando de la percha, cogió el pan de los dedos.

—Buen chico —dijo—. Éste es mi chico.

El pájaro cogió otra miga, y otra. Mientras Andreas entraba en casa, el pájaro levantó la cabeza y se puso a cantar.

Ni placer, ni desagrado, ni renuencia: sentía la incomodidad de desvestirse, a esa hora del día, y se anticipaba a la molestia de la desnudez en el frío húmedo del dormitorio. Pero era su deber, al igual que prepararle la comida o plancharle la ropa; era un acuerdo muy común, su docilidad a cambio del dinero de su marido.

Él hacía todo lo posible; intentaba presentarse como una tentación, recostándose en la cama, preparado pero informal, mientras se iniciaba la erección, ridícula bajo la toalla que se había puesto alrededor de la cintura. El cuarto de baño le había devuelto la humanidad doméstica: la barba había desaparecido, se había restregado las uñas, el pelo estaba lacio, brillante y peinado, y todo él emanaba el dulce aroma del jabón y su colonia.

Ella encontró una sonrisa, y se la puso; la llevaba puesta mientras se despojaba de la ropa. Él abrió los brazos, y ella se fundió con él, presionándose contra su piel pegajosa. Él echó las mantas sobre los dos, presionó la boca contra la de ella, introduciendo la lengua entre sus dientes.

—Mujer —dijo, soltándola. Sonreía de placer por la inminente gratificación; era la misma sonrisa que había visto una hora antes, cuando le sirvió la pasta. Él retiró la toalla, y, sujetándose torpemente el miembro, penetró en ella. Ella gimió. Él le agarró los pechos —con las manos frías— y empezó a impulsarse de arriba abajo. Mientras el movimiento era lento, y arduo, ella miraba a la pared; a medida que se aceleraba, ella lo acompañaba con el movimiento de sus caderas, para apresurarlo. Él se tomaba su tiempo, pero ella estaba decidida, y, antes de que él lo desease, el rostro jadeante se le retorció en una mueca de chimpancé; había acabado.

Cuando él abrió los ojos, la sonrisa de su mujer estaba allí, cada vez más cálida. Él la abrazó y la acercó hacia sí.

—Mujer —dijo—. Mi mujer. —Le pasó la mano por el vientre desnudo; la palma era rugosa, como piel de tiburón—. Hoy me siento afortunado. Hoy tengo la sensación de que podría ser nuestro día. Me encontré con un vivero de ostras al salir, sólo media docena de las pequeñas, y me las quedé. Las ostras sientan bien al hombre; no hay nada mejor para impulsar la vitalidad. Así que he estado pensando...

Sus palabras se perdieron en un bostezo.

—Necesitas dormir —dijo ella. Y le acarició la cabeza con dulzura.

—Sólo duermo cuando estoy contigo —dijo él. Al cabo de un minuto ya dormía con un suave ronquido.

Se mantuvo abrazada a él durante un rato; el calor del sexo había calentado la cama, y se sentía cómoda. En el hueco de la clavícula, la piel de su marido brillaba de sudor; bajo el brazo estirado hacia atrás sobre la almohada, llegaba el verdadero olor

como un lobo por el bosque, robando, anulando el jabón y la colonia con la virilidad y el almizcle. A ella le resultaba agradable, y, como un perro, lo olfateó. Pero debajo del almizcle había algo más: el omnipresente e inequívoco hedor a pescado.

Salió de la cama y llevó su ropa al cuarto de baño, donde se limpió los restos pegajosos de sus secreciones antes de vestirse. En silencio levantó de la pared un icono con marco de plata de Santa Isabel —anciana y embarazada—, que estaba justo encima de la televisión. Mientras escuchaba la respiración de Andreas dormido desabrochó los enganches que sujetaban la imagen y el marco, y retiró la parte de atrás. Detrás del icono de cartón vibraron traicioneramente las cajas de píldoras blancas allí escondidas, en su envase hermético de plástico con cubierta de papel de aluminio. De una caja parcialmente vacía extrajo una pastilla.

Pensó en Andreas solo, en una playa rocosa, comiendo ostras para incrementar su potencia, y sabía que la magia de las ostras no tenía nada que hacer frente a la química de la píldora. Vaciló, como vacilaba todos los días; sopesó las palabras de su tío, y puso en duda la afirmación de que un bebé era la clave para apaciguar la mente.

Detestaba engañar a Andreas; era una conducta cruel, y la convertía en una embustera, cosa que no le gustaba. Era su corazón el que le impulsaba a hacerlo; su corazón se aferraba a los sueños que nunca se harían realidad si perdiese su libertad.

Se tragó la píldora, colocó a hurtadillas el icono y sus secretos en la pared. Las sombras de la habitación se movían a medida que las nubes se cruzaban con el sol, y la cara de Santa Isabel cambió; pero Irini no sabía si seguía sonriendo o fruncía el ceño.

Hacia las cuatro de la tarde, el sol ya empezaba a descender, atenuando la luz del valle, y de la habitación. Se sentó un rato entre las sombras, luchando contra el principio de una molesta inquietud y una perentoria necesidad de acción; pero las manecillas del reloj estaban casi inmóviles, y no se le ocurría ninguna actividad capaz de acelerarlas hasta la hora de dormir. Preparó más infusión, y se sentó a tomársela en la ventana, contemplando la tarde que lentamente daba paso a la noche, incapaz de pensar nada que acelerase su fin, o le evitase ese suplicio.

Andreas permaneció en casa una semana. La pesca se le había dado bien; logró vender todo el pescado; tenía dinero en el bolsillo: no necesitaba salir al mar. Se pasó dos días durmiendo, sólo salió de la cama para sentarse a la mesa, y comer, hasta que la rojez se disipó de sus ojos y la desorientación de la falta de sueño desapareció de su cabeza.

Luego visitaron a diario la casa de su madre, y hablaron del tiempo y del precio del pescado y el ganado. Se calzaron zapatos resistentes y fueron a coger naranjas para mermelada por el camino escarpado de Profeta Elías. Se pasaron por la tienda de

efectos navales del puerto, y tomaron café en el *kafenion* donde los viejos estaban de cháchara. Fueron a pie al Nikos, y se sentaron con él una hora o dos para que los pusiera al corriente de los últimos cotilleos.

Pero al cabo de siete días, Andreas adolecía del mismo aburrimiento insoportable que en su ausencia corroía a Irini. Ya era hora de marchar.

Inició sus preparativos. Mandó a Irini a comprar pescado y carne en conserva, fruta y café; él se sentó en el muelle para coser las redes desgarradas por las rocas.

Pero antes de que pudiera marchar vino el mal tiempo.

Eran los últimos días del invierno; los almendros tenían ya una pelusa y flores rosáceas. La naturaleza extrema de los vientos tempestuosos era inesperada. El mar rompía en los muros del puerto y pasaba por encima del malecón, inundando las tiendas y las casas de sucia agua salada. Los vientos ululantes rompían el tendido eléctrico, y los empleados de la central eléctrica se negaban a salir a repararlo. El suministro de electricidad se volvía inestable, y luego decaía hasta hacerse casi inexistente. Los teléfonos se quedaban sin línea, y ningún empleado de la compañía telefónica salía de casa para investigar. Toda la flota tenía prohibido salir del puerto; como no entraba ni salía ningún barco, al poco tiempo se agotaron los alimentos frescos. En los ultramarinos, las mujeres hurgaban en los estantes vacíos en busca de leche condensada y pasta, que luego cocían en hornillos de gas y servían con margarina y una raspadura de queso duro. El viento sacudía las casas, de modo que el polvo de mortero se depositaba sobre todas las superficies, espolvoreándose en la comida mientras se guisaba, aderezando con arena los alimentos servidos en la mesa. Era difícil conciliar el sueño; las casas viejas crujían y chirriaban, las puertas y ventanas traqueteaban con el viento, y los desvelados oían el ruido de las tejas al caer, el estrépito de los árboles derribados por el viento.

Andreas fondeó el barco a cierta distancia de la costa y se trajo a casa las anticuadas lámparas de aceite de la cámara. Para calentarse fue a buscar el brasero del cobertizo y lo encendió con el último carbón del verano. Luego se durmió. Se durmió con la ropa puesta; después de quitarse sólo las botas, se envolvió en las mantas como una oruga en un capullo y dormitó y roncó en el lúgubre dormitorio.

Y siguió durmiendo. Al borde del camino, los eucaliptos, con la corteza blanca desconchada como piel quemada por el sol, resistían el viento entre gemidos y crujidos; Irini se sentó en la ventana, oyendo de vez en cuando el reloj de San Atanasio que marcaba las horas diurnas mientras el viento furioso respiraba, y aguardó a que amainase el temporal.

El hombre gordo salió a pie del *kafenion*, en la dirección del Hotel Gaviota. Cuando el final de la mañana derivaba hacia el sopor de la siesta invernal, el frutero cerraba las cajas de la mercancía no vendida, guardando las naranjas y tomates verdes en un almacén con suelo de piedra ya atestado de redes de cebollas de pieles quebradizas y sacos de patatas de papel resistente. Los postigos pintados de azul de la tienda de efectos navales estaban cerrados; la puerta de la farmacia, cerrada a cal y canto, estaba asegurada con un candado herrumbroso.

Pasó por delante de la puerta de su hotel y, al doblar una esquina por la calle del puerto, se encontró en una plaza adoquinada, delimitada en tres lados por edificios altos y estrechos. Las puertas construidas para carretillas y carros indicaban que aquellos edificios se habían utilizado antiguamente como almacenes; pero ahora estaban todos en ruinas, con las vigas podridas bajo las cubiertas destejadas y, en los muros, grietas tan anchas que en ellas cabía el puño de un hombre. Tras una ventana mugrienta, casi oscurecida por densas telarañas, un letrero de «Se vende» se combaba contra el marco, descolorido y con manchas de agua por años de humedad.

En una esquina de la plaza había un quiosco, una suerte de cabaña con brillantes anuncios de refrescos y cigarrillos, muestrarios de mecheros de plástico y expositores de mapas turísticos en la entrada, y los estantes repletos de chocolatinas, carretes de fotografía y chicles y, discretamente colocados detrás de la caja registradora, cajas de condones italianos. En un estante en la parte delantera del quiosco había un teléfono con un contador para uso público; al otro lado del estrecho mostrador, una adolescente, guapa pero obstinadamente adusta, estaba sentada con las piernas cruzadas en un taburete alto, con el auricular del teléfono sujeto entre el hombro y la oreja.

Cuando se acercó el hombre gordo, ella dijo una palabra por el auricular.

—Espera.

El hombre gordo le sonrió y pidió una caja de su marca de cigarrillos.

La chica lo miró unos instantes, como si se plantease la posibilidad de no atenderlo. La chica suspiró, dejó el auricular en el mostrador, luego volvió a cogerlo y habló por el teléfono.

—Un minuto. —Luego se dirigió al hombre gordo y le dijo—: No vendemos esa marca.

—Aunque no lo crea —dijo él—, muchos tabaqueros me dicen eso. Y luego descubren, si miran bien, que tienen una cajetilla o dos. Así que le agradecería mucho, mi querida señorita, que me hiciera caso y lo comprobase.

La chica volvió a suspirar y, volviéndole la espalda al hombre gordo, inició una búsqueda desganada entre las pilas de cigarrillos. Al fondo del estante más alto, oculto tras las marcas populares, estaba el nombre menos conocido, de un color cobrizo tras la envoltura de papel descolorido que unía las cajetillas. La chica sopló el

polvo de la envoltura y la rasgó, depositando con ímpetu una cajetilla de sus cigarrillos en el mostrador, donde la cabaretera rubia platino de la tapa desplegó su sonrisa remilgada.

—Y dos cajas de cerillas —dijo el hombre gordo, asimismo sonriente.

La quiosquera se las puso encima de los cigarrillos.

—Y creo que me voy a llevar uno de esos mapas, si es tan amable.

La quiosquera extendió la mano y sacó uno de los finos documentos del expositor. Lo colocó en el mostrador al lado de los cigarrillos y las cerillas, y luego miró al hombre gordo con los ojos entrecerrados.

El hombre gordo rebuscó en la chaqueta, sacó una cartera de piel y escogió un billete de elevado valor. Se lo dio a la chica.

—Lo siento —dijo el hombre—. No tengo cambio.

La chica pulsó cuatro botones de la caja y, cuando se abrió el cajón, levantó la caja de monedas y escondió debajo el billete que le había dado. Sacó una pila de billetes de mil dracmas tras abrir un clip de resorte, y contó varios; escarbó entre las monedas, y colocó un montoncito de bronce encima de los billetes.

Volvió a coger el auricular.

—Me pregunto —dijo el hombre, sonriente—, si tendría algo parecido a chocolate con almendras. Con almendras enteras, mejor que trituradas.

Ella lo fulminó con la mirada y dejó el auricular. Encontró una chocolatina de envoltura rosa decorada con una flor de almendro, y se la despachó. Él le pagó con uno de los billetes que le había dado de vuelta.

—¿Podría cambiarme? —preguntó el hombre—. Quiero llevar cambio abundante. Para las propinas.

La chica pulsó dos botones de la caja registradora, y se abrió el cajón. Volvió a dejar el billete con los demás, y escarbó de nuevo entre las monedas. Colocó en el mostrador un montón de bronce aún mayor.

Él recogió las monedas y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Muchas gracias —le dijo.

Ella cogió el auricular.

—Aquí estoy —dijo—. *Kalé?* ¿Estás ahí?

Era evidente que sólo oía el tono monocorde de la línea. Sonriendo, el hombre gordo le deseó un buen día.

Junto al quiosco había una papelería. El hombre gordo abrió primero una caja de cerillas, luego la otra, y las vació en la papelería. Luego se guardó las cajas vacías en el bolsillo de la chaqueta.

Al abrir el mapa descubrió que se lo podía haber ahorrado. Era tan simple como un mapa del tesoro de los piratas: tierra rodeada de agua y una sola carretera, que serpenteaba desde el puerto, donde se encontraba en ese momento, montaña arriba hasta el pueblo más alto. Ahí se bifurcaba: un ramal bajaba a la aldea de San Sabas, y el segundo bordeaba sinuosamente las estribaciones hasta el monasterio de San

Basilio, en la otra punta de la isla. Más allá de esos asentamientos, a través de las montañas más altas, otras líneas discontinuas indicaban pistas de tierra y senderos, el único acceso de pequeñas granjas de la periferia y capillas aisladas. Al pie del mapa había unas líneas de información —las dimensiones de la isla, y su punto más alto— y allí figuraba una lista de todas las iglesias, capillas y monasterios abandonados. Ciento treinta y dos —observó el hombre gordo—, casi todos dedicados a un santo o mártir diferente. Y bajo los lugares de culto, un párrafo —una frase— en negrita titulado «Transporte».

«Hay un servicio de autobús regular desde el puerto principal hasta el puerto menor de San Sabas», leyó.

Y decidió que aquél era un lugar tan bueno como cualquiera para empezar.

El autobús —un minibús, con los arcos de las ruedas oxidados y los neumáticos sin dibujo— ya estaba esperando en la parada. El conductor, un hombre de cara compungida, estaba apoyado en la ventanilla abierta. La barba de pocos días era ya entrecana, y, al ver que se acercaba el hombre gordo, sus ojos irritados y ojerosos no mostraron el menor interés.

En los asientos traseros, dos mujeres susurraban como conspiradores, abrazando contra el pecho unas bolsas de hogazas calientes.

El hombre gordo se plantó junto a la ventanilla del conductor. Al acercarse, se notaba el fuerte hedor del whisky de la noche anterior en el aliento del conductor.

—Buenas tardes, amigo —dijo el hombre gordo—. ¿Es éste el autobús de San Sabas?

El conductor asintió con la cabeza. Sí.

—¿A qué hora sale?

—Del puerto, cada hora, a la hora en punto. De San Sabas, cada hora, y a y media. No hay autobuses entre las dos y las cuatro. Recitó el sencillo horario como una salmodia.

El hombre gordo subió al autobús y se embutió con cierta dificultad en el asiento que estaba detrás del conductor. Llenó por lo menos dos tercios de un asiento para dos personas; en la parte desocupada colocó la bolsa de viaje.

Dio un toque al conductor en el hombro.

—¿Cuánto es hasta el final del trayecto?

—Cien dracmas. —El hombre gordo sacó una moneda del dinero suelto que llevaba en el bolsillo y se la dio al conductor.

Un anciano con un paquete de chanquetes envueltos en papel de periódico logró subir, jadeante, hasta el asiento situado al otro lado del pasillo, justo enfrente de donde estaba el hombre gordo. Apoyó el paquete en la rodilla; los fluidos del pescado —de las escamas, aletas, tripas, espinas— ya se filtraban por la envoltura, oscureciendo ciertas zonas del tejido de sus pantalones.



—Buen día a todos, buen día —dijo, volviéndose para ver quién más iba en el autobús—. Venga, George —le dijo al conductor—, casi me mato corriendo para coger el autobús, y tú sigues ahí sentado como si tuviésemos todo el tiempo del mundo. Arranca, hombre, y salgamos ya.

—Faltan dos minutos, según el reloj —dijo George, y él, el viejo, las dos mujeres y el hombre gordo estiraron el cuello hacia la torre del reloj que había al final del puerto.

—Tiene razón, Vassilis —dijo una de las mujeres—. Faltan dos minutos.

—¡Hostia! —dijo el viejo—. Y yo me he matado para nada.

—Eso es lo que pasa aquí —dijo el conductor, con aire taciturno, sin despegar los ojos del reloj—. Los que llegan pronto quieren que te largues sin los demás. Y los que llegan tarde te culpan por no esperar hasta la hora debida. No se puede contentar nunca a esta gente.

El hombre gordo sonrió con un gesto cortés y comprensivo, pero, como no estaba seguro de si el conductor se dirigía a él, no dijo nada. Así que los tres hombres permanecieron un rato en silencio; detrás de ellos, las mujeres susurraban secretos que muy pronto llegarían a oídos de todos.

A través del agua resonó la nota hueca y solitaria de la una de la tarde.

El conductor arrancó, y el autobús avanzó lentamente por el frente del puerto y subió afanosamente por la abrupta carretera, de curvas pronunciadas, que atravesaba la isla hasta la bahía de San Sabas.

Desde las alturas, el hombre gordo contempló por la ventana los azules de las aguas del puerto apagados por la lluvia. En lo alto de la carretera, una línea de molinos de viento cilíndricos coronaba una cordillera rocosa como la cresta de un lagarto, y la erosionada piedra de sus muros se confundía camaleónicamente con las abruptas laderas. Sin embargo, como no se utilizaban desde hacía décadas, los molinos estaban en ruinas y se desmoronaban; hacía tiempo que las velas de lona habían desaparecido de los armazones, y los tejados, otrora cónicos, estaban al raso.

Más allá de los molinos, el camino empezó a descender. El conductor tomó una curva cerrada a gran velocidad; el hombre gordo cerró los ojos, sintiendo los giros de la abrupta carretera en el estómago. La rasante se allanó; el conductor frenó y paró el autobús.

El hombre gordo abrió los ojos.

El autobús había parado en una plaza con pavimento de piedra; entre las casas que la bordeaban había una pequeña tienda, y un hotelito en cuyo patio yacía un invierno de hojas muertas. Delante de la tienda, la mujer del tendero hizo una pausa en la recogida de una caja de berenjenas, y observó a los pasajeros que viajaban, como si esperase a alguien.

Abrazadas a sus hogazas, las mujeres pagaron al conductor con monedas pequeñas y bajaron del autobús.

—¿Esto es San Sabas? —preguntó el hombre gordo al conductor.

—No, no, todavía no —respondió el viejo, hurgando en el bolsillo del pantalón—. Esto es el pueblo. Quédese donde está, señor, quédese donde está. San Sabas está un poco más adelante.

—Bueno —espetó el conductor al viejo—, ¿viene con nosotros o se baja?

—Estoy buscando el dinero del billete —dijo el viejo. Miró en la palma de la mano lo que había encontrado en el bolsillo, y eligió tres monedas de veinte dracmas para el conductor. Después de pagar, se levantó y se metió el paquete empapado debajo del brazo. La pernera de sus pantalones estaba más oscura en la zona que se había mojado con el agua de olor a pescado.

—Quédese con el cambio —le dijo, mientras el autobús arrancaba.

—Viejo estúpido —musitó el conductor.

Serpentearon por estrechísimos callejones, entre casas tan pegadas que si alguien hubiera sacado la mano, habría sido posible estrechársela al pasar, y continuaron hacia la cabecera de un valle ancho y plano, donde la carretera daba paso, una vez más, a un camino rural. Mientras el autobús traqueteaba cuesta abajo, el hombre gordo vio por la ventana los vestigios de una tradición agrícola: olivares chatos y plateados, con los frutos sin recoger; las terrazas de trigales cubiertas de brillantes espiguillas y cardos; las ruinas de los muros linderos de los viñedos donde ya no había viñas. Pasaron por debajo de una hilera de eucaliptos trémulos, y por delante de la Casa a Medio Camino, y poco después llegaron de nuevo al mar, donde el conductor giró a la derecha y paró el autobús. Apagó el motor y se inclinó cansino por la ventanilla, como si el hombre gordo no estuviera. El motor, al enfriarse, emitía ruidos secos y explosivos; el tenue oleaje rozaba los guijarros grises al borde del camino.

—Gracias, amigo —dijo el hombre gordo, bajando del autobús y cerrando la puerta.

Pero el conductor no contestó.

El hombre gordo tomó el camino curvo paralelo al mar. En el varadero, los pollos escarbaban entre los barcos vueltos hacia abajo y las latas de pintura desechadas; un brasero humeante contenía la ceniza de un fuego reciente. El hombre gordo hizo una pausa para inspeccionar los encastres y la labor de la garlopa en las cuadernas recién ensambladas de un barco de remo, y empujó suavemente, con gesto ceñudo, una inconclusa reparación de fibra de vidrio en el casco de una lancha de dos plazas. Una gaviota blanca revoloteaba en lo alto. Tras sacarse de la suela del pie izquierdo una brizna de alga semiseca siguió caminando hasta llegar a una casa alta al final del camino. En el dintel de la puerta había un letrero pintado, con el texto tan resquebrajado y desvaído que no se podía leer. Al fondo de una terraza recubierta con un mosaico de piedras irregulares traídas del mar había una sola mesa y cuatro sillas; en la mesa estaba sentado un hombre envuelto en gruesas prendas de ropa, con la cara oculta por la visera de una gorra de piel de borrego.

—Buenas tardes —dijo el hombre gordo, con cortesía—. Me pregunto si estoy en

el lugar adecuado para tomar un café.

Nikos levantó la visera para apartarla de la cara y observó al hombre gordo.

—Un extraño en el paraíso —dijo—. No es tiempo de forasteros. Pero podemos ofrecerle café, tanto en invierno como en verano. ¿Cómo lo quiere?

—Café griego, sin azúcar —dijo el hombre gordo—. Gracias.

Nikos se levantó de la silla y entró renqueante en la cocina. Bajo la silla que había dejado libre, un gato rojizo con ojos acuosos e inflamados se lamía el fino pelo del costado. Al pasar el varadero, el autobús dobló la curva y desapareció por la carretera del puerto. El viento dibujaba ondas en los charcos de lluvia formados en las concavidades de las piedras de la terraza. El hombre gordo se estremeció.

Nikos trajo a la mesa café, y agua, y un cenicero limpio, y se sentó con el hombre gordo. Le dio la mano.

—Nikos Velianidis.

—Hermes Diaktoros. De ahí las sandalias aladas. —El hombre gordo señaló sus zapatillas de tenis. Nikos sonrió, como si hubiera entendido el chiste.

El hombre gordo señaló la bahía y las montañas, cuyas cumbres estaban ocultas por nubes bajas.

—Qué vistas tan bonitas —dijo—. Qué paz. Un lugar así sería idóneo para mí.

—¿En serio? —preguntó Nikos—. Oiga, señor, le diré algo. Si me hubieran dado mil dracmas por cada persona a la que oído decir eso, hoy sería rico. Ya sabe lo que se suele decir. Nadie está contento con su suerte.

—A veces es verdad —dijo el hombre gordo.

—Aquí vienen muchos extranjeros —dijo Nikos— que piensan que les gustaría esta vida. Una vida relajada. Es el exceso de relajación lo que los hace regresar a su lugar de origen.

—Desde luego es muy tranquilo.

—No siempre fue así. La isla fue un centro industrial antiguamente.

—¿Ah sí? —El hombre gordo peló el celofán de la nueva cajetilla y le ofreció uno a Nikos, que aceptó. Nikos cogió un mechero de oro que ardía con una llama pequeña e inestable, y el hombre gordo se inclinó hacia él para encender su cigarro—. Disculpe que le diga, pero, sinceramente, aquí he visto muy pocas cosas que se puedan denominar industria.

—Esponjas —dijo Nikos—. Era el centro de un negocio internacional. Las pescábamos, las limpiábamos, las envasábamos y las expedíamos. Miles de personas vivían aquí gracias a las esponjas. Éramos comerciantes y exportadores a gran escala. —El hombre gordo pensó en los almacenes abandonados que había visto en la plaza del puerto—. Y ahora somos importadores. Alemanes, ingleses, holandeses. Ahora vivimos del helado y la cerveza fría y las tumbonas. Es un negocio de temporada, pero provechoso. Seis meses de duro trabajo, seis meses sentados esperando la siguiente oleada. —Dio una calada al cigarro y continuó—: Pero usted, si me lo permite, no tiene el perfil de nuestra clientela típica. Aquí no viene mucha gente de

Atenas.

—Viajan rápido las noticias.

—Escuche —dijo Nikos—. Aquí uno no puede meterse el dedo en la nariz sin que se entere todo el mundo. Y espero que el comisario tenga la nariz descoyuntada ahora que está usted aquí.

El hombre gordo bebió un sorbo de café y dejó cuidadosamente la taza en el platillo.

—El estado de la nariz del señor Zafiridis —dijo— no es de mi incumbencia.

—Supongo que no —dijo Nikos—, aunque es un hombre interesante, en cualquier caso.

Cruzó los brazos sobre la barriga y esperó a que el extraño mordiese su cebo. El hombre gordo sonrió, y picó.

—¿En qué sentido puede ser interesante? A mí me pareció totalmente carente de encanto e inteligencia.

—No tiene ningún encanto y es imbécil, por supuesto —dijo Nikos, desdeñando las observaciones del viejo con el humo del cigarro—. Pero es un hombre que oculta un secreto.

—Sí —afirmó el hombre gordo, con rotundidad—. Es cierto.

Nikos lo miró.

—¿Está enterado?

—Sí. Y presumiblemente usted también. ¿No estaba a punto de contármelo?

Nikos apagó el cigarro.

—Debo tragarme el orgullo —dijo—, y reconocer que no estoy enterado. Así que, si usted conoce su secreto, le ruego que satisfaga mi curiosidad. El comisario es un enigma que me intriga desde hace ya bastante tiempo. Sé que no es lo que parece. Pero el hombre es como un cangrejo ermitaño: cuanto más intentan sonsacarle, más se esconde. Es un hombre que oculta algo. Por desgracia, también es un maestro de la ocultación. Si usted conoce el secreto, deme ese gusto de viejo curioso.

Durante unos instantes, el hombre gordo se tapó la boca con la mano y miró a Nikos, evaluándolo, sopesando.

—Tengo una duda —dijo al fin—. ¿Es usted de esa clase de hombres a quienes se pueden confiar los secretos de otro hombre?

—Nunca he roto ninguna confidencia. —Nikos se inclinó y acarició al gato debajo de la silla, ocultando el leve sonrojo que la mentira mostró en su piel. El gato le olisqueó la mano, luego se levantó y se dirigió a la cocina.

Pero el hombre gordo, al parecer, le tomó la palabra.

—El señor Zafiridis —dijo, reclinándose en la silla, más relajado—. Su secreto es bastante inusual, incluso en nuestra nación, donde la mentira es un modo de vida. En realidad no es el señor Zafiridis de Patmos —como dice—, sino un tal señor Xanthos, de Sifnos.

Nikos sonrió encantado.

—¡Es un impostor!

—Exacto. El verdadero señor Zafiridis y él se conocieron en un *ferry* al salir del Pireo. El señor Xanthos volvía a casa, donde le esperaban una esposa que detestaba y ciertos problemas embarazosos con el fisco. El señor Zafiridis se dirigía aquí, para asumir su nuevo puesto de comisario; pero él también tenía muchas cosas en la cabeza, en particular una joven que había resultado indigna de su amor, pero no antes de gastarse todos los dracmas que él tenía. Los dos hombres se pusieron a hablar, y luego empezaron a beber; el señor Zafiridis, sobre todo, el verdadero señor Zafiridis, acabó muy borracho. Hablaron del trabajo del señor Zafiridis, y afirmó varias veces que un mono amaestrado podría ser un perfecto comisario. De hecho, tenía bastante razón: no hay más que ver a este «señor Zafiridis» para comprobar la verdad de tal afirmación. Entonces el verdadero señor Zafiridis, con una borrachera depresiva pero bastante impetuoso en cualquier caso, expresó el deseo de morir. Sin su amada —decía—, la vida no valía la pena. Nuestro «señor Zafiridis» lo tomó al pie de la letra, y le ayudó a tirarse por la borda a doce millas de Halkidiki. Pero no antes de hacerse con los verdaderos documentos del señor Zafiridis. Se presentó aquí como el nuevo comisario, y aquí sigue desde entonces.

El hombre gordo se bebió lo que quedaba de café.

Los ojos de Nikos brillaban de emoción.

—¿Y cómo se salió con la suya? —preguntó—. ¿Y qué sucede si alguien que conoce al hombre verdadero viene a buscarlo?

El hombre gordo se lamió la yema de un dedo, y se frotó con ella una mácula en el borde de la zapatilla derecha.

—El falso señor Zafiridis no es inteligente, pero sí astuto. Se le da bien desaparecer cuando le amenaza el peligro. Pero su vida aquí no ha sido cómoda. Se pasa gran parte del tiempo mirando por encima del hombro. El Azar y el Destino acechan en todo momento, siempre dispuestos a intervenir; y el Azar es una cosa que no se puede prever en la vida. Sus pecados acabarán delatándolo. Le llegará la hora. Tarde o temprano.

Nikos frunció el ceño.

—¿Cómo sabe usted todo esto?

El hombre gordo sonrió.

—Es muy sencillo. Le leí la mente.

Nikos le sonrió también.

—Es una historia muy buena. Muy buena, desde luego.

—Le dará tema de conversación durante varios meses, sin duda.

—¿Pero es cierta?

El hombre gordo se encogió de hombros.

—Puede que sí. Puede que no. Usted elige. Al fin y al cabo, ¿a usted qué más le da?

Se hizo un breve silencio, y Nikos tenía la incómoda sensación de ser reprendido.

Pero le picó de nuevo la curiosidad.

—Entonces, si no viene en busca del señor Zafiridis, ¿qué hace usted aquí? —dijo—. Si se puede preguntar.

El hombre gordo contempló el mar. La diminuta silueta de un barco avanzaba lentamente por el lejano horizonte, pasando por delante del lugar donde se encontraban.

—Estoy aquí —dijo— para proteger los intereses de una joven señora llamada Irini Asimakopoulos.

—Ah. —Toda la vivacidad desapareció de la cara de Nikos; su semblante se sumió en la tristeza, que se volvió conmovedora por las lágrimas que derramó e intentó disipar como cansancio.

—Usted la conocía.

—*Irinaki mou* —dijo Nikos con un suspiro. Se persignó, y se llevó la mano al corazón—. Sí, la conocía. La joven muerta era mi sobrina.

—Lo siento.

—¿Puedo ofrecerle un trago de algo? —preguntó Nikos, de pronto. ¿Metaxa, ouzo? ¿Whisky?

—Un poco de whisky, sí.

Nikos entró renqueante en la casa, y, durante unos minutos, el hombre gordo se quedó solo. Cuando Nikos reapareció traía dos vasos y una botella de Johnnie Walker Red, llena en tres cuartas partes. Dejó con fuerza los vasos en la mesa, abrió el tapón de rosca y sirvió dos dosis generosas.

Se sentó, y entregó un vaso al hombre gordo.

—Por Irini, que en paz descanse —dijo.

—Por Irini —repitió el hombre gordo. Brindaron chocando los vasos, y bebieron.

—Hábleme de ella —dijo el hombre gordo, en voz baja—. Quiero saber cómo murió.

Nikos lo miró con los ojos turbados.

—No estoy seguro —dijo.

—¿Pero qué cree usted? ¿Qué le dice el instinto?

—El instinto me dice muchas cosas, y ninguna agradable. El instinto me dice que lo más probable es que la muerte no fuera accidental. Aunque sólo sea porque, en todos los años que llevo viviendo aquí, nadie se ha caído nunca por la montaña, que yo sepa. Al menos de modo accidental. Y desde luego no a pie. El idiota de Stefanos, el de la tienda de vinos del puerto, se cayó en el camión, pero iba como una cuba. Y aun así salió ileso. Sin un rasguño.

El hombre gordo bebió otro sorbo de whisky y esperó hasta sentir el calor del alcohol en el pecho.

—El señor Zafiridis me dijo que había sido un suicidio —dijo—. ¿Sabía que eso es lo que dicen?

Nikos asintió, lentamente.

—¿Es posible que tengan razón?

—Usted es el detective.

—Pero usted la conocía.

—Yo creía conocerla. La conocía de pequeña. Trabajé en el extranjero muchos años; y cuando volví, ya había crecido. No somos de aquí, ¿sabe? Somos del continente. No de muy lejos, pero lo suficientemente lejos...

—¿Lo suficientemente lejos para qué?

—Lo suficientemente lejos para que estas mentes pequeñas nos tomen por extranjeros. Todos los sitios distintos de éste son extranjeros para ellos.

—¿Pero qué importa si usted estaba integrado? ¿Lo estaba ella?

Nikos vaciló.

—Le contaré mi visión de la vida. Todo el mundo quiere ser feliz. Feliz para siempre. Pero la vida no es así. Todos lo sabemos. Sin embargo, hay gente que lo acepta mejor que otra. La felicidad es algo que llega a pequeñas dosis, no eternamente. El día en que nacen los hijos, uno es feliz. Está eufórico. Dos días después, cuando no le dejan dormir y el crío no para de berrear y la mujer llora, uno se siente triste. Se siente tan triste que quiere arrojar al niño contra la pared, salir por la puerta y no volver jamás. Pero ya es tarde. No se los puede devolver al lugar de donde vinieron. Así que seguimos adelante, al pie del cañón. Y, claro, el niño trae más trocitos de felicidad. La primera vez que mi hijo me llamó «Papá», lloré, derramé lágrimas. Luego le vomitan a uno encima. En conjunto, uno no puede prescindir de ellos, pero hay que hacer sacrificios. A veces, esos sacrificios son... significativos. ¿Entiende lo que le quiero decir? Lo que la gente debería buscar es... ¿puedo llamarlo «resignación»? Sabiendo eso, teniendo en cuenta los altibajos, probablemente están mejor donde están que en ninguna otra parte. No asomándose por la valla todo el tiempo para ver qué tienen los demás que uno no tenga. Así se rompe el corazón. Es mejor conformarse con lo que uno tiene.

—Es una manera de verlo, amigo —dijo el hombre gordo—. ¿Pero qué ocurriría si todo el mundo se contentase con su suerte en la vida? ¿Qué sería de los grandes descubrimientos del hombre, la medicina, la literatura, el arte? Sin gente que se negase a conformarse seguiríamos pensando que la tierra es plana y que los mares están infestados de dragones. Seguiríamos esperando a que alguien inventase la rueda.

Nikos sonrió.

—Tiene razón —dijo—. En cualquier caso, Irini hizo algunas cosas mal: se casó, luego decidió que no estaba preparada para asentarse. Creyó que podría convencer a Andreas de que el dinero que llevaban años ahorrando era mejor gastarlo en ver mundo. Él no lo veía así. Sólo quería una vida tranquila, una casa propia, un par de críos, la comida en la mesa. Pero ella era terca. Si quería hacer algo, no renunciaba a la idea, y si había algo que no quería hacer, pues no lo hacía. No iba a la iglesia, decía que le aburría. Pero aburre a todo el mundo, ¿no? Yo me muero de aburrimiento en la

iglesia. Nadie va a la iglesia a pasarlo bien. Aquí las mujeres van a la iglesia, es lo que hacen. Les da un interés fuera de la casa. Es su club social. Pero ella no iba.

—¿Entonces no era feliz?

—Al principio sí. Andreas era un buen partido en muchos aspectos. Yo no hubiera permitido que se atase a nadie que no le conviniera. Es un hombre sencillo, sin complicaciones. Gana lo suficiente para vivir con holgura. No tiene deudas, y paga sus facturas a tiempo. Así que, cuando mi hermana buscaba una pareja para Irini, respondí por él. Mi hermana y yo amañamos la boda juntos.

—¿E Irini estaba contenta con su elección?

—Apareció en la iglesia. Lo interpreté como que estaba suficientemente contenta.

—Parece que nuestro amigo Zafiridis no ha descubierto casi nada útil en la investigación de la muerte de Irini, pero he inferido de él que su sobrina se casó tarde; que era, para este pueblo, casi una solterona. ¿Había alguna razón?

Nikos vaciló.

—Hubo otra persona antes —dijo al fin—. Una persona a la que ella esperaba. Una persona en la que malgastó mucho tiempo.

—Un desengaño, entonces.

—Una promesa rota. Él conquistó su corazón y toda su atención unos años antes. Cuando la dejó plantada, creo que ella ya no lo quería más que él a ella.

—¿Es posible, entonces, y discúlpeme que lo diga así, que Andreas fuese para ella el último recurso?

Nikos examinó el dorso de su mano; detrás de los nudillos había un oscuro moratón oval cuyo origen no recordaba. Se frotó el cardenal con el pulgar.

—Usted no conocía a Irini —dijo al fin—, así que es comprensible que piense eso. Pero Irini creía que la vida de solterona, y tanto usted como yo sabemos el estigma que conlleva ese papel, era preferible a la vida con un tipo cualquiera. Mi hermana había elegido un hombre para ella, de buena familia, rico y con buena reputación, e Irini se negó a aceptarlo. Lo rechazó. Mi hermana estaba avergonzada.

Le causó una gran vergüenza, y abrió una fisura entre ella e Irini que nunca se cerró del todo. —Hizo una pausa, y miró a la cara al hombre gordo—. Esto es un asunto privado. Se lo cuento porque confío en que usted hará todo lo posible por mi Irini.

—Le doy mi palabra —dijo el hombre gordo—. Y puede confiar plenamente en mi discreción.

Nikos bebió un sorbo de whisky.

—Las cosas se complicaron —dijo—. Para salvar la cara, la familia del pretendiente hizo correr la voz de que eran ellos quienes habían rechazado a Irini, y no al revés. La gente lo creyó. Mi hermana culpó a Irini de arruinar la reputación de toda la familia. Y, cuando los rumores empezaron a correr, huelga decir que ningún



otro candidato pidió su mano.

—Menos Andreas.

Nikos asintió con la cabeza.

—Menos Andreas. Me creyó cuando le dije que no había ningún pasado que un hombre no quisiera en una mujer. Se conocieron; se gustaron. Fue duro para ella lo que ocurrió en casa, lo sé; pero no, Andreas no era un último recurso. Se llevaban bien. Él es sencillo, sin dobleces, y muy ducho en su trabajo, y ella admiraba eso. Podrían haber sido felices siempre.

—Entonces, si ella era feliz al principio, ¿qué cambió?

—La verdad es que no sé —dijo Nikos cansinamente—. Puede que nada. Es una causa bastante común de la creciente infelicidad, ¿no? Que nada cambie.

—¿Es posible que fuese tan infeliz como para suicidarse?

Nikos reflexionó.

—No creo. ¿Pero qué sé yo? ¿Qué puede saber alguien sobre el estado de ánimo de otra persona si ésta decide ocultarlo? Pero un estado de ánimo suicida es algo difícil de ocultar. Sobre todo aquí.

—¿Es cierto que tenía una aventura?

—Vaya, vaya —dijo Nikos entre risas—. Veo que no ha perdido el tiempo.

Cogió la botella de whisky y sirvió otra ronda.

—¿Entonces es cierto, Nikos? —insistió el hombre gordo.

—Sólo hay dos personas que conocen la respuesta a esa pregunta. Una de ellas está muerta. Más vale preguntar a la otra. *Ymmas*.

El hombre gordo cogió su vaso y repitió el brindis.

—*Ymmas*. Pero... ¿la otra persona me dirá la verdad?

—En este sitio, yo no lo haría.

El hombre gordo sonrió y bebió un poco de whisky.

—¿Cómo es ese Theo Hatzistratis?

—Ya tiene un nombre, entonces.

—Sí.

—Bien hecho. Un tipo callado. No es mujeriego. Pero ¿qué les dicen las madres a sus hijas? No confíes nunca en los hombres callados.

—¿Cree que había algo entre ellos?

—Es posible. Ella se aburría, y el Diablo encuentra trabajo para las manos ociosas. Y para otras partes del cuerpo. Pero si ella se lo follaba, obró mal. Se casó con Andreas de buena fe, le prometió fidelidad. Luego aparece algo que le gusta y se larga, y lo deja a él en ridículo. Es lo peor que le puede hacer una mujer a un hombre, ponerle los cuernos. Si hubiera sido mi mujer, la habría matado.

El hombre gordo arqueó las cejas.

—Es una forma de hablar —dijo Nikos.

—¿Y el amante? ¿Está casado?

—Sí, tiene una mujer adorable, buena chica. Tienen una hija. Pero los hombres se

aburren, ¿no? Es comprensible. Es distinto en el caso de los hombres.

—¿Está usted casado, Nikos?

—Viudo.

—¿Fue fiel a su esposa?

—¿Yo? —dijo Nikos entre risas—. ¡Nunca! Hoy me resultaría más fácil. La mente quiere, pero la carne del hombre no obedece. Y supongo que me va a decir que soy un viejo hipócrita. Pues sí. La hipocresía es parte de la naturaleza humana. No haga lo que yo hago, haga lo que yo digo.

—A lo mejor Hatzistratis y ella se querían.

—¡Bah!

—No es usted muy sentimental, ¿verdad, Nikos?

—El sentimentalismo es para los idiotas.

Guardaron silencio durante un rato. El hombre gordo miró la hora. Le esperaba un largo camino.

—¿Dónde puedo encontrar a su marido? —preguntó—. ¿Y al amante?

Nikos le explicó, en detalle, cómo podía encontrar a los dos hombres.

El hombre gordo se bebió el resto del whisky, luego se inclinó hacia adelante para forzar una respuesta a su última pregunta.

—¿Cómo murió, Nikos? —preguntó.

—Yo la quería —dijo—. Era como una hija para mí. La echo de menos. Tómese otra copa antes de marchar.

—No, gracias. Tengo que irme. Pero volveremos a hablar. —Se levantó, y empujó la silla por debajo de la mesa; sacando dinero del bolsillo de la chaqueta, lo dejó al lado de su vaso vacío—. Que tenga un buen día, Nikos —dijo, y se dio media vuelta para marcharse.

Pero el viejo lo agarró por la manga de la chaqueta y lo retuvo.

—Voy a contarle una cosa —dijo, en voz baja—, pero nunca diga que se la conté yo.

—Puede confiar plenamente en mi discreción —dijo el hombre gordo.

Nikos lo miró con incertidumbre; pero el hombre gordo le miró fijamente a los ojos.

—Confíe en mí —dijo—. Debe confiar, por el bien de Irini.

Nikos volvió la cabeza a derecha e izquierda, examinando el frente marítimo y el sendero hasta su casa por si alguien escuchaba furtivamente, por si había algún testigo de las confidencias. No había nadie.

Hizo señas al hombre gordo para que se acercase, y le habló al oído.

—Vaya a Profeta Elías —dijo—. Allí hay un hombre que vive en una choza, allí en la montaña. Le llaman el Loco Lukas, y le parecerá un poco raro. Pero sabe algo que le interesa. Vio algo. Vio a alguien. Vaya y pregúntele lo que vio, allí arriba en las montañas, justo en el punto donde apareció el cadáver.

Seguía soplando el viento furioso, que rasgaba un cielo azul totalmente despejado. Los eucaliptos crujían y gemían al borde de la carretera; desde la ventana, Irini oyó una única campanada sobre el aullido del viento cuando el reloj de San Atanasio dio las diez. Andreas seguía durmiendo en la habitación. Y de pronto, un gran crujido, y un repentino susurro de hojas secas que parecía elevarse presa del miedo; un ruido sordo de leña partida contra el hormigón, y la rama rota por la tormenta formó una barrera a través de la carretera, mientras las hojas estrechas de sus ramitas quebradas revoloteaban al viento como jirones de gallardetes desvaídos.

Ella corrió al dormitorio. Andreas yacía de espaldas, boca arriba, con una respiración profunda y lenta. Su cara sin afeitarse estaba surcada de pliegues; al dormir tenía la vulnerabilidad de un niño, o de la vejez. Daba pena despertarle; de modo que volvió a la cocina, se puso el chaquetón más grueso y salió a la tormenta, sola.

El viento gélido le azotaba los ojos; los acribillaba con tierra y polvo tan irritantes que le caían las lágrimas, y le esparcía el pelo por la cara como un velo. Se quedó de pie, temblorosa y azotada por el viento, apartándose el pelo de la cara cuanto podía, junto a la rama rota. Sabía que le faltaban fuerzas para retirarla de la carretera, y, después de decirse que debía molestar a Andreas de todos modos, se volvió hacia la casa. Pero, sobre el viento ululante, oyó un ruido que la detuvo: el ruido —y el peligro— se acercaba, con el tenue murmullo, cada vez más audible, de un vehículo que se acercaba.

Las curvas de la carretera eran cerradas y de poca visibilidad; pero los conductores, en general, no eran ciegos.

Sin embargo, Theo Hatzistratis iba en busca del número del almacén de maderas del continente; la última vez le enviaron mal la longitud, que era demasiado corta. Quería hablar con Malvilis, y comprobar si el pedido estaba bien; quería hablar con Buscotis, el hombre del almacén, para decirle que se asegurase de que la trajesen en el primer barco que zarpase en cuanto amainase el temporal. El número estaba garabateado en lápiz en una servilleta de papel; la servilleta estaba en el bolsillo de su chaqueta, que había dejado sobre el asiento del copiloto. Le dio la vuelta a la chaqueta, y bajó la vista para guiar la mano hacia el bolsillo. Cuando volvió a mirar la carretera, estaba bloqueada.

Los frenos necesitaban una revisión; lo sabía desde hacía varias semanas, pero no le quedaba tiempo para pasarse el día en el taller mirando a Stavros tumbado de espaldas debajo de la camioneta, perdiendo las herramientas y la paciencia y empeorando el problema todavía más.

Pisó el freno, lo soltó, lo presionó hasta el suelo. Derrapó, levantando una nube de grava con chirrido de neumáticos. Cerró los ojos, abrazado al volante a la espera del

impacto, pero lo único que sintió fue un leve toque juguetón de un bulto en contacto con el vehículo.

Abrió los ojos. La parte delantera de la camioneta estaba enterrada entre las hojas y ramas de eucalipto, de color verde grisáceo. Un poco más allá, una mujer lo observaba atónita; tenía los dedos de una mano cerrados sobre la «o» de la boca.

Apagó el motor. Al salir de la camioneta, la mujer se recogió el precioso pelo —*un pelo para enterrar en él la cara*— y, echándoselo impacientemente sobre el hombro, lo mantuvo ahí. El viento estaba detrás de él; le empujó la espalda, y le hizo dar un paso hacia ella.

La conocía, sabía quién era, aunque ignoraba su nombre. Sabía que era la mujer de Andreas el Pescador, la mujer que se había traído Andreas del continente. Ahora veía que bien valía la pena. Era una mujer que cualquier hombre admiraría. Sabor. Caricia.

El viento lo empujó de nuevo, impulsándolo hacia delante; al dar otro paso vio que no ofrecía ninguna resistencia.

*La culpa fue del viento: el viento derribó la rama, y la dejó como una trampa atravesada en la carretera. Yo no lo conocía, nunca le había visto la cara; y, sin embargo, en cuanto nos vimos, algo ocurrió entre nosotros, un titileo de reconocimiento, comprensión, una descarga de emoción que nos convirtió, de alguna manera, en conspiradores. Pero enseguida desapareció, y me quedé mirando a ese hombre, para mí desconocido. Era alto, y más joven que Andreas. Llevaba barba sin recortar, una barba de luto; cejas negras, pobladas, como si tuviera un antepasado exótico, sangre árabe de los oasis de palmeras y los aromáticos harenes de los musulmanes. Tenía dos profundas arrugas encima de la nariz, lo que me hizo pensar que seguramente fruncía el ceño demasiado; pero luego me sonrió, y aquellas arrugas profundas se disiparon, y unas líneas más suaves, de mucho reír, aparecieron en el rabillo de los preciosos ojos oscuros.*

*Y entonces me di cuenta de que le estaba mirando fijamente, así que bajé los ojos, pero sentí que él seguía mirándome. Era más atrevido de la cuenta, como los carpinteros de ribera; sólo que con Theo, por algún motivo, no me importaba.*

*Me dijo en voz alta: «Yassas»; tenía que gritar para elevar la voz por encima del viento.*

*«Tenemos un problema», gritó, y dio una fuerte patada a la rama, esperando —supongo— que se balancease, y cediese. Pero la rama era sólida, rígida, y se le arrugó la cara de dolor, y se maldijo y maldijo su propia estupidez. Y luego me sonrió, y yo no pude evitarlo: me reí.*

*Me gritó algo más, pero el viento se llevaba sus palabras y no logré entenderle, a pesar de que le miraba los labios. Así que separó las hojas, saltó por encima de la rama, y se quedó de pie tan cerca de mí que podía oler el aroma de madera de su*

*piel, la frescura de la resina de pino, y los cigarrillos de su aliento. Y en su mano vi un anillo de boda, una tira de oro blanco macizo bien prieta en el dedo.*

*Le dije que había visto caer la rama, pero que lo vi desde la ventana.*

*Me preguntó dónde estaba Andreas, y le dije que dormía. Llamó a Andreas perro perezoso, y dijo que lo iba a sacar de la cama.*

*Se apartó de mí. Sus muslos eran largos, su caminar ágil, fluido. Lo vi marchar. Lo vi abrir la puerta de mi casa, y entrar como si fuera suya, y no sentí objeción alguna a su intrusión.*

Se quedó sola en la carretera, esperando, hasta que los dos hombres salieron de la casa juntos. El desconocido cerró la puerta al salir.

Siempre era lo mismo: ahí estaban los dos hombres, y ella no era visible para ninguno de los dos. No le dirigieron la palabra, pero se mantuvieron a cierta distancia, gesticulando, conversando, mientras el viento le traía fragmentos de la conversación.

«Si pudiéramos pedir prestado un cabrestante...».

«... atarlo a la parte trasera de tu camioneta...».

«... en el taller... diez minutos...».

Hacía frío, y el viento era un suplicio. Irini entró en casa para observarlos desde el refugio de la cocina, pero cuando llegó a su silla junto a la ventana, ya no los vio, se habían ido andando por el camino de la bahía.

Cuando volvieron, ella preparaba la masa para una tarta de limón, batiendo margarina y azúcar hasta formar una pálida crema. Por encima del viento rugió un motor con el tubo de escape roto; una camioneta de color amarillo plátano, muy oxidada, paró delante de la casa. Andreas y el desconocido, acurrucados en la plataforma, bien pegados a la cabina para abrigarse, tenían las mejillas rojas de frío, y el pelo cómico formando picos cardados por el viento. En la cabina iban los dos carpinteros de ribera de San Sabas. El bajo, al que le faltaban dedos, lanzó una mirada a la ventana donde ella estaba y, al verla allí, levantó la mano para saludar amistosamente, como si nunca le hubiera murmurado cosas cuando Andreas no estaba.

Andreas saltó a la carretera. Desde la plataforma de la camioneta, el desconocido levantó una motosierra —una máquina bestial, pesada, con una hoja larga, de dientes recortados— y se la pasó a Andreas, y luego saltó también él.

Los cuatro hombres estaban ya de pie juntos, en la carretera, con la cabeza gacha para protegerse del viento, y hablaban. Ella vio que Andreas hacía gestos por encima de su cabeza y señalaba la larga cicatriz pálida del punto donde la rama se había desgajado del tronco. Dieron puntapiés a la rama, y cortaron tajos teóricos con el

borde de la mano. Cruzaron los brazos con engreimiento y discutieron las posibilidades. Escupían en el suelo y se interrumpían. Se mofaban del carpintero de ribera al que le faltaban dedos y le llamaban *malaka*. Y al fin, parece que acordaron un plan.

Andreas levantó la motosierra y observó su funcionamiento, pero uno de los carpinteros de ribera —el de los dientes picados— estaba impaciente, y se la arrebató. Sujetándola delante de la cara, con la hoja brutal apuntando al centro del grupo, tiró del motor de arranque con todo el ímpetu. Nada. Volvió a tirar. Nada. Bajó la sierra, y el desconocido señaló un botoncito negro en el motor. El carpintero de ribera pulsó el botón, sostuvo la sierra a la altura de la cara y tiró por tercera vez del cordón.

Cuando Andreas, el desconocido y el carpintero de ribera al que le faltaban los dedos daban un salto atrás, para situarse lejos del alcance, Irini oyó el rugido de la motosierra. El carpintero de ribera la bajó hacia la rama, y, en medio de una nube de serrín y astillas, cayó el primer leño.

Entraron con aire arrogante en la cocina, acercaron las sillas a la mesa y se sentaron. Fuera, al borde del lugar donde había florecido el ciclamen rosa, había crecido una pila de leña. En la carretera, el viento rozaba las cimas de los montículos de serrín y esparcía el fino polvo en el aire hasta que se esfumaba.

Andreas puso con fuerza un cenicero en la mesa y habló con Irini por encima del hombro.

—Prepara café, mujer —dijo.

Se reclinaron en las sillas, despatarrados, buscando en las chaquetas cigarrillos y mecheros. Andreas, que encontró el suyo primero, ofreció una ronda de una cajetilla de tiras rojas y azules de marca Assos: tabaco griego barato, liado en cigarrillos tan mal hechos que a veces los filtros se desprendían en la boca del fumador. Irini vio que Andreas desgajaba la punta suelta y blanca del cigarrillo que se disponía a encender. Si hubieran estado solos, nunca lo habría retirado, porque ella se habría quejado. Los cigarrillos sin filtro empeoraban la tos, y ella le reñía por la tos, la carraspera y la expectoración que salpicaba secreciones mucosas en el lavabo.

El aire era denso con un humo gris. Ella encendió el quemador de gas, vertió café aromático y azúcar en la olla llena de agua, y lo puso a hervir. Desde el aparador del salón trajo cuatro tazas de porcelana con motivos florales de color pastel, regalo de boda de su hermana, y las limpió.

Los hombres hablaban cada vez más alto, estimulados por la pequeña aventura, excitados por la superabundancia de incidentes que había traído el temporal.

—Se ha llevado el tejado del nuevo baño de Petros —dijo el carpintero de ribera de los dientes picados—. Vino a buscar una lona. Le presté una, pero también ha salido volando. No la ató bien. Le dije que no escatimase en la cuerda...

—¿Y qué ha sido del viejo Pantelis el Hombre Tomate? —preguntó Andreas—.

¡Me había olvidado de él! Tiene tres costillas rotas. Y la muñeca. Pero no hay ningún barco que lo lleve al continente para que lo escayolen...

—Stavros el Pañero: su barco, el de fibra de vidrio que compró el año pasado, garreó —interrumpió el carpintero de ribera al que le faltaban dedos—. Se golpeó contra las rocas, de costado. Muchos daños. Muchísimos daños. Le está bien empleado por intentar ahorrarse las tasas del dique seco. Será tacaño... El otoño pasado dijo que cobramos demasiado. Yo le dije: me trae sin cuidado, tu dinero acabará en mi cartera de todos modos...

Irini observó las finas volutas de vapor que emanaban desde la superficie del café, esperando el momento en que hirviese y la espuma se elevase hasta el borde de la olla. Al otro lado de la habitación, Theo la miraba, tímida o maliciosamente, pues la dirección de sus ojos quedaba oculta por las densas cejas. El café hirvió, y ella lo levantó del fuego, sirviéndolo con cuidado en las delicadas tazas. Al servir las últimas gotas en la última taza, le lanzó una mirada; de alguna manera no le sorprendió ver que él también la observaba.

Andreas empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Vamos a tomar una copa —dijo—. Creo que nos hemos ganado un trago, amigos.

Irini colocó el café delante de los hombres. Ninguno le dio las gracias. Andreas cogió una botella de buen Metaxa del estante y cuatro vasos del aparador, luego colocó un vaso delante de cada hombre y escanció el coñac.

—*Ymmas!* —exclamó, sentándose mientras levantaba el vaso—. ¡Salud!

Pero cuando se llevaban los vasos a los labios, llamaron a la puerta.

Andreas se bebió de un trago la mitad del coñac de su vaso.

—Abre la puerta, mujer —dijo.

Irini se dirigió a la puerta, y, sujetándola con el pie para impedir que el viento la desgoznase, la abrió sólo unos centímetros; pero el hombre que estaba fuera era impaciente.

—¡Déjame entrar, por el amor de Dios! —exclamó mientras empujaba la puerta. Se filtró el viento e introdujo un chaparrón de hojas secas y serrín. Irini cerró la puerta. Los hombres de la mesa bajaron los vasos y miraron al visitante en silencio. Era un tipo achaparrado, calvo salvo por dos islotes de pelo rizo grisáceo justo encima de las orejas de lóbulos largos, y vestía ropa juvenil: chaqueta de buen cuero italiano, camisa de lino abierta en el cuello. En la mano derecha, la uña del meñique era larga, limada en forma cuadrangular: indicios de un hombre que no se dedicaba al trabajo manual.

El visitante les sonrió a todos, mostrando una dentadura rellena de oro en algunos puntos.

—Bueno —dijo el visitante—, bonita reunión. ¿Estáis de fiesta, amigos? Irini, querida, ¿cómo estás?

Al saludarla, le acarició suavemente las yemas de los dedos, y le rozó la cara con

sus mejillas suaves, bien afeitadas. Su piel tenía un olor dulce de violeta y loción Nivea.

—Señor Krisaxos —dijo Irini—. Bienvenido. ¿Quiere un café?

—No, no, querida, gracias. —Miró uno a uno a los hombres sentados a la mesa. Ninguno había hablado todavía—. Estoy buscando —dijo— al idiota que está bloqueando la carretera con su camioneta. Y veo que el culpable está justo ahí, ¿no, Sobrino?

Theo, ruborizándose, se levantó de la silla.

—Lo siento, Tío Louis —dijo—. Voy a moverla.

Theo se encaminó hacia la puerta; al pasar por delante de su tío, el hombre más viejo le apretó el hombro con la mano, de una manera que tanto podía ser afecto familiar como un gesto de reproche.

—Yassas —dijo Theo y, saliendo rápidamente por la puerta, se fue.

—Bueno —dijo Louis Krisaxos—. No podemos pasarnos todo el día bebiendo. Tenemos trabajo que hacer. No beban demasiado, caballeros. —Se levantó la manga de la chaqueta para mostrar el reloj de oro de su muñeca—. Caramba, ¿tan tarde es? Lamento molestarles. Irini, vente a tomar café con Anna. Le encantaría verte.

Observaron cómo se cerraba la puerta a sus espaldas.

—Viejo maricón —dijo el carpintero al que le faltaban dedos—. Se folla a todo lo que se mueve. Seguro que tiene una cita con el trasero de un soldado; me apuesto lo que sea.

—Será más bien una cita con su mano derecha —dijo el carpintero de ribera de los dientes picados. Y todos se rieron; excepto Irini, que retiró la taza de café y el vaso del desconocido y se los llevó al fregadero para lavarlos.

Los carpinteros de ribera apuraron los vasos.

—A trabajar —dijo el de los dientes picados.

Mientras se marchaban, el carpintero de ribera al que le faltaban dedos dijo adiós, pero como Andreas cerró la puerta de inmediato, ella no pudo responder.

Una salpicadura de hollín y polvo de ladrillo se desprendió de la campana y cayó en la chimenea.

—No soporto a ese Krisaxos —dijo Andreas, sacando un cigarro de la cajetilla. Se lo llevó a la boca y lo encendió—. Se cree superior a todos nosotros, ahora que ha hecho fortuna.

—Tu madre dice que es un buen empresario —dijo Irini.

—No es ningún empresario, es un ladrón, un sinvergüenza. Esa loca es capaz de pisar a cualquiera con tal de trepar. Tiene mala sangre: su familia tiene más esqueletos en el armario que todo el resto de la isla junto. Confía en mí, algún día saldrán todos reptando para enterrarlo. Y con mucho gusto les prestaré una pala para que hagan bien el trabajo. —Dio una calada al cigarro, y tiró unos copos de ceniza en el cenicero—. Está pidiendo a gritos una buena dosis de lo que le dieron a su padre. Una inyección de la vieja medicina. Eso lo metería en cintura.



Irini abrió el grifo del fregadero.

—¿Qué le pasó a su padre? —preguntó.

—Estaba podrido hasta la médula —dijo Andreas—. Tassos, lo llamaban. Tenía deseos desviados. Había que pararle los pies.

Irini se apartó del fregadero y se sentó al lado de su marido en la mesa.

—Cuéntame —dijo.

Él se sirvió otro dedo de Metaxa y levantó el vaso hacia Irini. Ella bebió un sorbo del licor marrón añejo; Andreas se bebió la mitad de lo que quedaba.

—El amigo Louis es maricón, pura y simplemente —dijo—. Ya no lo oculta. Pero las perversiones de su padre eran mucho peores, y la familia guardó el secreto celosamente. Algunos dicen que practicó primero con Louis y su hermana. De vez en cuando corrían rumores; los vecinos oían cosas. Pero los niños crecieron, y al viejo Tassos le gustaban muy jóvenes. Empezó con la hija de su sobrina, una cosita de seis años. La atraía a su casa con promesas de chocolate. Un día, cuando la sobrina apareció allí, el viejo tenía los pantalones a la altura de las rodillas, y la niña lloraba, medio desnuda.

—¡Dios! —exclamó Irini—. ¿Llamaron a la policía?

—¿A la policía? —Sacudió la ceniza del cigarro—. ¿Y qué habría hecho la policía? El viejo Tassos tenía bastante dinero. Habría pagado a un abogado para que mintiera en su nombre, y habría salido de rositas. No, no servía de nada llamar a la policía. El padre de la niña fue a verlo con el abuelo, y sacó a rastras al perro sucio de su escondite, en el sótano de la casa. Lo ataron al plátano de la plaza, y lo dejaron allí un rato para que la multitud se congregase alrededor mientras ellos iban a buscar un gallo viejo; sólo para que el perverso sudase de angustia, degollaron al ave delante de él. Y cuando consiguieron que él les implorase sollozando, el padre de la niña tuvo el honor de embadurnarle la cabeza con brea, y, después de desplumar al gallo, cogieron al viejo Tassos y le cubrieron la cabeza con las plumas.

»Cuando lo montaron en una mula y lo hicieron desfilar por el pueblo, pasaron por delante de su propia casa para que lo viera su mujer. Ella le escupió por la ventana, y se llevó a los hijos, a nuestro amigo Louis y su hermana, a casa con su madre. Se divorció de él, por supuesto. La familia no soportaba la vergüenza.

—¿Y qué fue de él, al final?

—Ah, ésa es la cuestión. —Andreas se bebió el resto del Metaxa—. Cuando lo soltaron, se largó tambaleante y no volvieron a verlo. Hay quien dice que sigue aquí todavía, escondido en algún rincón de la casa de algún pariente, demasiado avergonzado para dar la cara. Pero yo creo que se fue hace tiempo, hace años, a algún lugar muy lejano, añorando como todos los griegos exiliados el regreso a casa. Pero nunca volverá. No se atreverá.

Se hizo un silencio mientras daba una calada al cigarro, y exhalaba el humo.

—De todos modos. Ándate con cuidado con ése —dijo—. Te ha echado el ojo.

Ella se rió.

—¿Qué va a querer de mí ese viejo verde? —preguntó ella—. No soy su tipo.

Pero mientras Andreas volvía a colocar su chaqueta en el perchero y se dirigía a encender la televisión, a Irini le pareció que quizá no se refería a Louis Krisaxos.

Lunes Limpio<sup>[1]</sup>, el primer día de Cuaresma: un día de festejo austero, en el que limpiar el estómago y preparar el cuerpo para la privación. Con un cielo sin nubes, Irini esperaba que el sol calentase un poco, pero el frío húmedo del invierno persistía incluso al abrigo del muro de la capilla, en la ladera. Entre las rocas, las escuálidas ovejas pacían los nuevos brotes de hierbas y pasto, mientras los corderos, cada vez más gordos, les tiraban de las ubres; al pie de la montaña, donde corría el lecho seco del río, los niños lanzaban misiles —piedras, palos, una sandalia con la correa rota— a las ramas de un nogal, intentando arrancar las últimas nueces (crecían muy alto, y nunca estarían a su alcance).

La madre de Andreas, Angeliki, había limpiado una zona llana de terreno arenoso, arrojando las piedras más grandes a los tomillares, arrancando una rama retorcida de orégano para barrer con sus fragantes hojas los excrementos de oveja dispersos. Después extendió un edredón de retazos y, para sujetar las esquinas, buscó en los tomillares las piedras más pesadas que había arrojado. Strathia, la cuñada de Irini, perdió por unos instantes el ceño fruncido que tenía siempre con sus hijos; se asomó a la plataforma del camión para sacar las neveras que contenían la comida campestre. Bajo el vestido, sus muslos eran pálidos, y flácidos; en las corvas se marcaban unas venas gruesas.

Irini colocó los platos Pyrex y los envases Tupperware en el centro del edredón, y dispuso los alimentos de ayuno: nada de aceites, ni grasas ni carne ni pescado que sangrase. Habían traído aceitunas, de las gruesas verdes y amargas, y de las negras arrugadas, más suaves; había zanahorias, coliflor y pimientos picantes en salmuera, remolachas pequeñas en tarros, pepinillos en vinagre, huevas de pescado en tubos. Había un pulpo, pescado por Andreas, y langostinos atigrados. Había cebolletas y lechugas de Kos cultivadas por Angeliki en el huerto, rúcula picante, rábanos rosas y globos de nabos de color malva claro. Irini había cocido patatas, y las roció con sal y zumo de limón; Strathia había hervido mejillones frescos con hojas de laurel y cebollas. Trajeron también trocitos de halva de vainilla, dulces y pegajosos, espolvoreados de cacao, y hojas planas y rizadas de pan de Lunes Limpio, y botellas de resina y limonada, envueltas en toallas empapadas de agua para mantenerlas frías.

Pero Angeliki estaba preocupada.

—No llegará. Tendríamos que haber traído más pan. Strathia, nos hemos olvidado la sal.

—Aquí está, Madre.

—A tu padre no le gustarán esos mejillones cocinados con hojas de laurel. No soporta el sabor del laurel.

—Pues entonces que coma otra cosa.

—Esta lechuga es todo agujeros. No se pueden ahuyentar los caracoles, con este

tiempo húmedo. Pero la lavé; le di un buen lavado. Pero no creo que tu padre se la coma con agujeros en las hojas.

El ceño fruncido volvió a la cara de Strathia.

—Por el amor de Dios, Madre —dijo.

Agachados ante la pila de hojas caídas que habían cortado para hacer leña, los hombres —Andreas, su padre Vassilis, Socratis, el marido de Strathia— colocaban hierba y ramitas secas en la base. Andreas encendió un cigarrillo y acercó el mechero a la hoguera. El humo los envolvió, enmascarándolos, y luego, al disiparse, volvió a descubrirlos, como sombras en un día de nubes dispersas, que tapan el cielo un instante y luego desaparecen. Socratis arrojó a las llamas una raíz de alcaparras espinosas; el fuego escupió una lluvia de chispas crepitantes que se elevaron por el aire. Una chispa, todavía al rojo vivo, al caer quemó a Vassilis en el dorso de la mano; y él, maldiciendo, se la sacudió y se lamió la quemadura, mientras Andreas y Socratis se reían.

Andreas seguía sonriendo mientras volvía donde estaban las mujeres; sonriente, apoyó las manos en los hombros de Irini y le besó la punta de la nariz. Bajo el humo de la leña impregnado en su pelo, Andreas tenía un olor familiar, un olor que infundía seguridad. Irini rodeó con las manos la cintura de Andreas (que iba engordando con los años), y se abrazaron como una pareja preparada para el baile.

A través del tejido de la ropa de Andreas, Irini pellizcó la blandura de su cuerpo.

—¿Qué es esto? —dijo en tono burlón, sonriendo.

—La comida que me hace mi mujer —dijo él, mientras acercaba los labios a los de Irini.

—Es hora de beber algo. Strathia, trae los vasos. Vamos a tomar un vinito.

—Yo no quiero vino —dijo Angeliki—. Me da dolor de cabeza.

—De todos modos tendrás dolor de cabeza cuando acabemos —dijo Andreas. Guiñó el ojo a Irini, arrugando la piel del contorno de ojos—. Tómame un vino, que te sentará bien.

Strathia repartió vasos de papel.

—Bueno, pero sólo un poco —dijo Angeliki.

Cuando la hoguera se consumió y sólo quedaban ascuas, Socratis esparció el pulpo por la parrilla y la colocó encima del calor. Bajo el nogal, los niños sondeaban un nido de hormigas con tallos de hierba; se oyó un repiqueteo hueco de campanas procedente de detrás de la capilla, donde pastaban las cabras. Lentamente, la carne de pulpo cambió del rosa pálido al rojo intenso; los jugos goteaban, siseantes, en las brasas.

Socratis bebió un sorbo de vino y se sacudió un insecto de la punta de la nariz con el pulgar. Tenía nariz de boxeador, inclinada y deforme, acorde con su reputación de hombre duro. Antes de la boda atizó con una barra de hierro a un rival que competía

por Strathia; el rival ahora cojeaba y tenía nublada la visión de un ojo. Sin embargo, con el paso del tiempo Socratis y su rival se habían dado la mano, y a veces se tomaban alguna copa juntos. Socratis no era hombre de rencillas. Al menos cuando era él quien vencía.

Al otro lado del valle, en el horizonte apareció un hombre en el muro de un olivar abandonado. Como un profeta bíblico, se apoyaba en un cayado largo y estaba de pie, como un centinela, mirándolos desde lo alto. Socratis, protegiéndose de la luz solar con el dorso de la mano, entrecerró los ojos para identificar al oteador y, después, gruñó y atizó en silencio las brasas con un palo. Andreas ya no tenía tan buena vista como en otros tiempos; no lograba identificar aquella figura a lo lejos.

—¿Quién es aquél? —preguntó.

Vassilis carraspeó y escupió en el suelo.

—Lukas —dijo—. Vamos a comer. Cuando llegue, no quedará nada.

El oteador levantó una mano y saludó; el eco de su grito era indescifrable.

—¿Dónde están tus modales, padre? —preguntó Strathia—. Dile que baje.

—¿Crees que tendremos bastante si viene? —preguntó Angeliki, dubitativa.

—Por el amor de Dios, Madre —dijo Strathia—. Andreas, dile que baje.

Apoyado en su bastón, la figura empezó a descender por la ladera. Sus andares eran irregulares; no por discapacidad, sino por cojera.

—No es necesario —dijo Vassilis—. Ya viene para acá.

Strathia sirvió a Lukas un vaso de vino, y él, mirando hacia donde Socratis atizaba el fuego, le dio las gracias. Colocó el vaso entre los empeines de las botas —botas negras de suelas gruesas, raspadas, sucias de polvo, compradas a precio de ganga a un soldado del Servicio Nacional desmovilizado— y, después de levantar el parche que lo cubría, se frotó el ojo izquierdo con un dedo sucio. Había adquirido el chaleco antibalas y los pantalones caqui en el mismo trato con el soldado, pero los pantalones le quedaban grandes, y se los sujetaba con un cinturón de cuero bien prieto alrededor de la caja torácica, de modo que la entrepierna de los pantalones le quedaba tan alta que había una zona al aire entre la bastilla de los pantalones y la parte superior de las botas, donde se veían las espinillas con cicatrices de color rosa claro. No se cuidaba nada en su vida solitaria, y se había quedado muy delgado; comía con voracidad cuando le ofrecían comida, pero se pasaba muchas noches en compañía de borrachos en los ouzeri del pueblo. Olía mal, de su propia suciedad, y de las ovejas. Pero no carecía de vanidad: se jactaba de su pelo, que pendía en rizos apelmazados, quemados por el sol, sobre los hombros. Se jactaba de que sólo se retocaba el pelo una vez al año; tenía una tía que lo quería mucho, y cada día de Pascua dejaba que ella le lavase el pelo y se lo cortase a la mitad de su longitud.

Se inclinó para recoger el vino, y bebió, bajando los ojos.

—¿Quieres comer con nosotros? —preguntó Strathia.

Pero Lukas rechazó el ofrecimiento.

—Tengo que seguir —dijo—. Tengo que abreviar veinte cabras, allá arriba en

Agia Anna.

Vassilis rompió el extremo crujiente de una hogaza, y le dio un mordisco, sin decir nada.

—Las cabras pueden esperar un poco más —dijo Strathia. Le ofreció un cuenco de aceitunas, y la hogaza de la que su padre había roto el extremo—. Come —le dijo.

Lukas arrancó un trozo de pan y cogió un puñado de aceitunas. Con unas tenazas, Socratis levantó el pulpo asado y lo depositó en un plato, y se lo llevó a Angeliki, que lo colocó en el centro.

Socratis, sonriente, le dio a Lukas una palmada en la espalda. Lukas se estremeció.

—¿Cómo te va, Primo? —preguntó Socratis—. ¿No te has casado todavía?

Angeliki cortó los tentáculos del pulpo y troceó el cuerpo; la carne interior era de un blanco rotundo en comparación con el rojo y negro de la piel chamuscada. Después de rociarlo con zumo de limón, lo espolvoreó con orégano seco cogido de un matorral.

—Come —le dijo—. Todo el mundo come. Strathia, llama a los niños.

—Déjalos —dijo Socratis—. Pueden comer más tarde.

Durante unos minutos comieron en silencio. Irini vio que Lukas rasgaba un trozo de pan y lo mojaba en los jugos del pulpo mezclados con el limón, y luego untaba un segundo trozo con huevas de bacalao.

—Así que —dijo Vassilis— faltan cuarenta días para que te cortes el pelo, Lukas.

Lukas tenía la boca atiborrada de pan a medio mascar.

—Este año no me molesta —dijo. Se llevó la mano a la cabeza, y se toqueteó uno de los rizos sucios.

—Si crece mucho más, se te enredarán los pies con él y te caerás —dijo Andreas.

—Venga, Lukas —dijo Strathia—. Cuéntanos noticias. ¿De qué se habla por allá, en el centro?

Mientras ella hablaba, un leve rubor tiñó la cara de Lukas. Cogió la botella de vino y se rellenó la copa.

—No sé mucho —dijo.

—Seguro que sí —dijo Andreas—. Venga, ponnos al corriente.

Socratis se levantó.

—Voy a poner en la parrilla unos pocos langostinos —dijo—. Es agotador escuchar sus monólogos. —Se alejó hacia el fuego.

—Bueno —dijo Lukas. Pinchó la punta de un tentáculo de pulpo con el tenedor, y lo mordió—. Ya os habéis enterado de lo de la esposa de Manolis Mandrakis, ¿no?

—¿Qué Manolis Mandrakis? —preguntó Strathia—. ¿Te refieres al pintor de brocha gorda?

—Sí —dijo Lukas—, el joven.

Irini lo conocía. Conocía a su mujer también: una chica alta, delgada, taciturna, que suscitaba la desaprobación del pueblo al vestir pantalones.

Esperaron. Lukas desenvolvió la pegajosa halva, cortó un trocito y se lo metió en la boca.

—¿Y bien? —le instigó Andreas.

—Pues resulta que Mandrakis —dijo Lukas— la pilló con el comisario.

Angeliki contuvo la respiración.

—No puede ser —dijo.

—Es cierto —dijo Lukas—. Se los encontró medio desnudos en la parte de atrás de la tienda del padre de ella. Tiene esa carnicería que está junto a la fábrica de hielo.

Angeliki se persignó, rápidamente, tres veces.

—Mandrakis no se atrevió a ponerle la mano encima a ese poli de mierda, claro —continuó Lukas—. Sólo le dijo que se largase y cerrase la puerta. Luego se encerró con su mujer y le pegó una paliza.

Se hizo un silencio.

—Se va a divorciar de ella, claro. La familia de ella está en una situación terrible. La madre ha sufrido problemas de corazón; le dieron palpitaciones y tuvo que ir a verla el médico.

—¡Dios mío! —dijo Andreas.

—El hijo de puta del poli está pidiendo a gritos que le den su merecido —dijo Vassilis—. ¿Por qué Mandrakis no les pide a sus hermanos que vayan con él? Tiene bastantes.

—Uno de los hermanos es propietario de un bar —dijo Lukas—. Necesita la licencia de venta de alcohol. Ese cabrón le cerraría el negocio.

Con el avance de la tarde iban cayendo las botellas de vino. Los hombres se pasaron al ouzo, y charlaban; Lukas dormía boca arriba a la sombra del muro de la capilla. El ácido de la comida, los encurtidos y el zumo de limón, el vino seco, le habían dado a Irini un fuerte dolor de estómago. Se recostó, sintiendo el sol en las piernas y los brazos, y cerró los ojos. Pensó en la cara taciturna de la señora Mandrakis, y la imaginó magullada y ensangrentada; se preguntaba si la chica habría gritado y chillado, o si se habría sometido en silencio a su castigo, consciente de que nadie acudiría en su ayuda.

Irini, por su sentido del deber, fue a visitar a su suegra. Acudió renuente, impulsada por un anhelo de compañía durante la nueva ausencia de Andreas. Había cierta displicencia entre las dos mujeres (una vieja historia: ninguna mujer era suficientemente buena para él), y esperaba ser recibida, como de costumbre, con frialdad. Pero eligió mal el momento. Su suegra la saludó con afectación. Describió la llegada de Irini como una feliz coincidencia.

—Pasa, Irini —dijo Angeliki—, pasa. Tu suegro necesita ayuda.

Era una mujer diminuta, de huesos delicados y fragilidad mental. Durante muchos años, el médico le había prescrito Valium. El fármaco la había vuelto distraída y olvidadiza, así que la casa estaba siempre sembrada de tareas a medio hacer: la mitad de los metales limpios, la mitad de las patatas peladas, la mitad de la ropa planchada y guardada, y con frecuencia tenía que hacer dos viajes a la panadería en una misma mañana en busca del pan que ya había comprado. Aquel día olía a quemado: en la cocina silbaba, sobre la placa caliente, el agua en ebullición de una cacerola olvidada. En el patio, una cabra balaba con desesperación.

Angeliki entregó a Irini un delantal de algodón doblado y un cubo de plástico.

—Ponte el delantal —le dijo—. Si no quieres mancharte la ropa. Si no tienes cuidado te pondrá perdida. Debe de estar a punto de empezar. Espero que me esté esperando. —Apoyó su diminuta mano en la región baja de la espalda de Irini y la guió por la puerta del patio. Su tacto era delicado pero insistente, como el de la zarpa de un ratón. Irini avanzaba con rapidez, para zafarse de ella.

La cabra pendía de una cuerda atada alrededor de las patas traseras, colgada en las ramas de un limonero. Era un viejo macho cabrío, olía a almizcle cabruno y al pis que el miedo había derramado de la vejiga. Sus pezuñas hendidas, estiradas, pendían a escasos centímetros del suelo, que no lograba alcanzar. Giraba lentamente en el extremo de la cuerda, dando la circunferencia completa en el sentido de las agujas del reloj, y luego en sentido contrario, observando la tierra a través de las rendijas negras de sus extraños ojos amarillos. Sus desdichados gritos eran regularmente espaciados, como un pulso; tal vez llevaba ya tiempo ahí colgada.

Su suegro estaba agachado por allí cerca, afilando un cuchillo de caza, con la punta curva, en una piedra plana humedecida con baba. Aunque el sol no era intenso, tenía la cara roja, y gotas de humedad en la cabeza rala y la frente despejada; bajo la camisa (cuya tela se tensaba alrededor del vientre redondo como una cúpula) desprendía un olor a almizcle cabruno similar: mucho más tenue, más dulce, pero en esencia igual. Le puso mala cara, como si no se alegrase de verla, pero Irini sabía que a él le daba igual que le ayudase ella o Angeliki. Para él, una mujer era tan inútil como cualquier otra.

—¿Me echas una mano? —dijo—. Trae el cubo, venga; trae aquí el cubo.

Presionó el filo del cuchillo contra la yema del pulgar; dibujó una línea punzante



de sangre. Al ponerse en pie arqueó la espalda, quejándose del dolor de riñones. Le había costado orinar esa mañana, según le dijo. Tenía que ir al médico. Detrás de él, la cabra balaba; sonaba como una burla.

Irini sintió el impulso de tranquilizar a la cabra, de acariciarle la cabeza. ¿Para qué? Le dio a Vassilis el cubo.

—Venga —dijo—. ¿Estamos preparados? Un paso atrás.

Conocía a algunos hombres que, en el momento de jugar a Dios, mientras el instrumento lanzaba el alma a la deriva, enviándola de vuelta al lugar de donde vino, bendecían al animal, le deseaban que fuera con Dios. «Están locos», pensó. «Maricas». No era más que un animal; no sentía por él más que por una naranja a la que le hincase el diente.

La cabra, sintiendo que se le acercaba la hora, empezó a balar más fuerte, presa del pánico. Irini miró entre las ramas del limonero, fijándose en el esplendor de los frutos, el brillo de las hojas, la estructura de las ramas. Hubo un leve desgarró, y una salpicadura de líquido en la tierra. El balido se volvió irregular; cada grito tembloroso era interrumpido en el medio por la succión desesperada de la cabra que intentaba en vano respirar. Poco después, nada.

Vassilis se estiró, quejumbroso, hacia el interior del árbol y serró, gruñendo, la cuerda tensa. El cuerpo se desplomó; la sangre cálida salpicó a Irini en las espinillas y los zapatos.

—Coge ese mantel, Irini. Rápido. —Señaló una hoja de plástico de cuadros azules junto a la puerta del patio. Lo extendió donde había más sangre. Vassilis agarró las patas delanteras y arrastró la res hasta colocarla encima del plástico.

Quejumbroso, se arrodilló junto al animal. Con la punta del cuchillo abrió los primeros cortes en la cara interna de las patas, delicadas incisiones para separar la piel de la carne. Cortó, con cuidado y superficialmente, el vientre de arriba abajo. Luego, tirando con suavidad, separó el pellejo, con habilidad, en una sola pieza, como si despegase una lámina adhesiva de su plástico protector, mostrando debajo una capa de grasa cremosa, con burbujas de bolsas de aire, que chisporroteaban como electricidad estática.

Entregó a Irini el cálido pellejo.

—Cuélgalo allí, en la cuerda. —Con una mano ensangrentada señaló la cuerda de la ropa, donde pendían dos sábanas blancas infladas con la brisa. No quedaba cuerda libre, y las manos de Irini estaban demasiado manchadas de sangre para descolgar y doblar las sábanas, así que colgó la piel sobre las ramas más bajas del limonero.

—¡Cubo!

Irini se arrodilló a su lado. Él le dio la vuelta al animal desollado para ponerlo boca arriba.

—Coge las patas —dijo—, y sujétalas fuerte.

Pero era difícil; la carne grasienta le resbalaba de las manos. Los ojos extraños de la cabra seguían brillando, pero sobresalían en el cráneo despellejado; los dientecillos

sonreían en un extraño rictus.

Vassilis hizo una profunda incisión, desde el pecho hasta el escroto, de manera que las tripas apestosas sobresalieron a medida que cortaba. Irini soltó las patas traseras para meter las tripas en el cubo, pero no podía controlarlas con una mano. Se derramaron como agua; como cosas vivas, se deslizaron por el borde.

Vassilis blasfemó, y maldijo a la cabra. Su camisa tenía medias lunas de sudor en los sobacos y emanaba un potente olor a almizcle. Levantó las tripas derramadas y las metió en el cubo, luego hundió las manos en la cavidad del cuerpo, recortando alrededor con el cuchillo para abrirse camino y sacar lo que quedaba: las cuerdas grises de intestino lleno de mierda, los pulmones esponjosos, el corazón inmóvil del animal.

—Tú ya has acabado —dijo—. Iré a buscar la sierra.

En el pozo del patio, la lata de acero que utilizaban para sacar agua estaba vacía en el borde de piedra. Sosteniendo la tira de nailon azul, Irini arrojó la lata por el estrecho hueco hasta que golpeó la superficie del agua en el fondo oscuro, donde no se veía, y, al llenarse, se volvió cada vez más pesada. Luego elevó la lata y se limpió con el agua fría las manos fétidas y pegajosas.

Angeliki le trajo una infusión y una botella de lavavajillas; vertiéndole agua de la lata, le ayudó a aclarar el jabón de las manos mientras Irini se las frotaba. Tenía sangre seca bajo las uñas, oscura como la tierra; aunque se frotó y aclaró y remojó las manos un buen rato, la sangre no se iba.

—¿Sabes algo de tu madre? —preguntó Angeliki—. Hace tiempo que no la vemos.

Entregó a Irini una toalla con el dibujo desvaído y el tejido casi quebradizo de tantos lavados.

Irini se secó las manos.

—Hablé con ella hace dos días —dijo—. Se va a Atenas a ver a mi hermana. Le gusta pasar tiempo con los niños.

—Los nietos son una bendición —dijo Angeliki—. Tendrá más tiempo para ti, espero, cuando lleguen los pequeños.

—Yo antes iba con ella —dijo Irini—, antes de casarme. Yo también echo de menos a los niños. Y me encanta la ciudad. A veces mi hermana me llevaba a bailar. Una noche bailé tanto que me sangraron los pies.

Angeliki resopló.

—La ciudad es sucia —dijo—. Está todo abarrotado y hay mucho tráfico. Y no sé con qué clase de hombre se habrá casado tu hermana. ¿Qué clase de hombre deja que su mujer se vaya a bailar con su hermana soltera? ¿Quién era vuestra carabina?

—Él —dijo Irini—. A mi cuñado le encanta bailar.

Recogiendo la toalla de Irini, Angeliki la dobló bien cuadrada, tomándose su

tiempo para que cada esquina coincidiese exactamente con la opuesta.

—Andreas nunca ha sido danzarín —dijo—, y nunca he tenido en gran consideración a las mujeres casadas que bailan. No me extrañaría que tanto baile fuese la causa de tus problemas de ahí abajo. Me sorprende que tu hermana sacase tiempo para tener hijos si salía a bailar todas las noches.

—No todas las noches —objetó Irini—. Sólo de vez en cuando.

—Aun así. Aquí no hay muchas mujeres que comprometan su reputación por pasarse una noche moviendo las caderas.

—Creo que es una lástima —dijo Irini—. Una noche de baile de vez en cuando nos sentaría de maravilla a todos. Rompería la monotonía.

—No sé qué es para ti la monotonía —replicó Angeliki, malhumorada—. Nosotros somos perfectamente felices tal como somos, gracias.

Al volver a casa a pie llevaba su parte de la matanza a cierta distancia del cuerpo. La punta afilada de una costilla recién serrada había abierto un boquete en la bolsa de plástico; por el agujero goteaba la sangre, dejando por la ladera un reguero que mostraba exactamente la trayectoria que había seguido: dónde había virado a la izquierda, dónde había dado un paso hacia el arcén para dejar pasar una moto.

Cuando llegó al punto desde donde divisaba la casa oyó el ruido de un motor. Pasó por delante una camioneta roja; el conductor tocó la bocina y le hizo señas. Irini no sabía quién era. Cuando se acordó de Theo y se dio la vuelta para saludar, ya había desaparecido al doblar la curva.

Días después, Irini volvía a casa de la bahía de San Sabas. Bajaba hasta allí a menudo cuando Andreas estaba fuera; se había convertido en una costumbre ir a ver si regresaba el barco al puerto, aunque sabía que era imposible que él estuviese allí, cuando sólo hacía un día que se había marchado, o poco más o menos. Caminaba despacio, observando ociosamente la vegetación de los arcones, a veces cogiendo hojas comestibles para hacer una ensalada o flores silvestres para la mesa. Al final del muelle se sentaba unos minutos en el mismo bolardo, examinando el horizonte en busca del barco que sabía que no iba a ver; luego, después de no verlo, recorría la estrecha playa, buscando conchas en la arena y pulpos en los bajíos sin gran entusiasmo. A menudo visitaba a Nikos; a veces iba en sentido contrario, hacia las montañas. Cuando el reloj daba las doce emprendía el camino de regreso, impulsada por la convención de estar en casa a la hora de comer.

Esta vez, cuando se le acercó la camioneta roja se volvió para mirarla. Vio la cara oscura y sonriente detrás del parabrisas, y la mano levantada, saludándola.

Ella le saludó también con la mano. Y mientras la camioneta desaparecía al doblar la curva, Irini se dio cuenta de que ella también sonreía.

*Así empezó todo: inocentemente. La veía a veces por la carretera, caminando. Parecía... no solitaria, no es la palabra adecuada; reservada, quizá. Daba la impresión de que tenía la mente en otra parte. Siempre caminaba sola, y siempre parecía que andaba por andar, sin rumbo fijo. Pasando el rato. Yo la saludaba con la mano. Le sonreía. No me parecía que fuese nada malo, pero en el fondo sabía que era algo que se debía ocultar, porque si venía alguien conmigo en la camioneta fingía no verla. Al principio ella era cauta, estaba un poco desconcertada, probablemente de que yo me mostrase tan cordial en un lugar como éste, donde los hombres y las mujeres no pueden ser amigos. La primera vez que sonrió, una parte de mí revivió con una especie de felicidad que nunca había conocido. Me dirá, claro, que debería haber previsto el peligro. Pero una vez que se enciende una vela en la oscuridad, ¿quién quiere apagarla? ¿Y qué peligro hay en una vela? La luz de una vela no es pedir mucho en la vida, ¿verdad?*

*Yo sólo jugaba. Controlaba la situación.*

*Pero la velita llameó, y prendió fuego en algo. ¿Quién podía imaginar que una velita encendida en la oscuridad algún día incendiaría —destruiría— todo el tejido de mi vida?*

*La atracción que sentía por ella era un misterio. Nunca lo entendí, pero, casi desde el momento en que la vi por primera vez, lo que más deseaba en el mundo era darle la mano.*

Al principio, él sólo irrumpía de vez en cuando en sus pensamientos. Como un obrero que grita a otro que no ve, como martillazos que resuenan por el valle, ella se preguntaba: «¿Eres tú?».

Pero luego empezaron los cambios. Hacía viajes innecesarios para salir de casa, a buscar comida que no necesitaba o a dar paseos que no le apetecían, por si se lo encontraba. Elegía la ropa con esmero; se pintaba los labios. Poco a poco, insidiosamente, él se convirtió en lo más importante de su vida. Irrumpía en sus pensamientos, ocupaba en ellos más espacio del que le correspondía por derecho. Y en esos pensamientos se intensificaba un trasfondo lascivo. Quería saber cómo era desnudo. A veces, cuando hacía mucho calor, él se remangaba la camisa y exhibía un brazo desnudo, musculoso, por el lateral de la camioneta mientras conducía. A ella le entraban ganas de extender la mano y tocarlo.

Hasta ahí llegaba la cosa. Y, desde el día de aquel fatídico temporal, no se habían dicho ni una palabra.

*La vi en el carnaval. Fui con Elpida y Panayitsa; Panayitsa iba vestida como una princesa turca, llena de gasas y oro trenzado. Y allí estaba ella. Había visto a su*

viejo marido: vendía pescado en el puerto, ganando lo que podía antes de que la gente dejase de comprar pescado en Cuaresma. Entre la gente vestida con las mejores galas de domingo, él parecía un espantajo: tenía la ropa mugrienta, y llevaba varios días sin afeitarse. Pero se iba a casa con ella.

Tenía la esperanza de que ella estuviese allí. Yo llevaba a Panayitsa de la mano; me daba miedo perderla entre la multitud. Se quejaba; tenía frío, pero no se ponía el vestido que le había traído Elpida porque le tapaba el traje. Así que le compré donuts de canela para que se callase. Estaba comiéndolos, derramando miel y canela en polvo por todas partes. Elpida había ido a buscar a su madre; se iba a poner furiosa conmigo por dejar que Panayitsa se metiese en semejante barullo.

De pronto la vi en medio de la multitud. Caminaba hacia mí, con los ojos clavados en mi cara. Luego apareció a mi lado, estaba a punto de cruzarse conmigo, y me miró y sonrió, con una sonrisa de me alegro de verte sonreír. Dijo mi nombre, dijo hola, y yo sonreí y dije hola también. Y luego me miró a los ojos durante un largo rato y recuerdo que pensé: qué ojos tan bonitos. En aquel momento, comprendí que no quedaba nada inocente en mis sentimientos por ella, ni en los suyos por mí. Estaba empalmado. Cuando se alejó, me dejó excitado.

A la mañana siguiente, después de conocer a Nikos, el hombre gordo no se encontraba bien. La enfermedad que padecía se la había causado él. Al anochecer se había ido a caminar por los estrechos callejones oscuros que había detrás del puerto principal, y encontró una taberna abierta al público. Cenó en compañía de hombres: dos viejos solteros y un viudo, un hombre casado que se aburría en casa, dos jóvenes malencarados sin ningún otro lugar adonde ir. Estaban sentados en mesas decrepitas entre sacos de patatas con brotes, cajas de servilletas de papel y cajones de vino casero y agua mineral, hablando a gritos, asomándose al patio desierto y oscuro donde en verano los turistas cenaban ensaladas griegas y *souvlakia*. Ahora, las hojas secas y muertas de la viña, dispersas por el viento, correteaban entre las patas de las sillas apiladas en el patio.

El hombre gordo tenía hambre, pero el chef no tenía ganas de cocinar.

—No estamos en temporada —dijo. Era un tipo de poco peso, serio, muy necesitado, pensó el hombre gordo, de una comida decente, tanto por su físico como por su temperamento—. Chuletas de cerdo. Es decir, o lo toma o lo deja. —Se hurgó la nariz con una uña larga.

—Las chuletas de cerdo están bien —dijo el hombre gordo—, siempre que el cerdo esté fresco. Y tomaré un ouzo, bien diluido, si es tan amable.

Encontró un sitio en una mesa del rincón, al lado de una puerta marcada con el letrero «WC». Bajo la puerta soplaba una corriente que le heló los tobillos y traía el tenue olor penetrante del urinario a su mesa.

Con evidente renuencia, el chef arrojó una chuleta de cerdo en la parrilla de carbón humeante y, después de subir el fuego a una sartén de aceite usado, peló varias patatas de mala calidad, extrayendo con la punta del cuchillo los brotes y los orificios abiertos por los gusanos.

El hombre gordo bebió unos sorbos de ouzo y se comió la chuleta; cuando acabó, se quedó un rato sentado, escuchando las bromas entre el chef y sus clientes. Pidió otro ouzo, y pagó uno para el chef, y el gesto —o el alcohol— tuvo un efecto mágico. De pronto, diversos platitos de exquisiteces empezaron a llegar a la mesa del hombre gordo: erizos marinados en aceite de oliva y limón, un plato de verduras amargas silvestres guisadas, pan tostado con salsa de ajo para mojar, un trozo de anguila salada. El hombre gordo se quedó allí sentado, picoteando, escuchando, bebiendo, hasta que anocheció. Pagó la cuenta, y dejó una generosa propina debajo del plato; luego, serpenteando peligrosamente cerca del agua negra y profunda, deambuló por el frente del puerto hacia la fría incomodidad de su habitación de hotel.

Así que, por la mañana, el dolor de cabeza y la molestia estomacal le hicieron dormir hasta mucho después de que el reloj del puerto diera las seis. El agua de la ducha sólo estaba tibia, pero la dejó correr sobre el cuero cabelludo hasta que se alivió el dolor; tiritando, se secó con la única toalla de mano que le había

proporcionado el hotel.

Se vistió con cuidado. Sacó de la bolsa una camisa de color azul eléctrico y se puso el traje de paño gris extraordinario, cuyo brillo parecía cambiar de azul lavanda a azul verdoso, el complemento perfecto de la camisa. De un tarro pequeño sacó un dedo lleno de pomada con aroma a azahar y rosa, y se lo untó por el húmedo desorden de sus rizos. Se pasó la punta de una lima de acero bajo las uñas, y se limpió una a una con una gamuza. Se lavó los dientes con polvo de sabor a clavo y gaulteria. Embadurnó las zapatillas con una gruesa capa de blanqueador; mientras se secaban, se quedó un rato de pie en calcetines, en el balcón de su habitación, contemplando las vistas.

Hacía una mañana despejada pero fría. El hombre gordo se dirigió al *kafenion* de Jakos, y encontró un sitio libre entre los obreros que se reanimaban con café fuerte y cigarrillos para afrontar el día de trabajo. El hombre gordo se tomó un café; después pidió otro. Encendió un cigarrillo, pero la resaca objetó con una repentina náusea. El hombre gordo, consciente de que no debía insistir, lo apagó.

Los obreros fueron saliendo, uno a uno y por parejas, hacia las obras y los barcos cargueros, a barrer calles y pintar casas. Cuando salía del *kafenion* el último obrero, Jakos recogió la taza vacía y el cenicero bien aprovechado y los llevó adentro. El hombre gordo oyó el traqueteo de los cacharros en el fregadero, pero luego Jakos volvió a la puerta, y, apoyándose en la jamba, contempló el horizonte marino, como si su corazón y sus pensamientos estuviesen muy lejos de allí.

—¿Qué le debo? —preguntó el hombre gordo.

Jakos volvió la vista hacia el hombre gordo y elevó el mentón.

—Trescientos —dijo—. Deme sólo tres.

El hombre gordo dejó un billete de quinientos dracmas bajo el plato de su taza.

—A lo mejor puede ayudarme —dijo—. Necesito encontrar a una persona.

—¿De quién se trata?

—Un tal Thodoris Hatzistratis. Seguro que lo conoce.

—Conozco a Theo —afirmó Jakos. Sus ojos se volvieron hacia el lejano horizonte, donde el cielo pálido se encontraba con el mar—. Pero no se alegrará de verlo. Tiene un taller de carpintero, enfrente de la tienda de efectos navales. Cerca de la taberna donde cenó usted anoche. —El hombre gordo comprendió lo que quería decir: radio macuto había funcionado perfectamente—. Lo encontrará allí ahora. Pero no le diga que fui yo quien le dijo dónde estaba.

—Nunca revelo mis fuentes —dijo el hombre gordo. Y, después de deseárselo buenos días al dueño del café, partió en busca de su presa.

Encontró el taller del carpintero sin dificultad. Ocupaba la planta baja de un edificio en ruinas; las ventanas del taller estaban opacas de suciedad, y los trozos de madera —en parte clara y recién cortada, en parte grisácea y más curada— estaban

apilados contra las paredes. Las puertas estaban talladas a mano, pero llevaban años sin pintarse y tenían boquetes negros de polilla; un pomo antiguo con forma de cabeza de león gruñía sobre una cerradura grande y ornamentada.

El hombre gordo empujó las puertas, y observó que estaban cerradas con llave. Se acercó a la ventana; con la punta del dedo índice dibujó un circulito en la mugre y acercó el ojo.

—¿Puedo ayudarle?

El hombre gordo dio un paso atrás bruscamente desde la ventana y, al volverse, se topó cara a cara con el hombre que había hablado. Era de tez morena, con las cejas pobladas que indicaban sangre árabe; podría haber sido guapo, pero su cara estaba estropeada por las arrugas de un ceño fruncido perpetuo.

Y en ese momento fruncía la frente.

El hombre gordo le dedicó una sonrisa cordial y le extendió la mano.

—¿Es usted Theo Hatzistratis? —preguntó.

El hombre más joven no le dio la mano. Sostenía una llave antigua, cuyo mango era tan largo como su palma y cuyo extremo curvo era tan ancho que podía servir de llavero para otras doce llaves. Insertó la llave en la cerradura ornamentada, y la giró.

—¿Qué se le ha perdido conmigo? —preguntó.

El hombre gordo dejó caer la mano.

—Me llamo Diaktoros, Hermes Diaktoros. Me gustaría hablar con usted, si es posible.

—¿Sobre qué? —Theo abrió la puerta del taller. El hombre gordo captó un olor a serrín, y barniz, y el empalagoso moho de la humedad que emanaba el local.

—Me envían desde Atenas —dijo— para investigar la muerte de Irini Asimakopoulos.

Theo permaneció unos instantes de espaldas al hombre gordo, mirando hacia el taller, y luego se volvió, con una enigmática sonrisa en la cara.

—¿Y por qué quiere hablar conmigo? —preguntó.

El hombre gordo no se sentía bien, y no tenía muchas ganas de diplomacia, ni de meterse en camisas de once varas. Así que no se anduvo con rodeos.

—Porque ha muerto, y usted tenía una aventura con ella —dijo.

La sonrisa desapareció de la cara de Theo.

—Eso es mentira —dijo con frialdad.

El hombre gordo se acercó un paso más a Theo.

—¿Dónde está la mentira? —preguntó—. ¿Ha muerto, no? Innegablemente se está pudriendo sola en el cementerio, ¿no?

Theo le dio la espalda al hombre gordo y cerró la puerta del taller.

—Creo que ella estaba enamorada de usted —insistió el hombre gordo—. Seguramente muy enamorada. Y creo que usted estaba enamorado de ella. A lo mejor lo sigue estando. ¿Es cierto, Theo?

Theo giró la llave antigua para cerrar la puerta y la retiró de la cerradura.



—Ni siquiera conocía a la mujer —dijo—. Así que le sugiero que lleve la investigación por otros derroteros y deje de molestar a ciudadanos inocentes como yo.

Y, deslizándose las llaves en el bolsillo de la chaqueta, se alejó de allí.

El hombre gordo sabía por experiencia que nada calma mejor un estómago irritado e indigesto que la dulce suavidad de una tarta de crema.

En la panadería eligió un ejemplar casi perfecto, bien espolvoreado con azúcar glas y canela. Se lo comió con fruición, mientras el azúcar en polvo se le caía por las solapas y la parte delantera de la camisa. Dobló exactamente por la mitad la bolsa de papel donde venía el dulce, y se la guardó en el bolsillo delantero de la bolsa para utilizarla después; luego sacó del bolsillo un pañuelo de seda azul de cachemir y lo utilizó para sacudirse el azúcar de la ropa. Guardó el pañuelo, recogió la bolsa y cerró con fuerza los ojos, como si pensase intensamente, o intentase recordar algo. Al abrir los ojos se dirigió intencionadamente hacia el *kafenion* de Jakos.

Allí estaba Theo, solo, en una mesa para dos. El hombre gordo se sentó en la misma mesa. Theo apartó la mirada hacia un lado, fingiendo, como un niño, que el hombre era invisible.

El hombre gordo se inclinó hacia adelante, y le habló en voz baja.

—Me da lo mismo, Theo —dijo— que me mire o no mientras le hablo, siempre que me escuche. Tengo que cumplir con mi trabajo. Ese trabajo consiste en averiguar quién mató a Irini Asimakopoulos. Es posible que se suicidase. O que usted la matase. O que lo hiciese alguna otra persona. Lo averiguaré. Pero la cosa no se acabará ahí, porque no sólo quiero averiguar quién la mató. Quiero saber quién fue el responsable de su muerte. Lo cual no es necesariamente lo mismo. Aquí la clave es la responsabilidad, Theo. Así que le dejaré en paz un rato para que piense concienzudamente qué influencia tuvo usted en esta tragedia, porque sé que usted desempeñó un papel crucial, amigo, y la próxima vez que lo vea hablaremos del tema con franqueza.

Se levantó de la silla.

—Se lo advierto —dijo—. No me cabree. Me pongo muy antipático cuando me cabreo.

El hombre gordo se alejó de allí, silbando, hacia la parada del autobús.

De un centenar de maneras diferentes, ella sola se delató. Se notaba en el tiempo que dedicaba a arreglarse el pelo, y a maquillarse, cosa que raras veces hacía antes; en el dinero que gastaba en lociones para la cara y el cuerpo. Se notaba en la ropa sin estilo que tiró, y en los nuevos conjuntos, más favorecedores, que compró en su lugar. Se notaba en el modo en que desatendía todas las tareas, y no le importaba qué comida servía en la mesa; en el tiempo que no pasaba con él, y en su ausencia cuando el barco de su marido regresaba al puerto. Se le notaba en que se iba a la cama antes, para fingir que estaba profundamente dormida cuando él iba a buscarla, o en su rechazo a que la tocara, o la besara, o la abrazara, a cualquier hora del día. Pero sobre todo se le notaba en los ojos, y en la expresión; indicaban que su amor por él desaparecía, que su emoción se canalizaba hacia una pasión más reciente, hacia algún otro lugar, alguna otra persona. Para él era la puñalada más cruel: ver que el afecto disminuía, sustituido por la fría indiferencia, y el desdén.

Cuando el Amor empezó a mostrar su fea cara, Irini no lo reconoció, así que le dejó entrar. En su vida tranquila, la chispa generada por la sonrisa interesada de un hombre corriente un hombre sin consecuencias adquiriría una importancia desproporcionada, y el Amor, presintiendo su oportunidad, raudo como una rata se coló por la puerta abierta.

Era difícil determinar cuándo o dónde se produjo el cambio. De alguna manera, sin embargo, este hombre se convirtió en el único ocupante de sus pensamientos: el primer pensamiento cuando se despertaba; el último pensamiento antes de dormir. De forma lenta y persistente, se enamoró, y perdió todas sus libertades: la libertad de pensamiento, la libertad de acción. Ya no tenía control sobre sí misma.

Sin tener en cuenta el sabio consejo del viejo Nikos desarrolló el bonito regalo brillante que le trajo la desconocida de su sueño. Abandonó el cómodo sillón de su matrimonio. Aquellos tiempos tranquilos, anodinos —pacíficos— de cuando caminaba, cosía, cocinaba, se quejaba de no tener nada que hacer, quedaron atrás y se convirtieron en un mero recuerdo del pasado. Se le iba el tiempo sentada en la ventana, esperando a que él pasara, temerosa de moverse, temerosa de perderse ese momento.

Como Pandora, abrió la tapa de la Caja de las Delicias del Amor, y descubrió que son múltiples los sabores del Amor. Él la miraba a los ojos y sonreía; ella se sumía en el Éxtasis y la Euforia. ¡Qué dulces eran, cómo revivía con su sabor! Caminaba con paso ligero; había magia por la mañana. Él volvía la cabeza, fingiendo no conocerla por la calle; y ella conocía el sabor amargo de la Desesperanza y la Desolación, y se sumía en la negrura. La vida no valía la pena, porque él no la amaba.

Probó la Esperanza y la Desilusión, las ofrendas más brillantes de la caja de piritas

de hierro. Un día estarían juntos, lo sabía. Su amor duraría siempre, claro que sí. Y vivirían siempre felices a partir de entonces; saldrían juntos, empezarían una nueva vida. Por descontado.

Degustó la Ensoñación, ese potente soporífero. La Ensoñación la llevaba a la silla cerca de la ventana y la abandonaba ahí, asomada, hora tras hora, contemplando, esperando. La Ensoñación estaba al lado de la Compulsión y la Obsesión en la caja, y, tomadas conjuntamente, eran una combinación fatal; la volvían inerte. La Compulsión y la Obsesión le robaban el descanso y la paz, encadenándola a sus nuevas rutinas hasta que la Esperanza la abandonaba al final de la noche, enviando al centinela a su cama.

Pero no para dormir. Porque allí, en el ángulo más profundo y oscuro de la caja, estaba la mayor de las Delicias, al rojo vivo como ascuas de carbón. Pero este carbón no se enfriaba con agua. Este deleite tenía que apagarse; el Tiempo y la Costumbre son su único remedio.

Era la Pasión, peligrosa y vil, inoportuna e impertinente. La Pasión viajaba directamente a su entrepierna y se alojaba ahí, al rojo vivo, cual piedra caliente que exigía el toque refrescante del hielo que sólo un hombre podía traer. Su calor se extendía por su cuerpo hasta que estaba encendida de deseo y necesidad y anhelo de ser tocada, lamida, follada por él, sólo él, un anhelo tan intenso que pronto erradicó todas las demás delicias, esparciéndose por su existencia como un virus, como hierbas exuberantes en un huerto abandonado, hasta que no era más que carne caliente, concupiscente, que exigía ser saciada. Por la noche, ardía.

Andreas, que no era tonto de remate, percibió la podredumbre que había invadido su hogar. Sabía que él no tenía nada que ver con los cambios de su esposa. Él no había cambiado. Sólo ella había cambiado. El Amor, tendiendo sus sucias trampas, la hizo más atractiva para él; vestía bien, llevaba perfume, tenía una luz en los ojos que no estaba antes. Pero cuando él la deseaba, ella no le abría los brazos para recibirlo; como una puta del puerto, con los ojos abiertos e indiferente, le dejaba ejecutar los movimientos, y luego lo dejaba en la cama, solo y degradado.

Sabía quién era responsable; mencionaba al malhechor, y lanzaba acusaciones que ella negaba entre risas. No tenía pruebas. Se volvía loco. Cuando él empezaba a gritar, ella fruncía el labio con desagrado, y se daba media vuelta.

—¿Dónde vas? —La voz grave de Andreas llegaba desde la entrada oscura de la habitación donde ella pensaba que él dormía.

—Salgo.

—¿A qué?

—No hay leche.

Él asintió muy despacio, mirándola, con los párpados entrecerrados. Llevándose la mano a la boca, se aclaró la garganta; le temblaba la mano por el exceso de whisky

y la falta de sueño. Parecía desaliñado, descuidado. Su rostro mostraba la huella roja de las arrugas de la manta que había usado como almohada; tenía la camisa arrugada, y manchada, la bragueta de los pantalones parcialmente abierta.

Se acercó a ella. Irini estaba poniéndose el abrigo; estaba metiendo el brazo izquierdo en la manga.

—Un momento, *madame*. —Su sarcasmo era novedoso; era acusado y desconcertante—. Ven aquí. —La señaló, exageradamente, con el dedo índice. Tenía los ojos rojos por el alcohol y los trastornos del sueño—. Ven aquí, mujer.

La estaba incomodando; ella no se movió.

—No tardaré —dijo ella. Era claridad lo que necesitaba; lo dijo sin darle mucha importancia.

—¡Ven aquí! —gritó él.

Ella no sabía por qué se había enfadado, o cómo podía apaciguarlo. Últimamente había tenido arrebatos —había roto un plato, había dado un puñetazo en la mesa—, pequeños arranques de ira que se intensificaban dentro de él, en silencio pero firmemente. En esos momentos ella sentía miedo, pero el desdén la hacía ser imprudente, y, en vez de tranquilizarlo, lo azuzaba: «Venga, pégame, si es eso lo que quieres».

Pero esta vez iba a ser diferente, porque de alguna manera él ya no era el mismo.

Entonces ella intentó apaciguarlo; empezó a quitarse el abrigo.

—Si no quieres que salga —dijo, fingiendo petulante indiferencia, inocencia—, pues no saldré.

—¡He dicho que vengas!

Arremetió contra ella, la agarró del pelo muy cerca de la raíz, junto al cuero cabelludo, y tiró con fuerza, obligándola a acercar la cabeza hacia su cara. La arrastró así, del pelo, entre gemidos, por la cocina hasta el aparador, y abrió con ímpetu la puerta del aparador.

—Vamos a mirar, ¿eh? —Su actitud razonable era fingida, con un toque de locura—. Vamos a mirar juntos, a ver si tenemos leche.

La cara de Irini se retorció por el dolor del cuero cabelludo; en su mente imaginó los siguientes minutos. Y una parte de ella decía: «No te enfrentes, asúmelo; no será tan duro». Pero el dolor de la cabeza era duro, muy duro, y la fuerza con que tiraba evidenciaba que era capaz de cualquier cosa. Estaba en su mano decidir si la dejaba vivir o morir, y la terrible violencia que emanaba estaba a punto de estallar.

Porque ella sabía lo que iba a encontrar en el aparador. Porque su obsesión, su adicción, su necesidad de encontrarlo, de verlo, la habían vuelto descuidada, y el descuido tenía un precio. Aun así, el momento parecía demorarse; parecía que él permaneció allí de pie varios minutos, horas, revisando los estantes, antes de encontrar lo que él, también, sabía que estaba ahí.

Él cogió la primera lata de leche, de la que usaban para el café, y la arrojó por la habitación. La lata golpeó la pared, abriendo una muesca en el yeso, y luego cayó al

suelo.

—No hay leche. —Con un gesto infantil, imitó la voz de Irini, su inocente afirmación, su mentira—. ¡Que no hay puta leche, dice! ¡Aquí! —Sacó una segunda lata del estante, la arrojó contra la pared—. ¡Eres una puta mentirosa! ¡Un armario lleno de esa puta mierda y ella dice que no hay leche! —Volvió a mirar dentro del aparador. Ella se echó a llorar, en silencio, ante el horror que presenciaba, ante la estupidez de su intento de engaño, mientras él encontraba un cartón de litro de leche uperisada, con brillantes dibujos de una vaca roja y blanca. Él sostuvo el tetrabrik ante la cara de Irini; luego, sin previo aviso, le pegó con el cartón en la cabeza. Ella gritó. Él volvió a golpearla, esta vez en la espalda, luego tiró la leche y decidió que prefería usar los nudillos. Le sostuvo la cara recta delante de él y le atizó un puñetazo. Ella sintió que se le había roto el labio, y que el calor de la sangre le llegaba a la lengua. En la zona golpeada ella esperaba sentir dolor, pero la cara se le quedó entumecida. Luego volvió a pegarla, junto a la sien, así que empezó a sangrar por el oído. Cayó postrada, a cuatro patas, e intentó reptar. Por un instante, él la retuvo agarrándola del pelo, hasta que un mechón cedió y se le quedó en la mano, y la soltó, para hacer una pausa y mirar lo que había hecho. Intuyendo una salida, ella se escondió como pudo debajo de la mesa, pero él le pegó una fuerte patada en el culo, entre las nalgas. Ella volvió a gritar, o tal vez llevaba todo el tiempo gritando. Él se agachó para agarrarla por los pies y, tirando de ella para tenderla boca abajo, la arrastró hacia atrás, hasta el centro del suelo donde podía arremeter mejor contra ella. Le pegó patadas en las costillas, y en el costado derecho, y algo cedió con dolor insoportable. Ella se enroscó en una bola lo más pequeña que pudo, protegiéndose el cuero cabelludo sanguinolento con los antebrazos, y él seguía pegándole patadas, y patadas, y más patadas, jadeando por el esfuerzo que hacía. Luego la conciencia empezó a nublarse; una voz desconocida interior cantaba: «Pronto se acabará, pronto se acabará». Luego cesaron las patadas.

Ella se quedó donde estaba, bien enroscada, con los brazos alrededor de la cabeza. Esperó, sin moverse, intentando percibir dónde estaba él, qué hacía, en qué pensaba. Pasaron los minutos, en silencio. El miedo a que se reanudase el ataque empezó a remitir.

Bajó los brazos y abrió los ojos. Vio las piernas de Andreas; estaba quieto de pie delante de ella. Ella alzó la vista un poco más. Su marido tenía la cabeza gacha, los puños apretados, y sollozaba.

Sin saber muy bien en qué sentido moverse para levantarse con el menor dolor, se apoyó sobre las rodillas y se sentó sobre los talones. Aturrida, y desfallecida, permaneció inmóvil durante largo rato. Él dio un paso al frente vacilante, pero ella le extendió la mano, y él se alejó. Estremeciéndose de dolor, apretándose las costillas en las zonas más doloridas, se agarró a una esquina de la mesa y se apoyó en ella para ponerse en pie. Entró cojeando en el dormitorio y se tumbó en la cama.

Oyó el crujido de una tabla del suelo cuando él apareció en la puerta, y se volvió

para mirarlo. Andreas tenía los ojos tiernos, contritos e inflamados.

—Irimi —dijo—. Irinaki. ¿Estás bien? —Ella apartó la mirada. Él se sentó en la cama e intentó cogerle la mano; ella la apartó.

—¿Puedo traerte algo?

—Déjame en paz —dijo. Su voz tenía un dejo extraño, como si no fuera ella.

—Irimi... —Se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez—. Irimi, no lo soporto más. No lo aguanto, la idea de que tú y él...

—¡Déjame en paz! —gritó ella.

Él se levantó, se detuvo un instante en la puerta, sin atreverse a decir nada más por miedo a perderla. Ella lo oyó alejarse arrastrando los pies, como un anciano, hacia el salón, y oyó el crujido del sofá cuando se tumbó en él.

Irimi pensó que, a causa del dolor y el impacto, le costaría dormir; pero debió de conciliar el sueño, porque él la despertó. Andreas estaba fuera, en el tejado; estaba sentado donde solían sentarse juntos las noches de verano, cogidos de la mano. Estaba allí fuera, solo en medio el frío, y cantaba. Las palabras no eran descifrables —a lo mejor no eran palabras—, pero las notas de su voz eran claras, y la desesperanza de su canto más clara todavía. Su alma estaba en ese canto, y su desengaño, su pérdida, el dolor y la desolación: todo estaba ahí. Aun sin palabras, el canto dejaba traslucir la letra: la amaba, la necesitaba, no soportaba su pérdida, y, sin embargo, ella ya no le quería. Sabía que la había perdido y cantaba su dolor a las montañas.

Ella se secó las lágrimas de los ojos. La angustia de Andreas suscitaba en ella una pena que no había previsto, una pena que amenazaba con disipar la ira soberbia que sentía contra él por la violencia con que la había tratado, y esa ira era su única defensa contra la vergüenza y la culpa. El dolor era insoportable para Andreas, y ella era la causa; ella lo había maltratado y había arruinado la vida de afecto tranquilo que disfrutaban juntos. Se había dejado enamorar de otro hombre. Andreas lo sabía, y para ahorrarle a él la deshonra, debía asumirla ella, y abandonarlo. Ahora era imposible que Irimi se quedase.

Durante un tiempo ella se quedó en la cama llorando —por sí misma, por Andreas, por la tristeza de su tragedia— hasta que pensó en ir a hablar con él e intentar arreglar las cosas. Pero a medida que esa idea se abría paso en su mente, el Amor le trajo al Otro a la mente, y le recordó que cualquier clase de acto decente hacia Andreas —toda reconciliación— tendría consecuencias desagradables.

No podía abandonarlo, no iba a hacerlo. La respuesta, le susurró el Amor, radicaba en la duplicidad. Por Andreas podía sentir una profunda lástima; pero debía utilizar la ternura restante para hacer que su vida juntos fuese soportable, hasta que llegase el momento adecuado para que los amantes se declarasen.

Andreas proseguía su canto de amor por ella. Apurando el último dedo de whisky,

arrojó la botella vacía en plena noche; se hizo añicos en algún lugar entre las rocas de la ladera, y él, desesperado, sollozó.

Irini se dijo que estaba dividida entre el viejo amor y el nuevo, pero no iba a abandonar la cama que compartían para reconfortarlo. Se dijo que lo hacía con la mejor intención. Pero su corazón, que no se engañaba, no la dejaba hacerse ilusiones; la luz de la verdad brillaba con fuerza, y le mostró ante sí misma lo que era ella en realidad: la implacable criatura egoísta en que la había convertido el Amor.

El hombre gordo pagó el precio del billete a George, el conductor de autobús, y le pidió que lo dejase donde la carretera empezaba a descender, al pie de los molinos de viento. Mientras el autobús subía despacio por la carretera serpenteante, el hombre gordo contempló, allá abajo, el puerto casi desierto. En los alrededores del cabo, un vasto *ferry* de tres cubiertas se deslizaba lentamente por las aguas color cobalto hacia el puerto.

Nada más pasar los molinos de viento, George se apartó de la carretera y frenó. El hombre gordo se levantó del asiento con dificultad y, después de darle las gracias al conductor, bajó del autobús, que inició el descenso por la ladera hacia el centro del pueblo.

Bajo la carretera había una franja de prado cubierta de hierba donde pastaban tres cabras lecheras, atadas por una pata delantera; al otro lado de la pradera se abría un sendero, una pista enlodada raída en la hierba y sembrada de excrementos de cabra.

El hombre gordo, pensando en sus zapatillas recién blanqueadas, vaciló un instante; entretanto apareció ante la vista un vehículo bajo los molinos de viento, camino del pueblo. El coche era gris; en un lado tenía un letrero blanco que decía: «Astinomia».

El hombre gordo esperó hasta que el coche dobló la curva. Cuando el conductor divisó al hombre gordo, ralentizó la marcha y paró el coche.

El comisario bajó la ventanilla e insinuó una sonrisa que no se extendía a los ojos.

—Buenos días —dijo—. Me sorprende ver que sigue aquí. Pensé que estaría cogiendo el *ferry* que acaba de atracar.

—Comisario, me ofende usted —dijo el hombre gordo—. ¿Cómo iba a marcharme sin notificarle a usted mi paradero?

—¿Sigue investigando a toda costa? —El comisario sonrió—. ¿Puedo preguntarle qué ha averiguado hasta ahora?

—A decir verdad, muy poco —respondió el hombre gordo—. Pero todavía es pronto, muy pronto. Dígame, ¿cuál de estas casas es la de Asimakopoulos?

El comisario levantó la barbilla y se rió. —¿Así que es eso lo que le trae por aquí? —dijo—. Sigue sobre la pista. El marido como primer sospechoso, supongo. No se moleste. Él no lo hizo.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó el hombre gordo—. ¿Se lo ha dicho él?

—Se lo advierto, no malgaste su tiempo. Él no es de esa clase de personas.

—Cualquiera puede ser de esa clase de personas si se ve impulsado a ello —dijo el hombre gordo—. El *crime passionnel*. El crimen espontáneo. El crimen oportunista. Estoy seguro de que es un aspecto en el que tiene usted experiencia.

El comisario miró al hombre gordo unos instantes, y luego se encogió de hombros.



—Hable con él si quiere —dijo—. Él no lo hizo. No lo hizo nadie. Fue un suicidio.

—¿Y cuál es la casa?

—No se ve desde aquí. Pregunte a los vecinos. —Pisó el embrague, y metió la marcha.

—Por cierto —dijo el hombre gordo—. Dice usted que es de Patmos, ¿verdad?

El comisario frunció el ceño, y se sacudió una mota de polvo de la pernera del pantalón.

—Mi familia es de Patmos, sí —dijo con aire vacilante.

—Yo tengo buenos amigos allí —dijo el hombre gordo—. A lo mejor los conoce.

—Patmos es una isla grande —dijo el comisario—. No se puede conocer a todo el mundo. Le deseo buena caza, detective. Tengo asuntos que atender.

Soltó el embrague y continuó la marcha. El hombre gordo siguió caminando por la pradera, fijándose bien dónde pisaba para sortear el barro y la caca de cabra.

El sendero desembocaba en un callejón pavimentado de piedra, interrumpido en su recorrido por escalones, dos de subida, tres de bajada, que seguían el contorno de la ladera. Las casas estaban construidas, a ciertos intervalos, en solares excavados en la roca; por la parte posterior, detrás de los huertos en terraza daban a las pendientes más bajas de las montañas, al otro lado del valle, donde estaba el cementerio de muros blancos. Sobre las tejas de arcilla, las golondrinas volaban como flechas y cantaban. Un chucho timorato se acercó al hombre gordo y, cabizbajo y lisonjero, le olisqueó los zapatos. El fino pelaje tenía zonas calvas, raídas por las moscas que lo habían atormentado; una llaga secretaba pus espeso debajo de un ojo. El hombre gordo se agachó para acariciarle la cabeza, pero el perro se escabulló y desapareció detrás de una casa abandonada donde crecían los cardos mustios alrededor de la puerta. Silbó al perro, e intentó que volviera, pero de la casa vacía sólo salió el silencio.

El hombre gordo siguió caminando por la calle. Un niño pequeño jugaba en un trío de escalones, corriendo con un volquete amarillo a lo largo de los peldaños, aparcando el camión en un garaje que había construido con piedras planas, dispuestas en sentido perpendicular. El camión tenía los ejes oxidados de estar a la intemperie bajo la lluvia; la cara del chico estaba surcada de la tierra roja de las montañas, y por la nariz le caía un moco que llegaba hasta el labio superior. Cuando el hombre gordo se acercó, el chico lo observó con ojos recelosos, limpiándose con la manga del jersey el moco que le hacía cosquillas.

El hombre gordo sonrió al niño, y se agachó a su lado para mirar al niño desde su misma altura. Los ojos del niño eran de color azul claro y brillante; su cara era solemne.

—Hola, hijo —dijo el hombre gordo—. Qué bonito camión tienes. Cuando yo era

niño no había camiones así.

El niño lo miró en silencio.

—¿Puedo verlo?

Abruptamente, el chico apartó de la vista el camión, ocultándolo detrás de la espalda, con un mohín desafiante en los labios.

—Eres muy sensato, hijo —dijo el hombre gordo—. No confíes nunca a un desconocido tus posesiones más preciadas. ¿Te gusta el chocolate?

El niño no respondió. El hombre gordo abrió la bolsa y sacó una chocolatina envuelta en papel de aluminio, estampado de payasos malabaristas de colores.

El chico miró a los ojos al hombre gordo.

—Esto es para ti —dijo el hombre gordo—. Pero primero pregúntale a tu madre si puedes comértelo.

El chico parpadeó.

—Vamos —dijo el hombre gordo—. Ve a preguntarle a tu madre. Estoy seguro de que dirá que sí.

El niño soltó el camión en la acera, y traspasó corriendo la puerta abierta de una casa cercana. El hombre gordo recogió el camión y giró cuidadosamente las ruedecillas de plástico, primero las delanteras, y luego las traseras.

—¿Qué desea? —Una chica, no mayor de diecisiete años, apareció de pie en la puerta, con el niño en brazos. Tenía el vestido remangado hasta los codos, y las manos rojas, y húmedas. El esmalte granate de las uñas estaba desconchado; tenía las yemas en carne viva de tanto morderse las uñas.

El hombre gordo dejó el camión en los escalones, al lado de su garaje, y mostró la chocolatina.

—Le he ofrecido esto a su hijo —dijo—, pero le he dicho que primero le pregunte a usted.

El chico señaló el chocolate, y se retorció para que lo dejase bajar al suelo. La chica, vacilante, lo abrazó fuerte.

—Estoy buscando la casa de Asimakopoulos —dijo el hombre gordo—. A lo mejor puede indicarme dónde está.

La chica soltó al niño, y éste, deslizándose al suelo, corrió junto al hombre gordo, con la mano estirada. El hombre gordo le dio la barrita de envoltura plateada, y el chico se sentó en los escalones, rasgando el papel de aluminio.

—Dale las gracias, Petro —dijo la chica; pero el niño no dijo nada. Rompió un trocito de chocolate y lo masticó, limpiándose de nuevo la nariz con la manga plateada.

—Es tres portales más adelante —dijo la chica—. La casa de la puerta verde.

—Muchas gracias —dijo el hombre gordo, avanzando un paso en la dirección que le había indicado. Pero la chica no volvió a sus tareas domésticas; se cruzó de brazos, y se quedó allí de pie, observando al niño con la boca llena de chocolate.

El hombre gordo vaciló.

—Me pregunto —dijo, dirigiéndose a la chica— si encontraré a la familia en casa a esta hora.

—Sí, seguro que están —dijo la chica—. Angeliki está casi siempre en casa, si no sale a la compra.

—Quiero hablar con Andreas Asimakopoulos —dijo el hombre gordo—. Me dijeron que lo encontraría aquí.

—¡Ah! —dijo la chica—. Ése. —Descruzó los brazos, y gritó al chico—: ¡Petro, no te pongas perdido de chocolate!

—El señor Asimakopoulos estará muy apenado por la muerte de su esposa —dijo el hombre gordo—. ¿No?

La chica movió bruscamente la cabeza hacia atrás, insinuando lo coqueta que había sido antes de verse atada a la domesticidad.

—Da la impresión de que está apenado —dijo—. Si es cierto o no, él sabrá.

—¿Es que no quería a su mujer? —preguntó el hombre—. Tenía entendido que sí.

—¿Quién le dio a entender eso?

—La gente —dijo el hombre gordo, con evasivas—. La gente de por aquí.

—Le pegaba —dijo—. Bebía mucho, y luego le daba palizas. ¿Es usted del seguro?

—¿Qué seguro? —preguntó el hombre gordo.

—Eso es lo que creo que pasó —dijo ella—. Se sacó un seguro de vida, y luego liquidó a su mujer para cobrarlo. —Cogió una escoba que estaba apoyada contra el muro de la casa, y empezó a barrer la acera delante de la puerta—. No le pague. Yo no le pagaría si fuera usted. No se merece ni un céntimo.

—Tendré en cuenta sus palabras —dijo el hombre gordo. Y después de guiñarle el ojo al niño embadurnado de chocolate, se alejó.

Los geranios color rubí en los tiestos de terracota necesitaban una limpieza de las flores marchitas, y hacía tiempo que nadie barría las hojas secas y amarillentas. El hombre gordo llamó a la puerta una vez, dos veces, y en el interior de la casa de los Asimakopoulos oyó los pasos de una mujer, livianos pero lentos.

Angeliki Asimakopoulos abrió la puerta, pero sólo una rendija; su rostro permanecía en la sombra. Tenía un brillo de saliva en la comisura de los labios.

—¿Señora Asimakopoulos?

—¿Sí?

—Me llamo Hermes Diaktoros. Vengo de Atenas.

—No quiero comprar nada —dijo ella. Su voz era lenta e imprecisa—. Nunca compro en la puerta.

—Yo no vendo nada —dijo el hombre gordo—. Me gustaría hablar, si fuera posible, con su hijo Andreas.

—No creo que pueda ver a nadie en este momento —dijo la mujer con cautela—.

Lo siento, pero...

—Quiero hablar con él sobre su esposa. Sobre Irini.

—Nos dijeron que no habría más preguntas —dijo con voz insegura—. El señor Zafiridis nos dijo...

—Yo no trabajo con el señor Zafiridis —repuso el hombre gordo, interrumpiéndola.

—No creo que Andreas quiera hablar con más policías. Mi marido dice que no vamos a hablar más con la policía.

Detrás de ella, un hombre susurró algo en voz baja, pero el hombre gordo no entendió lo que decía.

—Es un vendedor —dijo la mujer.

Pero el hombre gordo elevó la voz y dijo:

—¿Es usted Andreas Asimakopoulos? ¡He venido a prestarle mi ayuda! ¡He venido a investigar la muerte de su esposa!

Se hizo un silencio, luego se oyó el roce de una silla contra el suelo al apartarla de una mesa. Una mano grande y velluda apartó de la puerta la delicada mano de Angeliki, y la cara de la mujer dio paso a la de un hombre. Tenía barba de cinco días, ya entrecana, los ojos rojos, con bolsas y ojeras por el peso de la tristeza.

—No voy a responder a más preguntas —dijo, mientras cerraba la puerta y retrocedía.

—Espere —dijo el hombre gordo—. He venido de Atenas para ayudarle. He venido a averiguar quién mató a su esposa.

La puerta volvió a abrirse, y Andreas apareció delante del hombre gordo. Sonrió con amargura.

—¿Quiere saber quién mató a mi mujer? —preguntó—. Pues pase, y se lo contaré.

Todos los postigos de las ventanas estaban cerrados; la luz era tenue, la habitación estaba gélida, como si se hubiera rendido hace tiempo a la melancolía. Había whisky en la mesa, una botella vacía en tres cuartas partes, un vaso con la cuarta parte llena. Andreas indicó por señas al hombre gordo que se sentase en una silla.

—¿Le apetece una copa? —le preguntó—. Estoy echándome un trago mañanero. El primero del día.

—Por favor, espere un momento, Andreas —dijo el hombre gordo.

Angeliki permaneció de pie, vacilante, detrás de la silla de Andreas, retorciendo las manos. El hombre gordo se dirigió a ella. Tenía los botones de la blusa mal abrochados; había perdido un botón del cuello, y un ojal de la cintura estaba suelto.

—Me pregunto, señora —dijo el hombre gordo—, si tendría la amabilidad de prepararnos un café. Yo lo tomo sin azúcar. Ya sabrá cómo lo toma su hijo, supongo.

La mujer salió de la sala en silencio. Andreas quiso echar mano del vaso, pero el hombre gordo tapó el borde con la palma de la mano.

—Espere —dijo—. Antes de que se beba eso, usted y yo tenemos que hablar.

Andreas se pasó la lengua por los labios.

—Entonces diga lo que tenga que decir rápido —dijo—, porque tengo sed.

—Quiero que me cuente lo que le pasó a Irini. Todo lo que sepa sobre su muerte.

Andreas inclinó la cabeza hacia atrás y exhaló un suspiro que parecía cargar toda una vida de sufrimiento.

—Ya se lo conté a Zafiridis —dijo.

—Zafiridis no va a hablar conmigo. Él y yo no estamos en el mismo equipo.

Andreas sonrió.

—No me venga con historias —dijo—. La policía es la policía, venga de donde venga.

—Yo no soy policía, Andreas.

Andreas se sentó recto en la silla y miró al hombre gordo con indignación.

—Si usted no es policía, ¿qué cojones le importa mi mujer?

—Trabajo para una autoridad diferente —dijo el hombre gordo—, una autoridad superior. Llámeme investigador privado, si quiere.

—Entonces lo mandará la familia de Irini. Trabaja para ellos.

—Trabajo en pro de sus intereses, desde luego.

—Creen que la maté yo, ¿verdad?

—Lo que piensen ellos es irrelevante; como verá, soy totalmente imparcial. Pretendo descubrir por mi cuenta exactamente dónde recae la responsabilidad.

Andreas apoyó los codos en la mesa y escondió la cabeza entre las manos, ocultando la cara. Llevaba un crucifijo de oro brillante colgado del cuello, medio oculto entre el vello canoso del pecho.

—No servirá de nada ninguna investigación —dijo Andreas, con tono cansino—. Ella ya no está. Y no hay más vuelta de hoja. A nadie le importa salvo a mí. Déjeme que llore su muerte en paz. Y por el amor de Dios, devuélvame la copa.

Pero el hombre gordo alejó el vaso.

—El señor Zafiridis me dijo que la muerte de su mujer fue un suicidio —dijo el hombre gordo—. Pero yo no creo que se suicidase. Creo que alguien la mató. —Hizo una pausa—. Es cierto que hay quien piensa que fue usted.

Andreas levantó la cabeza y miró al hombre gordo con los ojos irritados por las lágrimas.

—Pues que se jodan —dijo—. Yo quería mucho a mi mujer. No tenía motivos. —Interrumpió la frase.

—Estaba usted diciendo —dijo el hombre gordo— que no tenía motivos para matarla. Ningún motivo. Pero yo creo que sí, Andreas. Tenía el motivo más importante que puede tener un hombre para matar a su mujer. Celos.

Andreas soltó una carcajada.

—Si ha venido a chantajearme —dijo—, está perdiendo el tiempo. Ya pagué a Zafiridis, y le pagué bastante. Mantendrá limpio nuestro nombre, según me dijo. Dijo que no habría más preguntas. Y ahora me viene usted con éstas. Parece que malgasté

el dinero, ¿no cree? Pues le diré lo mismo que le dije a él. Yo no la maté. Se tiró por un precipicio porque ese cabrón la utilizó y se deshizo de ella. Yo sé quién fue, y ya le llegará la hora, créame. Para el caso, es como si le hubiera puesto una pistola en la cabeza y hubiera apretado el gatillo. ¡Él es el culpable! Si busca a un asesino, ése es su hombre. Vaya a hablar con él sobre la muerte de mi mujer.

—Puede estar seguro —dijo el hombre gordo—, es uno de los primeros de mi lista. ¿Dónde estaba usted cuando murió su mujer?

—Yo no estaba con ella —dijo. Lentamente, negó con la cabeza—. Es todo lo que sé. Yo no estaba con ella, y ojalá hubiera estado.

—¿Estaba usted presente cuando apareció el... cuando apareció Irini?

Andreas se estremeció por el recuerdo. Ruido, polvo. Descomposición.

—Sí —dijo—. Para mi castigo, estaba allí. Informé de su desaparición cuando volví de Plati. Al llegar a casa, ella no estaba. Pensé que se había ido. Al principio pensé que se había ido con él.

—¿Cómo supo que no había sido así?

—Porque lo vi a él. Mientras me hacía el tonto, preguntando a la gente por el paradero de mi esposa, lo vi ocupándose de sus cosas como si no hubiera pasado nada. Y me alegré de verlo, me alegré, porque sabía que ella no estaba con él. Entonces pensé que se había ido con su madre, y la llamé para averiguar si estaba allí, pero tampoco estaba con ella. Fue su madre quien llamó a la policía.

—¿Y por qué no llamó usted?

—Porque tenía una intuición. No me parecía que fuese un asunto policial. Sabía cómo estaban las cosas entre nosotros. Sabía que era un milagro que no se hubiera ido antes.

—¿Pegó alguna vez a su mujer, Andreas?

Se oyó el traqueteo de las tazas que traía Angeliki de la cocina en una bandeja. Mientras la colocaba en la mesa, asomaba la punta de la lengua por el labio en un gesto de concentración, como un niño que se esmera en hacer algo lo mejor posible. Al hombre gordo le sirvió café y agua; a Andreas, sólo un café.

—Él no se lo tomará —dijo Angeliki—. Últimamente, es o whisky o nada. Está cavando su propia tumba con el alcohol.

Andreas bajó la cabeza y la ocultó de nuevo entre las manos, pero Angeliki, ajena a su metedura de pata, continuó.

—Pruebe el agua, señor —insistió al hombre gordo—. Es de nuestro pozo. Es el agua más dulce que existe. Venga, Pruébela.

Con cortesía, el hombre gordo bebió un sorbo. El agua estaba fría; sabía a piedra.

—Es excelente —dijo el hombre gordo, educadamente—. Un agua digna de los dioses.

La mujer se marchó satisfecha y sonriente. Del café emergían finas volutas de vapor. El hombre gordo bebió un sorbo con cautela. Estaba dulce.

Andreas tenía los ojos clavados en la botella de whisky.

—¿Le pegaba, Andreas? —preguntó el hombre gordo, en voz baja.

—Vaya, ya le habrán ido con el cuento —dijo Andreas, con amargura—. Así es como me ven ahora. El maltratador que mandó a su mujer a la tumba antes de tiempo, como dice Madre. ¿Cree que es ahí donde quería verla?

—No, no lo creo —dijo el hombre gordo—. Entonces, ¿por qué no me cuenta lo que pasó?

—Yo quería a mi mujer; ésa es la verdad. Éramos felices. Yo era feliz. Y creía que ella también. En fin, el caso es que... —Resopló, y se frotó la nariz con el dorso de una mano de piel correosa. El hombre gordo pensó en el niño que jugaba con su camión en la calle—. Las cosas cambiaron. No de la noche a la mañana, pero sí bastante rápido. Un día se negaba a hacer lo que le pedía; al día siguiente cuando entraba en una habitación ella salía. Había ropa nueva, y maquillaje, y nunca estaba en casa. Siempre andaba por ahí, caminando sin parar. Cuando no salía a caminar, se pasaba el día junto a la ventana, esperándolo. Mire. Yo nací y me crié en una isla, pero no soy tonto. Sabía que había otro hombre; me lo olía. Era como si él estuviese en casa con nosotros todo el tiempo. No podía soportarlo, no podía soportar cómo se ponía, cómo me desdeñaba. Ya no me quería allí, en mi propia casa. Le pegué. Una vez; fue sólo una vez.

—Una vez es demasiado, amigo —dijo el hombre gordo con severidad—. No hay lugar para la violencia entre un hombre y una mujer. Al pegarle profanó el amor que dice que sentía por ella.

—¿Cree que no lo lamento? Le diré una cosa: es de lo que más me arrepiento en la vida. Ningún hombre ha estado nunca más compungido. Fue la mentira, y el pensar que iba a estar con él, lo que me enloqueció, lo que me volvió loco. No volví a hacerlo nunca más. A partir de entonces la dejé en paz. Me quité de en medio, me pasaba todo el tiempo en el mar, volvía a casa de vez en cuando para ver... pero qué tonto soy, tonto de remate... volvía a casa para ver si habían cambiado las cosas. Pensé que Irini acabaría quitándose de la cabeza. Pensé que volvería a casa algún día y todo se habría acabado. Rezaba para que así fuera, y fui tan tonto que pensé que Dios estaba de mi parte. —Soltó otra carcajada amarga—. ¡Dios! ¡Menudo cornudo cobarde que fui! Pensé que lo mejor era dejarlos solos durante un tiempo. Quitarme de en medio. Cuando lo que debería haber hecho es coger la escopeta del viejo y matarlo como a un perro. Apuntando justo al corazón...

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó el hombre gordo.

Andreas lanzó una mirada al vaso de whisky, que estaba fuera de su alcance, y a la taza de café que tenía delante. Cogió el café, y bebió.

—El café de mi madre es malo —dijo—, siempre demasiado dulce. Irini hacía buen café. Un café perfecto. —Echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo, de donde pendían abundantes telarañas.

—¿Y por qué no lo mató? —preguntó de nuevo el hombre gordo.

—No se piense que me faltaban ganas —dijo Andreas—. Lo pensaba, noche y

día. Pensaba que si los sorprendía juntos, les dispararía a los dos. Cuando estaba pescando, no pensaba más que en eso: en matarlo. Si no lo hice, no fue por nada noble; fue por cobardía, por salvar la cara. Si lo mataba, todo el mundo sabría que ese cabrón se tiraba a mi mujer.

Se hizo un silencio. Andreas bajó la cabeza y se frotó los ojos con el pulpejo de las manos.

—No me lo creo —dijo el hombre gordo en voz baja.

—Bueno —dijo Andreas, sonriendo—. Allá usted, amigo.

—No me creo —continuó el hombre gordo— que no hubiese nada noble en no ir a por él. No me creo que sea usted un cobarde, Andreas. No creo que hubiese sido capaz de dispararle; pero si se hubiese enfrentado con él a puñetazo limpio o con un palo, nadie se lo habría echado en cara. Creo que fue por otra cosa. —Andreas volvió a beber un poco de café, pero no dijo nada—. Creo que no le puso la mano encima porque sabía que, si lo hacía, la deshonraría a ella. Tendría que divorciarse de ella, ¿no? Mandarla de vuelta a casa de su madre con las maletas.

Andreas se rió.

—No se lo puedo negar —dijo. Tenía los ojos vidriosos—. Ha dado en el clavo. Soy culpable de los cargos que me imputa. Compadézcame. Soy un hombre... menos que un hombre, un hombre sin cojones, que amaba tanto a su mujer que estaba dispuesto a aceptar las sobras de otro hombre. Ése soy yo. Qué idiota soy, creí que si esperaba lo suficiente, podríamos rehacer nuestra vida juntos. Pero no hay ninguna vida que rehacer, ¿verdad? Y ahora pásame ese vaso, amigo.

—Aguarde un momento más —dijo el hombre gordo.

Se agachó y, después de desabrochar la cremallera de la bolsa, sacó una bolsita de hierbas de cierre hermético —cabezuelas, semillas, ramitas y hojas secas— y la puso en la mesa, delante de Andreas.

—Le prometí que quería ayudarle, Andreas —dijo el hombre gordo—, y le voy a ayudar. A pesar de que pegó a su mujer creo que es un hombre fiel, de buen corazón. —Andreas suspiró desde lo más hondo de su dolor—. Tiene el corazón roto, lo sé. El amor ha sido cruel con usted casi hasta extremos inconcebibles. A veces las Parcas no tienen excusa ni perdón. El dolor le resulta insoportable, y por eso busca el consuelo en un vaso. Es natural. Pero el alcohol acabará matándolo, y yo le ofrezco algo mejor. Esto —dijo mientras daba unos golpecitos en la bolsa— son hierbas que seguramente no conoce. Las he recogido en mis viajes. Le ayudarán a dormir y le apaciguarán el ánimo. Haga una infusión con ellas, y beba un poco, sólo un poco, cuando sienta la necesidad, cuando más intenso sea el dolor de su corazón. Y cuando se sienta con fuerzas, vuelva al mar. Haga su trabajo, y espere a que pase el tiempo. Volverá a encontrar el amor; le doy mi palabra. Un día, amarrará en un puerto no muy lejano, y allí estará ella. Irini, no; nadie puede traerla de vuelta. Pero ella querría que usted volviese a ser feliz y que se sintiese amado. Y así será, Andreas. Con el tiempo, ya lo verá.



Andreas se volvió para mirarlo; el hombre gordo le rodeó los hombros y le abrazó unos instantes.

—Ánimo, hijo —le dijo—. Mucho ánimo.

El hombre gordo se levantó. En silencio salió de la casa. El viento refrescaba en la calle; tras las montañas había nubarrones de lluvia. No vio ni rastro del niño ni de su madre. Mientras el hombre gordo cerraba la puerta, cantó un gallo; a medida que el canto se acallaba, el hombre gordo oyó los sollozos de Andreas al otro lado de la puerta.

—¿Theo? ¡Theo!

Dejó de recorrer con el dedo índice el dibujo del mantel de la cocina. Cuadros azules.

—¿Tienes? —Elpida estaba de pie junto a la cocina, impaciente; hablaba con ese tono quejumbroso, de mal genio, que a él tanto le fastidiaba. Una sartén crepitaba suavemente y emanaba el sabroso olor de unas cebollas dorándose en aceite caliente; de una cacerola salía vapor con un grave borboteo. Por los mismos cuadros que había recorrido con los dedos caminaba ahora una mosca gorda.

—¿Que si tengo qué?

—¿Que si tienes dinero?

—¿Para qué?

—¿Me has estado escuchando, Theo?

No había estado escuchando; tenía la mente en otra parte. Había estado pensando, planeando, intrigando. Dando vueltas a las cosas en la cabeza. Soñando con la mujer que quería. Sueños voluptuosos. Había vuelto a empalmarse y no quería que Elpida se diera cuenta.

—¿Para qué quieres el dinero? —preguntó.

—Para zapatos.

—Ya tienes muchos zapatos.

—Por el amor de Dios, Theo. No son para mí, son para Panayitsa.

Él no quería problemas. Se apartó de la mesa; se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó todo lo que tenía —dos mil dracmas, unas cuantas monedas— y puso el dinero en la mesa.

—¿Llega con eso? —Estaba impaciente. Ese tipo de trivialidades le repugnaban últimamente.

—No. —Parecía confusa e irritada; él sabía el precio de los zapatos. Lo que le ofrecía no era ni la cuarta parte.

Le incomodaba estar cerca de su mujer; en casa se impacientaba. Creía que lo disimulaba, pero no era así. Detestaba mirarla, porque ella había cambiado para él, y él ya no se fijaba en las cualidades que antes valoraba en ella. Y aquella cocina, que había conocido íntimamente durante toda su vida de casado, ahora la veía con ojos críticos: un espacio largo de techos bajos plagado de defectos. El suelo de tablas de pino estaba inclinado tantos grados que —unos años antes, cuando eran felices— tuvo que apuntalar el extremo más lejano de la cocina con cuñas de madera para que las cacerolas mantuvieran la horizontalidad al cocinar. Todo se limpiaba a diario, porque ése era el trabajo de su mujer; no había arañas en las esquinas donde nunca daba el sol, no se acumulaba el polvo en los intersticios de las tablas del suelo. Vivían con los aromas de la cotidianidad compulsiva siempre en las narices —la colada, el jabón, la lejía, el almidón, la peste a amoniaco del Brasso—, y los detalles irritantes

que le había enseñado su madre: pretenciosos ornamentos e iconos chabacanos, tapetes de ganchillo en todas las superficies. Y allí, suspendidas sobre la chimenea, las enormes cacerolas de cobre, lustrosas y bruñidas, que habían sido de su abuela, símbolos de la continuidad del linaje y de su vocación. A él le horrorizaban. Le vino a la mente un recuerdo de Elpida limpiando las cacerolas, con las manos negras, orgullosa y sonriente. Ahora la desdeñaba por su orgullo, y se le encogió el corazón culpable.

Para él, aquel espacio apeataba a pobreza y cicatería, a apaños provisionales. Las cortinas pendían de un cordel sujeto entre dos clavos incrustados en la escayola desconchada. El tablero de la mesa era un trozo de madera serrado, procedente de una antigua puerta; bajo el mantel de cuadros azules se notaban claramente las hendiduras abiertas para las bisagras. Los asientos de mimbre de las cuatro sillas estaban llenos de agujeros, así que Elpida había hecho cojines para tapar los desperfectos, cosiendo las fundas con retales de ropa vieja, y rellenándolos con los restos de una sábana rasgada.

Lo contemplaba todo como si le resultase ajeno.

«¿Esto es todo lo que tenemos? —pensó—. ¿Esto es todo lo que tenemos?».

—Puedes comer ya, si quieres —dijo ella.

La comida le importaba un bledo.

—Comeré más tarde —dijo, mintiendo. Se levantó y descolgó la chaqueta del perchero—. Me voy.

—¿Por qué te vas ahora que está lista la comida?

No tenía respuesta; no sabía. Así que respondió:

—Voy al banco.

—El banco cerró hace una hora —dijo ella.

No hubo respuesta. Se fue.

Ella removi6 los garbanzos en ebullición, cogió uno con una cuchara y, metiéndoselo en la boca, lo mordió. Estaba blando. Apagó el fuego. Fuera, en la calle, distinguía los chillidos de Panayitsa entre los de los demás niños que jugaban.

Abrió la puerta y gritó:

—¡Panayitsa! ¡A comer!

Pero sus gritos no surtieron efecto; los niños gritaban y cantaban y chillaban en sus juegos, en la tarde incipiente.

En el exterior, bajo la ventana, los neumáticos esparcían las piedras sueltas y la grava de la carretera sin asfaltar. Un coche aminoró la marcha y se detuvo. Sobre el murmullo del motor en punto muerto sonaba una cinta de música tradicional, *rembetika*, lenta y triste.

Elpida se acercó a la ventana. En la plaza de Theo había un Mercedes plateado. En tiempos había sido un coche de lujo; la tapicería era suave, de cuero rojo, los

embellecedores laterales eran de chapa de nogal y cromo muy pulido. Ahora era ya una antigualla, como los coches que conducían los magnates en las películas en blanco y negro que ponían después de medianoche. Elpida conocía el coche, y a su conductor. Todo el mundo conocía a Michaelis Kypreos.

Kypreos apagó el motor; la música cesó. Los talismanes que pendían del espejo retrovisor —un crucifijo con incrustaciones de turquesa; un pequeño icono laminado de una madona de mejillas rosáceas; una bolsita de popurrí— dejaron de moverse.

Elpida apagó la plancha, se quitó las zapatillas y se calzó los zapatos de salir al patio. En una de las suelas tenía una brizna de paja pegada con caca de gallina seca.

Kypreos se plantó en la carretera, con las manos en jarras, mirando a la ventana. Era un tipo corpulento y feo. «Tiene la cara como la parte de abajo de un pulpo», decía la gente. No se lo decían a la cara. Kypreos tenía dinero, e influencia. No caía bien a la gente, pero con su dinero compraba el respeto social.

Kypreos empezó a vociferar, mirando a la ventana.

—¡Carpintero! ¡Carpintero! ¿Estás ahí, maldita sea?

Elpida se pasó la mano por el pelo lacio y salió al patio. Mientras Kypreos avanzaba hacia ella a grandes zancadas, ella abrió la puerta de par en par.

Kypreos era de esos hombres que nunca están satisfechos; siempre quería más. Había hecho dinero en algún lugar de África, y se marchó de allí cuando los indígenas de la zona empezaron a imponer su rebelión. En África —según decía— tenía una cadena de supermercados; pero la gente decía que se dedicaba al tráfico de armas, y que tenía intereses ilegales en las minas de diamantes. En África —según decía él— tenía criados en su casa. Aquí tenía una mansión con grifos de oro en el baño; dormía (según decía la gente) con su agraciada esposa en una cama de agua tan grande que cabían cuatro. La gente sabía que su esposa tenía una aventura con un capitán de un *ferry*, pero nadie se atrevía a decírselo a Kypreos.

Kypreos había invertido en alguna tierra de la costa. Se estaba metiendo en el negocio turístico, comprando apartamentos para alquilarlos a una compañía alemana con la que había llegado a un acuerdo. Theo consiguió hablar con él y le convenció de que le encargase a él la carpintería: puertas, ventanas y postigos. Era un contrato importante; para Theo, un golpe de suerte. Pero Kypreos tenía su propia idea sobre lo que le iba a pagar.

—Escucha —le dijo a Theo, mientras discutían las condiciones—, te propongo un trato. Si acabas el trabajo para mediados de marzo, te daré el cincuenta por ciento, además del precio que hemos acordado. Si acabas para el uno de abril, te pagaré la mitad. Si trabajas rápido, saldrás ganando.

Cerraron el trato con un apretón de manos. Kypreos dio una palmada en la espalda a Theo, y se alejó, riendo, creyendo que su dinero estaba a salvo, porque ¿cuándo se había visto que alguno de esos artesanos acabase un trabajo a tiempo?

Pero Theo sonreía, confiado.

—He tomado la decisión de acabarlo antes de tiempo —le dijo a Elpida—. Quiero ver la cara de Kypreos cuando me entregue el dinero.

De vez en cuando, ella le preguntaba cómo iba el trabajo.

«Estoy trabajando todas las horas del día —respondía él—. Trabajo como un loco para acabarlo».

—¿Dónde está Hatzistratis? —Kypreos siempre elevaba la voz, pero ese día hablaba a voz en grito. Se reflejaba la ira en su cara encarnada, y en sus ojos tensos, de mirada dura—. ¿Dónde se ha metido ese haragán hijoputa?

Se acercó demasiado a Elpida; olía a sudor fresco, y a cuero caliente, y al aroma anisado del ouzo. Tenía el cuello de la camisa demasiado desabotonado para un hombre de su edad y corpulencia; sobre la curva de la oronda barriga, un gran medallón de oro, grabado con una estrella de Macedonia, pendía de una gruesa cadena de oro. Kypreos le decía a la gente que el medallón lo llevó en tiempos Alejandro Magno, y algunos le creían; lo cierto era que se lo había encargado a un orfebre cuyo hermano le debía dinero.

—No está —dijo Elpida—. Salió, hará una hora más o menos.

—Bueno, ¿y adónde cojones se ha ido ese hijoputa? —gritó Kypreos—. ¡El tiempo es dinero!

—No lo sé —dijo Elpida—. No sé adónde ha ido. Si quiere pasar y esperar aquí...

—¡No tengo tiempo para sentarme a esperar a los carpinteros! —bramó Kypreos—. Puedes decirle que si el trabajo no está acabado mañana, me buscaré a otra persona que lo haga. Tengo al cristalero esperando para trabajar en los marcos de las ventanas, y la mitad está todavía apilada contra la pared. Ni siquiera se ha pasado por el taller en los últimos cuatro días. Me dijo que acabaría hace tres semanas. Puedes decirle que si el trabajo no está acabado mañana, no le pagaré ni un céntimo.

Ella dejó los zapatos al otro lado de la puerta de la cocina y, descalza, con los pies sólo cubiertos con las medias, se dirigió al sofá del salón, donde se tumbó. El dolor de cabeza le amenazaba en las sienes. Las palabras de Kypreos le daban vueltas en la cabeza, planteando preguntas que no tenían respuestas. Theo no había ido a trabajar; cuando decía que estaba trabajando, mentía.

¿Dónde habría estado?

Y el dinero... había tirado por la borda todo ese dinero. Todas las cosas que se habrían podido comprar, todas las preocupaciones que habría podido disipar. Ahora no tendrían nada. Ni un céntimo.

Se intensificó el latido de las sienes, y empezó el dolor, detrás del ojo derecho. Si

hubiera sabido dónde estaba él en ese momento, habría ido... a matarlo. Pero lo que la encolerizaba no era la vocecita que le susurraba la posibilidad de una traición, y una infidelidad; eso prefería ignorarlo. Había perdido el salario de todo un invierno, y eso la enfurecía... la enfurecía tanto que avivó un ascua de rebelión que alojaba en el alma desde hacía tiempo.

Eleni la encontró todavía tumbada en el sofá, presionando con los dedos el latido de las sienas.

—¿Estás enferma? —le preguntó. Se inclinó sobre su hija y le puso la mano en la frente para ver si tenía fiebre, como si Elpida fuese una niña pequeña. La mano de su madre estaba fría; a Elpida le olía el aliento a vinagre.

—No tienes buena cara —le dijo Eleni—. Voy a prepararte una infusión.

—No quiero infusiones, Mamá. Sólo es dolor de cabeza. Ya se me pasará.

—¿Es ese momento del mes? La infusión te sentará bien. He visto la ropa que tienes para planchar en la cocina. Yo me encargaré. Así puedes quedarte donde estás.

Elpida le acarició los párpados.

—No hace falta que planches nada, Mamá —protestó—. Por el amor de Dios, espera a que se pase.

Pero Eleni no la oyó. Ya estaba en la cocina, preparando la infusión.

—¿Por qué has comprado este almidón? —Eleni cogió la lata de color amarillo brillante y examinó la etiqueta blanca rectangular del precio; cada vez le costaba más leer la letra pequeña, y, aunque entrecerrase los ojos, las cifras seguían siendo borrosas—. Te dije que no comprases este almidón. Compra Evrika, te lo tengo dicho. Es mucho mejor. A éste se le atasca el pitorro. Y seguro que es más caro. ¿Por qué vas a pagar más de la cuenta?

—Me gusta cómo huele éste.

Elpida bebió un sorbo de infusión de salvia. Tenía un sabor amargo; su madre había dejado las hojas infundiéndose demasiado tiempo. El dolor se le había extendido al puente de la nariz, y juntó las cejas para relajar la tensión de los músculos de la frente, adoptando un semblante malhumorado.

Eleni se remangó hasta los codos. Elpida la vio agacharse sobre el cesto de entramado de plástico para coger una camisa arrugada de Theo, extender la manga arrugada sobre la tabla de planchar y rociarla ligeramente con almidón. Eleni levantó la plancha. Los tendones de su antebrazo se tensaron, y las venas azules, en esa misma zona y en las muñecas, destacaban sobre la piel tersa y blanca del invierno. Elpida pensó que su madre tenía un físico y una fortaleza impropios de su edad: bajo la grasa moteada (su madre seguía engordando, pese a las recomendaciones del médico) tenía brazos de obrero. Elpida observó sus propias manos. Estaban agrietadas, y rojas; en las yemas de los dedos y los montículos carnosos de las palmas, la piel estaba seca y dura, y descolorida por los jugos de las cebollas

troceadas.

Escuchó la quietud, el deslizamiento de la plancha por el algodón, el pss-pss del *spray* de almidón, el susurro del vapor. Con el vapor emanaba la frescura de la colada seca al viento; evocaba la nostalgia, recuerdos de las horas vespertinas en que se sentaba a hacer los odiosos deberes en casa, mientras Eleni planchaba, y la miraba.

—Ha venido Kypreos hace un rato —dijo.

—¿Ah, sí? —Su madre dobló la camisa, metiendo hábilmente las mangas detrás del torso. Dejó la camisa en el extremo del sofá. Bien podrían haberla envuelto en un plástico y venderla como nueva.

—Estaba buscando a Theo.

—¿Y no lo encontró en su lugar de trabajo?

Elpida no respondió.

—¿Elpida?

—Lleva cuatro días sin ir por allí.

Eleni colocó la plancha de pie sobre la base y cogió del cesto una camiseta pequeña de color rosa.

—¿Y dónde ha estado entonces? —preguntó.

—No sé, Mamá. —Elpida se pellizcó el puente de la nariz, pero el dolor no se atenuaba—. Kypreos dijo que si el trabajo no está acabado mañana, no le pagará nada.

Eleni planchó las mangas de la camiseta: derecha, izquierda.

—Pensaba que ese trabajo valía millones —dijo.

—Así es. ¿Qué debo hacer, Mamá? Si le digo algo a Theo, me pegará un bufido.

Eleni dejó la camiseta doblada al lado de la camisa de algodón, y cogió unos calzoncillos de rayas rojas.

—Déjame a mí —dijo.

—Mamá —dijo Elpida—, ¿por qué tienen que casarse las mujeres?

Últimamente había llegado a preguntarse si él siquiera le gustaba, o si ella le gustaba a él. Sabía exactamente cómo la veía él: maleable, dúctil, la criatura en que él la había convertido. Su método había sido sencillo, ¿y ella estaba... enamorada, o tenía miedo? Cada vez que no lograba complacerle, o anticiparse a sus deseos y necesidades, él sacaba una maleta de debajo del armario y la ponía encima de la cama. Su mensaje era claro: compláceme, o lárgate con tu madre. Ella no podía deshonorar el buen nombre de su familia de esa manera. Y así aprendió a hacer lo que se le decía.

Él había sido un cabrón, pero no desde el primer día; desde el octavo. Ocho días después de la boda, por la mañana muy temprano. Los cigarrillos y el cenicero en la mesa. El café en la cocina. Era el modo de hacer de su madre, la austeridad de su madre. *Economía*. «Mete media cucharada de café en la olla, Elpida», le había dicho ella. «Y así el paquete durará el doble». Él llevaba una semana diciéndole que hiciese el café más cargado. Ella se había resistido, porque eso es lo que le había dicho su

madre. Le sirvió el café. Él lo probó, y volvió a dejar la taza en el plato. Luego, después de levantarse lentamente de la silla, se puso la chaqueta, encendió con calma un cigarrillo, se guardó el tabaco en el bolsillo y, con el dorso de la mano, lo tiró al suelo todo, toda la vajilla, regalo de boda, que había puesto Elpida en la mesa del desayuno. Ella recordaba el ruido de la loza al hacerse añicos, el rápido goteo de café de la mesa al suelo, el portazo que dio al marcharse. Le aterraba que no volviese más. Sollozó mientras arreglaba el estropicio, y lloró toda la mañana hasta que Eleni la encontró.

Pero cuando le contó lo ocurrido, su madre se rió. «*Kori mou* —le dijo entonces—. Todos los hombres son iguales. Tu deber es hacer así las cosas. Ten cuidado, pues si no, se largará a casa de su madre, y piensa en tu deshonra».

Las comidas que ella le había preparado para el almuerzo y la cena de aquel día se habían espesado y se las había echado a las gallinas antes de que él volviese a casa. Él no le dirigió la palabra porque no había nada que comer. Ella le hizo una tortilla — él se sentó a la mesa, mirándola mientras ella la preparaba— y cuando se la sirvió, él se levantó y, con una sonrisa, la tiró a la basura.

Ahora le escocía la conciencia. Se sentía engañada, estafada, porque había cumplido su parte de un trato que no le permitía echarse atrás. Había hecho un mal negocio. Él era distante, despreocupado, ajeno. Indiferente.

Eleni cogió del cesto unos pantalones de Theo.

—Casarse es algo que hacen las mujeres —dijo—. Siempre lo han hecho.

—¿Pero por qué? —preguntó Elpida—. Los hombres no nos aman. No piensan en nosotras para nada.

Él no la amaba. Mientras pronunciaba esas palabras, sabía que eran ciertas.

Su madre se rió.

—No, cielo —le dijo—, no nos aman. El matrimonio no tiene nada que ver con el amor. El matrimonio tiene que ver con la seguridad, y con la familia, y con tener a una persona que te mantenga. Pero sobre todo tiene que ver con los hijos. Por eso se casan las mujeres. Porque así los hombres nos dan el don máspreciado que puede tener una mujer, *kori mou*. Nos dan a los bebés. De ahí es de donde sacamos el amor, querida mía, y el respeto, de los niños. Lo demás no importa. Las mujeres lo aguantan todo por el bien de los hijos.



Andreas se marchó sin decir cuándo volvería.

No hubo beso de despedida, ni adiós cariñoso con la mano desde el muelle, sólo una puerta cerrada en silencio y pisadas que se alejaban por la carretera. En la almohada dejó una nota. «Te doy tiempo para pensar —decía—. Tu marido, Andreas». Como si tuviera que recordarle quién era su marido.

Pasaron doce días. Al principio, su ausencia la animó; le dejaba vía libre para obsesionarse y entregarse a sus compulsiones. Pero los días eran largos, y solitarios, y los ruidos nocturnos —los bichos escarbando en la tierra, los suspiros de la madera vieja, los susurros y crujidos de la hierba y las hojas— la afectaban de un modo inusitado.

Después empezó a llover. Llovía con intensidad, y constantemente, toda la noche; al llegar la mañana, la lluvia persistía, manando a ritmo constante de unas nubes densas tan bajas que ocultaban las cumbres. Las horas diurnas eran melancolía, tedio y frío; no iba a ninguna parte, no hablaba con nadie. Anochecía pronto, y seguía lloviendo. Irini preparaba sopa caliente, y con cada cucharada de fideos pensaba en Andreas, y se preguntaba dónde estaría.

La habitación estaba a oscuras, sólo iluminada por las sombras trémulas proyectadas por la televisión. El presentador del programa concurso dedicó palabras insinceras de condolencia a su concursante, y, con el comienzo de la sintonía, aparecieron los títulos de crédito. Bajo la lluvia que caía en el tejado y el agua que goteaba desde la canaleta se abrió en silencio la puerta de la calle. El público seguía aplaudiendo y, mientras el presentador del programa concurso decía adiós con la mano, sonriente, y deseaba buenas noches a Irini, una figura cruzó la cocina y permaneció en pie un instante sin hacer ruido, mirándola. Después, dijo el locutor, venían las noticias, seguidas del tiempo para los agricultores.

—Irini.

Su voz estaba alterada, ronca y grave, pero ella la reconoció; de todos modos se llevó tal susto que se le aceleró el corazón. Se volvió para mirarlo. Era como una aparición fantasmal. La ropa empapada de agua de lluvia se le pegaba a las extremidades como sanguijuelas; tenía la cara luminosa por la palidez, y la fosforescencia azul de la televisión sólo le iluminaba los huesos, de modo que sus cavidades eran negras como las cuencas macabras de un cráneo.

«Andreas...».

Lo que creaba la ilusión era la extraña penumbra, y el sobresalto de la llegada imprevista; pero, por un instante, creyó que era el espíritu de Andreas lo que tenía ante sus ojos.

«Se ha ahogado —pensó—. Y ahora viene a llevarme con él».

Pero el olor que traía consigo este Andreas fantasmagórico le resultaba familiar. Olor a pescado, y tabaco añejo, y el hedor acre del vómito.

—¿Eres tú, Andreas? —preguntó. No estaba segura—. Enciende la luz, por el amor de Dios.

La figura extendió la mano lentamente y pulsó el interruptor. Visto con mejor luz tenía la cara gris. Para calentarse, se rodeaba el cuerpo con los brazos, pero aun así tiritaba, tambaleándose ligeramente, como si siguiese moviéndose al ritmo de su barco en el mar. Pasó por delante de ella y entró con paso inseguro en el dormitorio, donde se desplomó en la cama y se recostó con las manos aferradas al estómago. Tenía manchas de fiebre en las mejillas. Al cerrar los ojos, se pellizcó el puente de la nariz para mitigar el dolor de cabeza.

Le tendió la mano, y ella la estrechó con la suya. Tenía la mano helada, con vetas moradas.

—Irimi —dijo—, necesito algo para calentarme. Siento frío por dentro.

Ella le apretó la mano; desabrochándole las botas, lo descalzó.

—Quítate esas cosas húmedas —le dijo, y de la cajonera le sacó ropa limpia. En el cuarto de baño sólo encontró una aspirina en el frasco. Preparó una manzanilla, y se la llevó en una bandeja junto con un vaso de agua y la aspirina.

Le ahuecó las almohadas en la espalda, y le ayudó a incorporarse para que se tomara la aspirina y la infusión.

—Tuve que volver a casa —dijo—. Estaba demasiado enfermo para seguir fuera. —Ella interpretó sus palabras como lo que eran, una disculpa, y sintió el aguijón del remordimiento.

—¿Cuánto tiempo llevas enfermo? —le preguntó.

—Dos días. Comí...

Presionó la taza de manzanilla sobre Irimi y se levantó de la cama. Apoyándose en la pared, tapándose la boca, se tambaleó hasta el baño, y allí se encerró.

Cuando volvió a la cama tenía la cara húmeda de sudor. Volvió a tumbarse sobre las almohadas; su respiración era rápida, y poco profunda. Cuando Irimi le ofreció la manzanilla, él negó con la cabeza. Cerró los ojos.

—Será mejor que vayas a buscar a Madre —dijo—. Ella sabrá lo que hay que hacer.

Irimi se inclinó sobre él y acercó los labios a su frente caliente.

—Volveré enseguida —le dijo.

Había cesado la lluvia, aunque el agua seguía goteando desde las ramas de los eucaliptos, y los arroyuelos corrían por nuevos cauces abiertos en la tierra pedregosa de los arceles. La superficie de la carretera brillaba con la luz de la linterna. La noche era fresca y la vegetación se movía; en los huertos, los caracoles salían para darse un festín. Salvo por el ladrido lejano de un perro, el pueblo estaba en silencio; en muchas

casas, las ventanas ya estaban a oscuras.

Pero en las de su suegra, las luces seguían encendidas. En la mesa había cuatro hombres sentados, todos ceñudos ante sus respectivas manos de cartas. En el centro de la mesa había una pila de dinero, billetes y monedas, y un cenicero lleno de colillas aplastadas. Junto al codo de Vassilis había un vaso de Metaxa; la botella estaba casi vacía junto a sus pies. Los demás hombres tenían vasos de retsina; también había cáscaras de pistachos tostados dispersas por el mantel. Los hombres le lanzaron una mirada a Irini, pero ninguno abrió la boca. Vassilis estaba colorado, y tenía gotas de sudor en el labio superior. Soltó con fuerza una carta en la mesa: el diez de bastos. Uno de sus adversarios, con una tímida sonrisa, deslizó otro billete en la pila central.

Angeliki estaba sentada en silencio en la esquina. La chaqueta de punto rosa que llevaba sobre los hombros tenía lamparones de aceite; tenía las manos ocupadas en una labor de encaje. La labor era fina, blanca y delicada.

Se levantó de la silla para saludar a Irini.

—Bienvenida, bienvenida —le dijo—. Siéntate. —Con evidente inquietud, buscó por la sala una silla para Irini. Los hombres las ocupaban todas—. Siéntate aquí —le dijo—, siéntate en mi silla. No me importa estar de pie. Llevo todo el día sentada.

—Andreas está enfermo —dijo Irini—. Pregunta por ti. He venido a buscarte para que vengas a nuestra casa.

—¡Dios mío! —exclamó Angeliki. Se persignó—. Ahora mismo voy. Ya lo creo que voy. ¿Has oído, Vassilis? Andreas está enfermo. Pregunta por mí. Voy a ver lo que necesita.

Hábilmente, Vassilis juntó sus cartas y las pegó contra el pecho.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—¡Ah! —dijo Angeliki—, no sé.

—¿No crees que es mejor averiguar lo que le pasa, antes de ir allí corriendo? Irini, ¿qué le pasa?

—No sé —dijo Irini—. Tiene un dolor de cabeza muy fuerte. Está malo del estómago. Creo que es por algo que ha comido.

—¡Se habrá envenenado, entonces! ¡Ay, Señor! O a lo mejor se ha cogido frío en el estómago. También puede ser eso. ¿Ha estado fuera con esta lluvia?

—Coge el abrigo, mujer —dijo Vassilis—, y vete, en lugar de quedarte ahí de cháchara. Siempre estás de cháchara. Sotiris, suelta una. —Volvió a extender las cartas como un abanico.

Angeliki estaba animada por la crisis, y por la rara sensación de ser necesaria. Le brillaba la cara de determinación. En la calle, caminaba delante, a paso ligero.

—¿Tienes limones en casa? —preguntó—. ¿Y alcohol? Necesitaremos las dos cosas. Si no tienes, corre a comprarlos donde Panayiotis. Compra muchos limones; el zumo de limón es lo mejor para el estómago. Yo iré a la casa y me sentaré con el pobre chico. E Irini, no te entretengas a cotillear por el camino.

Irini recorrió de prisa las calles oscuras. El maullido siniestro de los gatos invisibles resonaba en los callejones; junto al almacén de materiales de construcción, una rata brillante huyó despavorida. La puerta del ultramarinos estaba abierta, proyectando luz amarilla en los charcos que se habían formado en las oquedades de las losas del pavimento. Junto a un refrigerador algo desabastecido (barras de mortadela y salami abiertas por la mitad y con el extremo seco, y una rueda de queso duro sin cortar, y un bloque de feta envuelto en papel) estaba Panayiotis sentado en un taburete alto. Era un tipo tacaño: por poco apetitosos que fuesen los fiambres, a los clientes nunca les daba el gusto de servirles otros más frescos hasta que se vendían los anteriores. La trastienda (donde guardaba los productos de limpieza y los artículos de celulosa: detergente, lejía y servilletas) estaba oscura; si Irini llegaba hasta allí, él se levantaba para encenderle la luz, y luego la apagaba en cuanto había escogido lo que quería. Le lanzó una mirada y, después de decirle buenas noches, pasó la página del libro barato que leía; en la cubierta aparecía un vaquero con el típico sombrero, formando una silueta negra a contraluz de la puesta de sol, y el nombre del autor: Zane Grey. Entre las zanahorias enlatadas y los tarros de guisantes, una radio pequeña retransmitía, con muchas interferencias, el comentario sobre un partido de fútbol.

Irini escogió seis limones del cajón que había detrás de la puerta, y los puso en la báscula; detrás de las cajas de tinte casero para el pelo encontró una botella de alcohol medicinal y una caja de aspirinas.

Panayiotis colocó una envoltura de chicle dentro del libro para marcar la página y, deslizándose del taburete, sacó un lápiz de detrás de la oreja peluda. En una bolsa de papel sumó la cuenta. Irini no tenía dinero. Él suspiró, y cogió un cuaderno de debajo del mostrador; hojeó los garabatos y las listas hasta que encontró su nombre. Ella vio cómo anotaba cuidadosamente la fecha, y el importe total que le debía; había que vigilarlo, porque tenía cierta tendencia a engordar la suma.

Ella le dio las buenas noches. Panayiotis cogió el librito del oeste y siguió leyendo.

El camino de vuelta a casa estaba desierto, y el silencio de la noche sólo interrumpido por el tintineo del agua en los desagües y canaletas, y por sus propias pisadas. El pueblo quedaba atrás. Un viento creciente encogía las nubes, y, por un instante, la luminiscencia de la luna llena alumbró el valle, proyectando extrañas sombras agazapadas entre los matorrales espinosos y los cactus.

Casi había llegado —al doblar la curva, divisaría ya la casa— cuando oyó el ruido de un motor a sus espaldas. No volvió la vista atrás, pero se apartó hacia el arcén fangoso para dejar libre la calzada. Esperó a que pasase, mientras veía reverdecer los arces a la luz de los faros, como luz verde derramada en la oscuridad.

Pero el vehículo no pasó. Ralentizó la marcha, paró a su lado, y el conductor se inclinó para abrir la puerta del copiloto.

Era él.

Ella lo miró, vio su cara medio oculta y hermosa entre las sombras, y sintió que él la miraba a la cara. Le temblaron las manos; se le aceleró el pulso. Los dioses por fin eran benévolos, y el momento que tanto había anhelado (durante tantísimo tiempo) ahí estaba; pero entonces, en el instante decisivo, vaciló. Miró la carretera, temerosa de que alguien la viese, pero no había nadie. Había llegado el momento, y era tentador, delicioso, irresistible; era vergonzoso, e inmoral, y desleal.

Llevaba la bolsa de limones en la mano, su ancla a la rutina.

La colocó en el espacio para las piernas del asiento del copiloto, y entró en la camioneta.

Tiró de la puerta, y se encerró con él. Por fin estaban solos.

Él se inclinó hacia ella y suavemente le estrechó la mano, como si hubiera tenido las mismas fantasías. Ella se sintió tocada por la divinidad, y se miró la mano, sorprendida de ver que no había cambiado. Ninguno de los dos dijo nada; después de tanto tiempo de espera, ¿qué palabras podían decirse que no corrompiesen el momento?

Cuando él la besó, ella supo que los sueños se cumplen. Se había excitado tantas veces imaginando ese beso, y ahora él presionaba los labios contra los suyos y le introducía la lengua en la boca. «Me he muerto —pensó—, y esto es el paraíso». Quería absorberlo, introducirlo en su ser, tocarle hasta el último poro. Le acarició el pelo, le palpó la espalda y los hombros musculosos. Le levantó la camisa y le acarició la piel desnuda. La respiración de ambos era profunda y rápida; mordisqueaban, lamían, succionaban cuanta carne desnuda podían encontrar. Él le mordió el cuello; ella le cogió la mano y le chupó los dedos. Él le manoseaba los muslos, y luego se los separó para llegar a la entrepierna; ella los abrió con alegría. Él le desnudó los pechos, y acercó la boca a sus pezones duros; luego volvió a su cara, le mordió los labios y la besó como si sus labios nunca más volviesen a separarse. Los dioses eran benévolos; sus labios no volverían a separarse nunca más, mientras se sumían en la dicha absoluta.

¿Pasaron segundos, o minutos? Se sumieron en la felicidad, y ninguno lo sabía con certeza. Para ellos el mundo ardía, y, de pronto, el cielo estaba en llamas, transformando el escenario de su consumación en calor blanco; el amor que hacían era su propia luz blanca, la mejor para verse, y conocerse.

No. La luz que iluminó la cabina era de los faros de un coche que había parado detrás. El conductor tocó la bocina.

—Mierda —dijo él. Ella se estiró la ropa y se alisó el pelo; él arrancó la camioneta y se apartó de la carretera. El coche pudo pasar, y los ojos de dragón de sus faros traseros se disiparon en la noche.

—Será mejor que me vaya —dijo ella. Él suspiró.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo él, mientras ella abría la puerta.

Le cogió la mano, y la presionó fuerte contra la dureza tórrida de su erección.

Ella utilizó la misma mano para recoger la bolsa de limones. Cuando la camioneta

pasó por delante de ella besó el aire por donde él circulaba.

Andreas se había encerrado en el baño; Angeliki estaba en el fregadero, aclarando un cuenco con lejía. La casa olía a algo higiénico y acre, olía a la enfermedad de Andreas.

No importaba nada. Él la amaba, la quería, ardía por ella, y la emoción, el éxtasis, el recuerdo de su tacto la acompañaban en todo momento, incluso mientras cuidaba al pobre Andreas.

El autobús se retrasó mucho, y la espera en el muelle se alargó. El corto banco que había debajo de la marquesina de madera ya estaba ocupado, por una joven serena que cuidaba a un bebé dormido en su pecho. A su lado estaba sentado un joven ceñudo con un brazo vendado y en cabestrillo; tenía la cara en carne viva con rasguños supurantes.

El hombre gordo se sentó en los peldaños de una escalera de piedra que descendía al agua y vio los peces que nadaban a sus pies. Un cardumen de alevines diminutos y brillantes se movía como una única entidad, una bola de formas cambiantes similar a una célula vista con microscopio. Los peces diminutos se movían con rapidez pero de forma sincronizada; salían disparados para aquí, para allá, para aquí, y no había rezagados, ni disidentes ni desertores del pelotón; todos nadaban juntos porque de ello dependía su vida. Era una actitud que adoptaba mucha gente, pensó el hombre gordo: la seguridad del conformismo, de correr siempre con el rebaño. Pensó en Nikos, y en su idea de que todo el mundo debería asentarse en la vida donde corresponda; luego se preocupó por el viejo, y se preguntó si estaría bien. Le había prometido a Nikos otra visita antes de marcharse de la isla; iría ese mismo día si le quedaba tiempo después de su actividad principal.

Cuando llegó el autobús se había congregado una pequeña multitud de pasajeros. Dejaron subir primero a la chica serena, para que eligiese sitio; cuando entró en el autobús, su bebé hizo en sueños pequeños movimientos de succión con los labios, como si lanzase besos a su cariñosa madre.

Una mujer, con una bolsa de papel que contenía medicinas compradas en la farmacia, habló con el conductor.

—Llegas tarde, George —le dijo. A ella le daba igual (no tenía prisa), y el conductor no le dio ninguna explicación, pero en silencio recogió las monedas que ella le daba.

El hombre gordo se embutió en su asiento preferido detrás del conductor. El joven ceñudo fue el último en subir; pagó a George con un billete.

El conductor miró al joven a la cara, y sonrió, con un gesto desagradable.

—Bueno, bueno, bueno —dijo—. ¿Conque aquí estás otra vez con nosotros, después de tanto tiempo? ¿Qué ha pasado con tu moto, Sostis?

Desde la base del cuello hasta la raíz del pelo, el joven se ruborizó.

—¿Sabes? —dijo el conductor, todavía sonriente—. Ayer mismo vi una moto igual que esa bestia tuya. Pero no podía ser la tuya. Estaba en una cuneta.

La mandíbula del joven se tensó; extendió la mano para recoger el cambio, pero el conductor agarraba las numerosas monedas bien prietas en el puño.

—¿Así que dónde está tu moto hoy, Sostis? ¿En la tienda?

¿Se quedó sin gasolina? Toma. —Vertió las monedas en las manos del joven—. Que te sirva de lección.

El joven buscó un asiento vacío.

—No se les puede decir nada —dijo el conductor. Soltó el freno, y el autobús se puso en marcha—. Ellos siempre tienen la razón.

En el pecho de su madre, el bebé exhaló un suave suspiro.

El autobús entró en la plaza del pueblo. La esposa del tendero dejó de recolocar los mangos de escoba de color pastel que estaban apoyados contra la ventana de la tienda; se fijó en los pasajeros que bajaban, como si esperase a alguien conocido. En el hotel habían barrido las hojas caídas del invierno, y había una escalera de mano de aluminio apoyada contra el muro, donde se secaba la pintura reciente sobre el estuco de color azul claro. En el patio, un viejo con gorra azul de marinero descansaba en una silla solitaria manchada de pintura; tenía en la mano un ramillete de margaritas de pétalos blancos con una sola rosa fragante en el centro. Mientras bajaban los pasajeros, el viejo atravesó la plaza renqueante hacia el autobús.

El hombre gordo le dio una palmada al conductor en el hombro.

—George —le dijo—, no sé si podrá orientarme. Estoy buscando a un cabrero llamado Lukas. Supongo que lo conocerá.

George resopló, como si quisiera ahuyentarse con un soplido un insecto de la nariz, y se frotó los ojos rojos con un nudillo.

—¡Ahí, sí! —dijo—. Conozco a Lukas. ¿Y qué diablos quiere de él?

—Quiero encontrarlo —dijo el hombre gordo, de forma evasiva.

—¡Si ese tío está chalado! —George se tocó la sien con el dedo índice—. ¿No se lo han dicho?

—No —dijo el hombre gordo—. Nadie me lo ha dicho.

El último de los pasajeros desapareció; sólo quedaba el hombre gordo.

El viejo apoyó una mano en la jamba de la puerta, y un pie en el escalón del autobús; luego esperó, jadeante, a reunir el ímpetu necesario para subir a bordo.

El conductor pisó el acelerador y subió las revoluciones del motor, para reprender al viejo.

—Venga, Nikolas, por el amor de Dios —dijo—. Ya vamos con bastante retraso, como para encima tener que esperarlo a usted.

El hombre gordo se levantó de su asiento y cogió al viejo por el codo para ayudarlo. Bajo el fino paño de su chaqueta, la piel pendía suelta en los extremos de los huesos.

—Permítame, señor —dijo el hombre gordo.

El viejo le sonrió. Los cráteres de sus mejillas se hundieron en las encías desdentadas; los vestigios de pelo eran como telarañas desflecadas. El hombre gordo le ayudó a sentarse en el asiento situado justo enfrente a él, al otro lado del pasillo.

—Va al cementerio, ¿verdad Nikolas? —preguntó el conductor.

—Sí —dijo el viejo—, al cementerio, si es tan amable. Anticipándose al corto



viaje, sonrió como un niño ante la promesa de un capricho.

George condujo el autobús por el estrecho carril que se abría en el extremo de la plaza. Elevaba la voz casi hasta el grito, para compensar el ruido del viejo motor diésel, y para hablar de espaldas con los pasajeros.

—No sé por qué no se queda allí —dijo a gritos—. Así nos ahorraría el tener que llevarle, cuando llegue el momento. —Mientras la sonrisa se disipaba de la cara del viejo, el conductor se reía.

El hombre gordo apoyó la palma de la mano en el antebrazo del viejo, y se inclinó para hablarle al oído.

—No le haga caso, amigo —dijo—. Aún le quedan unos cuantos años. —Se llevó un dedo cómplice al flanco de la nariz, y guiñó el ojo—. Sus flores son preciosas —añadió, en voz alta—. Su mujer es una señora afortunada.

Pero el viejo negó con la cabeza.

—Yo nunca me casé, señor —dijo—. Nunca tuve esa suerte. Se las llevo a un buen amigo mío que falleció recientemente.

—No tan recientemente —dijo George, poniéndolo en entredicho—. Hace un año, por lo menos.

—El tiempo pasa rápido —dijo el hombre gordo—. A medida que envejezco, los años vuelan. Y me estaba contando, conductor, cómo podía encontrar a ese tal Lukas.

—Espero que lleve buen calzado para caminar —dijo George.

—Llevo mis fieles sandalias aladas —replicó el hombre gordo, y extendió el pie derecho. La zapatilla de tenis estaba recién blanqueada; los cordones estaban nuevos e impolutos. El viejo miró la zapatilla y sonrió—. Pues si me dijera dónde puedo encontrarlo, se lo agradecería.

—Tiene una casa, una cabaña, o una granja pequeña, Dios sabe cómo se llama eso, allá en Profeta Elías —dijo George—. No puedo llevarlo hasta allí. No hay buena carretera para este autobús tan viejo. Podría llevarlo hasta Santa Ana. Tardará media hora en llegar andando desde allí. O quizá menos. Pero no lo encontrará en casa a esta hora. Estará fuera con el rebaño.

—Volverá a casa a comer, supongo —dijo el hombre gordo—. Y cuando llegue al lugar, ya no tendré que esperar mucho.

En el punto donde la carretera iniciaba su descenso hacia la bahía de San Sabas, George tomó el otro ramal, hacia las montañas, serpenteando bajo las ramas extensas de una hilera de granados, pasando por las casas a medio construir de las afueras del pueblo.

A las puertas del cementerio, el hombre gordo cogió del brazo al viejo y le ayudó a bajar. El viejo le dio la mano y la estrechó fuerte.

—Que Dios le bendiga, señor —dijo—. Que Dios le bendiga como a un santo.

El hombre gordo le dio las gracias con la mano.

—No hay de qué —dijo—. Es lo que hubiera hecho cualquiera.

George pisó el acelerador, y revolucionó el motor.

Mientras el autobús serpenteaba lentamente por la montaña, el cementerio apareció de nuevo a la vista. El hombre gordo observó a Nikolas, allí abajo, abriéndose camino entre los panteones de mármol hasta llegar al de su amigo, donde se quitó la gorra, se arrodilló y agachó la cabeza, dejando su ramillete mustio en la piedra blanca y fría.

A dos kilómetros del pueblo había una antigua capilla con vistas al mar. Su tejado era circular, con tejas de terracota verdes por los líquenes; encima de la puerta baja había una campana, cuya cuerda enroscada pendía de un gancho de carnicero encajado en la pared.

—Santa Ana —dijo el conductor—. Siga por esa carretera un rato, hasta llegar al camino de herradura que verá a la derecha. Por ese camino llegará a Profeta Elías. Después verá la casa de su cabrero, que es la primera que se encontrará. ¡La única que se encontrará! No tiene pérdida, ni siquiera para un forastero.

—Muchas gracias, George —dijo el hombre gordo—. ¿Cuánto le debo?  
El conductor reflexionó.

—Trescientos para ser justos —dijo—. Pero deme tres.

El hombre gordo dejó un billete de mil dracmas en el salpicadero.

—Quédese el cambio —dijo.

A medida que se acallaba el estruendo del motor, el hombre gordo escuchó los sonidos de las montañas nunca silenciosas. El viento agitaba los pinos rumorosos; un arrendajo chillón elevó el vuelo, batiendo las alas que resonaban en las laderas rocosas cortadas a pico sobre el mar.

Llegó enseguida al camino de herradura; su paso era largo y, para ser un hombre tan corpulento, avanzaba sumamente rápido. El sendero, lo bastante ancho para un burro cargado, era de losas cuadradas de tamaños regulares, que dibujaban un esquema de exacta geometría. Era una obra maestra de la artesanía y el arte, un testimonio de la paciencia y el tiempo de otra era, una era que empezaba a escabullirse por el horizonte. Era una muestra del corazón de Grecia, de la Grecia inmutable, de la Grecia eterna: las montañas ante un cielo despejado, un destello del mar color zafiro, el aroma de las hierbas transportado por el viento. Y quietud; salvo por el susurro de las hierbas removidas por el viento, la quietud era profunda; sin embargo, el hombre gordo empezó a escuchar un sonido que casi no se oía, una música moribunda, como si acabasen de sonar allí mismo las antiguas zampoñas.

El sendero de herradura lo llevó por los montes interiores hacia el monasterio de Profeta Elías, cuyos muros blancos habían encerrado comunidades de monjes durante siglos. El hombre gordo, como era curioso, abrió la verja de hierro forjado que conducía a los recintos de la capilla. En la esquina del patio, las abejas revoloteaban sobre los romeros de flores azul pastel. Delante del largo refectorio había un vaso atado a una cuerda sobre la tapa de un pozo, y el hombre gordo, después de abrir el

pozo, tiró de la cuerda y bebió un vaso de agua fresca y cristalina. Se adentró en la fría capilla lúgubre donde las serias imágenes del Profeta Elías contemplaban el suelo desde las paredes oscurecidas por el humo. El aire era empalagoso por el incienso viejo; en lo alto pendía la parafernalia de la Ortodoxia: candelabros e incensarios de latón ornamentados.

El hombre viejo cogió una vela de una hornacina, pero no metió dinero en la alcancía. Tras encender la vela con el mechero, la sostuvo en alto en la oscuridad, iluminando el muro situado sobre la puerta con arco. Allí, un fresco medieval abarcaba todo el muro, con sus colores simples y brillantes todavía intactos. Representaba a los condenados arrojados al infierno; en la parte superior estaba Cristo, rodeado por sus santos. Ninguno sonreía; ninguno intervenía mientras miraban por encima del hombro a un grupo de mortales (todos desnudos, todos estigmatizados con algún vicio —lujuria, gula, soberbia, avaricia—) empujados por un ángel ceñudo hacia la boca jadeante de un monstruo temible con forma de pez. El monstruo-pez nadaba en un lago de fuego rojo y amarillo; diablos rojos con horquillas e instrumentos de tortura (cuyos usos eran impensables) martirizaban y empujaban a la multitud hacia el infierno. Sobre toda esta escena, Cristo, como la realeza que se topa con un mal olor, parecía no percatarse de nada.

El hombre gordo bajó la vela para examinar el suelo, un mosaico de guijarros negros con incrustaciones blancas, dispuesto de tal manera que representaba a criaturas de las profundidades marinas: un pez abotargado expulsando agua por la boca de gruesos labios, un pulpo, un delfín saltando. El hombre gordo sonrió. Los griegos que construyeron esta capilla eran cristianos conversos poco entusiastas con la nueva religión y el fuego del infierno; habían tenido la inteligencia de cubrirse solapadamente las espaldas. En el suelo estaba su contemporización con los Antiguos; aquellas imágenes de las criaturas oceánicas eran tributos a Poseidón.

No muy lejos del Profeta Elías encontró la cabaña de piedra donde Lukas había construido su hogar. Era un lugar solitario; desde la única ventana se veían las montañas desiertas, y un cielo amplio, infinito. Un cabrito, todavía con su suave manto de cría, estaba cercado dentro de un redil de alambra; levantaba del suelo una pata delantera vendada, y balaba al hombre gordo mientras éste se frotaba la frente rolliza con un nudillo.

Hacia el mar, un águila solitaria volaba en lentos círculos. Junto a la puerta cerrada había una silla de madera, pintada de azul, entrelazada de flores y mariquitas pintadas. El hombre gordo se sentó sobre las flores y, mientras esperaba, contempló las vistas.

Desde abajo llegó un silbido agudo y un grito. El hombre gordo se había quedado dormido; las manecillas de su reloj habían avanzado media hora. Un perro patilargo corría entre los matorrales de la ladera, ocultando su rugoso manto entre los arbustos

espinosos. Le seguía un hombre. Sus andares eran irregulares; no era exactamente por una discapacidad, sino por una simple cojera. Al ver al hombre gordo, el perro se quedó quieto y, después de olfatear el aire, empezó a ladrar. El hombre plantó el bastón firmemente en el suelo y alzó la vista para observar al hombre gordo. El hombre gordo levantó la mano para saludar, pero el hombre, que no respondió, mandó callar al perro y siguió subiendo por la ladera. Tenía rizos apelmazados hasta la altura de los hombros; su uniforme de soldado estaba raído y rasgado, y sus botas militares estaban cubiertas de una densa capa de polvo. Se acercó al hombre gordo; olía a almizcle de cabra y sudor acre (pero mezclado con este hedor, el hombre gordo captó el leve aroma del heno de la pradera, y la dulzura de la leche fresca). Tenía un parche negro en un ojo; el otro ojo era de color azul claro y brillante. Con ese ojo examinaba al hombre gordo.

—¿Qué desea? —preguntó.

El hombre gordo le extendió la mano.

—Soy Hermes Diaktoros, de Atenas —dijo.

—Ya sé quién es, ahora que lo veo de cerca. —Se dio la vuelta, rechazando la mano del hombre gordo, y silbó al perro; éste se acercó y se sentó jadeante a sus pies.

El hombre gordo bajó la mano.

—En los sitios pequeños, las noticias vuelan —dijo—. Usted ya me conoce; y yo lo conozco a usted también, Lukas.

Pero Lukas no respondió. Acarició al perro en la cabeza y le rascó detrás de la oreja.

—Me pregunto si sería tan amable de darme un vaso de agua —dijo el hombre gordo, invocando la obligación de la hospitalidad. Una petición de agua no podía rechazarse nunca.

Lukas sacó del bolsillo una llave pesada y la introdujo en la cerradura de la puerta de madera. Entró y cerró la puerta; al cabo de unos instantes reapareció con un vaso de agua que le entregó al hombre gordo. El hombre gordo se la bebió. Lukas recogió el vaso vacío.

—Y ahora váyase —dijo.

El hombre gordo cruzó los brazos.

—Antes de que me vaya —dijo— tenemos que hablar. Sobre Irini Asimakopoulos.

—No tengo tiempo para hablar —dijo Lukas—. Tengo cosas que hacer. Tengo que dar de comer a los animales. —Se acercó al redil de alambrada, donde balaba el cabrito.

—No le robaré mucho tiempo —dijo el hombre gordo—. Sólo una o dos preguntas.

Lukas se tocó la entrepierna y se la rascó. El perro se sentó sobre la cadera y levantó una pata trasera para mordisquearse un picor del escroto.

—Disculpe que se lo diga alto y claro —dijo Lukas—. Todo el mundo sabe que

hablo alto y claro. No hablo con policías. Jamás. No confío en ellos. —Llamó al cabrito, cuyo balido era más triste y desesperado—. Ya voy, cielo —dijo, y el cabrito parecía entender, porque el balido cesó. Luego se dirigió de nuevo al hombre gordo, y añadió—: sin ánimo de ofender.

—¡No me ofende en absoluto! —dijo el hombre, en tono animoso—. Usted y yo tenemos mucho en común, Lukas. Yo tampoco confío en los policías. Por eso estoy aquí.

—En el pueblo dicen que usted es un policía importante. Y eso le molesta a Zafiridis.

—Puede que moleste a Zafiridis si tengo ocasión —respondió el hombre gordo—. Pero yo soy un investigador, no un policía. He venido a averiguar cómo murió Irini. Creo que sabrá que la policía ha cerrado el caso. —Se dio una palmada en el muslo—. Casi me olvidaba. Le he traído una cosa. —Se agachó y abrió la cremallera de la bolsa para sacar una hogaza de pan recién hecho, y se la dio a Lukas—. Por si no ha ido a la panadería hoy —dijo.

En silencio, Lukas miró al hombre. Cogió la hogaza y entró en la casa. Al volver traía un biberón lleno de leche, y se lo dio al hombre gordo.

—Si le da de comer a Angelina, veré qué se puede comer con ese pan —dijo.

El hombre gordo sonrió.

Comieron feta y aceitunas con el pan. El hombre gordo era paciente, y comía sin hablar; cuando la hogaza casi había desaparecido, Lukas escupió un hueso de aceituna, y dijo:

—¿Y qué tiene usted que ver con Irini?

—Quiero saber cómo murió —respondió el hombre gordo—. Quiero saber por qué murió.

Lukas se encogió de hombros, como si estuviese todo claro.

—La gente dice que fue un accidente. Otros dicen que se suicidó.

—¿Usted lo cree, Lukas? ¿Usted cree que se suicidó?

Lukas no respondió.

El hombre gordo contempló el paisaje desierto.

—Viviendo aquí —dijo—, apuesto que uno se entera hasta de los menores detalles. De las cosas que nadie ve.

—Tengo buena vista —dijo Lukas—. Nunca he necesitado gafas. No como mi tía, que tiene mala vista. Tiene que operarse, pero no quiere. —Arrancó otro trozo de pan y cortó otro poco de feta.

—¿Veía alguna vez a Irini?

Lukas mordió el pan.

—La veía a veces, últimamente —dijo—. Había arreglado un huerto en lo alto del pueblo. Yo paso por ahí cuando voy a ver a mi tía. Si la encontraba allí, charlaba un

rato con ella. Le daba algunos consejos sobre los cultivos. La mierda de cabra —le decía— es buena para los tomates. Pero a ella no le interesaban mucho las hortalizas. Quería cultivar flores. No veo de qué sirve cultivar flores. No se comen, ¿verdad?

—Veo cierta lógica en su horticultura —dijo el hombre gordo—, pero no mucha locura. ¿Por qué lo llaman «loco»?

—Es evidente. —El perro se quedó quieto a los pies de Lukas. Él se agachó y le acarició suavemente la cabeza—. Porque soy distinto. No entienden que alguien quiera ser diferente, por eso dicen que estoy loco. Deberían llamarme «Lukas el Diferente». Pero eso no sería lo mismo, ¿verdad? No pondría de relieve su prejuicio, ¿verdad? Y a la gente no le gusta enfrentarse a sus propios defectos. Y la gente no puede entender por qué vivo aquí arriba, tan lejos de los demás. Y la razón es muy sencilla: sus ruidos y sus riñas y su tráfico y las malditas campanas de sus iglesias me vuelven loco. Aquí arriba se puede pensar. Los animales que crío me hacen compañía. Los animales son más amables que la gente, en general.

—La mayoría de la gente busca la compañía en el matrimonio —dijo el hombre gordo.

—Eso es otra cosa en mi contra, para ellos. Nunca me casé.

El hombre gordo se sacudió una miga del pecho.

—¿Por qué no se casó? —preguntó.

—¿Usted está casado? —preguntó Lukas.

—No.

—¿Entonces por qué me lo pregunta? Supongo que ya conocerá algún buen motivo para no casarse. Pero le diré cuál fue el mío. Los hombres y las mujeres no se mezclan. No piensan igual, no les gustan las mismas cosas. Las mujeres quieren casas y niños. Los hombres quieren comida y sexo. Aquí todos se casan por el sexo. ¿Y eso cuánto dura? ¿Seis meses? ¿Un año? En cuanto la mujer se queda embarazada, ya no necesita al hombre. Eso es todo. Se acabó. Pero permanecen juntos durante los cincuenta años siguientes. Los hombres y las mujeres deberían vivir separados. Y juntarse para follar los fines de semana.

—¿Y el amor, Lukas? —preguntó el hombre gordo, en voz baja—. No hay mucho amor en su mundo ideal.

—¿Sabe lo que creo? —Lukas se reclinó en la silla, y juntó las manos detrás de la cabeza—. El amor es la peor aflicción que conoce el hombre. La mayor maldición de la vida. Yo me enamoré una vez. —Por un instante se quedó en silencio, y apartó la cara del hombre gordo—. Y ahora está casada con otro.

—Lo siento.

Lukas miró al hombre gordo con una sonrisa burlona, pero los músculos de su cara estaban tensos, y la sonrisa no encajaba con la tristeza que emanaba de los ojos del cabrero.

—No hace falta que lo sienta, amigo —dijo—. Creo que al final tuve suerte. La vida es fácil; me gano la vida como puedo. En la temporada turística hay abundancia

para todos. Si alguna vez volviese a sentir que me enamoro otra vez, cogería el primer barco que saliese de aquí.

—No puedo discrepar de lo que dice, Lukas; tal medida sería sensata —dijo el hombre gordo—. Pero los demás no son tan prudentes. He visto a su primo Andreas. La pérdida de Irini casi le ha costado el deseo de vivir. Ha sido un golpe muy duro para él. —Negó con la cabeza—. Muy duro.

—Estuve en el funeral —dijo Lukas—. Lo vi allí.

—Irini ha muerto, pobre chica, y la vida de su primo está destrozada —dijo el hombre gordo—. ¿No le parece que hay que encontrar y castigar a quien sea responsable?

—Por supuesto —dijo Lukas, con vehemencia—. Hay que ser tonto para no querer eso.

—Entonces tiene que ayudarme.

Lukas se dio palmadas en las rodillas.

—No puedo decírselo, maldita sea —protestó—. Me juego algo más que la vida si se lo digo.

—Pero usted sabe algo.

—Vi algo —dijo Lukas, vacilante.

—¿Qué vio?

En el puño de la camisa había una tira de algodón que sobresalía del tejido deshilachado. Retorció la hebra, hacia delante y hacia atrás, entre el pulgar y el índice.

—No quiero decir que viera nada en aquel momento —dijo—. No sabía que había muerto.

El hombre gordo apoyó la mano en el antebrazo de Lukas, y se lo presionó ligeramente.

—Lukas, tiene que contarme lo que vio.

Lukas miró fijamente a la cara del hombre gordo.

—Si confío en usted —dijo—, si se lo cuento, tiene que jurarme que nunca se lo dirá a nadie. No puede mencionar nunca mi nombre. Pues si no, se asegurarán de que no lo cuente otra vez.

—Le doy mi palabra. Y ahora cuéntemelo. ¿Qué vio?

—El día posterior a su desaparición vi el coche de la policía, el Suzuki.

—¿Buscando a Irini?

—Sería lo lógico. Pero era muy temprano, apenas había luz. Yo estaba muy lejos. Tenía unos animales cercados allí arriba, para ordeñarlos, y fui a abrevarlos. Vi que una persona entraba en el coche de la policía. No iba uniformado, pero lo reconocí de todos modos. Era Harris Chadiarakis.

—Ah, sí. —El hombre gordo se acordó del hombre: el sargento de aire bovino—. ¿Y qué hacía el señor Chadiarakis?

—Nada. Sólo entró, dio la vuelta al coche, y se alejó. Lo vi tan claramente como

lo veo a usted ahora, aparcado al borde del precipicio donde supuestamente ella se había caído. *Pero eso fue dos días antes de que la encontrasen.* Cuando descubrí dónde la habían encontrado me asusté. Pensé: se suponía que la policía la andaba buscando, pero me pareció que sabían dónde estaba desde el principio. Así que mantuve la boca bien cerrada. Sólo se lo conté a Nikos. Él me dijo que olvidase lo que había visto. Y si usted lo cuenta, soy hombre muerto. Pero veo la tristeza de mi pobre primo ahora, y si esos cabrones...

—Lukas —interrumpió el hombre gordo—, escúcheme. Utilizaré lo que me ha contado, pero nadie sabrá nunca dónde obtuve esta información. Es una promesa. —Miró la hora—. Tengo que irme. Me queda mucho trecho hasta el pueblo. Pero le dejo esto para usted. Un pequeño agradecimiento por la información recibida. —De un bolsillo interior de la chaqueta el hombre gordo sacó una botella de un licor dorado, sin etiquetas. Se la entregó a Lukas—. Tiene buen corazón, amigo —dijo—, y se lo agradezco mucho. Es una especialidad poco conocida, del Norte.

Después de coger la botella, Lukas desenroscó el tapón y olió el licor.

—Huele a miel caliente —dijo.

Hizo el ademán de llevarse la botella a los labios, pero con el dedo índice el hombre gordo le interrumpió.

—No es para todos los días —le dijo—. Debe tratar con respeto este licor. En mi tierra lo usan como antídoto contra el amor. Así que, si alguna vez conoce a una mujer que empiece a conquistarle el corazón, beba un buen trago, y así dejará el corazón donde corresponde: ¡dentro de usted!

Los dos se rieron, y Lukas le dio una palmada en el hombro al hombre gordo. El hombre gordo recogió su bolsa, y se agachó para acariciar al perro debajo de la barbilla.

En el primer recodo del camino volvió la vista atrás y habría dicho adiós con la mano, pero en la ladera solitaria ya no había ni rastro del hombre ni del perro.

El hombre gordo regresó a la carretera a paso ligero y se encaminó hacia el pueblo. Al acercarse al giro hacia la bahía de San Sabas echó un vistazo al reloj de muñeca dorado, y decidió que quedaba luz suficiente al atardecer para hacer otra visita.

En el frente marítimo soplaba una brisa fría. La terraza del Nikos estaba desierta, pero la puerta de la cocina estaba abierta, y en el interior sonaba una radio que emitía una música primitiva de las islas: violines chirriantes, el canto nasal de una mujer. El hombre gordo se plantó en la puerta y llamó. Inmediatamente la radio quedó en silencio.

—¡Nikos!

Oyó el tintineo del cristal de una botella entre los licores y el whisky. Luego oyó un leve eructo y una blasfemia.



El hombre gordo volvió a llamar.

—¡Nikos! ¡Soy yo, Diaktoros! ¿Está ahí?

—Estoy aquí. —Nikos apareció en la entrada; su sonrisa era poco convincente, y las bolsas de los ojos indicaban que había sufrido insomnio.

El hombre gordo frunció el ceño.

—Disculpe mi franqueza —dijo—, pero no tiene muy buen aspecto, amigo.

Nikos se llevó la mano al vientre.

—A veces me duele un poco —reconoció—. Va y viene, pero últimamente viene mucho rato y apenas se va. —Puso una mueca de dolor y palideció.

El hombre gordo lo cogió del brazo, y lo guió hacia las sillas de la terraza.

—Siéntese —dijo el hombre gordo—. Descanse. Si me lo permite, me tomaré la libertad de prepararle una infusión.

Nikos negó con la cabeza.

—No quiero infusión —dijo—. No quiero nada. Pero coja lo que quiera del estante: whisky, Metaxa, lo que le apetezca. Luego venga a sentarse conmigo; me distraerá de lo que me reconcome las tripas. Le interesará alguna noticia que me ha dado nuestro buen amigo Zafiridis.

Cerró los ojos, y esperó a que se le pasase el dolor. El hombre gordo dejó la bolsa en el suelo, y volvió la espalda a Nikos para esconder la bolsa de la vista; abrió la cremallera de un bolsillo lateral y sacó una ampolla de cristal azul con tapón de corcho y la escondió en la mano. Dentro del desorden de la cocina, se sirvió una dosis generosa de whisky, y luego llenó un segundo vaso con agua del grifo. Descorchó la ampolla y vertió tres gotas en el vaso de agua, donde se disiparon lentamente como humo, tiñendo el agua de un leve tono rosa.

—Le he traído un poco de agua —dijo el hombre gordo, sentándose en la mesa—, porque no me gusta beber solo. *Ymmas*. —Levantó el vaso hacia Nikos, que, por pura costumbre, brindó con el suyo. El hombre gordo bebió un sorbo de whisky; Nikos bebió un trago grande de agua, y el hombre gordo sonrió.

—He ido a ver a Lukas —dijo—. Tuvimos una conversación muy interesante. Una conversación muy útil, de hecho.

—Me alegra saberlo —dijo Nikos. Su palidez remitía; apareció un brillo en sus mejillas, como si recobrasen el calor largo tiempo ausente.

—Decía que tenía noticias de Zafiridis —dijo el hombre gordo.

El dolor de estómago de Nikos empezaba a remitir. Se apoyó en el respaldo de la silla, estiró los pies al frente y se cruzó las manos sobre el estómago.

—Ya lo creo que sí —dijo—. Según George, el conductor de autobús, nuestro querido comisario ha tenido un problema con el coche.

El hombre gordo frunció el ceño, recordando el coche de policía en perfecto estado.

—¿Un problema mecánico?

—Es una forma de hablar —dijo Nikos—. Alguien le quitó todas las ruedas.

El hombre gordo se rió, y volvió a levantar el vaso.

—Por el ladrón —dijo. Bebió otro sorbo de whisky, observando de cerca a Nikos, que también bebía—. ¿Sabemos su nombre, o el motivo del delito?

—De hecho, sabemos las dos cosas. Y sabemos también el castigo del delincuente, que no es, me temo, para reírse. Hubo una disputa sobre dinero. Parece que, aficionado como es en su papel oficial a recaudar multas y tasas, el señor Zafiridis dista mucho de ser rápido en el pago de sus propias deudas.

—Tanto más inexcusable —dijo el hombre gordo—, teniendo en cuenta lo mucho que le gusta cobrar dinero que no le corresponde en absoluto. Según mis informaciones, para ser un hombre de su posición, se está haciendo bastante rico.

—No es de extrañar —dijo Nikos—. La policía tiene fama de hacer ese tipo de cosas. Por eso es miserable que no haya pagado el alquiler durante la mayor parte del año. Su casero es George Psaros, un hombre que ha luchado mucho para salir de la pobreza. Era agricultor, a muy pequeña escala, hasta hace unos años. Perdió una pierna a causa de la diabetes. La casa que alquila a Zafiridis es su única fuente de ingresos. La familia ha ayudado al viejo lo mejor que podía. Pero anoche sus dos hijos se tomaron unas copas y se fueron a reclamar la deuda a su manera. Robaron las ruedas del coche de policía, y dejaron una nota indicando el precio por su devolución, la suma exacta que debe Zafiridis al padre por el alquiler impagado.

—Lo apruebo sin reservas —dijo el hombre gordo—. El plan es ingenioso. Pero el humor es a expensas de Zafiridis, y él no es de esas personas capaces de reírse de sí mismas. —Sacó el mechero y el tabaco del bolsillo, encendió un cigarro e inhaló—. ¿Y qué ha pasado?

—Janis, el más joven, ha sido detenido. Lo han encerrado en el calabozo de la comisaría. A Petros, el mayor, Zafiridis le dijo que volviese a colocar las ruedas donde estaban. Y Petros lo ha hecho; pensaba que había logrado lo que quería, y que Zafiridis, avergonzado, pagaría sus deudas. Pero ahora el comisario amenaza con mandar a Janis Psaros al continente; está acusado de robo, resistencia a la autoridad, asalto, no sé qué más. Lo va a castigar duramente. Y todavía no ha pagado el alquiler.

—Me parece —dijo el hombre gordo— que el hombre de uniforme es más ladrón que su preso. ¿Y por qué encierra sólo a un hermano y al otro no? ¿Es que Janis es más culpable que Petros?

Nikos negó con la cabeza.

—No tiene nada que ver con la culpabilidad. Es por las... inclinaciones de Zafiridis. El pobre Janis cometió un grave error al enfrentarse a él; se puso directamente en manos de Zafiridis. Mientras Janis esté fuera de la circulación, encerrado a salvo en una cárcel del continente, Zafiridis se beneficiará de su ausencia. Por lo que yo sé, puede que lo haya hecho ya.

—¿Beneficiarse de qué?

—El joven Janis tiene una mujer muy atractiva. Creo que el señor Zafiridis de buena gana abusará de su posición para avanzar en la conquista de la señora Psaros,

sobre todo si la señora necesita la influencia de Zafiridis. Y si trasladan a Janis al continente, la mujer necesitará toda la influencia de Zafiridis para sacar a su marido de la cárcel.

La expresión del hombre gordo era pensativa. Dio otra calada al cigarro.

—Nuestro comisario parece muy aficionado a las mujeres del prójimo —dijo Nikos.

—La afición al fruto prohibido es lamentable, pero que un hombre que ocupa una posición de confianza acose a una mujer vulnerable es imperdonable. ¿Y nuestro amigo tiene eso por costumbre?

Nikos reflexionó.

—Hubo otra, al menos —dijo—. La mujer de Manolis Mandrakis. Manolis es pintor de brocha gorda, un poco lento de cabeza, pero buen trabajador. Sorprendió a su mujer con nuestro hombre en la trastienda del almacén de su padre. Poco después vino el divorcio. En aquel momento era un misterio por qué mantuvo una relación con Zafiridis; el atractivo de este hombre está sólo en su cabeza, por lo que veo. Pero durante semanas corrieron rumores de que había sido coaccionada, de que el negocio del padre estaba en juego. Es posible que la familia hiciese circular el rumor para restaurar su honor. O puede que fuera cierto.

El cigarrillo del hombre gordo estaba consumido casi hasta el filtro. Inhaló una vez más, y con desgana lo apagó.

—Le dije a Zafiridis en más de una ocasión —continuó Nikos— que se fijaba demasiado en mi Irini. Le dije que no era apropiado, pero las advertencias de un viejo le traían sin cuidado. —Suspiró—. Ahora no importa; ella ya no corre peligro.

—Ya no corre peligro, es cierto —dijo el hombre gordo—, y estamos uno o dos pasos más cerca de averiguar quién la indujo a acabar así. Convencí a Lukas de que hablase conmigo después de asegurarle que podía confiar absolutamente en mi discreción. Le preocupaba que hubiera represalias por la ayuda que me prestó.

Nikos apretó y estiró los dedos de una mano, relajando los nudillos entumecidos.

—Ha dicho usted «ayuda» —dijo—, y he estado pensando que seguramente le oculté algo que podría ayudarle.

—Pues dígame ahora.

—Pensaba que no tenía relación con Irini. Después de todo, la alondra era de Andreas.

—¿Alondra?

—Andreas tenía una alondra a la que quería mucho. La llamaba Milo. La capturó él mismo, con lima untada en una ramita. Irini siempre decía que Milo sólo cantaba para Andreas, y no para ella. Cuando Milo murió supuse que era un ajuste de cuentas contra él: alguien que no se sentía tratado justamente, algún otro agravio de poca monta. Aquí la gente es así: la menor ofensa se saca de quicio. Pero hace poco me dio por pensar... tengo mucho tiempo para pensar últimamente... si alguien sin conexión directa con ellos sabría que el pájaro era de Andreas y no de Irini.

—¿Qué le hace pensar que podría haber algún agravio? Todos los días mueren pájaros enjaulados.

—Pero no de este modo. El pájaro murió con el cuello roto. Lo hizo una mano humana; la puerta de la jaula estaba entreabierta. En el momento parecía algo cruel, y mezquino, como digo. Pero ahora, al mirarlo retrospectivamente, la acción tiene un trasfondo que parece... siniestro.

La luz de la tarde se apagaba. Delante del hotel, una sola farola proyectaba sombras en la carretera. Por primera vez en muchos días, a Nikos había dejado de dolerle el estómago, y tenía la sensación de que podría conciliar el sueño si se acostaba. Bostezó.

El hombre gordo se levantó.

—Haré lo que pueda por Janis Psaros —dijo—. Y por su esposa. Pero usted debe descansar. Unas cuantas horas de sueño le ayudarán a reponer fuerzas.

El hombre gordo le dio la mano, y Nikos se la estrechó; el hombre gordo la apretaba con firmeza, y tenía la mano templada, a pesar del frío.

—Volveré por aquí dentro de poco —dijo.

—Me encontrará aquí seguro —dijo Nikos—. No me iré lejos. Y me alegraré de verlo, amigo. Parece que su compañía me sienta muy bien.

Aquella noche, por primera vez en varias semanas, Nikos durmió profundamente muchas horas.

En el Hotel Gaviota, la cama del hombre gordo era dura, y fría, y oyó las campanadas de las once, y las doce, antes de quedarse dormido.

A las doce y media, Haroula Psaros —que estaba en la cama despierta, y no pensaba en dormir— oyó un coche que paraba delante de la casa. El motor se mantuvo encendido hasta que Haroula se levantó de la cama, y, después de ponerse una bata, se acercó a la ventana y se asomó; cuando lo hizo, los faros del coche de policía se apagaron, y el motor también.

Contenta por la llegada del coche corrió a saludar a Janis. Pero al abrir la puerta de la casa, sólo se cerró una puerta del vehículo de policía, y sólo una figura oscura traspasó caminando la verja del patio.

—Señora Psaros.

El comisario se quitó la gorra y la colocó debajo del brazo. Su pelo graso brillaba bajo la farola amarilla; el aroma cítrico del *aftershave* era intenso, como si se lo hubiese aplicado muy recientemente. Mientras la miraba de arriba abajo, sonreía.

Ella se apretó la bata, cerrándosela bien por el cuello.

No le sonrió.

—¿Dónde está Janis? —preguntó.

—¿Puedo pasar? —Avanzó un paso hacia ella, y ella, sintiéndolo demasiado cerca, dio un paso atrás—. Lo siento, pero Janis sigue en comisaría. Hay papeleos.

Trámites. Supongo que comprenderá.

—¿Cuándo volverá a casa?

La sonrisa del comisario era cada vez más grande.

—Bueno —dijo—, eso depende en gran parte de usted. En justicia, mañana debería entregarlo a las autoridades del continente. Deberían procesarlo allí. Pero he estado pensando. Soy un hombre razonable; puedo ser muy razonable. Con su ayuda podría evitarse toda esa incomodidad. Así que... ¿puedo pasar?

El instinto de la señora Psaros le pedía escupirle a la cara y cerrar la puerta de golpe; pero Janis seguía encerrado en un frío calabozo, y el *ferry* para el continente zarpaba al día siguiente muy temprano.

Si se llevaban a Janis, ¿quién sabe cuándo volvería?

—Iré a la comisaría con usted —dijo—. Deme un minuto para que me vista.

—No será necesario —dijo él.

Avanzó otro paso hacia ella; traspasó la puerta y, con la punta de la bota lustrosa, la cerró. Apretó con los dedos la mano que agarraba la bata y continuó hacia un mechón de pelo largo y suelto.

A ella le dio asco el tacto del comisario.

—Qué bonita —susurró—. Preciosa. Vamos a sentarnos y ponernos cómodos. Tenemos mucho de que hablar los dos, para que Janis vuelva mañana.

*Cuando vino a buscarme mi hermano Takis, yo estaba fuera, en el patio.*

*Nunca olvidaré lo que pasó aquel día. Estaba con los nervios a flor de piel. A cada momento esperaba problemas, porque en lo más profundo de mi corazón sabía que era imposible salir airoso de aquello. Me habían visto con ella, y la tormenta no tardaría mucho en estallar sobre mi cabeza.*

*Pasaba mucho tiempo pensando, intentando comprender lo que me ocurría, buscando una salida. Al fin entendí el sentido de las canciones de amor vulgares; entendí por qué decían que ardían por dentro. Yo ardía por dentro. Tenía un dolor de huevos que no me dejaba en paz, una erección permanente, sueños húmedos. No se me pasaba con nada. Sólo una cosa podía aliviarlo, y era Irini. Me pasaba todo el tiempo resistiéndome al deseo de ir a buscarla y hacer lo que había que hacer.*

*Pero no podía ir a ningún lado, no podía llevármela a ninguna parte. Los espías acechaban por todas las esquinas. Podría haber ido a su casa mientras su viejo estaba fuera, podría haber entrado en su dormitorio por la ventana, pero me daba miedo. No quería que fuera así. Tenía ese concepto romántico, la retorcida idea del honor, de que no debía ser nada sórdido, barato, con un ojo en el reloj, el otro en la puerta. Soñaba con hacer el amor largo y tendido con total comodidad. Quería una cama amplia y blanda con sábanas blancas. Quería tomarme todo el tiempo del mundo. Dios sabe que había esperado mucho; había esperado tanto que quería saborearlo. Como un buen vino, como una cena exquisita, quería relajarme y degustarla y disfrutar con ella, y luego dormir con ella entre mis brazos.*

*No parecía haber respuesta, ni solución; ninguna solución sin riesgo. Y no estaba seguro —no estaba completamente seguro— de lo que quería que ocurriera después. Quería el mejor de los mundos. Quería quedarme con mi mujer y mi hija, y quería acceso libre a mi amante. Pero no era tan tonto como para creer que sería posible. Conocía bastantes casos de mujeriegos que habían acabado mal al descubrirse el pastel como para saber con seguridad que mi objetivo de no renunciar a nada no estaba en el reino de lo posible. Tendría que tomar una decisión. Tendría que elegir.*

*Y así acabó la triste gracia. La triste gracia es que mis dudas, mi indecisión, mi cobardía, mi miedo a que nos pillasen, mi incapacidad de dar el paso y que fuera lo que Dios quiera, mi necesidad de ser más listo que ellos, hizo que me sorprendiesen antes de que se hubiera cometido el pecado. Tonto de mí, que nunca saboreé la plena dulzura del fruto prohibido. Nunca la poseí. Yo era técnicamente inocente, sólo culpable de un intento muy serio.*

*Había estado pensando en la Tía Sofia. La víspera de que mi hermano viniera a buscarme, soñé con ella. Soñé que ella estaba en una pradera, una pradera cercada. Era primavera, hacía un día estupendo, y la hierba de la pradera era verde, y dulce;*

en el sueño la olía. La Tía Sofia estaba cogiendo flores silvestres; tenía un ramo de tonos morados y azules y rosas, fragante y fabuloso. Parecía feliz, no como en la vida real; en la vida siempre parece desgraciada. Cantaba para sus adentros, y yo quería reunirme allí con ella, coger también flores en aquel prado fresco y tentador. Pero el muro que rodeaba el prado —un muro de piedra— me llegaba a la altura de los hombros, así que tenía que encontrar una verja. Empecé a rodear el muro en busca de una entrada. No paraba de llamar a la Tía Sofia: «Tía, Tía, dime dónde está la verja». Pero ella no me oía, o no me atendía. Sólo seguía cogiendo flores. Seguí rodeando la pradera, pero no pude encontrar la entrada.

No sé por qué, pero era como una pesadilla. Me puso nervioso. Me rondaba la Tía Sofia en la cabeza mientras arrojaba las sobras a nuestras gallinas escuálidas.

La Tía Sofia enviudó joven. No recuerdo al Tío Stamatis; desapareció mucho antes de que yo naciera. Se decía que había desaparecido en alta mar en el Golfo de Vizcaya. Nunca se cuestionó esa historia; nada más mencionar Vizcaya, las lágrimas asomaban a los ojos de los viejos marineros, que se persignaban.

De pronto, una noche de verano, hace unos años, mi padre estaba tomando una copa con el viejo Tío George. Y mientras bebían, charlaban, y yo oí algo que me dio a entender que nuestra fábula familiar sobre el pobre Tío Stamatis que murió ahogado sólo era un mito.

El Tío Abuelo George no era muy bebedor, decía que le daba dolor de cabeza. Pero aquel día de Pascua había estado trabajando en San Vassilis, y uno de los sacerdotes le había regalado un par de botellas del vino que hacen allí. El Tío George había decidido que aquella noche era el momento adecuado para beberías, y mi padre tuvo el honor de compartirlas con ellos. Hacen un vino estupendo allí, añejo, y escaso, sólo un barril o dos al año. Y Padre y el Tío George dieron buena cuenta de él; se quedaron allí sentados varias horas, bebiendo y charlando.

Yo estaba en el patio, comiendo unos higos negros que había traído el Tío George. Ya iban por la mitad de la segunda botella cuando el Tío George soltó un chiste sobre la Tía Sofia. Sofia la Viuda Virgen, la llamó. A lo mejor deberían llevar a Stavros, ese bobo que, según dicen, está tan bien dotado como un toro, para que vaya a darle un repaso. A lo mejor —decía— Stavros conseguía lo que no había logrado el Tío Stamatis. ¿Quién no habría salido por piernas —decía— para huir de una vieja loca y frígida como ella? Entonces mi madre salió corriendo de la cocina y le dijo al viejo idiota que cerrase el pico, pero oí lo suficiente para sacar mis conclusiones.

Me rondó en la mente durante años: la Tía Sofia era el esqueleto escondido en el armario de nuestra familia. Para mí era una mujer melancólica, que venía a sentarse a diario a nuestra casa y no decía casi nada. Era la hermana de mi madre, pero cualquiera que no la conociese la habría confundido con mi abuela. Para mí era como un perro viejo de pelo gris que, aunque ya no trabaja y resulta caro de mantener, nadie tiene las agallas de pegarle un tiro para poner fin a su desdicha. Parecía que eso era lo que necesitaba: que pusieran fin a su desdicha. Era una

incomodidad para todos nosotros, pero mi madre tenía el deber de cuidar de ella. Eso es lo que yo creía. Decían que estaba un poco loca. A veces le daba un «ataque» y se pasaba varios días seguidos llorando en silencio. Aprendimos a ignorarla; vivíamos nuestra vida a su alrededor, esperando el momento en que se fuese a casa. Se habló, sólo en una ocasión, del asilo de Leros. Mi madre rechazó la idea. No quería verse estigmatizada por la desgracia de la locura.

Pero era la ocultación de la desgracia lo que había arruinado a Sofía. Su marido la había abandonado. No pudo mantener a su hombre, que se marchó y la abandonó a su suerte.

Así que mi familia la presentaba, en la flor de la vida, como algo respetable: una viuda. Para los ancianos, al final de sus días, la vida restringida de una viuda no es una penuria. Para los jóvenes, para la chica sin hijos que era Sofía, era una vida cruel. Siempre vestida de negro, apartada de la vida social, encerrada sola gran parte del tiempo en aquella vieja casa en lo alto del pueblo; todo por respeto a un hombre que no lo merecía y que ella sabía, toda la familia sabía, que ni siquiera había muerto. Durante más de treinta años interpretó su papel, y vivió con el conocimiento de que él podría, algún día, volver a la isla y exponerla al ridículo y la deshonra. Velaban por el honor de la familia cuando podrían haber exigido la devolución de la dote y la anulación del matrimonio por falta de consumación. Como era virgen podría haber encontrado a otro hombre dispuesto a quedarse con ella y tener hijos, una hija que la cuidase, y nietos para la vejez, el placer de las bodas y bautizos. Todo eso se lo negaron.

Así que tal vez fue un sexto sentido lo que me hizo soñar con la Tía Sofía, porque ésa es la noticia que me trajo mi hermano aquella mañana: el escándalo, y mi propia desgracia.

Me miró durante un rato con esa mirada superior e insolente, que siempre me daba ganas de pegarle un puñetazo. Se considera por encima de esas labores domésticas tan bajas como dar de comer a las gallinas. Don Espíritu Libre, el Inconstante. Le van a poner coto, y, por lo que sé, será más pronto que tarde; mi madre le ha echado el ojo a alguien para él, y él todavía no lo sabe siquiera. Encendió un cigarro, pero recuerdo que no me ofreció ninguno. No hablé con él, y pensé que se marcharía.

Se acabó el cigarro, tiró la colilla al suelo y la pisó.

—¿En qué andas últimamente? —preguntó. Tenía una mirada maliciosa, pero era algo habitual en él.

Al principio no entendí a qué se refería. Pensé que sólo era una pregunta rutinaria, así que respondí:

—No hago gran cosa.

—Si tirarse a la mujer de Andreas el Pescador no es gran cosa...

Me llegó como un bofetón en la boca, un ataque inesperado. Su crudeza no era de extrañar, pero me irritó. Es de esa clase de personas, pero su falta de respeto



hacia Irini me enfureció. La reducía en una frase a la altura de un polvo rápido, cuando para mí era... lo era todo.

Pero la cosa no acabó ahí. Habían relacionado nuestros nombres, y la tormenta estaba a punto de estallar. Tenía que saber qué pruebas tenían contra mí, pero era demasiado listo para preguntarlo. Necesitaba saber quién había abierto el pico. Quería saber quién sabía, o creía saber. Era inútil aducir que no me había acostado con ella. Era culpable, como mínimo, de mantener una relación seria con otra mujer. Quería saber exactamente hasta dónde me cubría la mierda. Quería saber si su marido lo sabía, y si iba a venir a buscarme.

Sabía que mi cara debía de decirlo todo —sentí que la sangre se me escurría de las venas, como agua que gotea de un cubo—, así que me esforcé en recomponerme, bajando la cabeza, fingiendo buscar huevos en el apestoso corral.

Y mientras tenía la cabeza gacha decidí que mi reacción sería una no reacción.

—¿Entonces es verdad? —preguntó.

—¿Si es verdad qué? —Me volví para mirarle a los ojos.

—Lo tuyo con la mujer de Andreas el Pescador.

—¿De dónde has sacado esa gilipollez? —le pregunté entre risas—. Y ahora vete al carajo, antes de que te oiga Elpida.

—Padre está esperando para hablar contigo. —Sonrió, encantado de ser el transmisor de la mala noticia. Podría estar mintiendo, así que no hice caso.

—En casa —dijo—. Ahora.

Le empujé con el hombro, indiferente, al entrar en la casa. Le dije a Elpida que tenía que ocuparme de un asunto y que salía un rato. Por supuesto, quiso saber de qué asunto se trataba, así que eludí la pregunta. Takis me siguió hasta la camioneta y subió al asiento del copiloto. Encendí el cigarro antes de entrar, porque no quería que viera que me temblaban las manos.

Mientras nos dirigíamos hacia la casa de mi madre, no hablamos. No me adelantó nada, y era la última persona a la que le hubiera preguntado.

Me esperaban. Mi padre estaba allí, por supuesto, y el Tío Janis, y Pappa Philippos el sacerdote y, para mi sorpresa, el Tío Louis. Mi padre, el Tío Janis y el Tío Louis estaban sentados a la mesa, con semblante serio y fumando. Tenían delante varias tazas de café vacías. La de Pappa Philippos estaba llena, pero tenía un vaso de whisky medio lleno al lado, y la botella estaba en el centro de la mesa. Mientras Takis y yo entrábamos, bebió un sorbo largo de whisky. La Tía Sofia estaba sentada en su lugar habitual, en el rincón, detrás de la puerta. Mi madre estaba en la cocina; no pude verla, pero en medio del incómodo silencio oía el repiqueteo de la vajilla y los cacharros. Y por primera vez, que yo recordase, no vino a recibirme, ni me llamó por mi nombre. Eso me descorazonó. Me indicaba que las cosas se ponían muy mal.

Mi padre miró fijamente a la mesa y me dijo:

—Entra, hijo. Entra y siéntate. —No quería mirarme, pero el Tío Janis sí lo hizo; medio se encogió de hombros en un gesto que decía: «Más vale que hagas lo que te

dice, pero esto no tiene nada que ver conmigo». Sirvió más whisky en el vaso del cura, luego levantó la botella, ofreciéndome un trago. Negué con la cabeza, y me senté cerca de mi padre. Takis se sentó junto a la ventana, sonriendo, esperando a que el grupo desembuchase al fin. Mi padre tosió, y sacudió la ceniza del cigarro. Debía de haber estado pensando bastante por dónde empezar. Mi madre había dejado de mover platos. La cocina estaba en silencio.

»¿Qué ha pasado, hijo? —me preguntó—. Nos han dicho que te has acostado con una mujer. —La elección de las palabras era correcta, y poco natural para él, por respeto, supongo, a Pappa Philippas y las mujeres. Si hubiéramos estado solos, habría hablado de forma más llana.

—¿Quién lo dice? —dije con desdén. Era una respuesta infantil y poco inspirada, pero entonces me estaban tratando como a un niño. Todos me miraban. Sabía que me había sonrojado, en parte por indignación y rabia —¿cómo podían tratarme así?—, pero sobre todo por vergüenza. Que mis supuestos encuentros sexuales se aireasen delante de mi familia (sobre todo delante de mi propia madre) y el cura del pueblo era humillante, como una pesadilla en la que uno corre desnudo mientras los demás van vestidos.

Mi indignación era por la hipocresía de todos aquellos hombres, con la posible excepción (aunque no necesariamente, desde luego) de Pappa Philippas. Todos habían tenido relación con otras mujeres. Mi padre había tenido dos rollos, que yo supiera; el Tío Janis había tenido tantos que había perdido la cuenta. Y el Tío Louis sabía que yo sabía de sus aventuras sexuales; sus relaciones en el campamento militar eran de conocimiento general. ¿Acaso pensaba que yo había olvidado la ocasión en que lo pillaron con los pantalones desabrochados, detrás de la panadería, mientras aquel chico salía corriendo, todavía contando su dinero?

¿Pero cómo podía yo ponerlos en entredicho, recordarles sus fechorías? Mi madre escuchaba a escondidas en la cocina. Y, sin embargo, aquello me desconcertaba. Todos se sabían culpables en varias ocasiones del delito del que se me acusaba. ¿Qué tenía de especial mi caso?

—El Tío Louis vio que la besabas —dijo mi padre.

¡Ah! El camión que apareció detrás por la carretera. Miré al Tío Louis. Juguetecía con el asa de la taza. No era necesario que negase nada.

—¿Y qué? —le pregunté—. Y si fue así, ¿por qué no te lo callaste? ¿Qué te lleva a ir piándolo por ahí? ¿A ti qué cojones te importa?

Parecía apenado, y condescendiente.

—Era mi deber —dijo—. Está en juego el honor de esta familia.

Aquello fue demasiado.

—¿El honor de esta familia? —Los miré uno a uno a todos los sentados ante la mesa.

—¿Y en qué sentido todos ustedes, caballeros, mantienen el honor de esta familia en lo que respecta a ir follando por ahí?

*Mi padre me miró con frialdad. Entonces se oyó una carcajada de Takis junto a la ventana. Mi padre se volvió en la silla.*

*—¡Sal de esta casa! —gritó—. ¡Sal de esta casa hasta que te diga que puedes volver!*

*Takis se levantó de su silla, impasible y sonriente, y salió por la puerta en silencio. Mi padre lo había tratado mal. Ahora iba camino de contar ese jugoso cotilleo a sus amigos.*

*El Tío Louis no había acabado.*

*—Cuando te vi con esa mujer —dijo—, no iba solo. Anna estaba conmigo.*

*No había que decir nada más. Anna, su esposa. La prima de mi mujer.*

*De pronto estaba más asustado que avergonzado o enfadado, temeroso de lo que ocurriría si el rumor llegaba a oídos de Elpida. Me daban miedo las lágrimas y las escenas, las largas noches en vela de mi esposa sollozando a mi lado. Me daba miedo la reprimenda de mi suegro, el malhumorado silencio de mi suegra. Me daban miedo los murmullos al cruzarme con la gente por la calle. Me daba miedo el desprestigio, y el descrédito, y no tener ningún lugar adonde huir.*

*—¿Y ella ha dicho algo? —pregunté.*

*—Todavía no —dijo mi padre.*

*Así que no dudé.*

*—¿Qué queréis que haga? —pregunté.*

*Mi padre lo tenía todo planeado, había sopesado bien sus palabras, tan melodramáticas.*

*—Jura —me dijo— por la vida de tu hija, y por la sangre de Cristo, que no volverás a acercarte a esa mujer, y te protegeremos.*

*Así que lo juré. Era lo más fácil, y un acto de pura cobardía. Pappa Philippas alejó su atención del vaso de whisky el tiempo suficiente para extender la mano y besé el anillo de su dedo para sellar la promesa. En menos de tres minutos me tenían a su merced contra las cuerdas.*

*En las primeras horas del descubrimiento, mis sentimientos por Irini sencillamente se evaporaron. Di gracias por haberme liberado de ellos, y de esa espantosa lujuria. El miedo es un gran antídoto de la lujuria. Creí que la olvidaría fácilmente, y ella a mí. Al fin y al cabo, sólo habíamos jugado a un juego inofensivo. En aquel momento, no quería volver a mirarla nunca a la cara.*

*Pero mientras salía de casa de mi madre, mientras caminaba hasta la camioneta con las piernas como agua, alguien me llamó. Era la Tía Sofia.*

*—¡Theo! ¡Theo, espera! —me llamó. Yo estaba impaciente. No quería hablar con nadie; sólo deseaba que me tragase la tierra.*

*—¿Qué pasa, Tía? —pregunté. Me agarró del brazo y me miró a la cara.*

*—Theo, escucha —dijo—. Tienes que escucharme. Piensa en lo que has hecho, en*

lo que te han obligado a hacer.

*El orgullo me indujo a defenderme.*

*—No he hecho nada que no quisiera hacer —respondí.*

*—Theo, mírame —dijo—. Para mí ya es tarde. Pero puedes aprender de mi error. Hay cosas por las que vale la pena luchar, hijo. Si amas a esa mujer, no dejes que te obliguen a renunciar a ella. Defiéndete. Llévatela de aquí. Vete, Theo. Entra en el ring, hijo, y lucha por ella.*

*La miré. Oí sus palabras, supongo, pero no lo que decía. Y luego le dije algo terrible. Ahí es donde empezó en serio la mentira. Le di una palmada en el hombro y le dije:*

*—No te preocupes, Tía. Esa mujer no significa nada para mí.*

*Entonces pensé que se iba a echar a llorar. Así que la cogí del brazo y le dije:*

*—Vuelve a casa, Tía, antes de que te mueras de frío.*

*Daba igual, a fin de cuentas, lo que hubiéramos decidido, o la protección que me hubieran ofrecido los hombres del mundo alrededor de aquella mesa. El rumor ya estaba en boca de todos. Lo sabía demasiada gente. Takis lo había ido piando, por supuesto, pero la culpa seguramente no era sólo suya. Todos ellos —mi padre, mis tíos, el cura— podían sentir la necesidad de descargar el peso de semejante cotilleo en confidencias —que no se debían contar a nadie— a algún conocido. Y Anna, la mujer de Louis, probablemente difundió el rumor por el lado de su familia, como un acto desinteresado de deber.*

*Empezó la mañana siguiente. Hombres a los que apenas conocía para darles los buenos días se me acercaban por la calle y, como conspiradores, me cogían del brazo y susurraban: «¿Es cierto, amigo, que has estado con la mujer de Andreas el Pescador? ¿Cómo era?».*

*Yo los apartaba y me reía. Les decía a todos lo mismo: me encantaría que fuera cierto, pero no. Si me creían (lo que sin duda era el caso de algunos), se mostraban decepcionados y se alejaban. Si no me creían, me guiñaban el ojo y me daban una palmada en la espalda, me llamaban perro cachondo. Desde su perspectiva, me había sumado a las filas de los hombres de verdad, los folladores que usan a las mujeres como se debía, los mujeriegos serios y desafiantes, los insaciables adúlteros demasiado viriles para conformarse con una sola mujer.*

*Mi vida se convirtió en un infierno. Quería salir corriendo, pero no tenía ningún lugar adonde ir. Cada vez que entraba en casa, o en casa de mi suegra, me moría de miedo de que la noticia hubiera penetrado en la ciudadela, de que el verdadero horror y el problema estuvieran a punto de empezar. Era incapaz de comportarme con naturalidad porque no recordaba cómo era la conducta natural, despreocupada, no culpable. Si Elpida no me sonreía cuando yo entraba, sondeaba y sondeaba hasta averiguar por qué, lo cual la enfadaba y enfurecía. Se volvió suspicaz. Tal como me*

decía, hasta hacía poco yo era totalmente indiferente a si me sonreía o no. Intenté, de manera poco sutil, disuadirla de que saliera: a casa de sus parientes, incluso a la iglesia. Las iglesias eran los lugares más peligrosos. Todas esas lenguas viperinas, reunidas en un mismo lugar. Pero ella iba igual, contra mis deseos, y yo andaba de acá para allá por la casa hasta que regresaba, preguntándome qué probabilidades había de que todas esas mujeres astutas y maliciosas se resistieran a decirle a Elpida lo que sabían. Cualquiera podría habérselo dicho, una o dos por amistad mal entendida, el resto por maldad.

No tenía encendida la televisión; enmascaraba el ruido de la calle, las voces y las pisadas de cualquiera que se acercase a la casa. Quería interceptar a posibles visitantes, ahuyentar a los portadores de malas noticias, matar a los mensajeros. Me instalé en la cocina, planté guardia en la mesa de la cocina. Esto enloquecía a Elpida. La entorpecía mientras ella intentaba seguir con sus tareas domésticas. Pero era el único momento en que lograba relajarme un poco, el único momento en que tenía el control. Podía verla, y podía ver la puerta.

Me pasé varias semanas sin dormir bien, pero la lujuria por Irini y la placentera conspiración de relaciones furtivas que antes me mantenía en vela dieron paso a las pesadillas de crisis y confrontación. Sin embargo, cuando dormía, solía soñar con Irini, pero los sueños ya no eran placenteros. Siempre iba persiguiéndola; sabía donde estaba y me dirigía hacia ella, pero siempre me despertaba antes de encontrarla, y me despertaba con una sensación de vacío. Trabajaba, pero no lograba concentrarme, cometiendo muchos errores estúpidos hasta que mi padre me gritó que o me recuperaba o me iba a casa. Yo no me iba a casa, al menos durante las horas de trabajo. Conducía por las montañas y me escondía allí, sabiendo que si alguien me veía supondrían que había planeado una cita, lo cual sólo empeoraría las cosas. En una ocasión entré en una iglesia, San Lefteris, encendí velas y recé con todo mi corazón por que hubiese una salida fácil a todo el conflicto. ¿Es eso lo que conseguí?

Comía poco, fumaba demasiado, oscilaba entre un buen amor maníaco y un genio de mil demonios y la melancolía.

Elpida enseguida extrajo la única conclusión lógica. Un día entró llorando en casa de su madre, y le dijo que yo había encontrado a otra mujer.

*De un día para otro me pareció que Theo cambiaba de actitud hacia mí. Para el resto del mundo era un día como los demás; para mí supuso las primeras horas de un largo final amargo. Se cruzaba conmigo por la calle sin decir hola, sin sonreírme, sin mirar atrás. Apartaba de mí la cara —¡miraba hacia otra parte!— y se cruzaba conmigo como si no me conociese, como si yo fuese una desconocida. Me estremecí de miedo, y las lágrimas me irritaban los ojos, y estaba enfadada con él; pero le perdoné —no tardé mucho—, ideando maneras de justificar sus malos modos. Me dije que quería ser prudente; todos los ojos y oídos acechaban por todas partes.*

*Y de pronto, una mañana, estaba en la oficina de correos, esperando en la cola, cuando entró él. No tuve que mirar; reconocí su voz cuando llamó al jefe de la oficina. Reconocí su voz, porque me sonrojé y me temblaron los dedos.*

*La cola era larga; la nueva chica que habían contratado era ineficiente, tardaba demasiado con cada cliente, aunque fuera para comprar un solo sello. Theo se impacientaba, y gritó al jefe de la oficina desde el fondo de la cola. Recuerdo su voz; no he vuelto a oír más palabras de su boca desde entonces.*

*—Stellios —gritó—, devuélveme el sobre que se dejó mi esposa esta mañana. Se olvidó de meter el cheque dentro.*

*Y el jefe de la oficina dejó de pesar paquetes, cogió una pila de correo sellado y hojeó los sobres, hasta que encontró el que había traído la mujer de Theo.*

*Se lo mostró a Theo.*

*Y Theo, adelantándose hacia el mostrador, me pisó.*

*Ni siquiera se dio cuenta; de que era yo, no de que me había hecho daño. No me dijo «disculpa» ni «lo siento», que habrían sido buenas maneras, incluso si hubiera sido un desconocido.*

*Y empecé a comprender que quería que fuésemos desconocidos.*

*Él estaba allí fuera, con amigos. Todavía tenía el sobre en la mano; estaba escuchando un chiste, y cuando llegó el final, le oí reír mucho más fuerte que los demás.*

*No me dolió tanto que no me saludase; no me habría sentado tan mal si tan sólo hubiera mirado hacia mí. Pero lo que hizo fue mucho peor: me vio allí, y me dio la espalda.*

Pasaron los días, y su distanciamiento persistía. Ella, al principio, se desesperaba por tener algún contacto, algún signo de que todavía la quería. Pasó más tiempo, y habría agradecido alguna señal de vida; parecía que ella se había vuelto invisible para él, irrelevante. Sin mediar palabra ni explicación alguna, sin una sonrisa por el bien de la amistad o el más sencillo de los adioses, la había abandonado.

No podía renunciar a él así como así. Lo buscaba en todos los lugares donde antes

sabía que lo encontraría, pero no estaba. Hora tras hora, esperaba y miraba por la ventana, pero nunca pasaba. En su angustia se volvió imprudente; pasó por su casa, frotó la camioneta con la mano, se asomó por la ventanilla para ver de nuevo el escenario de la magia. Todo era corriente: sólo era la cabina de una camioneta. Un amuleto de cristal azul contra el mal de ojo pendía del espejo retrovisor; en el suelo había un cartón vacío de leche con sabor a fresa. Del hombre que creyó enamorado de ella no encontró ni rastro.

Al volver a casa a pie, un vehículo ralentizó la marcha detrás de ella. Se le aceleró el pulso, creyendo que era él, pero el coche que paró a su lado era gris, y el hombre al volante era Zafiridis. Las esperanzas de éste eran elevadas; había oído los rumores de la inmoralidad de Irini, y lo que le había dado a uno, sin duda se lo concedería a él también.

—Entra —le dijo—. Te llevo a casa. Tengo que pasar por allí.

Le olía el aliento a menta dulce, pero en las encías sus dientes tenían una gruesa placa de sarro.

—Prefiero ir andando —dijo—. Gracias.

—No es ninguna molestia. Entra.

Recorrió todo su cuerpo con la mirada; examinó las piernas, y se detuvo en los pechos.

—No —respondió ella—. Prefiero ir andando.

Él la vio marchar, disfrutando del movimiento de sus caderas; luego dio la vuelta y se dirigió al lugar de donde venía. Su rechazo fue, para él, bastante comprensible; con su nueva reputación, no podía permitirse que la vieran con ningún hombre. Pero por la expresión de su cara deducía que ella lo deseaba; sólo había pospuesto el momento, nada más. Quería una aventura, y que la trataran con amabilidad; y el momento adecuado para la aventura era la noche, cuando podía ir y venir sin que nadie supiera que habían estado juntos.

*Fue lo más difícil que he tenido que hacer en la vida. Al principio pensé que iba a ser fácil, porque me daba miedo que se descubriese, me daba miedo la deshonra. Yo pensaba ante todo en mi propio interés, intentando creer que todo había sido un juego y que iba a salir indemne. Si ella no creaba problemas, pensé. Si no dificultaba las cosas.*

*Nunca lo hizo.*

*Cambió. Sin querer, le arrebaté algo. Cada vez que me la cruzaba por la calle, veía cómo se le encogía el espíritu, aunque intentaba enderezarse, fingiendo no quererme, porque pensaba que yo no la quería. Y no la quería, al principio. Pensé: lo superará. Tiene que superarlo. Pero veía que no lo superaba, y yo tampoco, en el fondo de mi corazón. En los dos la herida había sido demasiado profunda.*

*Tomé la resolución de distanciarme de ella a toda costa, y el rumor, a falta de*

pruebas que lo alimentasen, lentamente se acalló. Pero luego sucedió algo inesperado: a medida que disminuía mi miedo al qué dirán, empecé a echarla de menos. La añoraba más de lo que puedo decir. Mi vida carecía de todo de lo que carecía antes; pero no tenía ninguna esperanza salvo el camino inacabable de los días siempre iguales, la tediosa actividad del avance anodino de la vida. No había destellos en mis días ni momentos de alegría, ni subidas de ánimo ni elevaciones del alma ante la visión de su sonrisa. Igual que le ocurrió a ella, perdí la capacidad de sonreír. A veces, cuando me cruzaba con ella, apartando la mirada, en la calle, creía sentir los ojos de reproche en mi cara; sabía que si le miraba a los ojos, vería la pregunta: ¿Por qué? Como un perro al que le pegan una patada, empezó a rehuirme, pero, con la mano en el corazón, nunca trataría a un perro mío como la traté a ella.

Quería explicárselo; claro que quería. Quería sentarme con ella, y contarle por qué había tenido que ser así.

Pero me daba miedo hablar con ella; nunca me atrevía. No nos cruzamos nunca ni una palabra más.

¿Qué piensa usted ahora? ¿Se pregunta por qué no fui a buscarla, para estar con ella, en lugar de seguir con la mujer a la que no amaba? ¿Desearía que todavía lo hiciese, y espera contra toda esperanza que habrá un final feliz? ¿Cree que sería mejor para todos nosotros, a largo plazo? ¿Está diciendo: Theo, no sea tonto, no la deje escapar, corra a buscarla, el amor lo conquista todo?

En este caso no, amigo. En este caso, no funciona así en absoluto.

Pensaba en mi deber ante mi esposa y mi hija, y mi familia. ¿Quién se ocuparía de Elpida y Panayitsa, quién las mantendría? ¿Habría sido correcto asignarlas de nuevo a la responsabilidad del padre de Elpida, entregar esa carga a un anciano al final de su edad laboral? ¿Qué había hecho Elpida para merecer la deshonra y el abandono? Siempre había cumplido con su deber hacia mí; a su manera, me había amado.

¿Y adónde iríamos Irini y yo? Quedarse aquí habría sido imposible; en las calles, le habrían escupido en la cara, y la habrían rehuído. A lo mejor podríamos haber ido a Kos, o a Atenas. Podríamos haber ido al extranjero, a Australia, o a América. Pero yo soy de aquí; éste es mi sitio. ¿Cómo podía volverle la espalda a mi familia y mis amigos para siempre? Sabía que esta isla nunca me dejaría marchar libremente; me acosaría y me instigaría a volver, siempre.

¿Y habríamos seguido queriéndonos, Irini y yo, después de establecernos juntos, muy lejos, o habríamos acabado odiándonos? Ésta es la pregunta para la que no existe respuesta. Porque me dio miedo probar.

Elegí el Conformismo sobre el Amor.

¿Me arrepiento?

¿Usted qué cree?



Una mañana, mientras ella iba temprano a la tienda, él estaba solo, sentado en una mesa de café. Olvidándose de sí misma, lo miró fijamente con ojos voraces; él volvió la cara hacia la barra, y pidió la cuenta. Temblorosa, inquieta, siguió con lo suyo. Atendían muy despacio en el ultramarinos, y, al volver, observó que él ya se había ido. Pero la taza que se había bebido seguía en la mesa, y el cenicero de cristal que había al lado contenía la colilla del cigarro que se había fumado.

¿Era capaz de sentarse en su silla? Ansiosa, desesperada por tener algún contacto con él, se sentó, y sintió el éxtasis de saber que tocaba un objeto tan recientemente tocado por él. Quería tocar su taza de café, acercarla a sus labios, intentando deducir por los posos cómo tomaba el café: ¿con leche o solo? ¿Con o sin azúcar? Tales detalles mundanos de su vida eran desconocidos para ella; el dueño del café sabía más de él que ella, pues había dispuesto de esa información para preparar el café.

Y la colilla: había tocado sus labios una docena de veces, y era un objeto que podía atesorar, un preciado fragmento de él. Codiciaba ese trozo de basura apestosa y despreciable como una reliquia de su santo, como un creyente codiciaría una astilla de la Vera Cruz. ¿Pero cómo podía cogerla? A sus espaldas, los viejos ya estaban jugando al *backgammon*; no perderían de vista nada de lo que hiciera.

El serio dueño del café se acercó a la mesa y, después de preguntarle qué quería, recogió la taza de Theo, y se llevó el cenicero, y la reliquia. Los viejos movían los dados y los tiraban en el tablero, mientras, por detrás de la barra, el dueño del café sumergía la taza sucia en el fregadero, y tiraba la colilla a la basura.

Esperó el café con lágrimas en los ojos que no debía derramar. El café, cuando llegó, estaba frío y amargo; se lo tomó por guardar las apariencias, y volvió a casa sola por la misma carretera por donde antes siempre pasaba él.

Para Andreas era muy duro: era duro ver la desdicha de su mujer, y preguntarse cuál era la causa. En casa, ella era como un espectro lloroso y distante. Él no preguntaba por qué; no era necesario, porque en su corazón lo sabía. Temía la respuesta, si preguntaba; no se atrevía a consolarla. Guardaba las distancias, y procuraba no entorpecerla.

Entonces, una mañana, mientras bajaba al puerto a pie, Andreas pasó por delante de una casa que tenía abierta la puerta del patio; al lanzar una mirada al interior se quedó asombrado. Dentro del patio florecía un edén de macetas. Los geranios tenían flores de color rojo intenso, rosa y blanco; las rosas de pitiminí y las azucenas florecían entre los cactus pequeños y espinosos; las hierbas altas susurraban ante los exuberantes helechos. Un joven limonero tenía un fruto amarillo en miniatura, las gardenias de pétalos color crema crecían al lado del jazmín de aroma embriagador; en lo alto, un enrejado soportaba una pérgola de vegetación fresca y las campanas moradas del exuberante dondiego de día. Embelesado, Andreas se quedó admirando aquella obra de arte, el pequeño huerto exquisito que era la obra de amor de alguien.

En la floristería del puerto compró semillas, abono vegetal y tiestos de barro.

—Mi mujer necesita una afición —le dijo a la florista—. Algo que le ayude a dejar de pensar. Se siente sola cuando estoy fuera.

La florista lo miraba con ojos que indicaban que estaba informada. Andreas cogió un taxi para llevar a casa los materiales de jardín, y allí los dejó, bajo la parra que luchaba por sobrevivir, para que le hablasen por sí mismos, si ella sabía escuchar.

Andreas se fue al mar; estuvo fuera muchos días, hasta que una noche, mientras las golondrinas descendían en picado y cantaban por el valle, ella oyó su paso a sus espaldas. Los verdes brotes de los semilleros empezaban a aparecer; mientras regaba las macetas de girasoles, él cogió uno, y suavemente rozó el nuevo brote con la yema del dedo.

—Qué bien se dan —dijo.

Ella se volvió para mirarlo.

—A lo mejor tienes talento para ello. Tienes mano para las plantas.

—No creo.

Raras veces la tocaba últimamente, pero entonces le puso una mano en el hombro, y ella lo dejó estar.

—Me alegra que encuentres una afición, Irini —dijo—. Quiero que vuelvas a ser feliz. Quiero que seamos felices.

Ella se miró las manos, y las macetas con briznas de hojas, y sopesó sus palabras. «La felicidad —pensó— es para otros. Lo que yo tengo es macetas».

Ella se volvió para mirarle a la cara, y, mientras sus lágrimas empezaban a caer, él la estrechó entre sus brazos.

—Todavía te quiero, Irini —le dijo. Y mientras las lágrimas de Irini estallaban en un sollozo, él se alegraba de ser el hombro donde ella lloraba.

Encontró un lugar para su huerto a las afueras del pueblo, cerca de la capilla de San Fanurio, donde las terrazas de cereal todavía recorrían los contornos de la ladera. Andreas le compró herramientas, e iba con ella a limpiar el suelo duro, recortando las ramas más anchas de las higueras, excavando para arrancar los cardos y las hierbas largo tiempo arraigadas.

Ella hacía el peregrinaje diario, e iba a buscar agua con un cubo al pozo de la capilla. A medida que crecían, plantó fuera sus semilleros, trabajando hasta que no quedaba nada que hacer salvo arrancar las hierbas entre las hileras, y esperar a que floreciese el huerto.

Su obra suscitaba habladurías; era una mujer caída en desgracia, y se cuestionaban sus motivaciones.

«No es suya la tierra —se quejaban las mujeres en el ultramarinos—. Quiere

reclamar derechos de propiedad. Le pondrá una valla, y no se moverá de ahí. Ya veréis».

El tendero, mientras pesaba el arroz de un saco, preguntaba: «¿Y de quién es la tierra?».

Pero nadie lo sabía. La tierra llevaba tiempo desierta, abandonada durante la guerra, y no quedaba nadie que recordase quién la había trabajado cuando todavía se cultivaba allí el trigo.

Los hombres jóvenes en los bares decían que era una cortina de humo.

«Ha conocido a alguien allí —decían—. Seguro que se la beneficia en la capilla».

Pero no vieron nunca ningún coche allí para identificar a un amante (si había tenido uno, se echaría más), y el único hombre que veían con ella era su marido.

Así pues, como no encontraron ningún conspirador, cuestionaron su cordura.

«Está chalada —decían—. ¿Quién en su sano juicio caminaría tanto todos los días, sólo para plantar tomates?».

Pero los viejos hablaban en su defensa.

«Os habéis vuelto imbéciles —decían— con las motos y los supermercados y la televisión. En nuestros tiempos caminábamos varios kilómetros para segar el trigo. Trabajábamos hasta que nos sangraban las manos, en todas las estaciones, hiciera el tiempo que hiciera, para atender los cultivos. Si no caminabas para trabajar, no comías. Si la mujer no es perezosa como vosotros, dejadla en paz».

Los pastores que bajaban por las montañas se desviaban para examinar sus avances. En los cafés hacían sus informes. Había trabajado duro, y lo había hecho bien; se confesaban impresionados.

A Theo le llegó el rumor de que su amante se había metido a jardinera. No era necesario hacer preguntas; se limitaba a escuchar, y, al averiguar dónde, fue un día hasta allí en la camioneta para echar un vistazo. Demasiado temeroso de posibles ojos espías para parar en la carretera, ralentizó la marcha al pasar por delante de las terrazas; vio el terreno duro convertido en tierra cultivable, los semilleros plantados en surcos, y en las esquinas, ya florecientes, flores azul pálido que no logró identificar a lo lejos.

Pero de la jardinera, no había ni rastro.

La predicción meteorológica para la semana siguiente era buena; la brisa había perdido al fin la corriente del invierno, hacía un tiempo claro y radiante, la vegetación alpina estaba en flor.

Andreas había apilado en el barco nasas para las langostas, y después de besarla suavemente en la mejilla, se marchó antes de que el sol rayase en el horizonte.

—Con toda seguridad —dijo, desatando el cabo graso que amarraba el barco al malecón—, el viernes estaré ya aquí contigo.

Ella le apretó el brazo, y le rozó la mejilla con los labios secos; emanaba olor a

pescado, ya antes de zarpar.

—Cuídate —le dijo—. Que tengas buena pesca.

Después, cuando el sol ya calentaba, sacó la nueva regadera roja que él le había regalado, y lentamente recorrió el largo camino hasta su huerto.

Alguien había estado allí.

Habían partido los frágiles tallos de las tomateras; habían arrancado las berenjenas y los girasoles. El follaje marchito ya había perdido su brillo, el verde brillante se tornaba ya en gris de planta moribunda. Habían pisoteado las lechugas de bordes granates; los garbanzos (que tan bien se habían dado) estaban dispersos por los parterres que había marcado con piedras. La maceta de menta verde apestaba a orina seca.

Se sentó en la piedra plana donde se había sentado muchas horas en los últimos tiempos, y examinó el jardín arruinado. Más allá de las terrazas contempló las montañas que se alzaban en pináculos abruptos de piedra. Detrás de la capilla, una cabra solitaria balaba por salir del redil. Mucho más abajo, el mar azul parecía inmóvil; allá a lo lejos, en alguna parte, Andreas pescaba, solo, y aquí estaba ella, cerca de la gente, pero mucho más sola que él.

Un cúmulo nuboso surcó el cielo, proyectando sombras frías mientras ocultaba el sol de la vista. Por la carretera, a escasa distancia, dos mujeres vestidas de negro caminaban y charlaban con la cabeza gacha.

Ella suspiró, y vio la belleza de aquel angosto lugar; al otro lado de la bahía, el continente ofrecía un millón de posibilidades. Podría haber una vida con Andreas; intentó desplazar de su mente a un hombre que le importaba más. Había tirado las píldoras cuidadosamente escondidas por Santa Isabel para poder tener opciones; puede que Nikos tuviera razón, y la maternidad fuera la clave de la tranquilidad de espíritu.

Caminó con mucho cuidado por la profanación del hurto, buscando supervivientes y lo que pudiera rescatar. Al principio parecía que no quedaba nada, pero luego, al mirar más de cerca, vio que había mucho: los cultivos de tubérculos estaban intactos, algunas hierbas crecían todavía, y el nomeolvides azul claro, desapercibido en una esquina, seguía en flor.

Recogió los tallos rotos de los garbanzos.

Por la carretera se acercaban las mujeres vestidas de negro.

El hombre gordo encontró a Theo donde le había sugerido su informante.

Durante breves instantes, el hombre gordo lo vio trabajar al otro lado del patio. Los albañiles habían acabado su parte de la restauración, pero habían dejado los residuos: una pila de arena seca allanada con huellas de botas, cascotes de ladrillos rotos y bloques de cemento, cajetillas vacías de tabaco y las colillas húmedas de muchos cigarrillos. Theo había retirado el marco podrido de la ventana sin cristales; el nuevo marco de madera de pino que había hecho estaba apoyado contra la suavidad moteada del muro recién enlucido. Sostenía un cincel y un martillo, y estaba tallando las piedras rugosas que bordeaban el vano de la ventana; el tintineo del metal golpeando la piedra marcaba un ritmo relajante. Theo hizo una pausa; se llevó las manos a los costados, y, apoyando la frente en el yeso frío, cerró los ojos, como si estuviese demasiado cansado para seguir trabajando.

El hombre gordo avanzó un paso, pero un casco de cristal roto se partió debajo de su pie, y Theo, sobresaltado, se dio la vuelta. Al ver al hombre gordo, sus hombros se tensaron; sin mediar palabra apoyó el filo del cincel contra la pared, y lo golpeó con el martillo.

—Volvemos a encontrarnos. —El hombre gordo empleó un tono cordial, de lo pasado es pasado—. He venido a ver si estaba dispuesto a hablar conmigo, Theo.

En silencio, Theo seguía desprendiendo esquirlas de la piedra.

—¿Está trabajando solo?

El sol proyectaba sombras oscuras en la cara de Theo.

—¿Cómo sabía que me encontraría aquí? —preguntó. Todavía de espaldas al hombre gordo, hablaba en el interior de la casa vacía, donde sus palabras retumbaban en los techos sin pintar y en la escalera de tablas desnudas.

—Me lo dijo su hermano —dijo el hombre gordo—. Parecía muy ansioso por ayudar.

Theo dio dos fuertes martillazos al cincel.

—Se lo advierto —dijo, bastante tranquilo—. Manténgase alejado de mi familia. No tiene ningún derecho a venir aquí a crearme problemas. Sea cual sea su trabajo, no tiene nada que ver conmigo. Soy un hombre felizmente casado.

Sardónicamente, el hombre gordo arqueó una ceja.

En la esquina del patio crecía un olivo; sus ramas de hojas pálidas daban sombra en el lugar donde había estado la fuente. Su tronco antiguo se había integrado en el muro del patio, una suerte de mueble esquinero vertical donde se juntaban dos planos de piedra; año tras año, la madera nudosa de lento crecimiento se había desarrollado alrededor de las piedras que la tocaban, envolviendo sus contornos duros dentro de sí.

El hombre gordo estaba de pie debajo del olivo, y recorrió con la yema del dedo los surcos curvos de su corteza. Entre las hojas quedaban unas cuantas aceitunas verdes y duras; el hombre gordo arrancó una, y, sosteniéndola ante sus ojos, la giró

para examinar su estructura y su forma.

—Qué bonito olivo, ¿no le parece? —preguntó, pero Theo no respondió—. Aunque siempre me ha parecido que el olivo es el árbol más imbécil.

Por un instante, Theo dejó de martillar unos instantes, y el hombre gordo se dio cuenta de que el otro sentía el impulso de desafiarlo y ridiculizarlo por atribuir imbecilidad a un árbol. Pero Theo permaneció en silencio, y dio otro martillazo al cincel.

—Piense en el naranjo —continuó el hombre gordo—. Un naranjo entiende la necesidad de belleza y encanto. El perfume de sus flores es una metáfora de la suavidad. Y el fruto de la naranja es seductor; está pidiendo a gritos a la mano que lo coja. «Cómeme», dice. ¿Y por qué lo hace? Porque sabe que necesita ayuda para esparcir la semilla. —Se tocó la sien con la yema del dedo—. Porque es inteligente. Sabe que, a veces, una mano amiga es beneficiosa. El fruto caerá al suelo de todos modos, desde luego. Pero el inteligente naranjo quiere que su semilla viaje lejos, y sabe cómo conseguirlo. Se favorece del sistema. Yo te doy, tú me das. Ya sabe lo que quiero decir, ¿verdad, Theo?

Theo pasó a labrar con el cincel una piedra que tenía encima de la cabeza, y siguió golpeando; desprendió una lluvia de polvo de mortero que cayó sobre el alféizar y el dorso de sus manos.

—Debería ponerse algo que le proteja los ojos cuando hace eso —dijo el hombre gordo—. En cambio, este buen amigo. —Dio una palmada en el tronco del olivo—. Es un viejo tonto obstinado. En su estado natural, no hay nada menos atractivo que una aceituna. —Levantó la aceituna que había cogido—. Es un fruto tan amargo que ni siquiera lo tocan las cabras. Con un mordisco, la lengua se reseca como una uva pasa. —Arrojó la aceituna contra el muro del patio—. Sin embargo, este árbol tiene los mismos objetivos en la vida que el naranjo. Quiere esparcir su semilla. Y nosotros queremos su fruto. Pensará, quizá, que como el fruto es tan desagradable, el árbol debería procurar que se desprenda con facilidad. Pero no. El olivo lo dificulta. Para conseguir el fruto que queremos, ¿cómo hay que cogerlo? ¡Hay que azotarle al pobre con palos! Piénselo: un árbol venerable, y una cruel paliza, en cada cosecha. ¡Un árbol descerebrado! Lo necesitamos, nos necesita. ¿Por qué se aferra tanto a su semilla? ¿Por qué no ofrece su cosecha de buena gana, como el naranjo? ¿Y sabe una cosa, Theo? Creo que usted es un olivo en la vida. No deja que le arranquen nada. ¿Debo pegarle para conseguir lo que quiero?

Theo dejó sus herramientas en el alféizar.

—Hábleme de Irini y usted.

Theo se dirigió al hombre gordo, y, succionando lentamente la saliva de las mejillas, escupió en el suelo.

—Ya se lo he dicho —dijo—, y no se lo voy a repetir. No conocía a esa mujer. Así que quédese con eso y métaselo a su tía por el culo, y que le den.

El hombre gordo arrancó una hoja del olivo, y la dejó caer en el suelo.

—Haga lo que quiera, Theo —dijo—. Por ahora. Volveremos a encontrarnos. Y en ese momento... —Atravesó el patio y se detuvo en la calle, donde la aceituna arrojada había caído en el centro de un charco—. En ese momento empezaré a entender lo que ella vio en usted.

Era media tarde, y la actividad del puerto estaba interrumpida por la siesta. Detrás de la torre del reloj, un joven lanzó un anzuelo con un sedal en el agua aceitosa; los pececillos trémulos se elevaban para mordisquear el cebo, y luego se ocultaban en las sombras comprendidas entre los barcos amarrados. El coche de policía no estaba; en el lugar donde había estado aparcado, un rectángulo de hormigón seco formaba una pálida isla en el muelle mojado por la lluvia.

En el interior de la comisaría, el hombre gordo se alegró de descubrir que el hombre que buscaba estaba solo. El sargento estaba sentado en su escritorio casi vacío, con la chaqueta abrochada y tirante en el pecho ancho, y los tres galones plateados del brazo señalaban hacia la puerta. Bajo los bolígrafos tapados había un ejemplar de *Ta Nea* abierto en las páginas de deportes. Mientras Chadiarakis leía, sus cejas oscuras estaban bajas en un gesto de concentración; con el índice recorría las líneas de letra impresa, y sus labios húmedos y rojos vocalizaban mímicamente las palabras que leía.

Cuando entró el hombre gordo, el sargento levantó la vista del periódico. Al ver al hombre gordo, una astuta satisfacción le atravesó la cara.

—El comisario le está buscando —dijo. Cerró el periódico y lo dobló por la mitad, pasando el antebrazo por el pliegue.

—Casualmente —dijo el hombre gordo— yo también estoy buscando a una persona. Y parece que he encontrado a mi presa antes que el comisario a la suya, porque es a usted a quien busco, sargento Chadiarakis.

Pero el sargento no mostró ni la menor curiosidad por lo que podía querer de él el hombre gordo.

—El comisario llamó a la Metropolitana de Atenas —dijo—. Les preguntó por qué están interesados en el caso de Asimakopoulos. Quería saber por qué le habían enviado. ¡Y en Atenas nadie tiene ni idea de quién es usted! Amigo, el comisario le está buscando y se la tiene jurada. —Se reclinó cómodamente en la silla, cruzando los brazos sobre la turgencia de su barriga.

—¡Qué absurdo! —dijo el hombre gordo—. Por supuesto que hay gente en Atenas que me conoce. Lo que quiere decir usted es que ninguna de las personas que me conocen trabaja para la Policía Metropolitana. ¿Le importa que me sienta?

Sopesando las palabras del hombre gordo, el sargento juntó las cejas oscuras en un gesto de asombro.

El hombre gordo dejó la bolsa en el suelo, y, levantando la silla que estaba ante la mesa del agente diminuto, la colocó delante del sargento, y se sentó.

El hombre gordo sonrió.

—Y por cierto, ¿qué motivo tiene el comisario para irme a la zaga, sólo porque no trabajo para la Policía Metropolitana? —preguntó—. Miles y miles de personas no trabajan para la Policía Metropolitana. La gran mayoría de la población, en realidad.



¿Anda persiguiendo a todos los demás también?

—Usted se hizo pasar por un agente de policía —le interrumpió el sargento, enderezándose en la silla. Abrió la tapa de un bolígrafo y abrió el cajón de su mesa donde guardaba los formularios adecuados—. Eso es una infracción.

—Con todos los respetos, yo no me hice pasar por nadie —dijo el hombre gordo—. ¿Está usted diciendo que el comisario me confundió con un agente de policía? Pero... ¿por qué? No, Harris, ¿le importa que le llame Harris? El error del comisario fue inferir que soy un colega agente al que se debe castigar. Dígame de mi parte cuando le vea, si es tan amable, que trabajo para una autoridad diferente. Y por cierto, ¿dónde está el comisario? ¿Volverá por la comisaría esta tarde? Tengo que tratar un asunto con él. En realidad, le concierne a usted.

—¿A mí? —El sargento era cauto.

—Creo que mi deber como ciudadano es informarle de que usted ha utilizado un vehículo de la policía para asuntos no policiales.

—¿Qué asuntos no policiales?

—Y lo que es más interesante, a usted lo vieron en el precipicio donde apareció Irini Asimakopulos.

Los ojos del sargento avanzaron lentamente hacia la cara del hombre gordo; bajó el mentón hacia el pecho, expandiendo los carrillos sobre el cuello tirante de la camisa.

—Naturalmente que estaba allí —dijo, midiendo las palabras—. Formaba parte del equipo de rescate; claro que estaba allí.

—Según mis informaciones —dijo el hombre gordo—, usted se adelantó dos días al equipo de rescate.

El sargento sonrió con los labios tensos, provocando una pequeña baba que fluyó desde la comisura de la boca hacia el mentón. Se secó la humedad con el dorso de la mano.

—No sé de qué me habla —dijo.

—Usted estaba allí en un coche de la policía, con ropa de paisano. Solo. Al menos creo que estaba usted solo.

—Puede pensar lo que quiera.

—Tengo un testigo que lo vio allí.

El sargento Chadiarakis soltó una pequeña carcajada, y extendió las manos con fingida exasperación.

—Yo no estuve allí —dijo—. ¿Por qué iba a estar allí?

—Ésa —dijo el hombre gordo— es una excelente pregunta.

El empeine del pie izquierdo estaba embadurnado de verde: una mancha de hierba, o la mancha de excremento de oveja o de cabra. El hombre gordo sacó de la bolsa el blanqueador de zapatos y, agachándose por debajo del nivel de la mesa, se frotó los zapatos con él; al agacharse, su voz era poco definida, pero el sargento, que prestaba mucha atención, entendió todas las palabras.

—Una búsqueda importante, con el ejército y un helicóptero, es muy cara —dijo el hombre gordo desde debajo de la mesa—. Mover un helicóptero supone un gran agujero en un presupuesto pequeño. Un presupuesto como el suyo, por ejemplo. El dinero escasea, supongo. —Se aplicó el blanqueador en el otro pie—. Así que me pregunto qué diría el comisario si descubriese que el helicóptero no se necesitaba en realidad. Que todo el dinero que gastó en ese rescate se podría haber ahorrado. Estoy seguro de que el dinero estaba previsto para algo. ¿Una o dos mesas nuevas, quizá? ¿Una moto con intermitentes azules para impresionar a las señoras?

Volvió a tapar el blanqueador y lo guardó en la bolsa. El sargento ya no sonreía.

—Me pregunto, Harris —dijo el hombre gordo, buscando en el bolsillo el tabaco y el mechero—. ¿Le importa si fumo, por cierto? —El sargento negó con la cabeza, y observó al hombre gordo atentamente mientras encendía un cigarrillo e inhalaba con evidente placer.

El hombre gordo apartó el cigarro de la boca y sostuvo la punta humeante ante sus ojos.

—Hay cosas en la vida —dijo— que son muy placenteras, pero muy malas para la salud. Ya estoy viejo para estas cosas; nos vuelven más lentos, ¿no? Mi padre no para de decirme que lo deje. Así que supongo que me conviene. Algún día. Pero hoy no.

Volvió a llevarse el pitillo a los labios, e inhaló una calada.

—¿Por dónde iba? —preguntó—. ¡Ah!, sí. Me estaba preguntando si se siente seguro en su trabajo, Harris. Es un buen empleo, lo sé. Un hombre de su posición suscita mucho respeto en un lugar como éste. Mucho... «respeto». Mucho dinero, potencialmente. Algún que otro regalito: algo por Año Nuevo, algo en Pascua. Una pensión excelente para el futuro. El uniforme tiene mucho valor. Supongo que sería terrible perderlo. Pero si alguien le contase al comisario que hizo un uso incorrecto del coche de policía, ¿qué ocurriría, Harris? ¿Tiene él amigos esperando a calzarse sus zapatos? ¿Primos y cuñados en Patmos esperando una posición agradable y cómoda como ésta? Una palabra de mala conducta en su oído... y *finito la musica*. Sería usted un poli caído en desgracia, Harris. Y la vida sería mucho menos dulce entonces, ¿no cree?

Dio otra calada al cigarro, y exhaló una corriente de humo acre hacia el sargento, que parpadeó, dos veces, lentamente, para protegerse los ojos.

El hombre gordo le sonrió.

—Así que, Harris. —Durante largo rato no dijo nada más. El sargento cogió un bolígrafo con inquietud.

—Hábleme, Harris —continuó el hombre gordo—, o le arruinaré la vida.

—No tengo nada que decirle —dijo el sargento, hoscamente.

—Dígame lo que sabe.

El sargento dejó el bolígrafo en su sitio.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué no? ¿Porque la mató usted?

El sargento negó con la cabeza, cansino.

—Yo no la maté.

—Pero sabe quién lo hizo, ¿verdad?

El sargento lanzó una mirada inquieta hacia la puerta; el hombre gordo se inclinó hacia adelante y miró al sargento frente a frente.

—Dígame, Harris. Mis amenazas nunca son vanas.

El sargento miró al hombre gordo a los ojos, luego miró por la ventana el cielo gris y el mar. Su expresión era de tristeza, y arrepentimiento. El hombre gordo apagó el cigarro, y esperó a que hablase el sargento.

—Yo no la maté —dijo el sargento al fin—. Moví el cadáver. Eso es todo.

—¿Lo trasladó de dónde a dónde?

—Lo trasladé de donde estaba a donde lo encontraron.

El hombre bajó la cabeza y se pellizcó el tabique nasal hasta que se le pasó el deseo de responder con brusquedad.

—¿Me está diciendo —preguntó— que arrojó el cadáver por el precipicio?

El sargento se pasó una mano por la cara, y luego, con los ojos cerrados, se frotó la frente.

—¿Qué importaba? —dijo—. Si ya estaba muerta.

—¿Tiene usted alguna hija, Harris?

—Dos.

—Estoy seguro de que son chicas adorables. Pero si alguna de ellas muriera, de forma inesperada...

—¡Dios no lo quiera! —dijo el sargento, persignándose—. ¡Dios no lo quiera!

—¿Pero y si alguna muriera? ¿Si alguna tuviera un accidente como el que me va a comentar? ¿Qué querría para su hija, Harris? Creo que querría tenerla en casa, con usted, donde usted y su esposa pudieran velar por ella. Creo que su esposa querría vestirla con su mejor ropa, y tener a la familia allí para velarla, y el cura para que rezase por ella. ¿No es eso lo que querría?

El sargento permaneció en silencio.

—Así que, si fuera su hija... quiero que sea absolutamente sincero conmigo... ¿le importaría que alguien, cualquiera, un agente de seguridad del estado, pongamos, arrojase su cuerpo por un precipicio? ¿Le daría lo mismo si ya estuviera muerta? —El sargento se estremeció, como si sintiese de nuevo la frialdad del cadáver de Irini—. ¿Es usted un hombre duro, Harris, un hombre sin corazón? ¿O sólo carece de imaginación y de empatía? ¿Cómo me puede decir que no importaba?

—¡Estaba muerta! ¡No importaba! No tanto como...

Se detuvo y, consciente de que se había ido de la lengua, escondió la cabeza entre las manos.

—¿Tanto como qué, Harris? —insistió el hombre gordo—. ¿Tanto como encubrir la culpabilidad del vivo? Ahora dígame esto: un agente de la ley como usted, ¿por

qué tuvo que encubrir a un culpable de asesinato?

De nuevo, el sargento permaneció en silencio.

—De acuerdo, responderé a mi propia pregunta. No lo haría por dinero. El asesinato es un delito demasiado grave. ¿Qué otros motivos puede haber? —Juntó un índice con el otro, mientras contaba—. Está el amor. O está la familia. O las dos cosas.

El sargento seguía sin hablar.

—Dígame a quién está encubriendo, Harris —dijo el hombre gordo—, o se lo atribuiré a usted.

El sargento levantó la cabeza; tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—No puede hacer eso —dijo.

—Sí que puedo —dijo el hombre gordo con una sonrisa—. Tengo un testigo que lo vio en el lugar del crimen. Un testigo al que no le gustan los policías. Que estaría dispuesto a jurar que lo vio a usted arrojando el cadáver de la pobre Irini. Sería una noticia importante, Harris, una noticia de alcance nacional. Yo mismo escribiría los titulares: «Un policía mata a una joven». Su cara aparecería en todas las primeras planas del país. Es algo de lo que sus hijas se sentirían orgullosas, ¿no? Así que desembuche.

El sargento vaciló unos instantes.

—Fue un accidente —dijo—. Se lo aseguro.

El hombre gordo suspiró.

—Cuéntemelo todo —dijo.

Y el sargento se lo contó.

Al salir, el hombre gordo se encontró con el comisario en los escalones de la comisaría.

—Buenas tardes, comisario —dijo el hombre gordo, educadamente—. Me alegro de verlo.

El comisario lo miró con ojos maliciosos.

—Pues entonces vuelva a entrar —le dijo. Le olía el aliento a coñac—. Creo que usted y yo tenemos un asunto pendiente.

—En eso tiene razón —dijo el hombre gordo—. Pero no veo ningún motivo para no hablarlo aquí. El asunto es sencillo. Quiero que devuelva el dinero que le cobró a Andreas Asimakopoulos por falsificar el certificado de defunción de su esposa. Cobrarle ese dinero era inmoral, e ilegal, como bien sabe. Y además, innecesario. Como le sugerí cuando llegué, no hubo ningún suicidio. Además, por si no lo ha hecho todavía, quiero que libere a Janis Psaros y le pague a su padre el dinero que le debe.

El comisario dibujó una sonrisa inescrutable.

—Afortunadamente —dijo—, he podido liberar al señor Psaros esta mañana. Le

he retirado todos los cargos, por lo cual la señora Psaros ha expresado su particular gratitud. Pero usted no está en condiciones de darme órdenes a mí, ¿verdad? Creo que debería saber que hemos hecho unas indagaciones sobre usted, señor, y sé que no es quien dice ser. Eso es un delito, y personalmente me aseguraré de que pague por ello.

El hombre gordo se rió.

—Por lo que me ha dicho el sargento Chadiarakis —dijo—, tenía usted dudas sobre mi identidad. No puedo creer que me confundiese con un policía. ¿Tengo pinta de policía? Y me avergonzaría de mí mismo si usted pensase que me comporté como un policía. Con respecto a mi identidad, no dije nada. Así que usted eligió por su cuenta. Puede que sea un mero filántropo. O a lo mejor soy un hombre de posición que simplemente disfruta inmiscuyéndose en las vidas de los menos afortunados. Puede que la Autoridad Policial me contrate para combatir la corrupción de nuestras fuerzas policiales más remotas. Puede que sea todas esas cosas. O ninguna. A lo mejor me manda una autoridad superior. Una autoridad suprema. Es difícil saberlo, ¿verdad, comisario? A lo mejor... —El hombre gordo guiñó un ojo—, he venido a investigar a usted.

La sonrisa llevaba tiempo ausente de los labios del comisario, que cerró el puño izquierdo de la mano derecha y lo apretó hasta que le crujieron los huesos.

—Creo que tendría que haberse marchado de esta isla hace ya tiempo —dijo, en voz baja—, amigo.

—Si me está diciendo que me marche —dijo el hombre gordo, frunciendo el ceño—, creo que se está metiendo en un terreno peliagudo. Éste es, al fin y al cabo, un país libre.

—Es libre mientras yo diga que es libre.

—Creo que sobrevalora sus poderes, comisario. Devuelva el dinero. No me obligue a repetirlo.

El hombre gordo bajó un escalón, pero el comisario apoyó una mano en el muro, y se movió para impedirle el paso al hombre gordo por la escalera de piedra.

—Tenga cuidado de por donde va —dijo—. A veces ocurren accidentes.

—Ya lo creo —dijo el hombre gordo—, pero a mí no. Por suerte tengo mucha estabilidad en los pies.

—Debería haberlo encerrado. Por interferir en la actividad policial.

—Pero la interferencia parece necesaria, ¿no le parece? —dijo el hombre gordo, con sensatez—. Dado que aquí la policía no se ocupa de las cosas que le corresponden. Y ahora, si me disculpa, comisario.

Miró expectante al policía, pero mientras Zafiridis se apartaba a un lado con renuencia, el hombre gordo se llevó un dedo a los labios en un gesto pensativo.

—Había una cosa más que quería decirle —dijo—. Me preguntaba si le gustan los pájaros.

—¿Los pájaros?

—Los pájaros enjaulados, los pájaros cantores. Los canarios. Las alondras.

El comisario miró al hombre gordo con suspicacia.

—La verdad es que no los soporto —dijo—. Me dan alergia las plumas. ¿Por qué lo pregunta?

El hombre gordo sonrió.

—Por pura curiosidad —dijo, mientras bajaba las escaleras con agilidad.

A medida que el cielo gris palidecía en el horizonte de naciente, un gallo estiraba el cuello e iniciaba su canto alarmante. Con la cabeza inclinada, parpadeó sus ojos ausentes, y parecía escuchar; hasta que de un lugar lejano llegó un canto de respuesta, y pronto un segundo, y un tercero.

La ventana de la habitación del hombre gordo estaba abierta, y el frío sepulcral del mar nocturno se colaba en el interior. Tiritando, el hombre gordo se vistió lo más rápido que pudo; su ropa estaba infectada por una capa invisible de humedad. Se metió en el bolsillo una caja de cerillas vacía, y bajó a paso ligero las escaleras, hacia el muelle desierto. En la quietud, el mar golpeaba y borboteaba en el muro del puerto; a lo lejos, en el agua, las luces rojas y verdes de un barco pesquero se balanceaban al son de las olas.

El hombre gordo tomó la carretera que bordeaba el cabo, donde las piedras yermas daban paso a un terreno más bajo. Allí, mientras las criaturas de sangre fría dormían en quietud, buscó bajo las piedras más probables hasta que encontró lo que buscaba: luego, con el mayor cuidado posible, levantó su presa de la oscuridad de su guarida y la embutió en la caja de cerillas.

Se inició la llamada a misa; las campanas dominicales tañían por toda la isla, desde el tintineo metálico de las campanas suspendidas de una cuerda al soniquete melódico, alpino, del carillón de Ayia Triander.

En la puerta del *kafenion*, el otrora apuesto Jakos se alisaba el pelo engominado y contemplaba el mar, como si su mente y su corazón estuvieran muy lejos de allí.

El hombre gordo se sentó en una mesa, y, ahuecando las manos alrededor de la llama del mechero para protegerla de la brisa, encendió un cigarro; en silencio, Jakos se apartó de la entrada para plantarse a su lado.

—*Kali mera* —dijo el hombre gordo. Ese día no había una sonrisa animosa en su saludo, y Jakos no le respondió, sino que esperó, en silencio, a que el hombre gordo le dijese lo que quería tomar.

—Café —dijo el hombre gordo—, y una tortilla, si tiene huevos. Con queso y jamón, pero sin tomate.

—Tenemos huevos —dijo Jakos, adusto—, pero el pan no está fresco. Es domingo.

—Entonces tuéstelo —dijo el hombre gordo—. Y sin tomate, no lo olvide.

La tortilla estaba buena, bien sazónada y de color amarillo brillante por las yemas de las gallinas del patio. El hombre gordo encendió otro pitillo, y llamó a Jakos para pedir otro café; Jakos, colocando la taza nueva en la mesa, se sentó a su lado, y siguió contemplando el mar.

El hombre gordo bebió un sorbo de café amargo.

—Estoy pensando en un punto de pesca esta mañana —dijo—, si alguien puede decirme dónde puedo lanzar la tanza.

Jakos apartó la vista del mar para mirar al hombre gordo.

—Llega un poco tarde para pescar esta mañana, capitán —dijo—. Los peces ya han desayunado hace horas.

—El pez que tengo en mente no desayuna los domingos —dijo el hombre gordo—. Al menos, no antes de ir a misa. Responde al nombre de Eleni Tsavaris.

Jakos se rascó detrás de la oreja y se alisó el bigote recortado con la cara lateral del dedo índice.

—Es un pez gordo, amigo —dijo—. Necesitará una tanza fuerte para pescar a ésa.

—Tengo la tanza adecuada —dijo el hombre gordo—. La cuestión es dónde debo pescar esa pieza.

—Yo que usted —dijo Jakos— probaría en una iglesia. Y si tuviera que adivinar en cuál, probaría suerte en Ayias Lefteris.

El hombre gordo sacó la cartera y dejó un importe generoso debajo del cenicero.

—Muchas gracias —dijo.

—¿Sigue sobre la pista? —preguntó Jakos, con curiosidad—. ¿Sigue pensando que hay algún delito?

—Delito y mala conducta —dijo el hombre gordo. Se levantó y, colocando la mano derecha en el corazón, extendió el brazo izquierdo en la pose de un autor clásico—. «¡Ay, ay! —declamó—. ¡Cómo les echan las culpas los mortales a los dioses! ¡Pues dicen que de nosotros proceden las desgracias cuando ellos mismos por sus propias locuras tienen desastres más allá de su destino!»<sup>[2]</sup> Homero. Él comprendía bien la naturaleza humana.

Jakos lo miró, atónito, y el hombre gordo, al percatarse de que el otro no comprendía nada, se despidió.

Pero Jakos lo agarró por el brazo.

—¿Entonces quién lo hizo? —preguntó—. ¿Ha identificado al culpable?

—Para mi propia satisfacción —dijo el hombre gordo—, sí.

—¿Y quién es?

—Como comprenderá, Jakos —dijo el hombre gordo—, no puedo compartir esa información con usted. Pero puede estar seguro de que, a su debido momento, todo se esclarecerá ante quienes tienen que saberlo.

A la luz de muchas velas, las mujeres de la congregación evidenciaban su aburrimiento. En el facistol, un hombre con gafas de culo de vaso entonaba un canto arcaico escrito en un tomo manuscrito encuadernado en piel; un sacerdote con sotana repetía cada *Kyrie eleison*, y la cadena de un incensario encendido repiqueteaba. La atmósfera era densa, con el humo embriagador del incienso y las velas; desde los muros, las imágenes de San Lefteris pintadas en oro miraban al suelo con semblante



triste, como si se desesperase por la falta de una piedad auténtica. Los niños jugaban con las velas encendidas, y corrían riendo por la nave, mientras las mujeres se removían en los bancos, y murmuraban, y criticaban la ropa que llevaban las vecinas.

Al fondo de la iglesia, un cajón de arena sostenía un pedestal de velas encendidas, que se encogían y derretían con su propio calor. Había una bandeja de donativos llena de monedas y billetes, colocada en paralelo a las hileras de velas nuevas amontonadas; una mujer mayor con el pelo alborotado jugaba ociosamente con las velas del cajón de arena, apagando algunas con los dedos mojados de saliva y apartándolas, recolocando las restantes, las más altas en el centro, las más consumidas hacia adelante.

Durante un tiempo, el hombre gordo escuchó el divagar de la liturgia desde el pórtico abovedado, hasta que la encargada de las velas, frotándose las salpicaduras de cera caliente de los dedos, levantó un puñado de finas velas blancas y le hizo señas.

Mientras continuaba el zumbido de la liturgia —«A quienes cometen injusticias contra sus vecinos, ya sea causando pesar a los huérfanos o derramando sangre inocente o respondiendo al odio con el odio, Dios les concederá el arrepentimiento, esclareciéndoles la mente y el corazón e iluminándoles el alma con la luz del Amor incluso por sus enemigos, roguemos al Señor»—, el hombre gordo atravesó el suelo de baldosas rojas y blancas, pero levantó la mano para rechazar las velas ofrecidas por la mujer; no dejó dinero en la bandeja de donativos, y no besó los iconos, ni se persignó tres veces sobre el corazón. En cambio cogió con delicadeza la muñeca huesuda de la mujer y, acercándose a ella, le habló al oído.

—Vaya a buscar a Eleni Tsavaris —dijo—. Dígale que la espero en el patio.

En el exterior, el cielo estaba encapotado, pero hasta la tenue luz diurna era brillante después de la penumbra. Bajo una mata de buganvillas moradas había un banco de piedra, del cual limpió los pétalos caídos antes de sentarse a esperar. Enseguida apareció en el pórtico de la iglesia una mujer baja, con una gordura propia de la mediana edad; vestía un traje de lana verde musgo, y zapatillas negras, y llevaba embutido bajo el brazo un bolso sin asas anticuado. Su pelo, exageradamente corto, estaba húmedo y rayado con las marcas de un peine mojado; su piel era cetrina, como si nunca le hubiera dado la luz solar.

El hombre gordo se levantó y le extendió la mano; ella se acercó, pero, al llegar allí, no le dio la mano.

—¿Eleni Tsavaris? —preguntó.

—Me ha interrumpido en mis devociones, en el culto a Nuestro Señor —dijo, en tono estridente—. Dígame rápido lo que quiere de mí y acabemos. La gente va a rumorear.

Él señaló el banco, invitándola a sentarse, pero ella desdeñó el gesto, levantando el mentón, frunciendo los labios y agarrando fuerte el bolso a su cuerpo como una barrera, y él inclinó la cabeza, educadamente, aceptando la preferencia de quedarse en pie.

—Me llamo Hermes Diaktoros —dijo—. Quiero hablar con usted sobre la muerte de Irini Asimakopoulos.

Ella parpadeó, y se relamió con la punta de la lengua el labio superior, donde crecían algunos vellos masculinos.

—¿Por qué quiere hablar conmigo? —preguntó.

Pero ella se sentó en el banco, y colocó el bolso a su lado; mientras ella doblaba una mano firmemente dentro de la otra, el hombre gordo se percató de que le temblaban las yemas de los dedos.

Sentado a su lado, se inclinó hacia adelante sobre las rodillas formando un íntimo semicírculo, y ella, para enfatizar su modestia, juntó las rodillas, y pegó los tobillos. Tenía los pies rojos sobre los zapatos apretados, y las rozaduras de desgaste de las punteras y los talones asomaban bajo el disfraz de betún. En la solapa, las perlas incrustadas en el broche eran falsas.

—¿Conocía a Irini? —preguntó el hombre gordo.

—No, no la conocía.

—¿Pero ha oído hablar de ella? ¿Sabe que murió?

Ella se encogió de hombros.

—Claro. Éste es un sitio muy pequeño. Todo el mundo lo sabe.

—¿Cómo murió?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Qué sabe al respecto?

—Unos dicen que fue un accidente. Otros dicen que se suicidó.

—¿Sabía que el marido de su hija estaba enamorado de ella?

—Eso —respondió airada— es un insulto para mi hija, y para el honor de mi familia. No tiene ningún derecho a decirme esas cosas.

Se movió para levantarse, pero el hombre gordo le tocó el brazo.

—Un momento, Eleni —dijo—, ¿o prefiere que vaya a buscar a Elpida a la iglesia? Supongo que está ahí dentro con usted. Y le cuento todo lo que he descubierto desde que estoy aquí.

Eleni hizo un gesto de desprecio, y apartó el brazo. Tenía las manos en el regazo. El nudillo situado justo encima del anillo de boda estaba inflamado, e hinchado, como si tuviera artritis; alrededor de la base del dedo, el tenso anillo de oro le apretaba la carne.

—Hábleme de Irini Asimakopoulos.

—No puedo decirle nada sobre ella. No sé por qué cree que yo le puedo decir algo.

—Tal vez debería mencionar que ayer estuve hablando con su hermano Harris.

—Mi hermano es un tonto ignorante. No malgaste su tiempo escuchando sus bobadas.

—Ha transigido mucho como agente de la ley —dijo el hombre gordo—, pero no es tan tonto como usted se piensa. Es suficientemente listo para comprender que aquí

nadie puede esconderse. Y usted también debería saberlo.

—No sé de qué me habla.

—A lo mejor debería hablarle de su hija en lugar de referirme a usted. Es posible que su hermano, como usted dice, no sepa nada. Elpida es, al fin y al cabo, la que tiene todos los motivos. ¿Elpida era la culpable, Eleni?

—¡Si Elpida ni siquiera estuvo allí!

—¿Dónde, Eleni? —preguntó el hombre gordo—. ¿Dónde no estuvo?

No respondió, pero arrancó una hoja de buganvilla y la tiró al suelo.

—Se lo diré de otra manera más clara —dijo el hombre gordo—. Yo no soy policía.

—Entonces no tiene ningún derecho a hacerme estas preguntas. No tiene autoridad. En cuyo caso...

—Déjeme acabar —dijo el hombre gordo—. Soy investigador privado. Me cuente lo que me cuente, no iré a la cárcel. Eso puedo asegurárselo. Pero yo tendré la verdad. Y si me cuenta la verdad, si me informa voluntariamente, las cosas mejorarán para usted.

—Pero usted no tiene autoridad.

—En el derecho escrito de esta tierra, no. Pero cuando la ley de esta tierra no imparte justicia, a causa de la corrupción, la ignorancia, la burocracia, o el miedo, cualquiera que sea la causa, mi deber es velar por que se haga justicia. Mi deber es ver condenado al culpable.

—Castigar al culpable es cosa de Nuestro Señor, Jesucristo —dijo la mujer. Se persignó, luego elevó la vista al cielo, como si buscara confirmación para su homilía—. Y ahora, si me disculpa, debo regresar a mis devociones.

—Todavía no, Eleni —dijo—. Porque si no habla conmigo, la seguiré al interior de esa iglesia, y le contaré a todos los fieles con pelos y señales lo que creo que le ocurrió a Irini Asimakopoulos. Les contaré cómo creo que murió, y por qué, y les diré quién fue el responsable.

Ella sonrió con desagrado.

—Usted no tiene nada que nos relacione con la muerte de esa mujer —dijo.

—Se equivoca. Tengo lo que me dijo su hermano. Y no se lo reproche, Eleni. Estaba en una situación imposible. No deseaba cumplir una condena por un crimen que no cometió. Ahora bien, creo que sé cómo ocurrió exactamente. Le diré cómo creo que sucedió, pero si me equivoco, quiero que me diga la verdad; quiero saber exactamente cómo fue. Y comprenda que, si me miente, será peor para usted; y si me miente, créame, lo sabré.

Ella no dijo nada; jugueteó con el broche de falsas perlas, abriéndolo y cerrándolo. Delante de los muros de la iglesia, los gritos excitados de los niños y el ruido de sus pisadas estaban presentes, y desaparecían.

—El matrimonio de su hija no iba bien, ¿verdad? —dijo el hombre gordo—. Elpida no hacía feliz a Theo, ¿verdad? A lo mejor no era bastante para él. ¿Qué cree

usted?

Él pensó que ella no iba a responder, pero se volvió hacia él y le dijo:

—Theo es un soñador. Hay quien no está nunca contento con su suerte.

El hombre gordo esperó a que continuase, pero no dijo nada más.

—Él hacía lo que hacen muchos hombres, ¿no? —preguntó el hombre gordo—. Se echó una amante. Es algo habitual, nada fuera de lo común. A lo mejor su marido también hacía lo mismo. —Ella arqueó las cejas, en aquiescencia cansada—. Al final, todos vuelven al calor del hogar.

—Todos los hombres son iguales —dijo ella—. Siempre lo han sido, siempre lo serán. Y siempre habrá putas como ella. —Utilizó la palabra más cruda para designar a una «prostituta», la palabra que se empleaba en los cuarteles y en los bares—. Le hablaré de mi marido. Mi hombre. Le aguanté durante años que se fuera por ahí con todas las putas que se bajaban las bragas por un guiño y una sonrisa. No era muy exigente. Se iba con cualquiera que estuviera dispuesta. Aún seguiría haciéndolo si encontrase a alguien que quisiera. A veces lo pillaban; se llevó alguna paliza de algún marido, y volvía a casa ensangrentado y lleno de cardenales y no podía andar en una semana, con los huevos hinchados por las patadas... ¿Y yo? —Inclinó la cabeza hacia el broche, y lo abrió, y vuelta a empezar—. ¡Yo era la deshonrada! Toda la vergüenza era para mí. «Eleni Tsavaris no sabe mantener a su viejo en casa». Yo sabía lo que se decía a mis espaldas. Pero era fuerte. Demostraba que me importaba un pepino lo que decían. Luchamos por seguir adelante, y lo soporté. Estaban los hijos. Y yo sabía que siempre volvería. Así que fui fuerte.

»Pero Elpida era diferente. Y Theo también. Lo elegí para ella porque no era como los demás hombres. Era un chico callado. Nunca tuvo aventuras por ahí, nunca se liaba con otras mujeres. Yo no quería que Elpida pasase por lo que yo pasé. No podía soportar verla sufrir así. Quería protegerla. Pero al final no lo conseguí. Cuando quise darme cuenta, esa puta ya le había echado las zarpas.

Alzó la mano distraída, arrancó una flor morada, y se la puso en la palma de la mano; ahí, arrancada de la rama, su belleza disminuía, y, en un momento, su forma perfecta desaparecía.

—Y en cuanto a Theo... —Ella negó con la cabeza, y exhaló un suspiro de exasperación a través de los dientes.

—Así que Theo no era muy distinto, a fin de cuentas.

—Bueno, Theo era distinto, sí. Theo no se iba por ahí sólo para follar. Con Theo tenía que ser por amor. O todo o nada. Me pasé por allí una vez, y lo encontré llorando en la mesa de la cocina. Llorando como una niña. Entonces supe que se estaba fraguando un problema, y no me equivoqué. La puta ya lo tenía, en cuerpo y alma. Los hombres no lloran por nada. Cuando lo vi llorar así supe que dejaría a Elpida.

Sujetando el tallo entre el índice y el pulgar, retorció la flor moribunda.

—Yo no podía tolerarlo, por ella. Por la vergüenza. Es muy buena chica, una

chica dulce. No se merecía eso. Pero no sabía qué hacer; tenía que hacer algo. Entonces empezaron a circular los rumores. George oyó en los cafés que habían visto a Theo con ella, y yo me enteré. Sabía quién era mi enemiga. Y Elpida sabía que algo no iba bien; pero no sabía qué. Quería a Theo; todavía lo quiere. Pero no lo ama, y no creo que él la haya amado nunca. Pero eso no era importante, las cosas son así. Se lo dije a ella. Pero sí era importante cuando él se enamoró de otra persona. ¿Quién iba a cuidar de mi Elpida, y de mi pequeña Panayitsa, si él las abandonaba? Cuando yo muera, ¿quién estará allí para cuidar de ellas? Los hijos son lo primero. Los hijos son siempre lo primero. Así que cuando supe quién era, fuimos a advertirle que se alejara. Fuimos a buscarla. A hablar con ella.

—¿Quiénes fueron?

—Yo. Mi otra hija, Yorgia. Mi madre. Mi madre es una vieja muy fuerte. Parece tan frágil como un canario, pero no se engañe. Mi padre era tan malo como George, siempre metiendo la polla donde no debía. Pero ella era más fuerte, y supo aferrarse a él. Por si le interesa.

Soltó la flor; sus pétalos se esparcieron, opacos y marchitos, por las frías losas.

—Sabíamos dónde encontrarla. Tenía un huerto en lo alto del pueblo.

—Lo he visto —dijo el hombre gordo.

—Todos decían que veía allí a Theo. Pensamos que los sorprenderíamos juntos. Pero la primera vez que subimos, ella no estaba. Esperamos, pero no vino. Así que arrancamos unas cuantas flores, rompimos las tomateras y algunas hortalizas. Nos dirigimos a la casa; podíamos hablar seriamente con ella, pero allí tampoco había nadie.

—¿No entraron en la casa?

Eleni parpadeó.

—No.

—¿Está segura?

Entramos en el patio. La llamamos, pero nadie respondió.

—Y cuando se aseguraron de que no había nadie, ¿qué hicieron?

—Nos marchamos.

—Antes de marcharse, ¿no hicieron nada más? Por ejemplo, ¿vieron un pájaro en una jaula?

Ella apartó la mirada.

—No me gustan los pájaros enjaulados —replicó.

—Entonces, ¿liberó al pobre pájaro?

Dibujó una sonrisa lenta y amarga.

—En cierto modo, sí. Le concedí la libertad. Ya no tuvo que cantar a la hora de la cena. El pájaro fue una advertencia para ella, eso es todo. A lo mejor deberíamos haber dejado así las cosas. Pero Madre dijo que debíamos volver al huerto y darle un susto a la puta. Yo no sabía exactamente lo que tenía en mente; a lo mejor ella tampoco. Así que ella y yo volvimos al día siguiente. Y esta vez sí estaba.

En las ramas altas de un ciprés cantaba una paloma. Eleni levantó la vista hacia donde estaba encaramada, luego volvió a mirarse las manos, estirando y observando los dedos como si fueran nuevos para ella.

—Cuéntemelo todo, Eleni —dijo el hombre gordo.

—Caminamos por la carretera. Ella estaba recogiendo los garbanzos que habíamos roto el día anterior. Nos vio llegar por el sendero. No nos conocía; supongo que se preguntaba quiénes éramos, qué queríamos. Parecía bastante normal: no era tan guapa como mi Elpida en tiempos. A veces uno se pregunta por qué lo hacen, ¿no?

Planteó la pregunta como si fuera a aportar una respuesta, pero cuando el hombre gordo no dijo nada, ella continuó sin más.

—Al principio fue amable. Nos dijo: *kali mera*. Pero luego Madre empezó. Le dijo que se alejara de él, que él no era suyo, que era de nuestra Elpida, y la llamó puta, ramera, todas las palabras que se le ocurrieron. Así que ella empezó a entender. Nos preguntó quiénes éramos, con los brazos en jarras y mirándonos por encima del hombro. Nos preguntó qué cojones tenía eso que ver con nosotros, y le dije que éramos la familia. Le dije que a nuestra familia no le gustaban las mujeres como ella, que van por ahí rompiendo hogares. Dijo que Theo no había vuelto a hablarle, que ni siquiera le daba la hora. Dijo que se había acabado. Así que yo le dije que era una mentirosa y una puta.

—Creo que probablemente decía la verdad —le interrumpió el hombre gordo—. Al menos tal como ella lo veía.

—¿Y usted qué sabe? ¿Qué le hace pensar que era cierto? Las putas así son capaces de jurar por la vida de sus hijos que el negro es blanco. Una mujer así no sabe nada sobre la verdad. Sólo miente. —Estaba colorada, y fea de amargura; al hablar, las gotitas de saliva le moteaban la ropa—. Y se lo dijimos. Madre le dijo que era una puta mentirosa. Empezó a pisotear por el jardín. Y entonces la puta empezó a gritar: «¡Salgan de aquí, fuera!», mientras agarraba a mi madre por el brazo. Bueno, Madre es frágil, tiene los huesos quebradizos. Podría haberse roto algo. Así que le dije: «No se atreva a tocar a mi madre», y le di un bofetón. No muy fuerte, pero no le gustó, y se dio media vuelta para marcharse. Empezó a alejarse de allí. Madre estaba enfadada por la falta de respeto que había mostrado. Cogió un puñado de tierra. Dijo: «Vamos a darle su merecido a la antigua usanza, vamos a enseñarle lo que les pasa a las putas como ella», y le tiró el puñado de tierra. Se lo arrojó con fuerza; le dio en la espalda, y entonces la puta se enfadó de verdad. Volvió sobre sus pasos, gritando: «¿Quién ha tirado eso? ¿Quién ha tirado eso?». Y Madre cogió una piedra, y dijo: «Yo», y le tiró la piedra, y le dio en el brazo. Entonces ella parecía asombrada, y pensé: «Así sabrá lo que vale un peine». Así que yo le tiré una piedra. Una piedra pequeña. Pero Madre tenía una más grande, y le alcanzó en la frente. Eso hizo que se tambalease, y se llevó la mano a la frente y había un corte, y sangre, y nos miró y dijo: «¿Qué demonios están haciendo?». Y Madre le tiró otra piedra. Y yo también.

No las tiramos con fuerza, pero le hacíamos daño, y a mí me gustaba. Las recogíamos de dos en dos y de tres en tres y la apedreábamos. Ella gritaba: «¡Ayúdenme, ayúdenme!», pero allí nadie la oía. Entonces empezó a gritar, e intentó salir corriendo. Pero no corría rápido (le dimos en las rodillas, y cojeaba), así que me planté delante de ella. Le corté el paso. Entonces intentó suplicar. Dijo: «Por el amor de Dios, ya basta». Y Madre dijo: «No invoques a Dios, no hay Dios para las de tu calaña».

Hizo una pausa. La brisa movía la copa del ciprés, y la paloma voló hacia el mar.

—¿Eleni?

—Se ovilló. Se encogió en el suelo con los brazos alrededor de la cabeza. Sollozaba, vi cómo le temblaba el cuerpo, y decía: «Paren, por favor, paren», una y otra vez. Estaba sucia; tenía sangre en la ropa. Le pegué un puntapié y gritó como un perro, así que le dije a Madre: «Ya basta, ya ha aprendido la lección». Pero Madre no paraba. Estaba furiosa, violenta. La puta estaba en el suelo, y Madre cogió una roca. La levantó sobre la cabeza de la puta, y grité: «¡No!». Se la quité; le aparté la roca de las manos. Pensé: «Pesa demasiado, se le caerá». Así que tenía la roca en mis manos; recuerdo lo que pesaba. Iba a dejarla en el suelo, al lado, pero luego pensé que quizá no le habíamos dado bastante; una cicatriz o dos serían un recuerdo duradero, un recordatorio cotidiano de que debía mantenerse alejada de nosotros. Volvió la cara hacia mí, me miraba, y pensé en darle en la mejilla, o en el mentón... Ella entendió lo que se me pasaba por la cabeza, y dijo: «No...». Y solté la roca. —Miró a los ojos al hombre gordo, desafiante—. ¿Cómo podía saber que le iba a hacer tanto daño? Sólo queríamos darle un susto, nada más.

—La lapidaron. —La voz del hombre gordo era grave—. La apedrearon hasta matarla.

Ella no respondió. El hombre gordo se levantó y, dándole la espalda, encendió un cigarrillo. Durante un tiempo permaneció en silencio.

—Así que ustedes resolvieron el problema —dijo—. Pero tenían un cadáver.

—La tapamos con las plantas que habíamos arrancado, y yo fui directa a ver a Harris. Sabía que nos ayudaría. Él no quería escándalos; iba a hacer todo para evitar problemas. Fuimos, él y yo, al día siguiente antes del amanecer. Nadie había denunciado su desaparición. Su marido no estaba. —El hombre gordo pensó en el pobre Andreas, con la sola compañía de su botella de whisky—. La sentamos en el asiento del copiloto del coche de policía, y Harris se la llevó a la montaña. Le dije que si sufría una caída, los cardenales que le habíamos hecho no se notarían.

Él inhaló profundamente una calada de humo, y se volvió para mirarla.

—Eleni —dijo—. Míreme. Cometieron un cruel asesinato.

—No fue un asesinato —dijo, fríamente—. No pretendíamos que muriera. Fue un accidente.

—No —dijo él—. No fue un accidente. Pensaron, usted y su madre, que la infelicidad de sus propias vidas les daba derecho a castigar a otra. Sin embargo, usted

acaba de decirme que el derecho a castigar es exclusivo de las máximas autoridades. Su móvil era la venganza de su propia amargura.

—Hice lo que tenía que hacer para proteger a mi hija. Y volvería a hacerlo. No me arrepiento.

—Debería ser juzgada por su crimen en un tribunal de justicia.

—Pero usted no tiene pruebas. Ningún fundamento legal. —Se levantó del banco y se alisó las arrugas del regazo de la falda.

Con resignación, él negó con la cabeza.

—No. No hay pruebas. Sólo conciencia. Y si usted no tiene conciencia, ni remordimientos, ¿qué puedo decirle? Tome. Váyase.

Él le entregó el bolso, pero mientras ella lo cogía, él lo sujetó y el bolso se cayó al suelo abierto, derramándose su contenido en las piedras del patio. Rápidamente él se agachó para recoger los objetos caídos —un pañuelo, una polvera, unas monedas, un pequeño icono del arcángel San Miguel—, y los metió de nuevo en el bolso, cerrando bien el broche.

—Váyase.

Él la vio alejarse presurosa, por la puerta abierta de la iglesia, desapareciendo en la oscuridad como un pez varado que se desliza de nuevo hacia las aguas habituales. Cuando desapareció, él recogió su bolsa y la siguió, y se quedó mirando desde el pórtico la liturgia que seguía zumbando.

«Señor, acepta el himno tres veces santo también de nuestros labios pecadores y ven a nosotros en tu bondad».

La encargada de las velas recogió la bandeja de donativos, y entregó una pila de velas a una niña vestida de rosa. Juntas se acercaron a los feligreses.

«Perdona nuestras transgresiones voluntarias e involuntarias, santifica nuestras almas y nuestros cuerpos, y concédenos que te oremos y sirvamos en santidad todos los días de nuestra vida...».

Las mujeres abrieron los bolsos de domingo y buscaron unas monedas para pagar las velas.

El hombre gordo esperó.

Se oyó un chillido, y un grito ahogado, y unas palabras masculladas que derivaron en exclamaciones. El zumbido cesó, y se inició un murmullo de voces femeninas excitadas. Una mujer lloraba; la niña que llevaba las velas pasó por delante del hombre gordo.

El hombre gordo entró despacio en la iglesia, recorrió la nave hasta donde se congregaban las mujeres alrededor de la que gemía con el puño cerrado.

—¿Está herida, Eleni? —gritó entre las cabezas.

Una mujer le respondió; al hombre gordo le brillaban los ojos de deleite por el drama.

—¡Un escorpión! —dijo—. ¡Un escorpión en el bolso! La mordió cuando lo abrió para coger unas monedas.



—¡Qué extraordinario! —dijo el hombre gordo—. ¿Le duele, Eleni?

Pero Eleni aparentaba no oírle ni conocerle, así que se dirigió de nuevo a la mujer que tenía a su lado.

—Tengo entendido que la picadura de escorpión es una agonía —dijo.

Con regocijo, ella le dio la razón.

—El primo de mi padre murió por eso —dijo la mujer—. Se le hinchó el brazo como un globo, y se le envenenó la sangre. Cuando llegó el médico, era tarde para salvarlo.

—Para algunos —dijo el hombre gordo— no es más que una picadura, pero para otros puede ser fatal. Nunca se sabe. En la vida, nada es seguro, ¿verdad?

Miró la hora.

—El tiempo apremia —dijo—. La dejo sola. Dele recuerdos a la señora Tsavaris.

En el exterior, el sol se abría paso entre las nubes; al otro lado de los muros de la iglesia, la brisa transportaba el aroma del primer jazmín. El hombre gordo sacó de la bolsa una barrita de chocolate con almendras y, saboreando el primer trozo, prosiguió su camino.

En la casa de Theo Hatzistratis, el hombre gordo no encontró a nadie en casa, así que dejó una nota, escogiendo con cuidado las palabras. «Tenga la bondad —decía— de reunirse conmigo en el malecón de San Sabas mañana a las diez de la mañana. Tenemos muchas cosas de que hablar, y mi tiempo aquí es limitado».

Firmó como «Hermes Diaktoros, Investigador», con una letra historiada, y la metió en el buzón, donde no pasaría desapercibida.

En la ventana de la compañía de transporte marítimo, el horario indicaba que entraba un *ferry* aquella misma noche. Desde el teléfono público que había delante de la oficina de correos, el hombre gordo llamó a la comisaría. Respondió el agente diminuto. De fondo sonaba una radio.

—Buenos días —dijo el hombre gordo—. Por favor, ¿puedo hablar con el comisario Zafiridis?

—No está —dijo el agente diminuto, en tono cortante—. Llame mañana.

—¿Podría dejarle un recado? —preguntó el hombre gordo—. De parte de Hermes Diaktoros. El ateniense. A lo mejor se acuerda de mí.

Se hizo un breve silencio. En la radio, una mujer cantaba una canción sobre la soledad.

—Tomaré nota —dijo el agente—. Si es urgente.

—¿Sería tan amable de decirle —dijo el hombre gordo— que espero a un conocido mutuo que llega en el *ferry* esta noche, un viejo amigo suyo de Patmos con el cual tengo algún negocio en común? Mencioné el nombre del señor Zafiridis, y su amigo está impaciente por verlo. ¿Podría pedirle al señor Zafiridis que venga a cenar con nosotros, después de que atraque el barco?

—Le daré el recado —dijo el agente.

El hombre gordo se encaminó a pie hacia los confines remotos de la parte alta del pueblo. En aquella zona reinaba el silencio, sólo interrumpido por los ruidos menores de la domesticidad arcaica, procedentes de los muros y ventanas abiertas: los golpes del sacudidor en la alfombra doblada, la salpicadura de agua al vaciar un cubo, el ruido seco de un cuchillo sobre una tabla de madera, el roce de las púas de un cepillo al barrer la piedra. Las hierbas brotaban en los abruptos callejones adoquinados, y las ramas de los viejos árboles —almendro, granado, níspero— se extendían sobre los senderos a baja altura.

Pasó por delante de un quiosco, abierto sin ganas en domingo, donde había una mujer sentada, abriendo vainas verdes de habas, metiendo las legumbres grises con forma de riñón en un cuenco. Ella le dio unas indicaciones, pero eran complejas, y, como las olvidó por completo, preguntó a un muchacho que le dijese cómo se iba. El muchacho lo acompañó por el laberinto, hasta que llegaron a una verja de hierro

fundido enmarcada en un muro.

—Es aquí —dijo el muchacho—. Aquí es donde vive.

El hombre gordo le dio una propina, y lo vio desaparecer, exuberante, por las calles donde el eco de sus pisadas era cada vez más tenue. Después de levantar el pasador, el hombre gordo empujó los barrotes de la verja oxidada y entró en un jardín cubierto de maleza con cardos en flor y espiguillas, animadas por las amapolas silvestres de color escarlata. Un sendero delimitado por piedras conducía a una casa casi en ruinas: desde el alero al dintel de la puerta, una profunda grieta atravesaba la fachada, y los zarcillos de hierba se adentraban bajo los postigos holgados en las ventanas superiores.

La puerta no se pintaba desde hacía varios años, y la escasa pintura restante se había desintegrado en quebradizos copos; entre el marco de la puerta y la pared, el cuerpo reseco de una túpula se balanceaba en una telaraña rota, y la aldaba de latón delicadamente moldeada —una elegante manecilla enguantada— estaba cubierta por una pátina de verdín. El hombre gordo levantó la aldaba y la dejó caer. Luego llamó tres veces con los nudillos.

Daba la impresión de que era lenta en todo: al arrastrar los pies en zapatillas hasta la puerta, al descorrer los cerrojos obcecados, al buscar la llave que no estaba en la cerradura. Al tiempo que buscaba la llave, decía a gritos que iba enseguida, y luego inició un monólogo en voz baja, mientras los pies en zapatillas caminaban por las proximidades de la puerta. Anunció que había encontrado la llave, pero hablaba consigo misma, no con él; él oyó el llavero de metal que caía al suelo de baldosa, y las quejas de la mujer por su propia torpeza al agacharse a recogerlo.

La llave traqueteó en la cerradura, y se abrió la puerta. La mujer entrecerró un poco los ojos, y parpadeó, como una criatura nocturna desconcertada con la luz diurna; en la parte de atrás de la cabeza tenía el pelo entrecano aplastado, como si hubiera estado durmiendo. Bajo el dobladillo desigual de una falda hecha a mano, la puntilla de la enagua blanca resaltaba sobre la sarga negra desvaída.

—¿Sí?

—¿Sofia? —preguntó el hombre gordo—. ¿Sofia Bakas?

Se asomó hacia él, arrugando la cara.

—¿Lo conozco? —La pregunta iba dirigida a sí misma, y no a él; juntó las cejas mientras iniciaba el lento rastreo de la memoria.

—No —dijo él—, no me conoce. Me llamo Hermes Diaktoros. Soy de Atenas. Quisiera hablar con usted, si es posible.

—Pase, pase, claro —respondió ella, dando media vuelta hacia el interior de la casa—. Pase.

Él la siguió a una cocina donde el olor a nidos de ratones era inconfundible; notó eso en la garganta, así como las esporas de moho procedentes de una zona oscura del techo. Tosió un poco, y se llevó la mano al esternón.

—Disculpe —dijo—, he tenido un catarro de pecho estos últimos días.

—A lo mejor le apetece una infusión —dijo ella, tímidamente—. La infusión de salvia siempre es muy buena para los catarrros.

Él sonrió.

—Gracias. Muy amable.

Ella llenó una cacerola pequeña en el chorrillo de un único grifo y, después de poner el agua a hervir, se acercó lentamente a un aparador donde había una vajilla muy barata. El aparador olía a cerrado; había heces negras de ratón entre las tazas de té. Preparó la infusión, sin hablar, como si la conversación fuese una habilidad olvidada, y hasta la menor tarea —aclarar una cucharilla, limpiar la mesa— duraba más de lo razonable, como si desempeñase esas tareas al modo de los que tenían tiempo infinito, y escasez de diversiones.

Le sirvió la infusión, y le ofreció una galleta de un envoltorio de celofán roto. Sonriente, el hombre gordo cogió una y la mordió; estaba blanda por la humedad, y sabía a mohó.

Ella se sentó enfrente de él, y lo miró mientras se tomaba la infusión.

—Supongo que se preguntará qué hago aquí —dijo él, aunque era evidente que ella no tenía ninguna curiosidad.

—¿Está bastante dulce la infusión? —preguntó la mujer—. Puedo añadir más azúcar, si quiere.

—No, no —dijo él—. Está perfecto. Sofia, tengo noticias para usted. Es sobre su marido, Stamatis.

El flácido semblante desapareció, y un ceño de profunda inquietud apareció en su rostro. Le temblaba el labio inferior de turbación, como si estuviese a punto de llorar, y para ocultarlo se llevó la mano a la barbilla.

—Noticias —dijo Sofia, para sí—. Hay noticias. —Apartó la mano que cubría la barbilla y, poniéndola de modo protector sobre el corazón, añadió—: ¿Qué noticias?

—Buenas o malas noticias, no lo sé —dijo el hombre gordo—. Stamatis ha muerto.

—¿Está seguro? —preguntó tras vacilar unos instantes—. ¿No habrá ningún error?

El hombre gordo sacó del bolsillo una caja azul real abollada, con un nombre de orfebre grabado en letra sinuosa, y se lo mostró en la mesa. Cautamente, ella levantó la tapa, y, después de sacar un anillo de boda del forro de satén, lo levantó para leer la inscripción de la superficie interior: «Stamatis — Sofia 1966». Estiró los dedos de la mano derecha en la mesa, y acercó el anillo que él había traído al que ella llevaba en el dedo corazón. El suyo era más estrecho, pero no había duda de que los dos eran parejos.

Sofia cerró los ojos y dejó que una sonrisa se le dibujase en la cara.

—Gracias a Dios —dijo—. Al fin, gracias a Dios.

—Es una mujer libre, Sofia —dijo él, dulcemente.

Y ella se tapó la cara y se echó a llorar.

El hombre gordo se agachó al lado de su silla y, sin tener en cuenta la gran incorrección que cometía al tocarla, le rodeó los hombros. Mientras ella lloraba, él la abrazó fuerte, hasta que sintió que lo peor había pasado, y le dio su pañuelo de seda.

Volvió a su silla mientras ella se sonaba y enjugaba las lágrimas de los ojos.

—Que Dios le bendiga —dijo—. Que Dios le bendiga como portador de tan buena noticia. —El tono rosa de vergüenza se esparció por sus mejillas—. Qué cosa tan horrible digo —susurró—. ¿Qué pensará usted de mí? Pobre Stamatis. Pobre, pobre Stamatis.

Pero el hombre gordo negó con la cabeza.

—No tiene que fingir nada, Sofia. Sólo pienso en qué vida tan desdichada ha tenido, y cuánto ha sufrido.

—Veintiocho años —dijo— es mucho tiempo esperando algo que no ocurrirá. Esperando a alguien que no volverá.

—Sí, Sofia, así es.

Cogió el pañuelo por el ángulo y empezó a doblarlo en cuadrados más pequeños.

—No hubo ni un solo día en que no me preocupase su posible regreso. Me preocupaba que volviese y me convirtiese en una tonta aún mayor de lo que era cuando se marchó. Pasamos juntos una semana. Una semana con él, y pagué por ello con toda la vida. Ni hijos, ni nietos, ni dinero. Ni un traje bonito, ni una noche de baile. Una vida de viuda; una vida de anciana. Tenía diecisiete años. Fue Dios quien me mató, pero yo odié a ese hombre. Sin embargo lo protegí. No me pregunte por qué, porque no podría responderle. Él tenía la culpa, no yo. No era un mujeriego. No le gustaban las mujeres, y yo le provocaba repulsión. Me dijeron que yo no era bastante guapa, que no le había complacido. Me dijeron eso, y yo les creí, porque era una chica de pueblo que no sabía nada más. Era inocente. Pero ahora vemos más cosas, ¿no? En la televisión nos lo enseñan todo. Una noche vi las noticias en casa de Maria, y hablaban de un escándalo de un político y sus novios. Y mi cuñado lo llamó *poustis*. Le pregunté: «¿Qué es un *poustis*?», y me dijo... Se rió de mí, porque yo no lo sabía. Me dijo: «Un hombre al que no le gustan las mujeres, un hombre al que sólo se le levanta con otros hombres». Y fue como una revelación, como una bombilla que se me encendió en la cabeza. Yo dije: «Eso es lo que era Stamatis». Y me miraron. Todos me miraron, como si estuvieran avergonzados. Yo dije: «Madre me casó con un *poustis*». Y dijeron: «Sofia, chitón. Si la familia de Stamatis te oye decir eso, nos llevarán a juicio». Y María dijo: «No culpes de tus defectos a los demás».

Se hizo un silencio. El pañuelo estaba doblado en un cuadradito muy pequeño. Lo dejó en el centro de la mesa.

—Tengo algo más para usted —dijo.

Sacó del bolsillo superior de la chaqueta una tarjeta de visita y se la entregó.

Ella miró la tarjeta; contenía un nombre y una dirección de Atenas.

—Usted es abogado.

—Yo no —dijo él—. Yo soy sólo el mensajero. La tarjeta es del abogado de

Stamatis. Legalmente, usted sigue siendo la mujer de Stamatis, y, por tanto, su pariente más cercana. Por ley, usted debe heredar todo su patrimonio.

—¿Su patrimonio? ¿Es mucho?

—No lo sé, Sofia. Puede que no sea nada.

—No. No creo que sea mucho.

—Puede ser una fortuna. Mire, Sofia, su vida no se ha acabado todavía.

—Se equivoca —dijo ella—. Mi vida se acabó el día en que me abandonó. He vivido la vida de una anciana, y en eso me he convertido.

Él se inclinó para poner la mano sobre la de Sofia.

—Escúcheme, Sofia. Ha perdido muchos años, estoy de acuerdo, pero su vida no está necesariamente acabada. De ninguna manera. La vida da muchas vueltas y está llena de oportunidades inesperadas. No le ha llegado la hora de yacer y morir. Así que coja esa tarjeta y llame a ese número, averigüe lo que se le debe. Es mi consejo. Tengo la sensación de que su suerte ya ha cambiado. Y recuerde que éste no es el único lugar que hay en el mundo. Sus pies no están encadenados a esta isla, a este peñón. Hay ciudades, y otras islas; hay otros países, si fuera valiente...

—Pero yo no soy valiente —dijo con tristeza—. Nunca he salido de aquí. Y no tengo a nadie con quien viajar.

—Pues en eso —dijo él— se equivoca. Aguarde el momento oportuno, y encontrará un compañero de viaje. Espere un poco, eso es todo. —Se levantó y le tendió la mano; cuando ella le dio, recatadamente, las yemas de los dedos, él se los llevó a los labios, y los besó.

—Gracias por tomarse la molestia de venir a verme —dijo—. Y no se olvide el pañuelo.

—Guárdese, por favor —dijo él—. Y no ha sido ninguna molestia, sino un placer.

Juntos cruzaron el patio. En la verja, él se volvió hacia ella.

—Mire al futuro, Sofia —dijo—. Su futuro puede ser maravilloso si decide que así sea.

De entre las hierbas arrancó una amapola escarlata, y se la dio.

—Haré todo lo posible —dijo ella, con una sonrisa—. Puede estar seguro.

Al anochecer, el calor del día se disipó. El hombre gordo llegó muy pronto a la taberna del puerto; las mesas todavía no estaban puestas, y la basura de la noche anterior estaba metida en bolsas apestosas junto a los cajones de garrafas de vino y agua.

El camarero levantó la vista del periódico. El hombre gordo pidió una mesa para tres, en la terraza.

—¿Con este tiempo? —preguntó el camarero—. Estarán mejor dentro. Tenemos la chimenea encendida.

El hombre gordo insistió.

—Póngala —dijo— donde pueda ver el muelle del *ferry*. Espero a un amigo, y no quiero perderme su llegada.

El camarero arrastró una mesa a la terraza, y ató el mantel para que no se lo llevase el viento. Puso platos para tres, y trajo tres sillas. El hombre gordo eligió el sitio con mejores vistas, y, después de sacar una novela de la bolsa, la abrió aleatoriamente, y la colocó delante. En el agua oscura, las olas rompían las luces del puerto reflejadas; el camarero encendió el farolillo de cristal rojo, y su luz de rubí creó formas demoníacas que bailaban alrededor del hombre gordo. Debajo de su mesa, un gato negro esquelético se restregaba a sus pies y maullaba pidiendo comida. El viento creciente hojeó las páginas del libro, pasándolas como un lector demente.

En el muelle se congregaban los pasajeros que iban a embarcar en el *ferry*. Un camión cargado de cajones de madera vacíos se abrió paso con dificultad, expulsando gases oleaginosos y calientes por la mesa; un taxi con tres sacerdotes de sotana tocó la bocina a un perro que escarbaba en la basura. El hombre gordo observaba a todos los que llegaban; emergían de entre las sombras para pasar por delante de él, y se mezclaban con los que ya contemplaban el oscuro horizonte, donde el negro mar se fundía con el cielo nocturno y no se veía nada. Una abuela apremiaba a un niño pequeño llorón. Tres reclutas con la cabeza afeitada saltaban riendo de un jeep del ejército, y daban una palmada en la espalda al conductor antes de que se marchase.

Junto a la mesa iluminada se detuvieron de pronto dos hombres: uno rechoncho, otro anciano y jadeante.

—Para un minuto —dijo el viejo—. Vas demasiado rápido para mí.

—Te llevaré a casa —dijo el hombre rechoncho—. Cogeré un barco mañana.

El viejo puso una mano en el hombro de su hijo.

—Es lo mejor, Manolis —dijo—. Un tiempo lejos, y a empezar de nuevo.

El hombre rechoncho negó con la cabeza, y miró los pies.

—Nunca pensé que fuese de esa clase de mujeres —dijo—. Hice todo lo que pude para hacerla feliz. Era una buena mujer para mí, hasta que apareció él. ¿Pero cómo iba a decirle que no a él? —Apretó un puño; endureció la mirada, enfadado—. Debería haber matado a ese cabrón cuando tuve la oportunidad.

—Si le hubieras puesto la mano encima, ahora mismo estarías mirando el muro de una cárcel —dijo su padre—. Haz lo que te dije, hijo; un tiempo fuera, hasta que se asiente el polvo. Cuando te des cuenta, lo habrás olvidado todo y estarás aquí de vuelta con tu madre y conmigo.

—Os echaré de menos.

El viejo lo cogió del brazo y tiró de él.

—Hay muchos más peces en el mar —dijo, mientras continuaban caminando—. Trabaja duro, gana algo de dinero. Volverás pronto.

El hombre gordo los vio marchar; el hombre rechoncho seguía caminando a regañadientes, como si se dirigiese hacia un destino que no deseaba. Debajo de la

silla del hombre gordo, el gato negro maullaba mientras emergía de la oscuridad una figura solitaria. Siempre muy pegado a los muros, lejos de la tenue luz de las farolas, un hombre avanzaba en silencio por la calle del puerto hacia el muelle.

El hombre gordo seguía sujetando las páginas del libro con la cabeza gacha, como si estuviera absorto en la lectura. El hombre que avanzaba entre las sombras lo vio, y vaciló; luego, rehuyendo la mirada, avanzó hacia la luz roja proyectada por el farolillo. Discretamente, el hombre gordo lo vio dar otros pasos rápidos; cuando la figura casi había pasado, y pronto iba a ser absorbida por la muchedumbre, el hombre gordo lo llamó.

—¡Comisario! ¡Comisario Zafiridis!

El comisario se detuvo; al cabo de un momento se volvió lentamente para mirar al hombre gordo.

El hombre gordo volvió a llamarlo.

—¡Buenas noches, comisario! ¡Hable un momento conmigo, por favor!

El comisario volvió sobre sus pasos, hacia la luz rubí que iluminaba la mesa del hombre gordo. Tenía el pelo lacio y brillante, y engominado; en la cara tenía una sonrisa que se reflejaba en sus dientes pero no en sus ojos.

—El gran detective —dijo, con sarcasmo—. Cena muy temprano usted.

—No estoy cenando todavía —dijo el hombre gordo, alegremente—. Supongo que recibí mi recado. Aquí hay un plato puesto para usted. Siéntese, por favor.

—Recibí su recado. Pero lamento decirle que tengo poco tiempo esta noche. Otra vez será.

—Vamos, hombre —dijo el hombre gordo—. Su amigo tiene muchas ganas de verlo. Me dice que no ha tenido noticias de usted desde hace tiempo. Desde que usted ocupó su puesto, en realidad.

Desde la lejanía bramó la sirena del *ferry* entrante. El comisario echó un vistazo al horizonte.

—A uno lo absorbe el trabajo —dijo—, y la vida social se resiente, como seguro ya sabrá. Pero tratándose de un viejo amigo...

—Venga, siéntese —dijo el hombre gordo, retirando de debajo de la mesa la silla que tenía a su lado—. Cuando atraque el barco iremos a recibirlo juntos.

—Me reuniré con usted dentro de un rato —dijo el comisario—, en cuanto pueda. Tengo que ocuparme de unos asuntos en la comisaría.

El hombre gordo le tendió la mano.

—Entonces deje aquí su bolsa. La vigilaré durante su ausencia.

El comisario miró el bolso de mano que tenía en la mano, como sorprendido de encontrarlo ahí.

—El uniforme —dijo—. Una muda de camisa, para colgarla en el armario. Nos vemos enseguida.

Dio un paso hacia el muelle.

—¡Comisario —dijo el hombre gordo a voz en grito—, olvidó preguntar el



nombre de su amigo!

Pero el comisario seguía caminando, como si no lo oyese, fundiéndose en la multitud, hasta desaparecer de la vista.

En la bahía, las luces de la triple cubierta del *ferry* eran cada vez más brillantes a medida que el buque se aproximaba. De nuevo sonó la nota triste y profunda de la sirena.

El hombre gordo cerró el libro y lo guardó en la bolsa debajo de la silla. Tras indicar por señas al camarero que volvía enseguida siguió el camino que había tomado el comisario.

El casco blanco inmenso se acercaba al muelle, y la multitud se aproximaba más al borde del agua. Había gritos, y otros gritos de respuesta; la tripulación de la cubierta inferior lanzó los cabos, y los primeros eslabones de las cadenas del ancla traquetearon por el cabrestante.

El hombre gordo salió del centro de la multitud y se abrió paso hacia los escalones de piedra de la comisaría. A medio camino se detuvo, y se apoyó de espaldas contra la pared, oculto por las sombras; desde allí vio que desplegaban la rampa, y empezaban a desembarcar los pasajeros. Vio a los pasajeros que embarcaban, a continuación, y subían por las escaleras de hierro hacia el salón; vio a los jóvenes soldados bulliciosos que habían pasado por delante de él, los tres sacerdotes solemnes, la abuela que abrazaba al niño ahora callado, el hombre rechoncho, renuente y desconcertado. Vio cómo descargaban la carga que llegaba, y cómo apilaban en su lugar la mercancía de salida; vio cómo los vehículos que esperaban sustituyeron a los camiones que salían. Siguió mirando hasta que el barco estaba listo para zarpar.

Sonó un silbato; en la cubierta de coches sonó una alarma.

Y por detrás de la torre del reloj, una figura avanzó rápidamente hacia la rampa: la figura de un hombre que llevaba un bolso de mano y cuyo pelo lacio brillaba bajo las luces de la cubierta. Mientras la rampa se levantaba del muelle, la figura saltó a bordo y se deslizó en el interior del barco.

El hombre gordo lo vio marchar, y sonrió.

En la taberna, el camarero y el cocinero estaban dentro, calentándose la espalda en la chimenea.

—Creo que al final cenaré solo —anunció el hombre gordo—. Mis compañeros no pueden venir. Y creo que tenía razón con respecto al tiempo. Preferiría cenar aquí, protegido del frío.

Desde la barandilla de la cubierta superior, el comisario vio cómo se alejaban las luces de la isla y se encogían a lo lejos hasta convertirse en puntos diminutos. La noche en el mar era gélida; la barandilla estaba húmeda por las salpicaduras, y la cubierta, resbaladiza de agua marina. En lo alto ondeaba al viento una bandera

nacional harapienta, y el barco se tensaba y gemía con el cabeceo y el bamboleo.

Encontró un estrecho pasadizo sin salida en la cubierta, cerca de la proa, donde podía estar solo y evitar a la gente que pudiera conocerlo. En la cubierta inferior, la televisión del salón emitía música a todo volumen, y los hombres gritaban en una discusión sobre póquer; pero allí sólo se oía el ímpetu del viento racheado, y el silbido de las salpicaduras, y el inquietante crujido de la estructura del barco mientras surcaba el mar agitado.

En las escaleras de hierro se oyeron pasos lentos y pesados. El comisario miró en esa dirección, donde apareció un hombre, rechoncho y bajo, que se agarraba a la barandilla de hierro resbaladiza de la escalera para no perder el equilibrio con el bamboleo del barco. Al llegar arriba, el hombre vaciló. Desanimado por el viento fuerte y el frío dio media vuelta para retirarse al salón, pero mientras volvía, el lado de estribor del barco se elevó, inclinando la cubierta hacia babor. Como si le hubieran dado un empujón en la espalda, el hombre rechoncho perdió el equilibrio y trastabilló tres pasos hasta la barandilla de la cubierta, y allí se agarró firmemente, a escasa distancia de donde se encontraba el comisario.

Como el hombre rechoncho todavía no había reparado en la presencia del comisario, éste apartó la cara y fijó la vista en las constelaciones que había aprendido a nombrar desde la infancia: el Cinturón de Orión, la Osa Mayor, las Pléyades.

En otro punto de la cubierta, el hombre rechoncho sacó una botella plana del bolsillo y bebió un trago largo de licor. Con los antebrazos apoyados en la barandilla húmeda, suspirando, también levantó la vista para contemplar las estrellas.

A los pies del comisario había una escalera de cuerda atada a los montantes de la barandilla. Olvidada por algún marinero, sus travesaños de madera salpicados de pintura se balanceaban sobre el agua negra y encrespada, golpeando con un tintineo hueco y arrítmico el casco del barco. El comisario buscó a lo lejos desde proa signos de tierra —luces titilantes, el suave resplandor eléctrico que se cierne sobre las ciudades y los pueblos—, pero no había nada. Se estremeció, y, ahuecando las manos sobre la boca, sopló en el interior para calentarlas, y luego se las embutió en los bolsillos de la chaqueta. Notó las llaves, y las sacó para cambiarlas al bolsillo superior, donde podía cerrar la cremallera para que estuvieran más a salvo.

Tenía los dedos gélidos, rojos y entumecidos. Las llaves se le cayeron al suelo con gran estruendo.

El hombre rechoncho se dio la vuelta.

—*Kali spera* —dijo.

El comisario no respondió, pero se agachó para recoger las llaves. Oyó unas pisadas que se acercaban por la cubierta; cuando levantó la cabeza, el hombre estaba a su lado.

El hombre rechoncho, en evidente búsqueda de compañía, sonrió, y le ofreció la botella abierta de licor.

—¿Le apetece un trago? —dijo.

El comisario lo miró: fofa en la barriga, flácido en los carrillos. Tenía nariz de boxeador, torcida en la punta, y ojos tristes, enrojecidos por el alcohol, con los párpados arrugados y somnolientos.

El comisario lo conoció al instante; lo recordaba muy bien. Mandrakis, Manolis Mandrakis. Había habido una escena violenta en una carnicería: una mujer llorando detrás de la puerta de una nevera, con la ropa interior tirada en el suelo, de modo muy revelador; y él, indefenso y ridículo con los pantalones a la altura de las rodillas. Había un anaquel de cuchillos al alcance de la mano, y un machete para partir huesos; sólo el rango y el uniforme impidieron que Mandrakis le atacase. La ira de Mandrakis le había asustado; sabía que había tenido suerte de salir indemne. La mujer, aunque no era guapa, estaba intimidada por él e hizo lo que le pedía. En ese instante no recordaba el nombre de la mujer.

Mandrakis lo miró; la sonrisa se le borró de la cara, y los párpados somnolientos se levantaron sobre los ojos de pronto centrados y despiertos.

—¡Ah!, es usted —dijo. Miró atrás, y detrás del comisario; al ver que estaban solos, volvió la sonrisa a sus labios.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Por todos mis muertos!

—¿Cómo está, Manolis? —preguntó el comisario, en voz baja.

—¿Que cómo estoy? —preguntó Mandrakis, incrédulo. Avanzó un paso hacia Zafiridis, y le apuntó con el dedo al pecho sin llegar a tocarlo—. ¿Cómo cojones quiere que esté, hijo de la gran puta? Usted me ha arruinado la vida, ¿cómo quiere que esté? Me voy de casa porque no soporto más las burlas e insidias. ¿Qué digo casa? No se le puede llamar casa, ahora que no tengo mujer. Y los dos sabemos por qué no tengo mujer, ¿verdad? —Volvió a señalar el pecho del comisario; esta vez, con la punta del índice le presionaba el hueso duro del esternón. El comisario dio un paso atrás para situarse fuera de su alcance. Mandrakis siguió despotricando—: No tengo mujer porque un hijoputa se pensó que estaba allí a su disposición. El mismo hijoputa que se pensó que se saldría con la suya, por ser quien era. Por llevar uniforme. —Se inclinó hacia Zafiridis, y lo agarró de la solapa, mostrando los botones de una camisa lisa de civil y la fina cadena de oro de un crucifijo. Su sonrisa era cada vez más ancha—. ¿Dónde está su uniforme esta noche, agente? —Echó un trago profundo a la botella y miró a los ojos al comisario—. Espero que mereciese la pena estar con ella, cabrón de mierda —le dijo—. Hijoputa de mierda.

Mandrakis tumbó la botella sobre su mano; el alcohol se derramó por sus zapatos y por la cubierta, llenando el aire del dulce y potente aroma, intenso y tostado. Agarró la botella por el cuello y la estampó violentamente contra la barandilla de la cubierta. Cuando la botella se rompió, la mitad se le quedó entera en la mano, con picos recortados y preparada para el ataque.

Zafiridis levantó las manos.

—Venga, Manolis —dijo—. Tranquilo, vamos a hablar del tema.

Mandrakis adoptó una pose de boxeador, con la media botella sujeta delante de la

cara. Un reguero de moco le pendía de la nariz. Nervioso y convulso, se lo limpió con el dorso de la mano.

—Adelante, agente —dijo—. Hable.

—No fue como usted pensó —empezó Zafiridis—. Ella...

Mandrakis se abalanzó sobre él y le golpeó en la cara. El dolor fue como un puñetazo, y, aturdido, Zafiridis pensó que le había atizado sólo con el puño; pero había perdido la vista de un ojo, y un líquido húmedo y cálido le goteaba por la cara. Se palpó el ojo herido; al tocarlo, aunque lo hizo suavemente, el dolor se intensificó, y al bajar la mano, vio que el líquido oscuro se esparcía entre sus dedos. La sangre húmeda y cálida le caía por el cuello, por el interior de la camisa y el pecho, y desde el mentón goteaba lentamente en la cubierta.

—¿Valió la pena estar con ella, policía? —gritó Mandrakis—. ¡Tranquilo, que aún hay más! ¡Tome!

Volvió a embestir y esta vez alcanzó a Zafiridis en el hombro, provocando que se tambalease. Bajando la cabeza cruzó los antebrazos sobre el cráneo para protegerse.

Mandrakis se rió.

—¡Pedazo hijoputa cagao! —le gritó—. ¡Peele como un hombre! ¡Vamos, golpéeme! —Señaló su propia mandíbula, invitándole al puñetazo—. ¡Donde quiera! ¡Vamos, capullo, atíceme!

A los pies del comisario, la escalera de cuerda salpicada de pintura se balanceaba, golpeando el casco con un tintineo hueco. Hasta la cubierta inferior —el bar del salón, la ayuda, la seguridad— había una docena de travesaños, no más.

Se coló entre los barrotes de la barandilla y, agarrándose fuerte, se esforzó en poner los pies en los travesaños superiores de la escalera. La suela del zapato derecho resbalaba por la madera empapada, y luego se apretujó contra la cuerda lateral húmeda. Con la punta del pie izquierdo tocó la siguiente tabla; con rápidos movimientos, de modo temerario, con las manos bien agarradas a los travesaños, logró avanzar hacia la cubierta inferior.

La escalera era inestable y se retorció con su peso; una ola se elevó por encima del casco y lo salpicó de agua fría. Mandrakis, mirándolo desde arriba, profería amenazas; abajo, cerca, las luces del bar del salón eran brillantes, y, sobre el susurro del mar y el golpeteo firme de los motores, los hombres se reían.

El barco se levantó por estribor.

La escalera, como un péndulo, se balanceó hacia afuera; con el impulso de su peso, columpió a Zafiridis, apartándolo bastante del casco.

Cuando el barco volvió a descender, la escalera golpeó bruscamente contra el casco; entre éste y el travesaño, se le aplastaron los nudillos. Con un dolor agónico, gritó, viendo cómo los dedos rotos se soltaban del travesaño.

Por un instante voló; el agua, al golpearlo, era un impacto gélido. A medida que descendía, una corriente de agua le llenó los oídos, pero al volver a la superficie, la corriente dio paso al martilleo potente de las aspas de la hélice que avanzaba hacia él.

Mandrakis lo vio caer. Por allí cerca, en la parte superior de la escalera había un salvavidas colgado con su rollo de cabo. Miró al agua, y lo sopesó. El barco avanzaba rápido; el comisario ya estaba muy lejos.

Levantó el salvavidas del gancho, y lo sostuvo un instante. La noche era oscura; entre el barco y el hombre que había caído por la borda, la distancia se acrecentaba.

Mandrakis volvió a colgar el salvavidas, y bajó al salón.

El lunes por la mañana, el hombre gordo tomó el primer autobús hacia la bahía de San Sabas. El viento que había soplado por la noche había amainado, pero el mar seguía bravo, y las olas traían espuma blanca al romper en la playa.

El hombre gordo siguió el camino de la casa de Nikos, buscando conchas entre la arena y guijarros a su paso. En el Nikos, la terraza estaba desierta. Las sillas estaban plegadas y apiladas contra el muro; junto a la puerta cerrada, un gato flaco y pelirrojo maullaba para que le dejaran entrar.

El hombre gordo llamó a la puerta, y esperó. El gato se enroscaba entre sus tobillos y, ronroneando, se frotaba la cara contra las espinillas. El hombre gordo volvió a llamar, y esperó hasta que se aseguró de que no había respuesta; cautelosamente giró el picaporte y, en silencio, abrió la puerta.

—¡Nikos!

Su voz resonó con eco, como si las habitaciones estuvieran vacías, pero cuando el silencio se asentó, captó un susurro, y un movimiento sigiloso, en la habitación contigua.

Entró.

—¡Nikos! ¡Soy yo, Diaktoros!

El gato pasó corriendo por delante de él hacia un platillo con una costra de sobras de carne secas, y un cuenco vacío con restos de leche agria. El hombre gordo olfateó; había un olor en aquel lugar, un hedor incipiente como de letrina.

—¡Nikos!

—Aquí.

El hombre gordo abrió la puerta del dormitorio. Nikos estaba en la cama, recostado sobre almohadas sin funda, cubierto con ásperas mantas. Llevaba puesta la chaqueta de vestir, y la gorra de piel de borrego, pero se estremecía de frío y tiritaba. Al lado de la cama había un cubo casi lleno hasta el borde de orina oscura; en la mesa de noche, la garrafa de agua estaba vacía.

El hombre gordo se sentó suavemente en la cama.

—¿Qué tal le va, amigo? —preguntó.

Nikos forzó una sonrisa, que duró sólo unos instantes, antes de convertirse en una mueca.

—No muy bien —dijo—. Ya me ve, un poco desmejorado.

—No se preocupe —dijo el hombre gordo—. Me avergüenzo de mí mismo. Debería haber venido antes; lo sabía, y no llegué a tiempo. ¿Tiene dolores?

—El dolor es un cabrón —dijo Nikos, intentando reír—, pero no tanto como lo que viene después.

El hombre gordo permaneció en silencio un instante.

—¿Cree que necesita que venga el médico? —preguntó—. Voy a buscarlo si quiere.

Nikos bajó la cabeza y ocultó los ojos bajo la visera.

—Ya no hacen falta médicos —dijo—. Estoy meando sangre, y la inflamación es cada vez mayor. Lo único que quiero es estar calentito; es lo único que quiero, estar calentito.

—Es hora de que venga conmigo —dijo el hombre gordo.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó Nikos—. ¿De pesca? Me gustaría pescar algo más, antes de...

—No, de pesca, no —dijo el hombre gordo—. Lo llevaré a casa de su hermana. Es donde debe estar.

—Ella no me quiere —dijo con sorna—. ¿Quién querría a nadie en este estado? No querrá hacerse cargo de mí.

A través de la ropa de la cama, el hombre gordo le dio al viejo unas palmaditas en las piernas.

—Confíe en mí —dijo—. Ella lo acogerá con los brazos abiertos. Tendrá sábanas blancas, una casa caliente, y algo que le alivie el dolor.

—¿Y cómo piensa llevarme allí? —preguntó—. Si ni siquiera puedo ir solo al baño a mear.

—El transporte no es ningún problema —dijo el hombre gordo—. Irá conmigo, a lo grande. Deme el número de su hermana y le diré que nos espere.

Nikos se reclinó en las almohadas con un suspiro.

—No me querrá ver allí —dijo—. Es demasiada carga. Vuelva mañana, y díales que traigan una caja de madera para sacarme de aquí.

—Nikos —dijo el hombre gordo, con amabilidad—. Escúcheme. No es necesario que pase por todo esto solo. Aunque hayan tenido diferencias, su hermana lo quiere. Perdió a Irini. No deje que lo pierda también a usted, sin una oportunidad de arreglar las cosas.

El viejo se apartó la visera de los ojos.

—Mi mayor miedo —dijo— siempre ha sido morir solo. Y ahora que ha llegado el momento descubro que no es estar solo, sino el hecho de morir en sí, lo más duro. No paro de pensar; la última pesca, la última copa. Todas las cosas son las últimas; así que se necesitará otra vida.

—Todavía está a tiempo —dijo el hombre gordo— para muchas cosas. La bebida y la pesca son posibles. La atención de alguien que lo quiere es posible también. Usted elige: o morir solo, en su propio pis, o venir conmigo.

—Entonces se va —dijo Nikos.

—Tengo otra misión que debo empezar pronto —dijo el hombre gordo—. Y dentro de unas horas se arreglarán las cosas aquí. Así que si tiene la paciencia de esperar un poco, no mucho, mandaré a los chicos para que lo preparen para el viaje.

En el malecón fondeaba el elegante yate transoceánico. Por su casco blanco y

esbelto, unas estrechas bandas doradas y azul marino destacaban sus sutiles curvas, y, en la proa, estaba pintado en oro su nombre: *Afrodita*. Dos tripulantes con uniformes blancos lo aseguraban a proa y a popa. Trabajaban conjuntamente, como un equipo bien entrenado, mientras uno —bajo, moreno y calvo, con la boca lasciva y las cejas de un sátiro— daba órdenes en voz baja al segundo, un joven de buena planta, con ojos azules y cierto aire de inocencia.

—Enrico, Ilias, *kali mera sas!* —Con familiaridad, el hombre gordo dio palmadas en la espalda a los tripulantes—. Pero llegáis tarde, ya os daba por perdidos.

Enrico, el bajo y moreno, tiró del cabo para tensarlo y lo amarró.

—No hemos hecho un buen tiempo esta mañana —dijo—. Teníamos el viento en contra la mayor parte del camino. Ilias, prepara café, hijo.

Por la carretera, el reloj de la iglesia daba la primera campanada de las diez.

—No queda tiempo para café —dijo el hombre gordo—. Nuestro hombre llegará de un momento a otro.

Esperaron un rato. El hombre gordo caminó hasta el extremo del malecón y, asomándose al agua profunda y cristalina, observó los alevines rutilantes y diminutos que rastreaban el agua bajo la superficie, en busca de comestibles.

Las manecillas del reloj de la iglesia avanzaban, y la bahía permanecía tranquila. El hombre gordo encendió un pitillo y frunció el ceño. Ilias cogió una lima de acero corta y se limpió un poco de aceite de motor bajo una uña de punta blanca.

Un vehículo se aproximaba por la curva: una camioneta roja. Conducía rápido hacia el malecón, y frenó bruscamente, derrapando en la arena y la grava.

Theo saltó de la camioneta y cerró la puerta con fuerza. Tenía la cara tensa de ira.

—¡Usted! —Señalaba al hombre gordo.

—Llega tarde, Theo —dijo el hombre gordo, tranquilamente—. No me gusta que me hagan esperar. Como le dirán estos caballeros.

—¡Váyase al infierno! —dijo Theo—. ¡Sólo he venido a decirle que me deje en paz! ¡Ya basta!

Se encaró al hombre gordo, y le apuntó con un dedo hacia el pecho. El hombre gordo se alejó un paso y, con una expresión de desagrado, se limpió la pechera de la camisa, como si se hubiera salpicado de saliva.

Pero Theo siguió despotricando.

—¡Ya le dije que se mantuviera alejado de mi familia! ¿Qué pretende, dejando notas en mi casa? ¿Cómo se lo explico a mi mujer? ¡Aléjese de mi vida, y lárguese!

Como si le sorprendiese su propio arrebató, Theo se quedó quieto unos instantes, jadeante.

—Venga conmigo, Theo —dijo el hombre gordo.

—¡Que vaya con usted! —exclamó entre risas—. ¡Váyase al cuerno!

Theo se volvió hacia la camioneta. Enrico estaba apoyado en la puerta, indiferente; Ilias, con los brazos cruzados, se había sentado en un costado.

Theo volvió a acercarse al hombre gordo.



—¿Qué es esto? ¿Matones? ¿La Mafia? ¿Qué? Retire a sus perros, gordinflón. Que se aparten de mi camino.

—Theo, venga conmigo. —En la voz del hombre gordo había un dejo de irritación, cierta impaciencia—. O habla conmigo ahora, o iré a contárselo a su mujer. Depende completamente de usted.

Theo vaciló unos instantes.

—Muy bien, gordo. Iré con usted. Pero no diré ni mu.

—Cobarde hasta el final —dijo el hombre gordo—. Ante la menor amenaza de conflicto doméstico, el hombretón se desmorona. Venga. Conozco un sitio donde no nos molestarán, ni nos oirán.

Lo cogió por el codo, y lo guió camino de la playa, pero Theo apartó el brazo.

—No me toque —dijo.

—Como quiera.

El hombre gordo caminaba delante, por el sendero del frente marítimo hacia el varadero. Theo caminaba despacio, acrecentando la distancia entre él y el hombre gordo, pero los tripulantes lo seguían de cerca, y cuanto más se separaba del hombre gordo, más se le aproximaban ellos.

Theo llamó al hombre gordo.

—¿Qué quiere la Mafia?

—Son mis ayudantes, por si usted pone trabas. Pero no creo que las ponga.

Después de pasar por los cascos, vueltos boca abajo, de los barcos varados para pasar el invierno, llegaron al taller del varadero. Las puertas del taller estaban cerradas, y las casas de los carpinteros de ribera estaban desiertas. En el patio, seis gallinas escuálidas picoteaban en busca de sobras; había un brasero delante de las puertas del taller, encendido con recortes de madera de pino, en lenta combustión.

El hombre gordo levantó el pasador y abrió las puertas del taller.

—Aquí es —dijo.

—¿Para qué? —preguntó Theo.

—Aquí no nos molestarán. Quiere privacidad, ¿no, Theo?

En el interior, el taller estaba oscuro, sólo iluminado por una ventana sujeta con arpillera; olía a madera recién cepillada, y a brea.

—Le sugiero que se siente —dijo el hombre gordo—. Estará más cómodo.

Sólo había una silla, un sillón anticuado cuya tapicería de piel estaba resquebrajada y descosida.

—Bien —dijo el hombre gordo—, ahora hábleme de usted e Irini.

Theo se levantó de la silla.

—Se lo he repetido hasta la saciedad, y no se lo volveré a repetir. No conocía a esa mujer.

En el tejado cantó un gallo. El hombre gordo arqueó las cejas con un gesto mefistofélico, y sonrió.

—Pequeña simetría cósmica, ¿no cree, Theo? —preguntó—. El canto de un gallo

por su tercera negación.

Los tripulantes, después de entrar, cerraron las puertas y corrieron los cerrojos interiores. Enrico colocó un farol en el banco de trabajo; su luz tenue amarillenta proyectaba sombras más profundas en la cara del hombre gordo. Ilias cogió un paquete envuelto en papel de periódico, y una bobina de cuerda de nailon.

—Siéntese, Theo —dijo el hombre gordo. Theo vaciló. Enrico se le acercó.

—Por favor, siéntese, señor —dijo Enrico—, o me veré obligado a sentarlo por la fuerza.

Theo escupió en el serrín, y se sentó.

—Atadlo —dijo el hombre gordo.

Desde atrás, Enrico inmovilizó a Theo en la silla, mientras Ilias eficientemente envolvía los antebrazos de Theo con la cuerda, atándolos a los brazos de la silla.

—¡Cabrones! —gritó Theo, desafortado—. ¿Qué cojones están haciendo? ¡Desátenme, o llamaré a la puta policía!

Intentó darles una patada, pero estaban fuera de su alcance.

—Theo, Theo —dijo el hombre gordo, intentando tranquilizarlo—. Puso una mano en la cabeza de Theo, y lentamente le acarició el pelo. —Silencio, Theo. No hace falta llamar a la policía. En este momento, yo soy la policía.

Theo sacudió la cabeza como un loco para evitar la caricia, pero el hombre gordo le siguió acariciando, hasta que Theo se quedó quieto. Y cuando se quedó quieto, el hombre gordo sacó un pañuelo rojo de seda del bolsillo, y se lo metió en la boca a Theo.

El hombre gordo y los tripulantes permanecieron juntos en silencio, mirando a Theo.

Theo estaba muy quieto.

—Rojo, Theo —dijo al fin el hombre gordo—. El color de la pasión. El color de los corazones exaltados. El color de la sangre.

En el banco, Ilias empezó a desenvolver el periódico del paquete.

—Usted y yo tenemos que ajustar cuentas, amigo. Porque no me ha dicho la verdad. —Theo movió las patas de la silla, e intentó ponerse en pie; Enrico le presionó los hombros desde atrás y le obligó a sentarse.

—Mire —continuó el hombre gordo—, si me hubiera dicho: «Yo amaba a Irini, *gordo*, con toda mi alma y todo mi corazón. Era mi alegría, y mi mundo, y todo en la vida para mí», si me hubiera dicho eso, no estaría aquí ahora. Pero no dijo eso, ¿verdad? Dijo que no la conocía. Me pregunto qué mal se hubiera sentido Irini si se hubiese enterado.

Tras el pañuelo, Theo intentó gritar, pero la mordaza acalló sus palabras.

—¿Cómo cree que murió Irini, Theo? ¿Tengo que contárselo? Usted cree que lo sabe. Cree que se suicidó, ¿no? Cree que Irini se suicidó por el amor que sentía por usted.

Theo negó con la cabeza, violentamente, y abrió los ojos de par en par.

—Todavía no me explico bien, ¿verdad, Theo? —El hombre gordo sacó un cigarro, y se inclinó hacia el banco para encenderlo. Mientras exhalaba humo, añadió —: No me interesan ni lo más mínimo sus lamentables intentos de preservar su *statu quo*. Ya es hora de decir la verdad. La verdad, Theo. No un concepto que ha prevalecido en su mundo. Hasta ahora. Le diré cómo es la cosa. Sé que ella se le aparece en sueños; veo sus sueños. Sé que la estrecha entre sus brazos, sé que usted llora cuando se despierta y descubre que no es real. Sé que la ve en todas las esquinas de la calle, y desaparece de la vista. Sé que la ve en la cara de todas las mujeres, y la busca, busca su boca, sus ojos. Su sonrisa, Theo. La que usted desaprovechó. Y creo que daría la mano derecha por disfrutar una hora con ella, ¿no es así? Si yo pudiera mostrársela, hacer que se apareciera, ¿qué me daría? ¿Cuál sería un precio justo? ¿Un dedo? Su mano derecha, quizá... —El hombre gordo rozó el dorso de la mano atada de Theo con las yemas de los dedos, haciéndole cosquillas; el pañuelo rojo acalló el grito de protesta de Theo, y él se tensó en la cuerda, inflamando unas venas azules entre los huesos tirantes.

El hombre gordo se rió, y dio unas palmadas en la mano de Theo.

—No, no. No me ha entendido bien. Nada tan violento. No *tan* violento.

Se agachó para acercarse al oído de Theo, y su cara adoptó un semblante iracundo.

—Porque ya es tarde, ¿no? —le susurró—. A lo hecho, pecho. Yo no puedo devolvérsela, como tampoco puede usted encontrarla. Pero no hay que lamentar nada, ¿eh? ¿No hay que lamentar nada? ¿Theo?

Para ocultar las lágrimas brillantes de sus ojos, Theo bajó la vista, mirando a las rodillas, pero el hombre gordo le levantó el mentón bruscamente.

—¿Lágrimas, Theo? ¡Dios bendito! ¿Por quién son, hijo, por ella o por usted?

Dejó caer la cabeza, e hizo señas a los tripulantes.

—Afeitadlo.

Ilias retiró las páginas de periódico y mostró el contenido del paquete. Tijeras. Una lata de crema de afeitar. Una navaja.

—Comprendo sus dificultades —continuó el hombre gordo—. Usted tiene el corazón de un gran amante, pero el alma de un cobarde. Las dos cosas juntas crean dilemas. Usted es un Romeo de pacotilla, Theo, un amante que no se atreve a nada. Así que me voy a apiadar de usted; mírelo así. Voy a resolverle el dilema. Voy a afeitarte para que se destape por fin. Y ahora, quédese quieto.

Ilias cogió las tijeras y le cortó el pelo a Theo. Se lo cortó muy cerca del cuero cabelludo, dejando caer los rizos negros suaves en medio del serrín y las virutas, cortando hasta que sólo quedó una capa almohadillada y rugosa.

En la rodilla de Theo cayó una lágrima. El hombre gordo tiró la colilla del cigarro, y la pisó con la zapatilla de tenis.

—Lo compadezco doblemente —dijo, volviendo a inclinarse contra el banco—. Lloro por su pelo, pero ¿dónde están sus lágrimas por Irini?

Ilias destapó la crema de afeitarse y, llenándose la palma de espuma blanca, empezó a extenderla por el cuero cabelludo de Theo.

—Si hubiera mostrado un solo momento de honradez —dijo el hombre gordo—, si hubiera ido a ver a Irini, si le hubiera dicho que la amaba, si hubiera reconocido su cobardía para afrontar la lucha y estar con ella, pues no estaría aquí ahora.

Ilias abrió la navaja, se pasó la cuchilla por la yema del dedo. El filo apareció ensangrentado. Abrió el primer surco liso en la calva de Theo.

—O si hubiese ido a ver a su marido, y le hubiera dicho que amaba a su mujer, que quería llevársela, si hubiera soportado la paliza que probablemente le habría dado como un hombre, no estaría aquí ahora.

Ilias limpiaba la espuma y el vello de la cuchilla de la navaja en el borde del banco. En las zonas afeitadas, el cuero cabelludo de Theo tenía un tono gris. Ilias siguió cortando.

—Si se hubiera enfrentado a la intimidación de su padre, si hubiera dicho que no pensaba abandonar a la mujer que amaba, no estaría aquí ahora. Si se hubiera escapado con ella en secreto para empezar una nueva vida en otra parte. Si se hubiera puesto de su parte, si la hubiera defendido cuando sus amigos la llamaban puta. Si lo hubiera arriesgado todo para hacer el amor con ella, sólo una vez. Si hubiera confesado todo a su mujer, y hubiera intentando construir un matrimonio mejor. Si hubiera hecho alguna de estas cosas, si se hubiera comportado en un solo detalle como un hombre íntegro en lugar de como un hombre que pensaba en sí mismo, y sólo en sí mismo, no estaría aquí ahora.

»Usted se dijo que era un Hombre Honorable, que abandonaba a su amante precipitadamente, sin mediar palabra. Tiene esposa y una hija. Pero su conducta “honorable” sólo era cobardía. Su preocupación primordial era evitar su propia vergüenza, y los conflictos en casa. No había ningún honor en eso. Era puro egoísmo. Reconózcalo, Theo.

Theo cerró los ojos y lentamente asintió.

—Bien.

El afeitado había acabado. Cautamente, el hombre gordo retiró el pañuelo de la boca de Theo. La seda roja se había vuelto morada, teñida de saliva y lágrimas.

—E infravaloró el poder de la pasión, ¿no cree? La pasión es un gran don, un don que no se concede a todo el mundo. Para usted era demasiado. No estaba a la altura de lo que requiere. Y ha llegado el momento de que se redima, de que se ponga en pie y afronte la música. Ha interpretado muy bien su papel. Pero una buena interpretación no era lo que se requería. Una buena interpretación es el refugio de los que desean engañar, no sólo a los demás, sino también a sí mismos. Sobre todo a sí mismos. Lo que se requería de usted, Theo, era honestidad. Tal vez un poco de amabilidad.

Theo permanecía en silencio.

—Puede que si hubiera sido un poco más amable —dijo al fin—, no se hubiera suicidado. Fue por mi culpa. Yo la maté.

—No, Theo. No se crea tan importante. Ella no se suicidó. Ni por usted ni por ningún otro motivo.

—¿Entonces fue un accidente?

El hombre gordo lo sopesó.

—Bueno, digamos que sí.

—¿Entonces no fue por mi culpa?

—Cuidado. No puede absolverse de su responsabilidad sólo porque ella no murió *de motu proprio*. De no ser por usted, ella estaría viva ahora.

Hizo señas a los tripulantes, que descorrieron el cerrojo de la puerta, y salieron.

—Ha llegado el momento de que cumpla su penitencia. El momento de ocultarse, y fingir, y mentir, ya pasó. Quiero que asuma su castigo como el Hombre Honorable que se dijo que era. Irini sufrió la pérdida de su buen nombre y su reputación por usted, y lo soportó. Hoy empieza un nuevo capítulo de su vida. Todo lo que temía perder, lo que consideraba más preciado, su reputación, su buen nombre, su vida tranquila, quizá su familia incluso, está a punto de perderlo. Precisamente porque los sobrevaloró tanto, se los voy a arrebatar. Todas las cosas en la vida son efímeras. La cuestión está en valorar lo que es más importante. Hay diamantes que no tienen precio, y bisutería que no vale nada. Las dos cosas brillan y centellean. En el pasado, usted se engañó. Puede que ya no tenga más oportunidades, pero si las hay, en el futuro elija con más sensatez. Y ahora, sea valiente.

Enrico, provisto de un par de guantes de cuero, entró con un cubo de aluminio medio lleno de brea negra caliente, que llenó el taller de vahos con olor limpio y antiséptico. Ilias trajo una brocha, y una bolsa que ocultaba detrás de la espalda.

Se colocaron detrás de Theo, y empezaron a pintarle la cabeza desnuda con la brea caliente. Allá donde tocaban, quemaba —el cuero cabelludo, el cuello donde goteaba en un reguero que se solidificaba— y los gases le irritaban los ojos, y le daba la sensación de que sangraba.

Siguieron pintando hasta que toda la cabeza era de color negro brillante. Entonces Ilias le entregó la bolsa al hombre gordo, y éste, sosteniéndola en alto, vertió sobre Theo una lluvia de plumas de gallina, de color blanco y marrón rojizo, suaves como copos de nieve.

En el malecón, el hombre gordo dio a Enrico las llaves de la camioneta de Theo.

—Ponedlo atrás, en la plataforma —dijo—, donde todas las gentes de bien puedan verlo, y llevadlo a casa por el camino más largo que encontréis. Que no sea más de una hora. Tenemos que ocuparnos de Nikos Velianidis, y su tiempo es muy preciado. Luego nos iremos. Creo que aquí no hay nada más que requiera mi atención, por el momento.

Ansioso por transmitir la noticia del escándalo, George, el conductor de autobús, se sentó en una mesa del *kafenion* de Jakos.

Muerto de curiosidad, Lukas lo escuchaba con los demás: Thassis Cuatrodedos, Stavros Encantadodeconocerle, Adonis el de los huesos fundidos, que se retorció en el asiento para que sus oídos captasen todo detalle. Sólo Jakos no mostró interés; sirvió a George lo que había pedido entre los vasos de vino medio llenos y las tazas vacías y, al volver a la cocina, subió el volumen de una cinta de duetos tristes.

George saboreó el café y cogió un cuchillo para cortar un trozo de baklava pegajoso.

—Su mujer lo va a abandonar, claro —concluyó—. Salía de la panadería cuando pasó el coche con él, goteando brea y cubierto de plumas de los pies a la cabeza. La mujer soltó la compra donde estaba y salió corriendo histérica. Fueron a buscar al médico para que le diera un sedante.

—¿Pero quién lo hizo? —preguntó Lukas—. ¿Y por qué?

Por un instante, todos guardaron silencio.

—Es otro caso parecido al de Krisaxos —dijo Thassis, tapándose la boca para ocultar un eructo—. La misma familia. Mala sangre.

—Qué vergüenza —dijo Adonis—. Es una perversión. Asqueroso. Ningún hombre debería hacer pasar a su familia por eso.

Todos asintieron con la cabeza; todos excepto Lukas, que miraba pensativo la punta raspada de su bota.

—Y ahora ya no se podrá tomar café en San Sabas —dijo quejumbroso George—, ahora que se va Nikos, y no parece que vaya a volver, teniendo en cuenta su estado. Lo han embarcado a bordo del barco del ateniense, el gordo. ¿Y sabéis una cosa? —Se metió otro trozo de pastel de miel en la boca; sus palabras eran confusas por la pasta de frutos secos empalagosa—. Menudo barco se ha traído, es increíble. Debe de tener dinero el tío para tener un barco así. ¿De dónde habrá sacado el dinero?

—Os diré lo que creo yo —dijo Thassis. Miró sabiamente a sus compañeros, uno a uno; tenía los ojos cansados, y rojos—. Es familia. ¿Entendéis lo que quiero decir?

Se dio unos golpecitos con el dedo en el lateral de la nariz, y guiñó el ojo a Stavros.

—¿Qué familia? —preguntó Stavros.

—No tiene ni idea de qué familia —dijo Adonis—. No le escuches.

—¿Adónde se va? —preguntó Lukas.

—No le pregunté, y él no lo dijo —dijo George—. Este café no es tan bueno como el de Nikos. —En el puerto, el reloj dio la primera campanada de la hora—. Caramba, ¿ya es tan tarde? Van a construir una horca para colgarme si llego un minuto tarde.

Lukas apuró el café hasta los posos.

—Voy contigo —dijo—. Si Nikos se va de Thiminos, quiero despedirme antes de que se vaya.

El autobús tenía pocos pasajeros. Lukas cogió el asiento preferido del hombre gordo, detrás de George. El autobús circuló despacio por la carretera del puerto, subió por la ladera y descendió más allá del pueblo. Cuando pasaron por la Casa a Medio Camino, Lukas se persignó tres veces sobre el corazón.

Pero el malecón estaba desierto cuando llegaron. Junto a la playa, los postigos de las ventanas de Nikos estaban cerrados y trancados. George aparcó el autobús de forma despreocupada y, después de sacar el periódico del día anterior que guardaba debajo de su asiento, se desplomó en su asiento para leer.

Lukas bajó del autobús y caminó unos pasos hacia el malecón. El mar estaba oscuro, opaco con el reflejo de las nubes densas; en el contorno de la costa, los barcos pesqueros cabeceaban con las olas.

Al frente, el majestuoso *Afrodita* zarpaba de la bahía de San Sabas, acelerando hacia mar abierto. En la punta del mástil, la bandera azul y blanca de Grecia ondeaba bajo una bandera de color azul marino y dorado que Lukas no identificó; en la cubierta, disminuido por la distancia, estaba el hombre gordo.

Lukas corrió al final del malecón y dijo adiós con los brazos al yate.

—¡*Yassou*, amigo! —gritó—. ¡*Yassou*, Nikos! ¡Buena suerte!

Por un instante pensó que no le oían, pero luego el hombre gordo se tocó la frente en un saludo ampuloso, y elevó la mano para decir adiós.

Al acercarse al cabo donde terminaba la bahía, el yate empezó a girar a estribor. Las nubes se movían con el viento borrascoso, y entre sus rendijas unos pocos rayos de sol tenues caían como focos en las cubiertas del *Afrodita*. El hombre gordo se dirigió a la proa, y allí se quedó en pie, con las piernas firmes, las manos a la espalda, como un comandante de la flota juzgando el mar.

Mientras Lukas lo miraba, se apelmazaron las nubes y se extinguieron los rayos de luz. *Afrodita* bordeó el cabo y, junto con el hombre gordo, desapareció de la vista.

## Epílogo

Recuerdo aquel día. ¿Quién podría olvidar un bochorno así? Pero lo cierto es que sentí un extraño alivio. Entre las risas y abucheos, los chillidos y el llanto, me sentí libre. Pensé: ya no tengo que esconderme. Se acabó la ocultación.

Elpida me echó de casa, por supuesto. ¿Me dio lástima marchar? Sentí lástima por mí mismo, y sentí lástima por ella, por la terrible vergüenza que los dos creíamos que ella no olvidaría jamás. Cuando mi madre me vio, lloró; mi padre estaba tan enfadado que intentó pegarme y juró que nunca me dejaría volver a casa. Pero mi madre se enfrentó a él de un modo que nunca había visto. Le obligó a que me dejase estar. Porque me quiere.

Llamó al médico, y le preguntó qué debía hacer; luego me lavó la cabeza con aceite, y me la vendó. Todos los días me curaba, lavando y vendando de nuevo. Poco a poco, las plumas se soltaron, y, al cabo de una semana o dos, la mayor parte de la brea se había ido. Me empezó a crecer el pelo. Empecé a parecerme a como era antes.

*Pero no era el mismo.*

Pescaba, y pensaba. Me pasé muchísimos días en el mar, dejando que las aguas me calmasen. A menudo, de madrugada, cuando surgían los primeros rayos de sol, en lugar de reflejarse en la superficie, la horadaban como finas flechas, astas blancas que apuntaban hacia las profundidades. A veces sentía la tentación de seguir esas flechas y sumergirme en ese maravilloso azul. La idea no me infundía miedo. Me brindaba la caricia del sueño en lugar de una muerte por asfixia; era una oferta que pensé que aceptaría, algún día.

Pasó el tiempo, y mi madre quería que yo viera a Elpida. Quería que hablásemos, decía. Pero yo había cambiado demasiado para encajar en aquel matrimonio vacío —¿qué podía decirle a Elpida que no fuesen mentiras?—, así que me negué a ir. Por otra parte, está Eleni. Eleni se entregó a la devoción en las iglesias, noche y día, ayunando y sin dormir, de rodillas hasta que sangraba yapestaba por no lavarse. Durante la Cuaresma rezaba y era admirada por su piedad. Pero en Pascua, se negaba a parar, así que la encerraron en la casa, y llamaron a los especialistas. El médico diagnosticó demencia, una inflamación del cerebro, mientras que Pappa Philippos proclamó que era una verdadera vocación, y la gracia de Dios. Meses después, nada había cambiado; dicen que la casa es como una catedral, todo incienso y velas, y toda la pared cubierta de iconos. Demencia o auténtica piedad, tanto da; mi suegra es prisionera de sí misma, lucha por alcanzar el halo de una santa. En cuanto a Elpida, es bastante feliz; la carga que supone cuidar a su madre loca le ha concedido el estatus de mártir.

*Y yo sigo solo.*

Mire, nuestra lengua rezuma pequeños placebos sabios para reconfortar al angustiado y al desesperado, y al avergonzado y mortificado como yo. Dentro de cien



*años todo se habrá olvidado, dice la gente. Pero no es así, en esta isla, no; no es así.*

*La verdad es ésta: que los que hemos sido infames estamos destinados a seguir así, noticias eternas en una tierra sin interés informativo.*

En una isla no muy lejana, la pesca de bajura de Andreas se vendía bien. En la plaza del pueblo se sentó en una mesa de un café a la sombra de un plátano y, sacándose el dinero del bolsillo —unos cuantos billetes, muchas monedas—, empezó a contarlos.

—Pronto será rico.

Ella estaba de pie delante de él, con una bandeja debajo del brazo. Tenía el pelo corto algo entrecano y, cuando sonreía, se le marcaban las arrugas de la cara.

Él la miró, y sonrió también.

—Nunca seré rico —dijo— y, si lo fuera, no me haría feliz.

—¿Acaso es infeliz? —preguntó ella. La pregunta no era frívola; a la mujer parecía importarle.

—Perdí a mi esposa el año pasado. La vida no es igual en solitario.

—La echaré de menos, lo sé —dijo ella—. En mi caso han pasado cuatro años, y sigo esperando a que mi marido entre por la puerta. ¿Qué le traigo?

Sus ojos, pensó él, eran como los de Irini.

—Un café —dijo—. Y si no le parece muy atrevido por mi parte, ¿puedo invitarla a tomar algo? No tiene que sentarse conmigo, si no quiere que la gente murmure.

La sonrisa de la mujer se ensanchó.

—Ya no somos unos críos —dijo ella—, ni yo una virgen mojigata.

Se sentaron juntos amigablemente; la charla fluyó con facilidad, hasta que llegó el momento de preparar el barco, y marcharse.

—Volveré la semana que viene —dijo él—, si el tiempo se mantiene.

—A mí siempre me encontrará aquí —dijo ella—. Pregunte por Zoé.

Mientras se alejaba hacia el muelle le dijo adiós con la mano.

Junto a la puerta del café, el padre anciano de la camarera reparó en que su hija lo veía marchar.

—¿Crees en la providencia? —preguntó ella, mientras limpiaba la mesa.

—Serías tonta si no creyeses —respondió él—. Te traiga lo que te traiga la vida, hija mía, a veces los dioses son benévolos.

Desde la verja de hierro fundido, Theo examinó el huerto que recordaba tan distinto, infestado de hierbas a la altura del pecho, invadido de cardos. Ahora habían cortado la maleza que se descomponía junto al muro, y los brotes de hierba nueva asomaban entre los tallos segados. El sendero de entrada a la casa estaba bien barrido, y marcado con macetas de ciclamen en flor.

Theo entró por la puerta abierta en una cocina resplandeciente por la luz del sol, con el perfume de las flores recién cortadas y la madera brillantada con cera de abeja.

—¡Tía Sofia!

Ella le respondió enseguida, y fue corriendo a besarle en la frente, bajo la línea del pelo, todavía muy corto. Parecía que había renunciado al negro de viuda, y llevaba en cambio un vestido de color verde lima y amarillo; tenía la nariz empolvada y, en las mejillas, sendos rosetones de colorete.

—¿Cómo estás, Theo? —le preguntó. Le invitó a sentarse, y ella se sentó a su lado. Alargando la mano para tocarle la cara, añadió—: No tienes muy buen aspecto, cielo. Voy a prepararte una infusión.

—No quiero infusión. —Una mosca se posó en su brazo y, por un momento, permaneció ahí—. He estado pensando en marcharme. Durante un tiempo. Un cambio de aires.

—Qué buena idea —dijo ella—. ¿Por qué no? No tienes los pies encadenados a esta isla, a este peñón. Hay ciudades, y otras islas. Hay otros países, si tuvieras la valentía...

—Me costaría dinero —dijo él. Se ahuyentó la mosca de la manga—. Lo que me falta es dinero.

En el estante del aparador había un pañuelo de seda, lavado y planchado, y sobre el pañuelo estaba la tarjeta de visita del abogado de Atenas.

—Casualmente —dijo Sofia—, me han legado una pequeña herencia, y he pensado en hacer un viajecito. Así que, si te apetece compañía... el mundo puede ser tan solitario, a veces... a lo mejor podríamos ir juntos. Podríamos irnos lejos de aquí, Theo. Podríamos ir a cualquier parte.

Ella lo rodeó con el brazo y lo mimó, como hacía para curarle las heridas —cortes, magulladuras, insultos— cuando era niño.

Él apoyó la cabeza en el hombro de su tía.

—Te reirás de mí —dijo él—, pero creo que me voy contigo.

Este lugar es lo único que conozco. Este lugar me ha convertido en lo que soy, y ahora que me ha hecho así, dice que no hay sitio para mí. Me está diciendo que me vaya, pero marcharse será el exilio, y todos los días que esté fuera, sé que añoraré este lugar miserable.

Sofia le besó en la coronilla.

—Entonces los dos juntos añoraremos este lugar —dijo ella—, y cuando nos muramos de morriña, llamaremos a tu madre, y nos pondrá al corriente de todos los cotilleos y escándalos. Y un día, cuando pase el tiempo, puede que regresemos, y éste vuelva a ser nuestro hogar. Pero ahora, tienes razón, es hora de marchar. Nos tenemos el uno al otro, Theo. Y es más, tenemos cierto futuro.

Desde el puerto, la sirena de un *ferry* que zarpaba sonó con su única nota sombría.

—Así que ve a hacer la maleta —dijo Sofia—, y despídete. Cuando salga el próximo barco, tú y yo nos iremos con él. Confía en mí, *agapi mou*. Encontraremos un lugar donde seamos bienvenidos, aunque no nos conozcan, un lugar donde nadie sepa nada de nuestro pasado.

## **Agradecimientos**

Quisiera dar las gracias, por su entusiasmo, buenos consejos y atenta lectura, a todo el equipo de Christopher Little, y a Arzu Tahsin, Holly Roberts y Emily Sweet.

Gracias a Julie y Ian Kidd por su apoyo sumamente práctico.

Y gracias muy especiales a mi hijo Will, por todo lo que ha tenido que soportar.

# Notas

[1] El Lunes Limpio (*kazará defτέρα*) es el primer día de la Cuaresma Ortodoxa, equivalente al Miércoles de Ceniza católico. (*N. de la T.*) <<

[2] *Odisea*, op. cit., pág. 42. (N. de la T.) <<